¿QUIÉN ERES EN REALIDAD?



APUÑALAME POR LA ESPALDA

K.M. MORONOVA

AUTORA *BEST SELLER* DEL *USA TODAY* Y SENSACIÓN DE TIKTOK

APUÑÁLAME POR LA ESPALDA

K.M. MORONOVA

APUÑÁLAME POR LA ESPALDA

Traducción de Laura Feijóo



Argentina • Chile • Colombia • España
Estados Unidos • México • Perú • Uruguay

Título original: *My Blade, Your Back*
Editor original: Bloom Books
Traducción: Laura Feijóo

1.ª edición: mayo 2026

Todo el contenido del presente libro, incluidas las imágenes e ilustraciones de cubierta, es original y se encuentra sujeto y protegido por las actuales normativas de Propiedad Intelectual españolas y europeas. Su uso y/o reproducción, ya sea total o parcial, para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial, así como cualquier tipo de minería de datos, queda terminantemente prohibido. El editor en tanto que titular de los derechos de la obra ejecutará las acciones que considere necesarias ante cualquier uso no autorizado.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

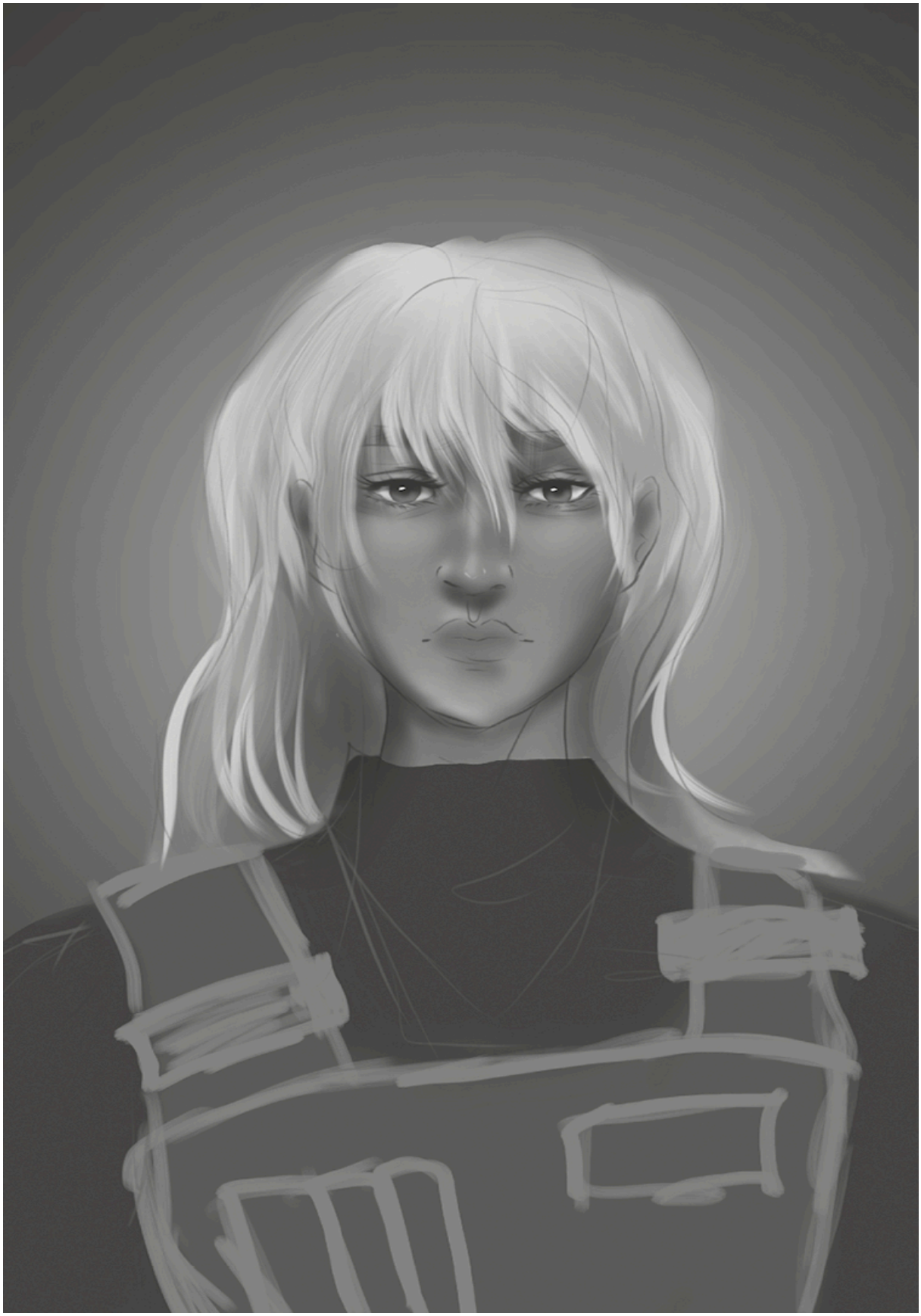
© 2025 *by* K. M. Moronova
Publicado en virtud de un acuerdo con Triada US Literary Agency
a través de IMC, Literary Agency
All Rights Reserved
© de las ilustraciones de interior *by* K. M. Moronova
© de la traducción, 2026 *by* Laura Feijóo
© 2026 *by* Urano World Spain, S.A.U.
López de Hoyos, 92, Planta Baja Derecha – 28002 Madrid
www.leosombras.com

ISBN: 979-13-87899-94-3

Fotocomposición: Urano World Spain, S.A.U.

Para todas esas personas que tienen debilidad por las almas heridas





PLAYLIST

Dear Agony – Breaking Benjamin
Dark On Me – Starset
Taking Over Me – Evanescence
Tourniquet – Evanescence
Bring Me To Life – Evanescence
Broken – Seether & Amy Lee from Evanescence
Legends Never Die – League of Legends (feat. Against the Current)
Human – Christina Perri
Teeth – 5 Seconds of Summer
Never Let me Go – Florence + The Machine
Revenge – XXXTENTACION

ADVERTENCIAS DE CONTENIDO



Apuñálame por la espalda es una novela de romance oscuro paramayores de 18 años. Este libro puede trastornar y resultar perturbador a algunas personas. Se trata de un romance militar oscuro ambientado en un entorno imaginario. Las «Fuerzas Oscuras» son una operación clandestina falsa inventada por la autora y no representan en modo alguno ninguna operación militar real. Las localizaciones y bases militares son ficticias pero están basadas en el mundo real.

Este libro tiene lugar diez años antes de *Déjame atrás,* pero es completamente independiente.

Encontrarás representados ciertos temas que pueden ser sensibles para algunas personas. Si no quisieras leer sobre ellos o crees que puedan afectar a tu salud mental, quizá este libro no sea para ti.

- Violencia física
- Escenas de sexo explícito
- Humor morboso
- *Gore* explícito
- Muerte y asesinato
- Lenguaje malsonante
- Comportamientos sexistas
- Traumas de guerra o de aspectos relacionados con operaciones militares
- Trastorno de estrés postraumático
- Personajes con trastornos mentales
- Autolesiones
- Consumo de drogas
- Consumo de drogas forzado

- Mutilación de cadáveres

PRÓLOGO

DESCONOCIDO

—¿Cómo que no recuerda quién coño es? —Agarro el móvil con más fuerza. Es raro que algo me altere de esta forma, pero esto no era parte del plan. Ni siquiera del plan B.

—Eso he oído, señor… ¿Necesita algo más?

Me quedo en silencio un par de segundos.

—No, gracias por ponerme al día, Jayce. —Cuelgo y me aseguro de borrar el número del móvil desechable de Jayce del historial de llamadas por si acaso alguien se hace con el mío.

Doy golpecitos con los dedos sobre el banco de metal en el que estoy sentado del cabreo que tengo. Me permito observar por un instante los ejercicios matutinos de mi escuadrón. Hacía tiempo que no nos enviaban a ninguna misión. He estado ocupado con otros asuntos, así que es fundamental que pase aquí al menos un par de semanas, de lo contrario evaluaría yo mismo la situación de Emery.

Tenso la mandíbula mientras pienso en cómo solucionar esto.

«Qué puto desastre», gruño mientras me paso una mano por la cara.

Aunque supongo que podría ser peor, podría haberla perdido para siempre, y eso sí que habría hecho que todo se viniera abajo. Al menos la memoria se puede recuperar.

Reflexiono mientras me reclino e inspiro hondo. La oleada de ansiedad se libera y desaparece. «Sí, esto podría funcionar». Tiene a Mori y, por mucho que no quisiera arriesgarme a que la matara, sabía que se enamoraría de ella. Él conseguirá que recupere la memoria de un modo u otro. La química que hay entre ellos es palpable, no serán capaces de mantenerse alejados el uno del otro.

Pf. Cómo no, el que mata a todos sus compañeros al final ha dado al traste con todo. El mes de castigo que le impusieron no podía

haber empezado en un momento peor, justo cuando llevaron a Emery a las Fuerzas Oscuras.

Un obstáculo tras otro. Aprieto los dientes.

No pasa nada. Soy un hombre paciente.

Haré lo que haga falta para echarle el guante a una de las malditas pastillas de Nolan. El general las guarda a muy buen recaudo y los botes que tira Mori siempre están vacíos.

Solo tengo que hacer un par de ajustes: a lo mejor podría convencer a Nolan para que le dé a Emery la medicación directamente. La dulce y confiada Emery. En parte me da pena.

De verdad que me importa, pero todo tiene un precio.

Y siempre he estado dispuesto a pagarlo.

Capítulo 1

Cameron

Han pasado treinta y cinco días desde que Emery despertó y pronunció las peores palabras que he oído jamás: «No sé quién eres».

La mirada que puso mientras me contemplaba como si fuera la primera vez, o así lo sentí yo, fue lo más desgarrador que puede experimentar una persona. Al menos, eso creo.

Recoges lo que siembras. Eso dice el puto refrán, ¿no?

La palabra tristeza se queda corta para lo que siento. El dolor que me corre por las venas es como ácido sulfúrico. Me obligo a levantarme todos los días con la esperanza y el anhelo de que me recuerde…, de que recuerde todo lo que pasamos juntos. Pero hay otra parte de mí que espera que nunca descubra lo que dejamos en el pasado. Así es más fácil mantenerla a salvo.

No quiero volver a herirla nunca más.

Aunque eso implique que seré yo quien sufra.

Inhalo despacio el cálido aire invernal de California y me reclino en el banco mientras veo a Emery acabar con Gage en un combate mano a mano.

Fijo la mirada en ella. Lucha mejor que nunca porque ahora es en lo único en lo que se centra. Durante las pruebas del Descenso la pillaba muy a menudo en la biblioteca, pero ahora casi nunca se pasa por allí. Y tampoco la he visto ayudar en la enfermería a los que se hacen daño durante el entrenamiento.

Lo único que no ha perdido es esa personalidad tan absurda y atractiva. Me temo que ahora tiene un humor mucho más morboso. Culpo de ello al hecho de que haya olvidado su trágico pasado, y me resulta casi imposible mantener un semblante estoico cuando está cerca. Supongo que lo habrá notado durante todo el tiempo que

lleva atrapada con el escuadrón. Aunque todavía no la he visto esbozar una sonrisa genuina. Me pregunto si habrá aprendido eso de Gage. De todos nosotros, él es quien más se oculta tras una sonrisa falsa. Yo no me molesto en intentar convencer a la gente de que no soy un gilipollas exultante.

No merece la pena esforzarse en fingir.

Fulmino a Emery con la mirada cuando sus ojos se posan en los míos. Ella se estremece y vuelve a centrarse en la pelea. Eso hace que note un dolor incómodo en el pecho.

Nadie me obliga a guardar las distancias ni a alejarla de mí, pero no puedo permitir que se repita lo que ocurrió en la última prueba. Cuanto más me cierre en banda, más segura estará ella. Cuanto más se me enquiste este dolor en el pecho, mejor.

Thomas sube los pies a la caja que robamos para usar de banqueta y le da un buen trago a su cantimplora. Percibo antes el olor a *whisky* que su risa.

—Joder, esa chica podría darle una paliza a cualquiera, ¿no? Aún no me creo que alguien con el pelo rosa haya acabado en el escuadrón Furia —reflexiona mientras inclina la petaca y se bebe todo lo que quedaba.

Lo miro de reojo antes de volver a centrarme en ella.

—A mí me gusta su pelo —digo como si nada, observándola derribar a Gage sin problema. Casi esbozo una sonrisa al verlo, pero me contengo.

El teniente Erik coló algo de tinte para que pudiera retocarse las raíces y Kayden le echó un cable, ya que él es el único que sabe teñir el pelo.

Todos se han encariñado con ella muy rápido. Tras revisar las imágenes de sus habilidades en el Descenso y lo bien que trabajamos juntos, estuvieron más que encantados de aceptar a una nueva compañera de escuadrón que no morirá a mis manos.

«Aunque casi lo hizo», me muerdo la mejilla para silenciar esa parte de mi mente.

Thomas gruñe al levantarse y se mete las manos en los bolsillos del abrigo de cuero marrón mientras me da una patada en la bota.

—Sí, seguro, ¿por eso le reventaste los sesos, Mori?

No es ningún secreto. Por mucho que me gustaría que lo fuera, todos los miembros del escuadrón lo saben. Es una pena que no merezca que sientan lástima por mí, al fin y al cabo ya maté a tres de nuestros compañeros de escuadrón. Se toman el hecho de que haya sobrevivido como un motivo de fiesta. Ojalá se burlaran de mí tanto como hacían antes.

Sentía que en aquel entonces encajaba mejor. Sentía que todavía era una persona y no una simple arma que debía seguir órdenes.

Lo fulmino con la mirada y él me lanza una sonrisa despreocupada. Thomas es sin duda el más imbécil de todo el escuadrón. Tiene ojos de loco, el pelo castaño claro y un corte *mullet*, así que no sería raro pensar que está perdido en cuanto ponga un pie en el terreno, pero es el mejor señalero con el que he trabajado nunca.

Lo mejor es ignorarlo. Le encanta meterse conmigo, así que, cuanto mayor sea mi reacción, más se alimenta de ella. Respiro hondo y me pongo de pie justo cuando Gage y Emery terminan su combate en la esterilla. Tiene a mi compañero atrapado con una llave y él le da golpes en el brazo varias veces para rendirse. Tiene las mejillas rojas.

Por un momento, me pregunto si lo va a soltar o no. Vuelve a lanzarme una mirada y esta vez es más fría. Se me ponen los pelos de punta. Tenso la mandíbula y suprimo todas las emociones que tanto anhelo que vea. ¿Por qué no deja de observarme con tanta curiosidad? ¿Qué tengo que hacer para que pare? Cierro las manos en un puño.

Este es quien tengo que ser, por su bien.

—Me toca —gruño mientras me desabrocho la chaqueta táctica y dejo que caiga al suelo.

Capítulo 2

Emery

«Mori». Si tiene otro nombre, no lo conozco.

Joder, este tío me pone los pelos de punta. Podría demoler una montaña con la mirada, pero hay algo tan triste en él que sus rasgos únicos y atractivos se vuelven aún más curiosos.

Detengo los ojos en sus músculos mientras se quita la chaqueta. Solo lleva una camiseta negra ajustada debajo, que deja muchos de sus tatuajes a la vista. Por alguna razón, no paro. Solo propongo este cambio porque aparece la misma palabra justo en la línea de arriba. de imaginar que tiene un enorme tatuaje en el pecho que le cubre una cicatriz, hasta he soñado con él.

El general Nolan dice que no es raro soñar con las cosas que más tememos. De hecho, ha tenido que calmarme muchas veces porque las pesadillas regresaban todas las noches. Sin duda, Mori es alguien a quien no quiero acercarme, pero eso no explica por qué lo veo con tanto detalle en mis sueños.

Siempre me vigila como si no se pudiera confiar en mí. Como si mi mera existencia fuera una gran molestia para él. La falta de expresión que muestra conmigo me pone nerviosa.

La única vez que vi cierta emoción en él fue cuando desperté tras las pruebas; el tormento y la culpa lo consumían. Más tarde, un par de días después de que me dieran el alta en la enfermería, empezó a mostrarse frío como el hielo y a actuar como si no me conociese de nada.

Es aterrador no recordar nada sobre ti o a qué te dedicas. Y es todavía peor cuando estás con alguien como él, que se niega a hablar contigo sobre el tema. No tardé en llegar a la conclusión de que me iba a causar problemas. No solo porque me atrae igual que la miel a las moscas, sino también porque es peligroso.

Por lo que me han contado, me salvó cuando acabé con mi oponente en la tercera prueba y me llevó de vuelta al búnker. Sé que debería sentirme agradecida, pero una parte de mí desearía haber muerto aquel día. Lo siento en lo más profundo de mi ser, como un horrible sueño que me llama desde la lejanía.

Antes era una delincuente y ahora estoy en un ejército clandestino. No es algo que resulte fácil de aceptar de una misma tras perder la memoria.

Me siento como si fuera una pieza de ajedrez en movimiento: sin objetivo ni dirección. Mi cuerpo se ha convertido en una herramienta para matar, algo que, al parecer, se me da muy bien.

Aun así, no sé quién soy ni sé si lo descubriré algún día.

Mori se mete las manos en los bolsillos y me observa con indiferencia. Siempre hace lo mismo, siempre actúa como si no se sintiera amenazado por nadie en el cuadrilátero. Exhalo con brusquedad ante su arrogancia. Él arquea una ceja y una sonrisa arrogante se extiende por su boca. No es una sonrisa alegre, sino una que promete joderme a base de bien.

Cuando no me ignora, me atormenta.

Doy vueltas a su alrededor despacio, intentar atacarlo de frente nunca funciona, así que he ideado varios planes que puedo intentar poner en práctica. Mori da un paso hacia delante y cierra los ojos como si ya estuviera más aburrido que una ostra. Aprieto las manos, que las llevo vendadas, y me lanzo a por él desde el lateral.

Normalmente, suelo golpear en la parte inferior, apunto a las piernas para intentar derribar a mis oponentes, ya que todos me doblan en tamaño. Mori lo sabe, así que esperará que haga eso. Odio que parezca conocerme tan bien y aun así decida seguir evitándome.

Hago un barrido con el pie para que crea que voy a intentar hacerle una zancadilla. Su reacción es levantar la pierna y cambiar el peso a la otra. Justo cuando está a punto de plantarme el pie en el pecho para contraatacar, tal y como ha hecho de forma sistemática tantas otras veces, aprovecho el movimiento para saltar hacia atrás y agarrarlo por el talón.

«Te tengo, imbécil».

Sonrío para mis adentros y él me lanza una mirada rápida, pero, en vez de encontrar preocupación, en sus ojos solo veo una mirada astuta y de complicidad. De mis labios escapa un grito ahogado cuando pega un tirón hacia delante y me agarra por la muñeca. Los dos caemos al suelo.

Me da la vuelta en un suspiro, su pecho queda apoyado en mi espalda, y me atrapa la cabeza en una llave. Yo lucho e intento zafarme, pero él no afloja y cuanto más tardo en rendirme, más me presiona.

«Joder». Le doy un par de golpes en el brazo y por fin me suelta.

Respiro un par de veces con dificultad y lo fulmino con la mirada mientras se pone de pie con calma. La frialdad de su mirada es la misma de siempre: distante e inquebrantable. Me fijo en la cicatriz vertical que le cruza el ojo izquierdo, él se da cuenta de que lo estoy estudiando y frunce el ceño antes de pasarse la mano por sus adorables rizos blancos y volver con los otros dos sin siquiera dirigirme la palabra.

«Imbécil». Me desanimo y tomo aliento para calmarme.

En parte desearía que hablase más conmigo, que me diera algún consejo o no sé.

—Ha sido patético —dice por encima del hombro. Una oleada de fuego me recorre la columna vertebral.

Vale, no importa. Que se vaya a la mierda.

Me gustaría poder mantener una conversación civilizada con él sin que intente cabrearme. Quiero conocerlo mejor, aunque insista en alejarse de mí. Tiene que saber algo acerca de quién soy.

Bajo la vista hacia la musculatura de sus hombros, que se tensan cuando estira los brazos por encima de la cabeza. Me obligo a apartar la mirada y me enfado conmigo misma por querer deleitarme con alguien como él.

Gage camina tranquilamente hacia mí y me da una palmada en el hombro.

—No mola que te hagan una llave, ¿verdad, Morphine? —se burla. Lleva el pelo corto y es de color rubio arenoso y liso, incluso cuando está empapado en sudor, como ahora mismo.

Pongo los ojos en blanco mientras él me da un toquecito en el

brazo y tira de mí contra su pecho. Es igual de alto que Mori, lo que significa que es un puto gigante. Todos lo son, pero Greg y Mori son los soldados más grandes de nuestro escuadrón.

—Lo que tú digas. Venga, que vamos a llegar tarde a la sesión informativa —digo mientras lo aparto de un empujón. Gage sonríe y mira a Thomas, que ya está recogiendo las chaquetas del suelo para lanzárnoslas. Atrapo la mía justo antes de que me golpee en toda la cara.

—Sí, deberíamos darnos prisa si no queremos pasarnos la noche haciendo flexiones. —Gage se frota la parte posterior del cuello mientras bosteza.

—Al teniente Erik le pega más hacernos correr hasta morir, ¿no te parece? —mascullo. El líder de nuestro escuadrón es más cruel que los otros, pero creo que eso es buena señal. Demuestra que se preocupa por nosotros. O al menos eso diría yo. A Gage y a Kayden les gusta quejarse y decir que es porque quiere hacernos sufrir por cabrearlo.

Sé que Mori le tiene un gran respeto a Erik, así que yo también. Siempre intenta ganarse la aprobación del teniente. Lo noto en cómo se esfuerza más que los demás y solo se le ve aliviado cuando recibe un elogio por parte de él. Gage me dijo que lo único que le importa en la vida es ascender de rango y llegar a sargento.

Sigo a Thomas y a Mori mientras volvemos a los barracones. Siempre tengo la mente en otro lado cuando atravesamos la base de California. Es casi idéntica a la de Alaska, pero esta es más grande en todos los sentidos y diez veces más calentita. Lo cual es un regalo del cielo para mis articulaciones.

Este es el centro neurálgico para todos los escuadrones de las Fuerzas Oscuras, excepto Riøt. Ellos juegan en algún punto de la costa oriental, o eso he oído. Por lo que sé, no se llevan bien con los demás porque se dedican a cazarnos si nos desviamos del camino. Bueno, y no solo a nosotros, también se encargan de los soldados de arriba. Acabar con los traidores es su especialidad.

Por lo tanto, se mantienen separados de nosotros. La mayoría de los que estamos aquí ni siquiera sabemos qué pinta tienen. Parece que lo han hecho así a propósito. Así no sabremos quiénes son hasta

que sea demasiado tarde.

Los escuadrones restantes (Furia, Varsovia y Malum) viven aquí, en California. Ojalá pudiera decir si hay alguna cara conocida del tiempo que pasé en el Descenso, pero no me llama la atención nadie en concreto.

Saludo con una inclinación brusca de cabeza a varios de los Equipos Tierra, Mar y Aire de la Armada de los Estados Unidos (Navy SEAL) mientras nos dirigimos a los barracones del nivel inferior. Me siguen con la mirada y eso hace que se me pongan los pelos de la nuca de punta. Me encantaría pegarles un puñetazo en toda la cara, pero no quiero meterme en problemas… otra vez.

—Eh, cabrones, ¿se puede saber qué os hace tan especiales como para que ella pueda llevar el pelo largo y de color rosa? ¿Y al imbécil de allí no le dicen nada por los tatuajes que se le ven bajo la mandíbula? —nos espeta uno de ellos.

Bueno, tampoco es que podamos soltarles de repente: «Porque somos unos delincuentes horribles y podemos hacer lo que queramos con nuestro aspecto», ¿no?

Aprieto los dientes y sigo caminando, pero Mori se detiene bruscamente y se gira sobre los talones. Me choco contra su pecho, suelto un grito ahogado y retrocedo enseguida. Sus fríos ojos verde salvia se fijan en mí durante apenas un segundo antes de parpadear y centrar su atención en los hombres que tengo detrás.

Se supone que los soldados de las Fuerzas Oscuras no deben interactuar con los soldados «de arriba» bajo ningún concepto. Y mucho menos para pelearse.

—Ven aquí y te enseñaré por qué somos especiales —dice Mori con una sonrisa de superioridad en la cara. Duele lo fácil que es saber cuándo tiene un mal día, porque es mucho más probable que busque pelea con alguien. Aunque, normalmente, suele pegarse con Thomas de mutuo acuerdo. Durante mi primera semana, pasé un montón de tiempo viéndolos pelear hasta que se derramaba sangre o hasta que Kayden y Gage los separaban. Todo eso seguido de noches enteras corriendo como castigo para el escuadrón.

Sé que las consecuencias serán mucho más graves si la pelea es con alguien ajeno a nuestra división.

Los hombres fruncen el ceño como si de verdad estuviesen pensando en acercarse y ponerlo a prueba.

—¿Qué cojones haces? —murmura Thomas.

—Está de broma —interviene Gage con una risa falsa y encantadora mientras empuja a Mori para que siga caminando.

Mori no se mueve ni un centímetro. Me echa un vistazo, y debe de haber visto la impaciencia que se gesta en mis ojos porque suspira y termina por ceder. Thomas le lanza una mirada de advertencia que él ignora por completo.

—Vas a meter a todo el escuadrón en problemas —me quejo cuando se coloca a mi lado y emprendemos de nuevo la marcha por los pasillos. Mori gruñe a modo de respuesta y casi ni me mira de reojo.

Thomas es el segundo al mando cuando no está Erik. Casi siempre es una persona razonable, pero sigue las normas a rajatabla. Sin duda es el más inteligente y eficiente del escuadrón. El *mullet* que lleva indica que tiene cierto sentido del humor, y así es, pero su mirada es tan cruel como la de Mori. Han sobrevivido más tiempo que nadie en el escuadrón Furia. No puedo ni llegar a imaginar la de cosas que habrán visto. Ni siquiera soy capaz de imaginar lo que yo habré visto y olvidado. ¿Mi mirada se volverá tan fría como la suya? ¿Se me volverá el corazón de piedra?

—Kayden se va a poner furioso como terminemos en el agujero por tu culpa como el año pasado. —La voz de Gage ha perdido todo su encanto.

Enarco una ceja por la curiosidad.

—¿El agujero? —Nunca había oído hablar de algo así

Gage se ríe sin mirarme.

—Créeme, es justo lo que parece y el teniente nos obliga a estar allí un día entero. —Frunzo el ceño al no verle la gracia por ninguna parte.

Thomas se encoge de hombros y también sonríe.

—Yo diría que es más profundo de lo que suena.

Mori ni pestañea y no se molesta en contestarnos a ninguno. Le doy un codazo en el costado para provocarlo, pero lo único que consigo es que me lance una mirada asesina. No tengo muy claro

cómo proceder para hacer amigos. He visto a mis compañeros de escuadrón interactuar y retarse los unos a los otros, pero da igual lo que intente, Mori permanece impasible.

Eso solo hace que quiera acercarme más, me muero de ganas de desentrañar una a una todas sus capas. Y no ayuda para nada que sea tan atractivo. Sus ojos son como un bosque de salvia, tiene los labios rasgados de morderse y una cicatriz que le cruza el ojo izquierdo que pide a gritos que alguien la acaricie.

Quiero saberlo todo sobre él, algo en lo más profundo de su interior me llama.

Por desgracia, nos quedamos sin tiempo para conocernos. Mori es mi compañero y la próxima semana nos embarcamos en nuestra primera misión. Supongo que ese será el tema de conversación de la reunión informativa de esta mañana.

Nada se mueve muy rápido en las Fuerzas Oscuras, pero la planificación y ejecución de misiones sin duda no entra en esa categoría. Para nosotros, la autoridad y la estrategia está por encima de todo.

Bueno, eso y nunca, bajo ninguna circunstancia, desobedecer las órdenes que recibes de tu oficial al mando. Somos prescindibles, algunos más que otros. Y, aunque no recuerdo quién soy en absoluto, sí sé que soy prescindible.

Dicho esto, desobedecer una orden hará que entres en la lista de Riøt. O peor, sé que Mori tiene experiencia en matar a los compañeros de su escuadrón. No me sorprendería que hubiera recibido órdenes para acabar con alguien amparándose en su locura. Aunque tampoco sé si entiendo bien qué tiene que hacer un soldado para que su nombre termine en esa lista. No es algo de lo que se suela hablar y Mori me mira como si quisiera matarme en cuanto intento hablar con él de algo tan tonto como el tiempo. Ni siquiera he llegado a considerar sacar un tema tan complejo como las políticas de las Fuerzas Oscuras.

Bajamos dos pisos de escaleras antes de llegar a una puerta con un teclado atornillado en un lateral. Thomas introduce el código y espera a que todos entremos en fila antes de quedarse en la retaguardia. Solo el líder de escuadrón y su segundo al mando saben

los códigos. Es el único momento en el que nos permiten estar arriba, en el mundo real. Bajo supervisión, como si estuviéramos en una cárcel.

Ojalá recordase cómo era mi vida fuera de aquí.

La vista desde el barco que tomamos desde Alaska hasta California consistía en poco más que el vasto océano y la costa. Recuerdo el paisaje e incluso las ciudades del mundo, pero parece que no alcanzo a comprender dónde encajo yo. ¿De dónde vengo? Tengo la sensación de que todo está perdido y nunca lo recuperaré. ¿Tenía familia? ¿Qué hice que fue tan horrible como para terminar aquí? Sé que tengo las manos manchadas de sangre, pero no hasta qué punto. Aunque, basándome en dónde estoy, no es difícil llegar a una conclusión lógica.

Tomo aire y cierro los ojos tumbada en mi litera mientras esperamos al teniente.

Kayden fue el único que decidió saltarse los ejercicios de esta mañana. De todas formas, es un lobo solitario. El clic y el sonido del metal al deslizarse sobre el metal me hace echar un ojo hacia su litera, que está enfrente de la mía. Kayden desmonta la pistola y el rifle MK-17 todas las noches. Es el único hábito que tiene.

El de Thomas es doblar la ropa de repuesto hasta que quede perfecta y el de Gage es acariciar el dobladillo de sus camisetas.

Mori tiene la costumbre de leer siempre que puede. Me he fijado en todos sus libros más veces de las que me gustaría admitir. ¿Qué hace alguien como él leyendo para pasar el rato? Tiene pinta de ser el público objetivo de un manual de armas, pero por la forma en la que garabatea notas con un lápiz viejo en los márgenes de las páginas, da a entender que es más bien un poeta.

Ahora que por fin me sé su horario de memoria, tengo pensado tomar prestada una de sus novelas para ver qué es lo que tanto le llama la atención. A lo mejor así consigo descubrir algo sobre él.

«Madre mía, se horrorizaría si supiera que quiero conocerlo mejor».

—Quita los piecitos de ahí. —Gage me da un ligero golpe en la suela de las botas, así que subo los pies a la cama para que pueda acceder a su mesilla de noche sin obstáculos de por medio.

Kayden pone los ojos en blanco.

—Sus pies son como cinco centímetros más pequeños que los míos.

—Ajá. —Gage se ríe como si acabase de demostrar algo.

Me alegro de que haya alguien en el escuadrón que es solo un par de centímetros más alto que yo, en contraposición a todos los demás, que son titanes. Kayden es el hombre de pelo marrón y tez trigueña que esperarías ver arriba, con los soldados buenos. No tiene una mirada fría, al contrario que casi todos los demás.

La clara sensación de que alguien me está observando me inunda, y me fijo en la pared del fondo, donde Mori está apoyado con un brazo cruzado sobre el pecho y un libro en la otra mano. Cuando nuestros ojos se encuentran, no aparta la mirada de la parte superior de su novela, pero se le tensan los músculos de la mandíbula.

«¿Por qué me odia tanto?». No me imagino haciéndole algo especialmente horrible en el pasado. En gran medida porque da mucho miedo y no tendría ni la más mínima oportunidad de ganarle en un combate cara a cara. ¿Acaso intenté envenenarlo? «No, eso es ridículo». Frunzo los labios y vuelvo a cerrar los ojos.

A lo mejor debería preguntárselo.

Pasan un par de minutos más antes de que el teniente Erik dé un par de golpes en el marco de la puerta.

—Señores —me mira deliberadamente y sonríe—, y Morphine, id a la sala de guerra. El general Nolan y el capitán Hans Bridger estarán presentes, así que espero que os comportéis. —Erik mira a Mori fijamente. «Para sorpresa de nadie», reflexiono.

—No somos bebés —gruñe Kayden.

¿El capitán Bridger va a estar allí? He oído hablar un poco de él a alguno de los soldados de Malum en los baños comunes. No he podido hacer mucho más que recuperarme desde que llegué a esta base, así que me pasaba casi todo el tiempo averiguando cosas sobre dónde estoy y las personas bajo las que estoy al mando. Los otros escuadrones han sido un pozo de sabiduría del que aprender cuando andaban por aquí, lo cual, en el mejor de los casos, es poco frecuente. Parece que los envían fuera todo el rato.

Básicamente, el capitán es el superior directo de Nolan, pero debe de tratarse de un asunto muy importante para que el propio Bridger venga a informarnos. Cambio el peso de un pie a otro nerviosa.

Mori se limita a sostenerle la mirada a Nolan sin hacer ningún tipo de gesto de confirmación.

—¿Estás seguro? Vámonos —masculla el teniente Erik con un semblante duro mientras desliza la mirada por todos y cada uno de nosotros. Se gira sobre los talones y sale de los barracones para después descender un piso. La sala de guerra de las Fuerzas Oscuras es completamente negra. Hay una mesa de reuniones enorme en el centro y un montón de sillas de cuero negras alrededor. Nuestro pequeño escuadrón no llena ni una cuarta parte del espacio que hay aquí.

Es como si la hubieran hecho tan grande por si acaso necesitaban tener presentes a todos los escuadrones para una reunión de emergencia o algo así. Lo cual, hasta donde yo sé, nunca ha pasado, pero me pregunto hasta cuándo seguirá siendo así.

Me siento al lado de Gage. Mori, Thomas y Kayden toman asiento enfrente de nosotros y Erik se sienta al lado de la cabecera de la larga mesa de conferencias.

No tenemos que esperar mucho antes de que entren dos hombres. A uno de ellos lo reconozco al instante: es el general Nolan, con sus ojos marrón claro y el pelo castaño. Nunca lo he visto sonreír y algo me dice que es incapaz de hacerlo. A lo mejor estuvo en la misma situación que yo cuando empezó. Me pregunto cuál será su historia.

Ahora que lo pienso, no estoy segura de si yo he sonreído de verdad desde que desperté. «Hipócrita», me regaño a mí misma. Estar rodeada de los otros miembros del escuadrón me ha demostrado lo mucho que la gente rota se apoya en el humor. Cómo hace que crezca en nuestro interior el deseo de hacer sonreír a los demás. Incluso esas sonrisas suelen ser forzadas. Haría lo que fuera por ver a Mori feliz de verdad. Mi mirada vaga hacia él antes de volver a centrarme en lo que tengo delante.

El segundo hombre tiene el pelo canoso, lo lleva engominado y peinado hacia atrás, y los ojos más oscuros que he visto nunca. Tiene la nariz torcida y un corte le recorre uno de los laterales.

Camina un poco cojo, posiblemente debido a una lesión anterior. «El capitán Bridger». ¿Él también fue soldado de las Fuerzas Oscuras? Aún no he descubierto cómo empezó todo esto, pero estoy deseando averiguar más cosas. No me gusta no saber nada de aquello sobre lo que tengo cierto control, sobre todo teniendo en cuenta que ya no sé nada en absoluto de cualquier otro aspecto de mi vida.

Erik se pone de pie y se pone firme para saludar al capitán Bridger.

—Capitán, es un honor tenerlo aquí hoy, señor.

Bridger hace un gesto con la mano para que descanse y se queda de pie en la cabecera de la mesa mientras Nolan se sienta enfrente de Erik. El capitán se aclara la garganta y dice:

—Teniente, siempre es un placer verle. Parece que ha conseguido domar a Mori como es debido. —Escudriña la postura despreocupada de Mori, luego relaja la mirada antes de posarla en mí y yo doy un respingo—. Y esta debe ser nuestra nueva recluta, la que sometió a dicha bestia. Morphine, ¿correcto?

Asiento bajando la barbilla despacio, reacia a dirigirle la palabra a este tío. Su mirada es intensa. Analítica. Estoy segura de que guarda alguno de los secretos más oscuros del mundo. Cualquier cosa que sepamos por ser soldados clandestinos, él sabe cinco veces más y con mucho más detalle.

Por lo que he visto desde que desperté, el mundo es un lugar oscuro y terrible. Y no lo digo solo porque Gage me obligase a ver todas esas putas horribles películas de guerra. Lo descubrí por todas las abominaciones que se espera que cometan los soldados de las Fuerzas Oscuras. Matar. No hacer preguntas. Matar.

Hago caso a la sensación que noto en el pecho que me dice que no todo es lo que parece. «No te fíes». Cuanto más tiempo pasas viendo lo que hay bajo la alfombra, más monstruos descubres a tu lado. O peor aún, en tu interior. Una persona puede tener hasta cinco caras. Me pregunto cuál de ellas lo delatará.

—Bien hecho. Bueno, pasemos al asunto que nos atañe. Escuadrón Furia, tenemos una misión de nivel negro en la que vais a poner fin a una operación mundial de distribución de mercancías ilegales. Dividiremos la misión en dos partes: la primera será hacer un

reconocimiento y obtener información de la guarida de la Gran Cuenca y la segunda será ejecutar la operación una vez tengamos todos los activos en nuestro poder. —Bridger tiene una voz grave. El corazón me da un vuelco al escuchar la palabra «ejecución».

«¿Qué ha sido eso?». Aprieto los puños sobre las rodillas para no poner ninguna cara que pueda llamar la atención del capitán. «Me ha resultado familiar».

—La buena noticia es que vais a un lugar cálido, la mala es que el objeto que os han encargado que localicéis y recuperéis es pequeño y será un coñazo hacerse con él. Estamos hablando de que no podemos cometer ni el más mínimo error —dice en tono amenazante antes de chascar los dedos.

Las puertas dobles de ébano de la habitación se abren y entra una mujer delgada. Lleva el pelo cobrizo atado en una cola de caballo y los labios pintados de un tono ciruela que complementa su piel trigueña a la perfección. Usa unas enormes gafas de montura rojas y sujeta una pequeña *tablet* en la mano derecha. El traje azul marino que viste la hace parecer importante. Está claro que, al contrario que nosotros, no es un soldado.

Entra dando grandes pasos y se detiene en la cabecera de la mesa, del lado más cercano a las puertas. El capitán Bridger la señala con la mano mientras proclama:

—Esta es Mikah. Es la mejor *hacker* de las Fuerzas Oscuras y vuestro principal objetivo será escoltarla para que llegue sana y salva a la sala de datos. Las cerraduras de la puerta son impenetrables a no ser que se manipulen de forma manual con el código de desactivación. Mikah posee la habilidad de *hackear* cualquier sistema de seguridad del mundo y desarmar una instalación por completo en cuestión de minutos, pero necesita que le deis tiempo para hacerlo. Contamos con el escuadrón Furia para mantenerla a salvo mientras abre las puertas para recuperar la memoria USB.

Thomas abre los ojos de par en par y gira la cabeza como un relámpago hacia Erik.

—¿En serio? Una misión de escolta de nivel negro es un suicidio…, es más arriesgado de lo normal. ¿Cómo espera que entremos sin

que nos descubran y que mantengamos a los guardias alejados de ella durante varios minutos? Eso es como una puta hora cuando estás luchando de forma activa. —Thomas pierde los estribos, se pone de pie y pega un manotazo en la mesa. Doy un respingo por el movimiento. Suele ser tan tranquilo que me sorprende verlo tan cabreado.

El teniente Erik aprieta los labios y fulmina a Thomas con una mirada altanera.

—Y por eso le confiamos la misión al escuadrón Furia. Nuestros superiores saben que podemos hacerlo… —Dejo de escucharlo durante un par de segundos porque Mori me da una patada en la espinilla por debajo de la mesa. Lo miro al instante y noto cómo me pongo colorada por la ira.

«Qué», digo con la mirada, enfatizando que no me impresiona el momento que ha elegido por la forma en la que frunzo el ceño.

Abre la boca, separa lo bastante los labios como para que se me acelere el pulso y luego se inclina hacia delante para apoyarse en la mano y cerrar la boca de repente. Sus ojos dicen: «Cierra la puta boca».

Cierro la boca de repente. No me había dado cuenta de que la había abierto al ver el absoluto desastre de misión en la que nos acaban de meter.

Le lanzo una mirada a Mori y él me guiña el ojo en el que tiene una cicatriz. ¿Se supone que intenta ser gracioso? Ni siquiera ha esbozado una sonrisa y, sin embargo, en su mirada hay cierta diversión.

—Además, yo también estaré presente. En esta misión no hay margen de error. No volveremos a casa hasta que nos hagamos con el USB —dice Erik en tono serio. La tensión que se refleja en su mandíbula descarta cualquier intento de discusión.

Observo la habitación para analizar cómo se está tomando esto el escuadrón. Sus semblantes son descorazonadores y hacen que me cosquillee el estómago de forma incómoda.

Aunque, por alguna razón, pensar en una misión como esta no me hace sentir como a ellos. A lo mejor es porque no tengo nada a lo que aferrarme. Ni pasado, ni mochila, ni nadie a quien le tenga

cariño.

La verdad es que es lo mismo que limitarme a avanzar tal y como estoy haciendo ahora, pero con más acción. Me vendría bien un cambio, quizá me estimule la memoria. La emoción agita los químicos del cerebro, ¿no? El sexo también funciona, al menos eso es lo que dice Gage.

Al pensar en sexo se me vieje una imagen de Mori a la cabeza. Con lo grande que es seguro que la tiene que tener enorme. No debería pensar en sus músculos ni en esos ojos apesadumbrados que me atraviesan sin descanso. El único cortisol que liberaría con él sería del puro estrés. No me imagino una realidad en la que él y yo…

Agito la cabeza y noto que me pongo colorada al pensar en él tocándome y deslizando sus manos curtidas por mi estómago y dejando que se metan bajo la cinturilla del pantalón. «Joder, deja de pensar en eso». Me acomodo en el asiento y me centro.

En cuanto a la misión y al hecho de que sea letal, no tengo nada que perder ni nadie que vaya a llorar por mí. Técnicamente, para el mundo civil ya estoy muerta.

Así que, ¿a quién le va a importar que muera?

Noto una mirada penetrante y me giro hacia Mori. Sigue con la barbilla plantada sobre la palma de la mano, firme, mientras me observa. Hay cierta dulzura en esos ojos despiadados, pero insiste en mantener un muro de hielo entre nosotros. Sus ojos se posan en mi pelo, que lo llevo recogido en un moño suelto. Arruga la nariz con desdén antes de volver a centrarse en lo que dicen Erik y Bridger.

¿Qué? ¿Ahora también le parece mal cómo llevo el pelo?

—Mori, Morphine y tú seréis los primeros en entrar al territorio. Contamos con vosotros para que montéis un escándalo y hagáis salir a tantos guardias como sea posible. Después de esta reunión, os daré a cada uno la información detallada de la misión. Empezad a prepararos de inmediato; partimos en una semana —dice el capitán Bridger fijándose más en nosotros dos que en cualquier otro.

No me sorprende que seamos los primeros en ir. Somos los soldados más inestables que tienen. Yo también nos mandaría a nosotros de avanzadilla.

Nolan entrelaza los dedos antes de intervenir:

—En otro orden de cosas, vamos a empezar los ensayos para la siguiente serie de fármacos potenciadores. ¿Se quiere unir alguien más, aparte de Mori? —Su voz es suave, pero sigue sonando igual que una serpiente. Hay algo en Nolan que me da muy mala espina. Podría ser la falta de humanidad en sus ojos; la forma en la que solo nos mira como si fuésemos armas listas para detonar.

Aunque creo que hay algo más. Puede que supiera algo de él cuando hice las pruebas del Descenso. Es un hombre envuelto en mentiras. No tengo cómo demostrarlo, pero me lo dice mi intuición. Y confío en ella.

Sin embargo, en lo que a los experimentos se refiere, he visto de primera mano las ventajas que ofrecen las drogas. Mori es la prueba viviente de ello. La nueva remesa partirá de todos los avances que han hecho con él, así que debería ser más segura, ¿no?

Levanto la mano despacio. Nolan esboza una sonrisa vacía y ambiciosa.

—Excelente. Te robaré un par de minutos tras la reunión —dice entre dientes.

Mori me lanza cuchillos con los ojos. Siento como si su mirada me taladrase la cabeza y oigo su respiración brusca.

A los otros les dan miedo las consecuencias. Todavía anhelan alcanzar la libertad.

Yo no tengo nada.

No soy nada.

¿Y puede haber algo más divertido que hacer algo que a los demás les da miedo?

Capítulo 3

Cameron

¿En qué cojones está pensando?

Tengo que guardarme la sarta de palabras que le quiero decir y reprimir la necesidad de sacudirla hasta que entre en razón. Lo que hago en cambio es apretar los puños y la mandíbula. Se ha vuelto muy impredecible y no hay mucho que pueda hacer para mantenerla a salvo. Si empieza a tomar las putas pastillas… y las inyecciones… «No».

Se me viene a la mente una imagen de su cuerpo congelado y sin vida y me entran sudores fríos. Si los fármacos no la matan al instante, lo harán poco a poco. Yo ya estoy condenado a una vida corta por su culpa, porque no me valoro a no ser que les sea útil a las Fuerzas Oscuras. Bueno, al menos no me valoraba hasta que la conocí a ella.

Ella es todo lo que perdí de mí mismo.

Todavía lo es. Puede que aún más. Ahora que no se siente rota por sus traumas pasados, es como una polilla que vuela con las alas quemadas. No importa lo mucho que se acerque al fuego, su curiosidad no hace más que crecer. Sé que quiere seguir desafiando los límites.

La ardiente mirada que me lanza cuando cree que no la veo no me pasa desapercibida, pero no necesita que le haga caso; lo que necesita es que me mantenga alejado de ella, joder.

Soy consciente de que la ayudaría que fuese más cruel con ella de lo que ya soy y, aun así, siento el deseo de apartarle el pelo de la cara cuando tiene pesadillas o de abrazarla y dejar que su aroma floral me invada como hacía antes. Mi consuelo. Mi único hogar. ¿Soñará con su pasado? ¿Soñará sobre las cosas horribles que ha hecho por su familia?

La sangre de los Mavestelli tira más que la mayoría. En el fondo sé que lo recuerda y que los horrores están deseando liberarse en su cabeza. Me cuesta la vida quedarme de pie junto a la pared y ver cómo da vueltas y se mueve inquieta a ratos por la noche.

Odio no poder consolarla. Odio que ya no se haga trenzas. Odio haberle hecho esto. Es mi culpa.

Emery se queda atrás cuando finaliza la reunión, se detiene al lado de las puertas mientras espera a que Nolan termine de hablar con Bridger y Erik.

Kayden envuelve los brazos detrás de la cabeza y se estira mientras hace una mueca.

—Joder, esto es una mierda. Yo pensaba que nos iban a dar una misión chulísima como la que le han encargado a Varsovia. ¿Te has enterado de que los envían a Tokio? Me jode mucho que se queden con todos los trabajos en ciudades guais mientras a nosotros siempre nos mandan a la puta tundra o al desierto.

Gruño.

—Alégrate de que no se deshagan de ti por quejica. He oído que los de Riøt están aburridísimos y necesitan cazar a algún soldado —le reprocho, pero mi broma no le parece divertida.

—Ya, claro. Si les van a encargar deshacerse de alguien, será de Thomas. ¿En qué cojones estás pensando para hablar de eso tan abiertamente? —Kayden me fulmina con la mirada.

Thomas se limita a encogerse de hombros.

—¿Qué sentido tiene preocuparse de que nos asesinen cuando nos van a dar para el pelo en la misión de escolta?

«Joder. Está de mal humor».

—No nos pasará nada. —Gage se une a la conversación y cruza los brazos, nervioso. Llegó hace relativamente poco al escuadrón, en comparación con Thomas y yo, que somos los únicos miembros originales de Furia que quedamos. Nadie dura mucho en Furia, todo el mundo lo sabe. Incluso el teniente Erik, quien, a pesar de llevar como mínimo varios años en las Fuerzas Oscuras, solo lleva seis meses al mando de este escuadrón de forma temporal porque mataron a nuestro último sargento en una misión. Ninguno de los sargentos anteriores ha durado mucho, normalmente, entre medio y

dos años, como máximo. Dejé de recordar sus nombres.

Seguro que no tardan en buscarle un sustituto a Erik y, él volverá a sus tareas administrativas. Ya ha cumplido con el tiempo que tenía que pasar siendo sargento de escuadrón. Normalmente está fuera trabajando en proyectos más importantes con Nolan y el capitán.

—¿Ya has leído los detalles de tu misión, Mori? —Thomas cambia de tema.

Sabe que no lo he hecho. No me gusta leerlos hasta que nuestros superiores están lo bastante lejos como para no poder vigilarme. Ya me siento observado como si fuera un conejillo de indias, así que quiero un puto segundo de paz cuando reviso el plan. Al menos podemos hacerles pequeños ajustes y tomarnos ciertas licencias con nuestras habilidades.

—Les echaré un ojo luego. —Mi voz suena ronca mientras saco el Zippo y enciendo un cigarrillo. Ambos se muestran indiferentes y les hago un gesto con la cabeza para que se vayan sin mí—. Yo me quedo un rato por aquí.

—Cómo no —resopla Kayden. Gage le da un empujoncito de aprobación.

Los ignoro mientras le doy una calada bien larga al cigarro y veo cómo se alejan. Emery sigue de pie al lado de la puerta y nuestros ojos se encuentran. Esta vez no aparta la mirada. Hoy parece que se siente intrépida, no deja de desafiarme a la mínima ocasión que se le presenta. Una sonrisilla empieza a formarse en la comisura de mis labios, pero la aniquilo al instante antes de llevarme el cigarrillo a los labios y caminar hacia ella.

Se tensa de forma visible mientras me acerco. La verdad es que me divierto demasiado metiéndome con ella.

El humo se arremolina en el aire mientras la ceniza cae del cigarro. Me detengo a unos treinta centímetros de ella y me apoyo contra la mesa que tiene delante, ignorando a los tres oficiales que charlan distraídos detrás de mí.

Un rubor rojizo le enmarca los ojos, lo que le da un aspecto cansado. No duerme bien y a mí también me agota. A veces me pregunto si su mente intenta convencerla de que necesita volver conmigo. Soñar es gratis. Pero si no, no sé por qué se empeña tanto

en intentar conocerme. Empieza a ser imposible de ignorar. Estoy deseando rendirme al deseo que siento por ella.

—¿Qué quieres? —me espeta, y vuelvo a centrar la atención en ella.

No me agacho para ponerme a su altura, así que la miro desde arriba con los ojos entrecerrados.

—¿Tengo que querer algo? Somos compañeros, ¿no? —Le doy otra calada al cigarro, dejando que el humo me queme los pulmones.

Emery me estudia un instante antes de decir en voz baja:

—¿Por qué me odias tanto?

Alzo las cejas. No esperaba que dijera eso.

—¿Por qué dices eso? —Dejo que el dolor que se expande en mi pecho me engulla. Qué cruel es la vida, he alejado de mí lo único que me importaba.

Ella resopla y sacude la cabeza.

—Me ignoras siempre que puedes. Te niegas a ayudarme a recordar nada de las pruebas. Eres…

—¿Un imbécil? —medito.

Entrecierra los ojos y veo un ligero destello de su espíritu. Me deleito en él.

—Sí. —Entonces aparta la mirada de forma intencionada justo cuando Erik y Bridger se despiden.

—No deberías tomar las drogas. —La agarro del brazo antes de que pueda ir hacia Nolan.

Me lanza una mirada brusca con esos enormes ojos marrones.

—¿Por qué no? Tú las tomas.

—Porque antes no lo habrías hecho. —Suena a excusa de mierda, pero no sé qué otra cosa decir para conseguir que escuche mi advertencia—. Te acorta la vida y todavía te quedan muchos años por delante.

Le titilan los ojos y una pequeña sonrisa se le extiende por los labios. La primera sonrisa real desde que perdió la memoria. Se me para el corazón y pierdo el hilo de mis pensamientos durante un instante. Ella aprovecha la ocasión.

—Cuidado, parece que te preocupas por mí. —Sus palabras se me clavan en el pecho. Los dulces ojos de Em recorren mi rostro. Me

muero por su atención. Ansío que me mire con el mismo anhelo que yo a ella—. Seguro que a nadie le importa que me quite un par de años de vida.

Me trago el nudo que tengo en la garganta.

«A mí sí».

Me observa con una mirada vacía un instante antes de colocar su mano sobre la mía y empujarla hacia abajo hasta que dejo caer el brazo a un costado.

Nolan se detiene a nuestro lado mientras el capitán y Erik se van.

—¿Lista, Morphine? —Suena ansioso. Me cabrea que ya haya pasado a su siguiente sujeto de prueba. Yo he sobrevivido hasta ahora, pero no puedo decir lo mismo de ella.

No he dejado que vea las hemorragias nasales ni lo deteriorado que tengo el cerebro. No sabe lo fea que se puede poner la cosa. Bueno, más bien no lo recuerda. Al contrario que yo, ella no tuvo que ver a los otros. Muchos soldados murieron por culpa del fármaco experimental. La nueva droga que han desarrollado a partir del resultado de los ensayos que hicieron conmigo sin duda tendrá una tasa de viabilidad más alta, pero no puedo evitar odiarlo.

Emery asiente con la cabeza hacia Nolan y no se molesta en mirarme más antes de abandonar la habitación con él.

Doy un paso al frente con la intención de obligarla a que entre en razón, pero me detengo y me muerdo el labio inferior mientras la puerta se cierra tras ellos.

«Solo». Antes me daba paz pasar tiempo a solas.

¿Cómo ha podido cambiar eso una mujer tan pequeña?

Capítulo 4

Emery

La inyección que me han puesto en el cuello aún me pica a pesar de que ya ha pasado una hora. Me froto la zona e intento escuchar a Mori quejarse sobre los planes de la primera fase de la misión. Ha cubierto la pizarra de arriba abajo con un detallado plano de la guarida en la que nos vamos a infiltrar.

—¿Me estás escuchando? —Se cruza de brazos y me fulmina con la mirada.

Frunzo el ceño y hundo más la barbilla entre los brazos cruzados sobre la mesa.

—Sí —murmuro, impasiva.

No, la verdad es que no estoy escuchando. Estoy pensando en el bote de pastillas que me pesa en el bolsillo. Las palabras de Nolan resuenan en mi cabeza: «Cada bote dura dos semanas. Toma cuatro pastillas cada cuatro horas mientras estés despierta. Si te hieren en el campo de batalla, toma tantas como sea necesario.

Noto una angustia en el estómago. ¿Estoy loca por apuntarme a esto? Si Mori puede soportarlas, yo también debería poder, ¿no?

Un silbido agudo corta el aire y un rotulador me golpea en el medio de la frente.

«¡Ay!». Supongo que la inyección todavía no ha hecho efecto.

Alzo la mirada hacia él como un rayo. Tiene los ojos abiertos de par en par, como si a él también le sorprendiese su propia acción antes de desprenderse de cualquier distracción y recuperar su habitual expresión estoica.

—¿Me acabas de tirar un puto rotulador? —le espeto mientras me froto la zona con una mirada amenazante.

Se le oscurece la mirada y se acerca a la mesa hasta apoyar las manos sobre la superficie de madera.

—Esto no es un juego. Esta misión es una de las más peligrosas que hemos tenido que ejecutar, así que baja de las putas nubes. No tenemos tiempo para eso —dice Mori en un tono de voz tan grave que hace que se me remueva algo en el pecho. Noto que me pongo roja, y una calidez me inunda el estómago.

«¿Será un efecto secundario del fármaco?», me pregunto a mí misma, preocupada. Madre mía, por lo que más quieras, que no sea un afrodisíaco. Apenas conseguía mantenerme bajo control hasta ahora. Es injusto que Mori sea tan atractivo, y esas cicatrices, sus tatuajes y un pelo rubio tan extrañamente pálido… Su belleza es mi debilidad.

Parece que no ha notado que me cuesta respirar, porque se aparta de la mesa y vuelve a escribir notas en la pizarra. Se mete la mano izquierda en el bolsillo mientras recita el plano como si nada. Ahora mismo tiene pinta de profesor, solo que en vez de llevar un atuendo profesional viste su sudadera negra y unos pantalones deportivos que abrazan sus fuertes muslos.

«…siempre quise dar clase en una universidad antigua. Me daba igual dónde…». Pego un brinco al escuchar su voz en mi cabeza. ¿Eso era un recuerdo? Me llevo la palma de la mano a la frente y cierro los ojos. Antes… ¿antes estábamos unidos? No me lo imagino compartiendo algo sobre sí mismo conmigo.

Mori sigue repasando los detalles de la misión, sin ser consciente de los pensamientos que me distraen, pero yo no consigo concentrarme.

—Dime algo sobre mí —lo interrumpo.

Mori hace una pausa y se gira para mirarme con su mala cara habitual.

—¿Qué? —pregunta mientras entrecierra los ojos.

—Ayúdame a recordar quién soy, porque me está costando encontrar un puto motivo por el que debería importarme la misión cuando no le veo ningún sentido a todo lo demás. —No digo nada sobre que está claro que antes solía abrirse mucho más conmigo. Hay un lugar y un momento para todo, ¿no?

Respira hondo, la tristeza persiste en su mirada, como si contarme cosas sobre mí le doliese de algún modo.

Lo sabía. Me ha estado ocultando cosas sobre mí a propósito, pero ¿por qué?

Me recuesto en la silla, pongo las botas de combate sobre la mesa y cruzo las piernas y luego los brazos.

—Habla. —Suena casi como una orden, y sus ojos se oscurecen al escucharla.

—¿Solo una cosa? —termina diciendo despacio. Hay cierta nostalgia en su tono mientras me recorre la cara con la mirada y baja hasta el cuello con algo que se parece mucho al deseo.

—Ajá.

Mori se vuelve a girar hacia la pizarra y deja caer los hombros mientras se relaja. Parece que el ambiente entre nosotros ha cambiado. Siento un tirón muy distintivo en lo más profundo de mi ser ante la melancolía que rodea a este hombre. Basta para ahogarme en ella. Basta para hundirme a tres metros bajo tierra. Me pregunto si alguien más habrá visto antes esa parte de él.

Espero que no. De forma egoísta, la quiero solo para mí.

—Siempre llevabas el pelo trenzado. En cuanto salías de la ducha, antes de irte a la cama, durante todo el tiempo que te conocí, siempre lo llevabas trenzado. Y cuando te lesionaste la mano y no podías hacerlo tú misma… —Deja de hablar y sacude la cabeza por las palabras que no han llegado a salir de su boca. Nunca había oído su voz tan grave y melancólica como ahora. Despierta mi curiosidad.

¿Trenzas?. Bajo la vista hacia mi pelo, rosa y largo hasta la cintura ahora que está descontrolado. Enredo los dedos entre los mechones sueltos para hacerme una trenza simple, después lo miro en busca de confirmación.

Debe de haber leído el desasosiego en mi cara. Hay algo que no me encaja.

Mori niega con la cabeza y murmura.

—No eran así. ¿Quieres que te enseñe?

Su dulce voz me saca de mis pensamientos y vuelvo a centrarme en él. Se ha acercado, ahora está sentado en el borde de la mesa, pegado a mí. Se me corta la respiración, ni siquiera lo he oído caminar hacia aquí.

Lo observo por un instante. Sus ojos reflejan calma y paciencia

mientras yo me peleo con la idea de haber olvidado algo tan personal sobre mí misma.

Parece estúpido no dejar de tener *flashbacks* sobre él, pero no sobre mí.

—Um…, vale —digo mientras lo miro con cautela.

Mori me tiende la mano, que se ve pálida bajo la luz fluorescente.

—Ven. —Su orden es sutil, pero, al mismo tiempo, reverbera por cada fibra de mi ser. La sensación de que ya he hecho esto antes con él fluye por mí como si fuera agua bajando por una cadena.

Arrastro las botas por la mesa al bajar las piernas y me levanto a regañadientes para acercarme a él. En cuanto lo tengo delante, me llega una abrumadora oleada de su aroma: abedul, lo primero que olí cuando desperté. Es un perfume maravilloso que hace brotar mis sentidos. Aprieto los puños al recordar unos dulces ojos de verano y las sonrisas relajadas que eran solo para mí. Parpadeo y la imagen desaparece, reemplazada por la de un hombre triste y abatido.

«Antes me miraba de una forma muy diferente». Recorro su rostro con la mirada mientras lo pienso.

—¿Y ahora qué? —pregunto, por mi voz da la impresión de que estoy molesta, pero en realidad estoy nerviosa. Nunca había estado tan cerca de él. De cerca es tan endiabladamente guapo como de lejos.

Esboza una sonrisa torcida que hace que sienta mariposas en el estómago mientras gira un dedo en el aire.

—Date la vuelta. —El calor se propaga por mi cuerpo ante la expresión de pura felicidad que tiene en la cara.

—¿Y darte la espalda a ti, nada menos? —Ha sonado borde, lo sé, pero estamos hablando de Mori. El mismo Mori que decapita a sus compañeros.

Él suelta una risita, es un sonido que me resulta extraño, pero es hasta más adorable que su sonrisa.

—Vas a tener que arriesgarte y confiar en mí, preciosa —susurra. El acento británico de Mori es dulce y seductor. Podría escucharlo hablar y susurrarme cosas durante horas y horas. Veo un destello de diversión en su mirada. No sé si habrá sido la risita o la sonrisa, pero estoy segura de que no me va a hacer daño.

Me giro despacio y tomo aire para calmarme.

—¿Y ahora qué? —pregunto, pero antes de que pueda contestar, ya me está peinando el pelo con los dedos. Aparta los mechones hacia un lado, lo que me deja el cuello expuesto.

Se me tensan los hombros cuando roza la marca de la inyección con la yema de los dedos. La zona todavía está sensible, pero el dolor se desvaneció hace tiempo. También es verdad que Nolan dijo que podría tardar veinticuatro horas en hacerme efecto.

«¿Qué pensará Mori de mí por ser tan insensata?». Sé que la probabilidad de tener síntomas graves es alta y, aun así, quiero ser como él. Para entenderlo mejor. Para captar su atención.

Se aclara la garganta como si necesitase reordenar sus pensamientos.

—Ahora, mira en el espejo mientras te hago las trenzas para que sepas hacerlas tú misma. No esperes que te las vuelva a hacer yo nunca más —dice con voz seria, aun así, no puedo evitar darme cuenta de la delicadeza con la que me toca el pelo. Como si enredar los dedos entre los mechones de mi pelo lo hiciese feliz.

Hago lo que me dice y dejo que mis ojos vaguen hasta el espejo que hay en la pared de al lado.

Es muy alto, aun cuando está sentado, así que tiene que encorvarse un poco para desenredarme la melena. Observo cómo separa los mechones con celo y hace varias secciones. El movimiento me resulta familiar. El patrón no resulta obvio a través del espejo, pero descubro que mis manos son capaces de replicarlo de todas formas. Se me escapa un grito ahogado.

«Una trenza francesa». El recuerdo brota en mi interior.

Dejo de centrarme en la técnica y en las manos de Mori y me fijo en su adorable cara. Su semblante refleja una sonrisa débil y apagada, el tipo de sonrisa que imagino que se dedican dos amantes al despedirse antes de un viaje largo o al desprenderte de una obra de arte que acabas de terminar.

Termina y me coloca una trenza sobre cada hombro. Bajo la mirada hacia ellas y sonrío. La verdad es que esto me pega mucho más que cualquier otra cosa que haya intentado. Ni siquiera se me había pasado por la cabeza que algo tan sencillo como el pelo

pudiera empezar a hacer resurgir la persona que era antes.

—Listo —murmura, y duda un segundo antes de ponerse de pie y volver hacia la pizarra. Enseguida noto su ausencia a mi espalda, y un peso frío se me hunde en el pecho.

Me paso una mano por el hombro, siento que me falta algo: un pellizco cariñoso o quizás un beso. Algo. Vuelvo a mi sitio y observo a Mori con un deseo más apasionado que antes de que me tocase con tanta delicadeza.

—¿Ya me habías trenzado el pelo antes? —pregunto esforzándome al máximo por mantener un tono de voz libre de la desesperación que empapa mis palabras.

Dibuja en la pizarra el valle entre la guarida y la arboleda que usaremos para cubrirnos.

—No. —Responde con facilidad, y eso hace que me cuestione si estoy imaginándome cosas debido a lo que acabo de sentir. ¿Era otra persona quien me trenzaba el pelo? Estoy segura de que era alguien importante para mí. Tenso la mano sobre el hombro e intento encontrar el sentimiento perdido, pero fracaso.

—¿De verdad te llamas Mori? —lo presiono.

Hace una pausa y luego suspira.

—No.

—Entonces, ¿cuál es tu nombre? —Frunzo los labios. ¿Por qué todo el mundo lo llama Mori? Todos utilizamos el nombre de pila cuando estamos fuera de servicio menos él.

—Esperaremos aquí a la señal. —Señala una zona de la pizarra con un círculo, ignorando mi pregunta de forma descarada. «Vale, está claro que no quiere que lo sepa». Apoyo la barbilla sobre la mano y me inclino sobre la mesa—. Cuando nos den luz verde, entraremos con todo. Los tendremos encima pronto. Lo más probable es que los pillemos por sorpresa y estén alterados, así que tenemos que estar preparados para defendernos. Nos han confirmado que cuentan con artillería pesada en este punto. —Señala parte del edificio, una ventana del segundo piso—. Utilizaremos el muro de piedra natural para salir de la zanja, aquí. Luego, cuando se detengan, nos separamos. Tú corres a la derecha y yo iré a la izquierda. ¿Entendido? —Mori se gira para mirarme.

Me muerdo el labio inferior, preocupada, este plan es un suicidio en toda regla. Hace que me pregunte si su verdadera misión es deshacerse de nosotros y ver cuánto aguantamos como si fuera alguna especie de juego retorcido.

—Sí, lo pillo. —Le doy vueltas al extremo de la trenza entre los dedos. Mori se fija en el movimiento y sus ojos se abren de par en par por un segundo antes de volver a centrarse en las instrucciones que le ha dado Bridger.

—Vamos a dejarlo aquí por hoy, pero mañana justo después de las maniobras te quiero de vuelta en esa silla y quiero que me expliques todo esto para que sepa que estamos en sintonía. —Deja las notas sobre la mesa y se enciende otro cigarrillo. El sonido de su Zippo al abrirse me hace sonreír.

Ojalá supiera por qué.

—Sabes que lo voy a descubrir, ¿no? —reflexiono en voz alta mientras me apoyo en la mesa para levantarme.

Sus ojos verde salvia se encuentran con los míos y se encienden al ver mi sonrisa.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo piensas hacerlo?

Salgo de la habitación.

—Todavía no lo sé, pero pienso descubrir tu punto débil. No puedes ocultar lo que quiera que no me estés diciendo. —Junto las manos a mi espalda.

Mori me mira fijamente, enarca una ceja y esboza una sonrisilla.

—Me muero de ganas de ver cómo lo intentas.

Ahí está otra vez. Algo que me resulta muy familiar, pero sigue sin ser más que un molesto susurro a mi espalda. Temo obsesionarme con ese sentimiento de nostalgia.

Recordaré qué significas para mí, Mori.

Capítulo 5

Emery

Me agarra los muslos con las manos y me mantiene con las piernas abiertas mientras me come el coño.

Dejo caer la cabeza hacia atrás y enredo los dedos en su suave pelo, tirando de él con fuerza cuando me lame el clítoris y me mete dos dedos. Suelto un fuerte gemido en medio de la inmensa habitación oscura.

Es entonces cuando caigo en la cuenta de que no tengo ni idea de dónde estoy.

Me apoyo sobre los codos y miro a mi alrededor, atacada, pero no veo más que un enorme mar de oscuridad. Esto no son los barracones del escuadrón Furia, aunque me rodea el mismo vacío y el miedo que siento al estar aquí abajo.

Conozco este lugar. Lo conozco muy bien, pero no consigo ponerle nombre.

El hombre alza la cabeza de entre mis piernas y me mira con unos ojos llenos de amor y oscuridad. Un mechón de pelo casi blanco le cae sobre la frente cuando lo tiene revuelto como en este instante. Esa cicatriz tan dolorosamente seductora que le cruza un ojo.

Mori.

Me quedo sin respiración y el pánico se apodera de mí.

Está completamente desnudo, la vieja y profunda cicatriz sobre la que he tenido visiones le recorre el esternón, tal y como anticipé, y un tatuaje la rodea, marcando los huesos que tiene debajo.

—¿Mori? —Mi voz, que suena ahogada y apagada, se pierde en la oscuridad. Él sonríe como si me hubiera escuchado mientras me agarra por las muñecas y me las sujeta contra el suelo.

Un rugido me perfora el oído justo cuando las luces lo emborronan todo a mi alrededor. Cierro los ojos a toda prisa y, en cuanto lo hago,

dejo de sentir el peso de Mori.

Abro los ojos con indecisión y ahora me encuentro en medio de un bosque. El suelo está frío y estoy sentada a tan solo un par de metros de un soldado caído. Lleva un uniforme negro con un pequeño símbolo en el bolsillo superior derecho en el que se ven las letras FO encerradas en un círculo dorado.

Tiene la cara cubierta de sangre y no lo reconozco.

Justo cuando estoy a punto de acercarme, levanta la cabeza de repente y, con unos ojos descentrados e inyectados en sangre, dice:

—Sabes lo que me pasó. —Sus siniestras palabras suenan más fuerte de lo que deberían y reverberan en mi interior mientras un escalofrío me recorre la espalda.

Abro los ojos de par en par, agitada, y me encuentro con la parte inferior de la litera de Mori.

Respiro hondo un par de veces para tranquilizarme antes de sentarme despacio y echar un vistazo a mi alrededor, asegurándome de que estoy despierta. Cuando certifico que así es, me desinflo como un globo y me trago el nudo que tengo en la garganta. Me suda la espalda y tengo la camiseta empapada.

«Qué miedo ha dado eso», reflexiono mientras me levanto en silencio de la cama y agarro un conjunto de ropa deportiva antes de ir de puntillas hacia la puerta. Miro hacia atrás para comprobar que no he despertado a nadie, y me alivia ver que hasta Mori permanece en la cama sin moverse. Un suave ritmo de ronquidos llena la habitación.

Me alegro de no haber gemido en sueños. Eso habría sido una pesadilla. Me lavo el pelo con agua caliente y me enjabono el cuerpo con un gel con aroma a madera.

¿Quién era el hombre que me dio ese extraño mensaje en el sueño? Empiezo a mover las manos más despacio sobre mi cuerpo mientras intento, en vano, ubicarlo entre mis recuerdos. La sangre ocultaba demasiado sus rasgos. Lo único de lo que estoy segura es del miedo y el terror que sentí en ese momento. Era demasiado vívido como para ser solo un sueño.

Yo conocía a esa persona, y lo más seguro es que esté muerta.

Me rodeo con los brazos y dejo que el agua caliente se lleve las

espantosas imágenes. Y entonces recuerdo lo que estaba pasando justo antes, en la oscuridad.

«Mori». Me consumía, me devoraba como si nunca fuera a tener suficiente.

El estómago me da un vuelco y el calor se me acumula en la parte baja del abdomen. Trago saliva al pensar en cómo me metía los dedos y la forma tan intensa que tenía de lamerme.

Me cubro la cara con ambas manos y me golpeo las mejillas un par de veces. «Él no». No ha debido de ser más que un sueño inducido por el estrés. A pesar de que parecía tan real como el siguiente, no puedo permitirme pensar que Mori y yo antes teníamos relaciones.

Por el amor de Dios, si ni siquiera quiere decirme su nombre real.

Es un gusto ponerse ropa limpia. Decido dejarme el pelo suelto hasta que se seque y luego ya intentaré hacerme las trenzas.

No puede ser tan difícil hacérmelas yo sola. Practico el movimiento con los dedos, tal y como le vi hacerlo a Mori, y salgo de las duchas fijándome en las manos. En cuanto giro para volver a los dormitorios de nuestro escuadrón, me choco con alguien.

Me quedo blanca como el papel y suelto un sonoro grito ahogado. Unas manos vuelan hacia mi boca para amortiguar el sonido.

Grito en susurros:

—¡Me has dado un susto de muerte! —Miro hacia arriba, y luego alzo la cabeza un poco más, hasta ver a Mori alzarse sobre mí, observándome con los ojos llenos de dudas.

«Ay, madre mía, ¿por qué? De todas las personas, ¿por qué tiene que ser él? ¿Y por qué justo después de haber tenido un sueño tan acalorado?»

Aprieta los labios hasta formar una línea mientras yo doy un gran paso atrás.

—¿Qué haces despierta? —pregunta con recelo.

Después del sueño que he tenido sobre su lengua en mi interior, no se me ocurre ninguna excusa. No sé ni qué decirle. Me pongo colorada y me giro con brusquedad con toda la intención de volver al baño y esperar allí a que se me seque el pelo con tal de no hablar con Mori en un pasillo oscuro mientras todos los demás duermen.

Me agarra por la muñeca. Me estremezco al notar el contacto de su

piel. Noto el pulso en la garganta.

—Emery, ¿qué pasa? —pregunta con un ligero tono de preocupación en la voz.

Sacudo la cabeza e intento sonar normal.

—He tenido una pesadilla.

Su mano da un respingo, quizá acaba de darse cuenta de que nos estamos tocando, antes de abrirla y deslizarla por mis dedos para después soltarme.

—¿Y qué pasaba? —Suena tenso. Echo un vistazo por encima del hombro y veo su expresión sombría. Noto un escalofrío en el cuello. Él agarra el libro que lleva en la otra mano con fuerza.

—No me acuerdo —miento. Un hilillo de un líquido caliente me resbala por los labios. Mori sigue el movimiento antes de que pueda reaccionar.

Sus ojos están llenos de tormento cuando se coloca a mi lado y me pasa un brazo por la cintura de camino para guiarme de vuelta al baño con él.

Tengo la mano manchada de sangre tras haberme limpiado la nariz un par de veces. «Mierda». ¿Ya empiezo a sufrir efectos secundarios? Pensé que tendría un par de días, o incluso semanas, antes de que aparecieran. Se me revuelve el estómago al pensar que mi cuerpo podría empezar a deteriorarse de inmediato o que incluso podría morir.

Permanezco en silencio mientras Mori me sienta en el banco de los baños y va a buscar una toalla. Miro de reojo al libro que ha dejado apoyado y sonrío, cómo no, siempre lo lleva encima.

—Echa la cabeza hacia atrás —me ordena para limpiarme la barbilla y los labios antes de ponerme la toalla sobre la nariz.

Dejo escapar un largo suspiro y hago lo que me dice.

—¿Los síntomas siempre aparecen tan rápido? —pregunto con voz nasal debido a que me está taponando las fosas nasales.

Esboza una sonrisilla arrogante.

—Vaya, ¿ahora quieres mi opinión? Te dije que no siguieras adelante con esto —me regaña. Entrecierro los ojos para mirarlo con mala cara y él se ríe y su semblante se suaviza—. Sí, es normal. Y también es buena señal porque, si no te sangrara la nariz, habrías

caído redonda como les pasó a muchos de los otros y ahora mismo estarías sufriendo.

Abro los ojos de par en par. Nolan no me dijo nada de eso.

—Entonces, ¿estoy bien?

—Define bien, porque parece que te ha pasado un camión por encima. —Su voz es amable y, tras esos ojos que me miran, veo que se le pasan un millón de cosas por la cabeza.

—Ya te lo he dicho, he tenido una pesadilla. —No, no pienso darle detalles del siniestro hombre con la cara cubierta de sangre ni de él mismo metiéndome los dedos hasta el nudillo en el coño.

Me responde con un gruñido y después compartimos un par de minutos en silencio antes de que retire la toalla para ver si se ha detenido la hemorragia. Cuando parece conforme, da un paso atrás y espera a que yo le confirme que estoy bien.

Inclino la cabeza hacia delante para volver a una posición normal y respiro un par de veces. Ya no sangro.

—Crisis evitada —bromeo poniéndome de pie con la idea de volver al dormitorio—. Por cierto, era una hemorragia nasal, no necesitaba tu ayuda —añado.

Me estudia un par de segundos antes de encogerse de hombros.

—Vale, como quieras, pero no vengas a llorarme cuando empieces a vomitar sangre negra. —Mori recupera su libro del banco y sale del baño sin decir nada más. En vez de girar a la derecha, hacia los barracones, gira a la izquierda para ir al gimnasio.

Se me tensa la mandíbula. «¿Vomitar?».

A lo mejor me estoy mostrando demasiado fría con él. No debería dejar que ese sueño tan lúcido que tuve haga que las cosas se vuelvan incómodas entre nosotros… Además, él hoy ha puesto mucho de su parte.

—Joder —murmuro para mis adentros y me froto los ojos molesta. Más me vale intentar hacer las paces, ya que parece que ninguno de los dos va a volver a la cama.

Dejo mi dignidad a un lado y me encamino hacia el gimnasio. Me encuentro a Mori subido en una de las bicis estáticas, leyendo como si no tuviese ninguna preocupación. Pedalea a un ritmo constante y moderado.

Me quedo de pie en la puerta sin saber muy bien cómo acercarme a él después de lo borde que he sido.

Sin mirar hacia mí, dice en voz alta:

—Ven. Siéntate.

Me quedo tiesa. Pensé que no me había oído llegar. Me trago mi orgullo y camino hacia la bici que está a su lado, me siento y pongo los pies sobre los pedales. No tengo ganas de entrenar, así que los uso para apoyarme.

Mori sigue pedaleando y leyendo el libro. Sus ojos verde salvia recorren las páginas deprisa, asimilando las palabras como si ya las hubiera leído mil veces. Nota que lo estoy mirando y se gira hacia mí con una expresión vacía en la cara.

—Oye… siento haberme puesto borde contigo. La verdad es que me gustaría que nos llevásemos bien, si es posible. —Consigo pronunciar las palabras sin atragantarme, aunque la vergüenza me quema en las mejillas.

—¿Quieres llevarte bien conmigo? —se burla—. Es bastante poco probable, ¿no crees? —No despega los ojos del libro.

«Vale, ya vuelves a comportarte como un imbécil». Enrosco los dedos dentro del pantalón y respiro hondo.

—A mí no me parece poco probable teniendo en cuenta que antes estábamos unidos —digo con toda la naturalidad que puedo para ver si descubre que estoy mintiendo. Aunque las pistas están ahí: cuando me hizo las trenzas, lo detallado que era su cuerpo en mi sueño… Estoy segura de que antes éramos más de lo que somos ahora.

Mori alza la vista del libro y me lanza una mirada vacía.

—Entonces, ¿cómo me llamo? Si tan unidos estábamos, deberías saberlo —dice en tono burlón.

La cosa no va por donde esperaba, pero me sirve.

—No recuerdo tu nombre, pero sé que tienes una cicatriz en el pecho. Desde la base del cuello hasta aquí. —Dibujo una línea en mi pecho que baja hasta donde termina el esternón. Mori abre los ojos de par en par y se sienta un poco hacia delante. Lo sabía. Siempre se ducha antes de que los demás se levanten y, al contrario que los demás, nunca se quita la camiseta. Así que ¿cómo iba a saberlo si

no?

—¿Lo recuerdas? —Baja la voz ensimismado… y esperanzado.

Asiento despacio.

—Lo soñé.

Baja el libro y se revuelve en el sillín para mirarme.

—Has soñado conmigo… ¿sin camiseta? —Una sonrisa ladina le curva las comisuras de los labios. Empiezan a arderme las mejillas y el corazón me late con más fuerza.

—No… Sí. No es lo que piensas. —«Sin duda es lo que piensas». Su expresión divertida no se desvanece—. Quiero que nos llevemos bien, ¿vale? Solo te apartaba de mí porque era lo que tú hacías conmigo todo el rato. ¿Podemos dejar nuestras diferencias a un lado?

La cara de Mori se ensombrece, entonces baja la mirada y frunce el ceño cargado de intención.

—Vale, nos llevaremos bien, pero no esperes nada más —comenta con sarcasmo. Sonrío por lo poco amenazador que suena. Empiezo a pensar que lo suyo es mucho ruido y pocas nueces.

—¿Y qué es lo que estás siempre leyendo? —Me inclino hacia delante para echarle una ojeada a su libro. Lo pone detrás de la espalda y en sus labios se extiende una sonrisilla infantil.

—Me temo que no me gusta compartir lo que leo.

—¿Por qué? ¿Es un manual de armas? —me burlo preparada para que confirme una fascinación tan aburrida.

Alza una ceja.

—¿Un manual de qué? ¿De verdad crees que soy tan soso? —Intento agarrar el libro que esconde detrás de la espalda mientras sigue dándole vueltas a mi comentario, pero se echa hacia atrás bruscamente y levanta los brazos para que no llegue. En el proceso, mi mano resbala de la barra de la bici a la que me sujetaba.

Caemos los dos al suelo, su espalda choca contra el acolchado y yo termino sobre su pecho. La bici hace un ruido metálico al caer, y mis pies se enredan con los suyos y con los pedales.

Suelto un quejido al notar la presión que soporta mi tobillo, pero no noto que me duela la pierna. Abro los ojos de golpe y miro hacia arriba, mi nariz está a solo un par de centímetros de la de Mori. Sus

ojos se iluminan a la vez que los míos. Una sonrisa nerviosa empieza a surgir en la comisura de mis labios. El calor me inunda las venas.

—No siento dolor. —Parece que mis palabras le pasan desapercibidas mientras me estudia. Traga saliva cuando desvía la mirada hacia mis labios. En ese instante, caigo en la cuenta de todo lo que estoy sintiendo al darme cuenta de cómo nos estamos tocando.

Mori tiene una mano apoyada en el suelo para mantenernos ligeramente erguidos mientras me rodea la espalda con el otro brazo. Se me para el corazón.

—Entonces supongo que no tiene mucho sentido preguntarte si estás bien, ¿no? —murmura muy cerca de mis labios. El calor de su aliento hace que mi centro se retuerza con ansia.

Recuerdo esa calidez entre mis piernas. La forma en la que conseguía que mi abdomen bajo se retorciera de puro éxtasis y hacía que mi centro se muriera de ganas de que él lo llenase.

Trago saliva.

—No, supongo que no. —Mi voz temblorosa parece despertar un ansia en él.

Mori toma aire bruscamente y su mano se tensa sobre mi espalda baja.

Su mirada es intensa y la mantiene fija en mí mucho después de hacerme la pregunta de todas formas.

—¿Estás bien, Em? —Son palabras sencillas, pero, aun así, llegan hasta lo más profundo de mi ser y suscitan emociones que jamás creí que alguien como él pudiera suscitar.

—Sí —respondo en un susurro.

Un segundo después parece volver en sí y se aclara la garganta.

—Ven, siéntate mientras desengancho los zapatos del pedal. —Hago lo que me dice e intento que su aroma a abedul y el calor de su cuerpo bajo el mío me hagan perder la razón.

«¿Por qué pienso que ojalá me hubiera besado?».

Capítulo 6

Emery

Tres días recitando el plan una y otra vez hasta que soy capaz de decirlo sin siquiera pensar y por fin basta para Mori. Su nivel de exigencia es ridículo y esta estrategia es una mierda. Se me ha ocurrido una mejor, pero, como no creo que nadie me vaya a hacer caso, cierro la boca.

Es el primer día que no tenemos maniobras ni entrenamiento en estrategia. Es una pena que por aquí no haya mucho que hacer. Solo se nos permite ir arriba si Thomas hace de niñera y nos acompaña.

Se me escapa un suspiro de exasperación al entreabrir el libro que he tomado prestado de la pila de Mori. Todavía no ha notado su ausencia o, si lo ha hecho, no le importa tanto como para hacérmelo saber. No estaba segura de si me gustaba leer, pero, tras las primeras páginas, sé que es algo que amaba.

Alzo la vista despacio hacia Mori, que está tremendamente guapo con los pantalones de deporte y la sudadera grises. Por supuesto, él nunca se toma un día libre del entrenamiento. Me obligo a apartar la mirada antes de que me pille mirándolo, como ya ha hecho unas cuatro veces desde aquella noche en el gimnasio.

Ni siquiera puedo pensar en ese día sin ponerme colorada. Levanto más el libro para que me cubra mejor la cara y en parte también esperando a que se percate de que le he cogido una de sus cosas y me dé la lata.

Son las diez y poco y ya se les ve a todos aburridos como ostras. Kayden vuelve a estar con lo suyo, que es montar y desmontar su pistola, Gage habla con Thomas sobre las soldados con las que podrían encontrarse arriba si van a la hora de comer.

Pongo los ojos en blanco e intento centrarme en el libro. Es un tomo de poesía, de poesía tétrica, de la Edad Oscura de la literatura

británica. Tiene un rollo gótico y es preciosa. Da que pensar y hace que tenga curiosidad por saber si antes pasaba mucho tiempo disfrutando de este tipo de obras. Ya entiendo por qué Mori las lee de forma tan constante.

—Eh, Emery, hoy vamos a ir arriba. ¿Te unes? —Gage se recuesta en el borde de mi cama, por lo que se me hunde el culo en su dirección, y me saca con grosería de la lectura.

Lo fulmino con la mirada.

—Estoy bien aquí, gracias.

Gage frunce el ceño y me da un capirotazo en la frente.

—Tú te vienes.

—¿Por qué? ¿Para que pueda ver cómo babeáis por las mujeres e intentáis ligar con ellas? Paso. —Me froto la zona donde me ha golpeado con la palma de la mano. Es una sensación muy extraña, lo único que noto es como si alguien me hubiera tocado la piel. Sin embargo, sé por experiencia que los capirotazos de Gage duelen de cojones. Ya le han echado la bronca por eso varias veces.

Acostumbrarme a los efectos de la medicación me está costando más de lo que pensaba. Ya he tenido varias hemorragias nasales desde la primera noche, y este ardor insaciable que siento entre los muslos siempre que estoy cerca de Mori no deja de crecer. Casi hasta me sube la fiebre.

Me da demasiada vergüenza contarle a Nolan ese efecto secundario en concreto, así que me lo guardo en secreto. Además, tampoco es que suponga ningún peligro para mí. Dijo claramente que solo le informase de las hemorragias o alguna complicación grave, y algo me dice que estar un poco cachonda no cuenta como tal.

Kayden deja la pistola que estaba montando y se ríe.

—Arriba hay muchos más hombres para ti y para mí, así que deja de lloriquear. —Me guiña un ojo. Juraría que he oído a Mori soltar un gruñido de desaprobación desde la litera de arriba.

Refunfuño, aunque, dicho así, ¿cómo le voy a decir que no a Kayden? Además, supongo que así el día se me pasará más rápido.

—Vale. —Meto un trozo de papel entre las páginas del libro y lo arrojo al centro de la cama.

Hay varios atuendos que nos permiten usar durante los días libres. Ropa sencilla de civil que me hace sentir mucho más vulnerable ahora que me he acostumbrado a los tejidos gruesos de la ropa táctica de las Fuerzas Oscuras.

Me pongo una sudadera negra que me llega hasta la mitad del muslo y me cubre el trasero, y la combino con unas mallas gris oscuro y mis botas de combate color ébano que le dan el toque final.

Los demás miembros del escuadrón van vestidos más o menos igual que yo, siempre llevamos ropa gris oscura o negra. Sería bastante triste si me gustasen los colores brillantes, pero, por algún motivo, no me importa haber despertado en un mundo tan oscuro.

—Eh, ¿y si nos hacemos unos tatuajes? Kate dijo que los miércoles suelen ser tranquilos y acepta gente sin cita —dice Gage emocionado. Es tan obvio que le gusta Kate que casi dan ganas de llorar.

Aunque, teniendo en cuenta que todo el mundo lleva tatuajes menos yo, hacerme uno no sería mala idea. Se me va la vista hacia Mori; está de pie de brazos cruzados, las mangas de la sudadera gris oscura le llegan hasta las muñecas, pero veo que tiene un par de anillos negros en varios dedos, algunos son reales y otros, tatuajes.

Todavía tiene el pelo mojado por la ducha de agua helada que se dio antes. Se le ha despeinado un mechón de pelo rubio casi blanco y le cae siguiendo la curvatura de su frente. Me sorprendo recorriendo la cicatriz roja que le cruza el ojo con la mirada. Me muero de ganas de verlo de cerca otra vez. Por desgracia, a Mori se le da de lujo mantener las distancias conmigo.

Me quedo cerca de Kayden mientras salimos. Pasamos al teniente Erik en el vestíbulo, justo al otro lado de la puerta de seguridad. Asiente con la cabeza al vernos y se queda mirando a Mori más tiempo que a los demás, lo observa casi con seriedad, como si le estuviera diciendo que se comporte ahí arriba.

Una de mis tareas pendientes es averiguar qué ha hecho Mori exactamente y a quién. Seguro que su historial es de dominio público en el Descenso, así que no debería ser muy difícil conseguir más detalles. Estoy al tanto de los rumores que corren sobre él, pero

nuestro escuadrón es muy reservado en cualquier cosa que le ataña. O a lo mejor solo dejan de hablar de él cuando estoy cerca. De vez en cuando, noto que me miran con pena cuando trabajo con Mori. «¿Acaso me hizo algo?», me pregunto mientras caminamos.

—¿Crees que veré a alguno de los cadetes con los que entrené en el Descenso? —pregunto en voz baja cuando entramos en el centro neurálgico de la base. Los rayos de sol atraviesan los enormes hangares de metal y las gigantescas puertas construidas para aviones y tanques. Hay tanta luz que tengo que usar la mano como si fuera una visera para cubrirme los ojos.

Es increíble cómo te acostumbras a la oscuridad cuando te arrojan a su interior.

Kayden se encoge de hombros.

—Si lo hicieras, ¿crees que los reconocerías?

Niego con la cabeza.

—Supongo que no, pero puede que algún día terminen en el escuadrón Malum o Varsovia, ¿no? Si queda alguna plaza libre. —Odio sonar tan llena de esperanza, pero los gilipollas que están ahora mismo en esos escuadrones tampoco es que me caigan muy bien de todas formas. Y casi nunca están por aquí. Sus misiones son largas y en sitios muy lejanos. A los oficiales se les da muy bien impedir que lleguemos a conocernos.

—¿Ya estás deseando que haya alguna vacante? —dice Thomas con sarcasmo. Me lanza una mirada de indiferencia por encima del hombro. Hoy tiene el *mullet* encrespado por la humedad.

Gage se ríe, pero creo que Thomas no intentaba hacerse el gracioso.

Mori nos ignora a todos. Lleva la capucha puesta y mira a su alrededor despreocupado, como si esto fuera una pérdida de tiempo mayor que quedarse tirado en la cama todo el día. Al menos, la posibilidad de hacerse un tatuaje es algo diferente que sirve para salir de la rutina.

Ya he oído a Gage y Kayden hablar de Kate en alguna ocasión, pero nunca he ido a su puesto. Me sorprende lo pintoresco que es, hecho como si fuera un cubículo y apartado sin ninguna señal. Nadie sabría nunca que está ahí.

Kate está inclinada sobre un cliente cuando entramos en el reducido espacio. Nos lanza una mirada hostil antes de reconocer al grupo. Su expresión enseguida se funde en una cálida sonrisa. Asiente hacia mí a modo de saludo y yo le devuelvo el gesto. La oigo hablar de forma casual hasta que termina con el soldado y luego Gage da un paso adelante para ser el primero.

Kate tiene el pelo largo y de color chocolate, y lo lleva atado en una gruesa cola de caballo que le cae por la espalda como una fuente. Me da la sensación de que no tiene licencia ni permiso, al menos oficial, para hacer tatuajes, pero hay mucha demanda y corre el rumor de que comparte las ganancias con los oficiales, así que se lo permiten.

«Hasta las fuerzas de arriba son un poco retorcidas». Qué sorpresa. Como si lo peor que pudiera hacer una persona es hacerse un tatuaje. Reprimo una risa al pensarlo.

Me cae bien Kate. Es una rebelde, igual que siento que lo soy yo en el fondo. Lo que pasa es que simplemente aún no recuerdo esa parte de mí.

Gage se hace una bala en la columna vertebral, justo entre los hombros. Kayden se decide por una gambita en el tobillo. Verlo me hace esbozar una sonrisa, ya que ese es su nombre en clave en inglés, Shrimp. Por lo que he podido averiguar, los compañeros de escuadrón son quienes eligen los nombres de los nuevos miembros. Algunos se llevan la peor parte. Al parecer, Kayden se comió un plato entero de gambas cuando llegó tras haber superado las pruebas del Descenso y se le ha quedado el nombre.

Thomas pasa de hacerse uno. Mori también. La verdad es que no sé si le queda espacio en el torso o los brazos para otro tatuaje, y parece que esas son las únicas zonas que se tatúa.

Kate me sonríe y me hace señas para que me siente. Se echa la gruesa coleta por encima del hombro. No me imagino lo largo que lo tendrá al dejárselo suelto. Hasta podría competir con la longitud del mío, que me llega hasta la espalda baja.

—Eres la siguiente, querida.

Le devuelvo la sonrisa y me subo a la silla de un salto.

—¿Qué quieres hacerte? —pregunta mientras cambia la aguja y

prepara el puesto.

Me chupo el labio inferior y me muerdo la comisura mientras pienso. Por muy oscuro que pueda ser, hay algo que no consigo quitarme de la cabeza.

—¿Puedes hacerme una línea suave y fina desde la base del cuello hasta el coxis?

Todas las miradas se centran en mí, confusas, en su mayoría. Aunque, en concreto, los ojos de Mori están llenos de otra cosa. Parece que tiene curiosidad.

Kate se ríe.

—Claro. —Me pide que me levante un momento mientras pone la silla en modo horizontal—. Quítate la camiseta, cielo.

Se me ponen las mejillas coloradas y mis ojos se van hacia Mori sin pensarlo. Les he visto las partes privadas a todos en las duchas menos a él, y todos me han visto desnuda menos él. Bueno, como mínimo desde que desperté. La idea de que me vea sin ropa hace que se me acelere el pulso.

Kate me estudia un segundo, y después suelta otra risilla. Se cubre la boca mientras dice.

—Chicos, id a hacer otra cosa. Estaremos bien sin vosotros.

Gage y Thomas parece que tienen ganas de salir de aquí. Kayden hace un mohín, pero le ruge el estómago.

—Id a comer. Yo estoy bien, no necesito que hagáis de niñera —refunfuño. Ya son más de las dos de la tarde. Había olvidado lo mucho que se tarda en hacer un tatuaje. Los más grandes, como medias mangas, pueden llevar hasta un día entero de trabajo.

Thomas hace un gesto de desdén con la mano mientras camina hacia la cafetería.

—Ni se te ocurra explorar. Ven directa a buscarnos en cuanto termines, ¿entendido? —Se toca la nuca para recordarme que llevo un rastreador que me matará si intento huir. Esa fue una de las primeras cosas que se aseguraron de que supiera. Aunque no tengo ni idea de a dónde podría huir. No recuerdo a mis padres y mucho menos dónde vivía.

Asiento.

—Sí, ya, lo sé.

Thomas le dice que le pase la factura al teniente Erik y ella hace un ruido en señal de que está de acuerdo. Los tres se van, pero Mori permanece con los brazos cruzados.

«Genial».

—Tú también. —Me acerco a él e intento empujarlo para que se vaya. Es como una pared y no mueve ni un músculo. El esfuerzo me roba un ligero jadeo. Alzo la vista hacia él. Sus ojos son como de acero y reflejan escepticismo.

—No tengo ningún problema en quedarme aquí. —Su voz es fría y seria.

Kate lo fulmina con la mirada.

—No quiere que la veas medio desnuda, imbécil. ¡Lárgate de una puta vez! —grita mientras le tira una de sus libretas.

Eso por fin hace que se mueva. Atrapa el cuaderno de arte y me mira con un destello de enfado flotando en sus ojos.

«¿Acaso quería verme?». Empiezo a notar calor en la parte baja del abdomen y aparto la mirada rápido para que no vea que me he puesto colorada.

—Vale. Pero no te vayas a explorar por ahí, ¿vale? —Espera a que asienta antes de irse a regañadientes.

Dejo escapar un largo suspiro y me libro de la sudadera. Me tumbo sobre el sillón, el cuero está frío y hace que se me ponga la piel de los brazos de gallina. Espero a que la aguja me perfore la piel. Kate me frota la espalda con una toallita fría, empapada en alcohol, supongo por el olor.

—¿Y por qué quieres una línea que te recorra la espalda? Se aleja bastante de lo que me suelen pedir. —Su voz es suave, al igual que sus manos mientras me prepara la piel.

—No me quito de la cabeza la imagen de cortar a alguien desde la nuca hasta el coxis y despellejarlo hasta que se ven las vértebras. Siento que lo he visto un millón de veces. Los huesos en carne viva. —Me detengo al igual que sus manos mientras sujeta la aguja sobre mi columna con firmeza—. Esa es la razón. En plan, me gusta la idea de que somos más de lo que se ve a simple vista. Hay mucho más debajo, quizá esperando a crecer.

Ella se estremece.

—Eso es espeluznante que te cagas, querida.

Me río entre dientes. Está claro que no tiene ni idea de lo que son las Fuerzas Oscuras ni de lo retorcidas que pueden llegar a ser las personas que integran los escuadrones, así que no espero que lo entienda. Pero sea lo que sea esa visión, estoy segura de que forma parte de mi pasado. Un deseo oscuro de ver tras las fachadas de los demás.

—Metafóricamente, claro —añado para que no se preocupe demasiado por mi salud mental.

Kate resopla.

—Sin duda Mori y tú sois los poetas oscuros y depravados del grupo, ¿no? —Su comentario hace que me pregunte qué pensamientos horribles habrá compartido con ella.

La aguja empieza a zumbar mientras la mueve a lo largo de mi columna. Casi me hace cosquillas. Ahora que no siento dolor, es casi como si me estuviera dibujando algo con un bolígrafo.

—¿Estás muy unida a tu escuadrón? Parece que se preocupan mucho por ti, sobre todo Mori. —El tono de su voz insinúa que él y yo mantenemos una relación romántica.

—No mucho. Hace solo un mes que los conozco. —«Hace solo un mes que conozco a cualquier persona».

Hace un ruidito mientras piensa y luego añade:

—¿A Mori también? Nunca lo había visto vigilar a alguien tan de cerca como a ti. Hoy hasta parecía un poco diferente.

¿Acaso ella los conoce bien? Me pregunto si Gage le habrá contado el secreto de las Fuerzas Oscuras. Por su bien, espero que no. No sé qué le pasa a la gente que se entera de información clasificada y no me interesa descubrirlo.

—¿Diferente cómo? —presiono con la esperanza de que me siga el rollo.

Suelta una risita tonta.

—Nunca se ha molestado en alzar la vista de los libros que trae consigo. Incluso cuando sus antiguos compañeros de escuadrón le hablaban, rara vez les respondía con algo más que un gruñido. Hoy no ha traído ningún libro, algo que jamás había pasado, y la forma en la que te miraba y te hablaba era… curiosa, por así decirlo. —

Escucho la sonrisa en su voz.

Inspiro hondo e intento que sus palabras no se me suban a la cabeza. A lo mejor no me odia tanto como creía.

Kate termina en menos de treinta minutos. Me coloca la segunda piel sobre la línea de tinta y me larga de allí justo cuando un soldado asoma la cabeza para la próxima cita.

—Gracias, Kate —digo por encima del hombro al pasar al lado del soldado.

—Hasta luego, ¡y diles a los chicos que más les vale cuidar de ti! —dice más alto de lo que me gustaría.

Asiento y salgo pitando. Hoy hay mucho movimiento en la base. Hombres y mujeres vestidos de uniforme caminan con la determinación de tener que estar en algún lugar e intentar llegar allí lo más rápido posible.

Mis ojos se van hacia el lado opuesto de la sala. Hay un cartel sobre unas puertas dobles en el que pone: «Cafetería». No creo que pase nada si exploro un poco. La sesión ha sido más corta de lo que esperaba y ellos creerán que todavía tengo para treinta minutos o una hora más.

Camino hacia las puertas que dan al exterior de la base y observo las maniobras vespertinas y las carreras de obstáculos que están teniendo lugar. Este fuerte tiene un gran acceso a la playa y es fácil ver a los guardacostas y a los SEAL nadando a contracorriente, en medio de lo que parece la «semana del infierno».

Hay un banco bajo un enorme roble con vistas a la playa. Me dirijo hacia él y me siento. Resulta extraño observar el mundo seguir su curso cuando tú no formas parte de él. Empiezo a cansarme de esperar a que Mori se abra más conmigo. Tiene que haber archivos con información de quiénes somos y lo que hemos hecho, ¿verdad? ¿Cómo no iba a haberlos? Seguro que hay uno sobre mí en el que se detalla mi pasado y todo lo que ocurrió en las pruebas del Descenso. Lo más seguro es que esté en la oficina del teniente Erik, o puede que en la de Nolan.

Es una locura pensar siquiera en colarme en su zona en busca de información. Abandono la idea antes de intentarlo; por la mañana estaría muerta. Pero, si todos saben quién soy…, ¿por qué me lo

ocultan? Se me revuelve el estómago por la inquietud y noto algo húmedo sobre el dorso de la mano.

Miro hacia abajo y veo una gota de sangre.

«Otra hemorragia nasal». Me limpio la nariz enseguida con la manga justo cuando se me acercan un par de soldados.

Me quedo blanca cuando los reconozco: son los hombres de hace un par de días a los que les molestaba mi pelo rosa.

Me pongo de pie antes de haber procesado del todo que vienen otra vez a por mí.

—Mirad a quién tenemos aquí, chicos. Esta vez no lleva guardaespaldas —dice con maldad el alto en cuyo parche pone que se llama «Rogers».

Su amigo bajito, Ollie, según su identificación, se ríe.

—¿Sabes hacer algo además de estar guapa, Rosi? —Me miran como si fuera insignificante. Sus ojos brillan con las ganas que tienen de hacerme daño.

Decido tragarme el enfado y no entrar al trapo. No merece la pena arriesgarme al castigo de Erik si se entera de que me he metido en una pelea con dos soldados de arriba.

—No, supongo que no —mascullo al empujarlos con el hombro para pasar entre ellos e ir hacia las puertas que llevan al interior.

—¿A dónde te crees que vas? —me espeta Ollie. Me agarra por una de las trenzas y tira de mi cabeza hacia atrás. En mi cuero cabelludo brota una sensación extraña y la fuerza que ha empleado para tirar de mí me hace caer al suelo.

Noto las palmas de las manos calientes y húmedas al tocar la gravilla. La falta de dolor es una bendición, porque no tengo ni idea de dónde tengo heridas. No hay nada importante roto porque aún puedo sostenerme. Me vuelvo a poner de pie y veo decepción en sus ojos cuando se dan cuenta de que no estoy llorando. ¿De verdad esperaban que lo hiciera?

—Que os jodan —les escupo. Rogers se pone tan colorado que parece que va a implosionar.

—Puta zorra. —Me lanza un puñetazo. Me echo hacia atrás justo a tiempo y corro hacia un hueco entre dos edificios.

Me persiguen mientras me insultan y amenazan a gritos. Esta parte

de la base está bastante vacía a estas horas, supongo que porque la única gente que anda por aquí está entrenando en la playa. Aunque tampoco esperaba que nadie de los que están allí me fuera a ayudar.

Doy un giro brusco al llegar a la esquina y trago saliva al ver que los edificios están conectados por una pared de ladrillo. No hay puertas ni ventanas.

Es un callejón sin salida.

Capítulo 7

Emery

Los soldados me bloquean la salida del callejón.

Se me entrecorta la respiración. «¿Qué cojones hago ahora?». Aprieto los dientes mientras retrocedo poco a poco. Caminan uno al lado del otro, con los hombros pegados, dejándome sin hueco para escapar.

—¿Qué hacemos con ella, Ollie? —dice Rogers mientras se humedece los labios.

Un escalofrío me recorre el cuerpo, aprieto los puños a los costados.

—Como me toquéis, os mato —advierto. No llevo ningún arma encima, pero ¿para qué sirven los intensos combates de práctica si no es para aprender a matar con tus propias manos?

Ollie se ríe como si mis palabras no tuvieran importancia.

—Démosle una paliza y luego le afeitamos la cabeza. —Me recorre con sus diminutos ojos redondos y brillantes, hambrientos y llenos de odio.

El teniente Erik entenderá lo que estoy a punto de hacer, ¿verdad?

Rogers es el primero en lanzarse a por mí para intentar agarrarme de forma osada y estúpida, como si no fuera a plantarles cara. Le pego con tanta fuerza en la cara que se golpea la cabeza contra la pared de la izquierda. Suelta un gruñido cuando le empieza a bajar un reguero de sangre por la sien.

Sin dejar que recupere el aliento, le planto un pie en el pecho para empujarlo hacia atrás. Suelta un grito ahogado cuando se queda sin respiración. Cae al suelo con un ruido sordo.

Ollie maldice mientras saca un cuchillo de combate y me apunta con él.

—Te voy a rajar esa carita preciosa que tienes —suelta casi en un

rugido.

Levanto los brazos a la defensiva.

—Qué triste que tengas que sacar un cuchillo en una pelea mano a mano. —Empieza a echar fuego por los ojos al escuchar la pulla, y se abalanza hacia mí.

—¡Cierra la puta boca! —Lanza una cuchillada que me raja la manga y me hace un corte en el brazo.

Ni me inmuto. Él se queda atónito al darse cuenta demasiado tarde de mi falta de reacción al dolor.

Esbozo una sonrisa natural, como si hubiera hecho esto un millón de veces y hubiera olvidado lo emocionante que es. ¿O podría ser por la medicación? Noto como si por mis venas corriera pura adrenalina. Casi resulta excitante. Podría perderme en esta sensación, en las olas de éxtasis que me inundan.

Lo siguiente que recuerdo es estar machacándole la cabeza a Ollie contra la pared de cemento una y otra vez para después dejar caer su cuerpo al lado del de Rogers.

Me quedo mirándolos un par de minutos. Están cubiertos de cortes y sangre de la cabeza a los pies. No se mueven y están pálidos. Hay dientes desperdigados por el suelo, y parte de la sangre parece haberse secado ya.

Se me acelera el pulso y miro al cielo. Ya empieza a oscurecer. Estamos a mediados de diciembre y aquí es de noche a las cuatro y media.

Cuánto tiempo llevo… Tengo la mente embotada. Me dejo caer al suelo despacio. La fatiga me invade. «¿Cuánto tiempo he estado haciendo esto?». Para mí habían pasado treinta segundos, y en un abrir y cerrar de ojos… los había matado a los dos.

Enredo los dedos en el pelo y me echo a temblar.

«¿Qué he dejado que me hagan las Fuerzas Oscuras?».

Capítulo 8

Cameron

Me cae el sudor por la espalda mientras la busco.

Son las cuatro y pico y, según Kate, Emery se fue poco después de las dos. ¿A dónde habrá ido? Me muerdo la lengua por los nervios. Va a estar de mierda hasta el cuello como Nolan o Erik se enteren de esto.

Sí, toleran que mate a mis compañeros de escuadrón de vez en cuando, pero ¿esto? ¿Que posiblemente sea una fugitiva? La eliminarán sin pestañear, aunque sea la heredera de la familia Mavestelli. Una filtración de información en potencia sobre las Fuerzas Oscuras no queda sin castigo extremo.

Thomas ha aceptado a duras penas no decir nada hasta las cinco. Hasta entonces, registraremos la base en su búsqueda. Y, si volvemos con las manos vacías, la rastrearán y se encargarán de ella. Me estremezco al pensar en esa horrible posibilidad.

Troto por la playa y busco en todos los sitios que se me ocurren.

«Venga, Em. ¿Dónde estás?». No tiene a donde ir, a no ser que haya recordado a su familia.

La otra noche en el baño y en el gimnasio me pareció que estaba rara. Creo que nunca la había visto sonrojarse tanto, y el hecho de que recuerde la cicatriz que tengo en el pecho… Es posible que se acuerde de cuando le di caza y la golpeé con la roca. ¿Estará huyendo por eso? ¿De mí? Siento un latigazo de dolor en el corazón solo con pensarlo.

Se me hiela la sangre… por el recuerdo de lo que he hecho y por su intento de escapar de mí. Empiezo a moverme más rápido. Mi mente imagina millones de escenarios diferentes. Al pasar delante de un banco, me llaman la atención un par de gotas de sangre. Me detengo y me agacho. Hay un par de pelos rosas enganchados.

Se me congela el pecho. Alguien le ha hecho daño.

Alzo la cabeza y examino la zona, entonces me fijo en que hay un huequecito entre el edificio principal y el secundario, donde están las piscinas de entrenamiento. Me levanto a toda prisa y me dirijo allí al trote. No es lo bastante rápido, así que empiezo a correr y me agarro a ambos lados de la pared cuando llego al callejón. Alzo la vista y la veo al fondo, acurrucada, con los brazos alrededor de las rodillas y mirando fijamente a las dos enormes masas rojas que tiene delante.

Al principio parece que no son más que bolsas de ropa sucia que alguien ha dejado tiradas, pero, a medida que me acerco, me doy cuenta de que las masas, en realidad, son dos soldados. Reconozco a uno de ellos: es el bocazas que intentó armarla con nosotros hace un par de días.

No aparto los ojos de sus formas para intentar discernir si respiran o no. Hay una preocupante cantidad de sangre en las paredes de cemento a ambos lados de los soldados, y mucha más en las manos y brazos de Emery. La miro sin sacar las manos de los bolsillos. No ha dado muestras de ser consciente de que estoy aquí.

Me da igual lo que haya hecho. No es nada que no pueda solucionar.

Nada para lo que no tenga contactos.

Paso por encima de los cadáveres como si fueran basura para acercarme a ella, y me agacho para ponerme a su altura.

La mirada de Em es distante, muy parecida a la mía tras un episodio. ¿Es eso lo que ha pasado? No cabe duda de que se lo han buscado, pero parece afectada por la situación de todas formas. No puedo imaginar en qué estará pensando. ¿Acaso no esperaba matar tan despiadadamente? Lleva a la asesina en la sangre. Un rayo de esperanza se ilumina en mi interior. «Recuerda, por favor».

Tiene el flequillo revuelto y las puntas rosas cubiertas de sangre seca. También tiene las mejillas manchadas. Aun así, me parece la persona más deslumbrante que he conocido jamás. Aunque, cómo no iba un monstruo como yo a encontrar consuelo en alguien igual. Estamos rotos. Somos armas rotas y peligrosas.

—¿Estás bien, Emery? —digo en voz suave mientras me quito la

capucha y la miro con comprensión—. Ven, levanta los brazos. —Hace lo que le digo sin quitarle el ojo de encima a los cuerpos de los dos hombres.

Me alegro de que los haya matado. Si no lo hubiera hecho, habría acabado yo mismo con ellos. Aunque ahora tenemos un problemón entre manos: esos tíos tenían familia. No los han declarado muertos como a nosotros.

Se me tensan los músculos del cuello. Debería haber estado aquí. Aunque sé que es más que capaz de cuidarse sola… Me gustaría haber estado aquí para que no tuviera que saber lo que es perder el control. Puede obligarte a hacer cosas que nunca te perdonarás. La cicatriz que tiene en la sien todavía se le nota mucho. Me obligo a apartar la mirada.

Le quito la sudadera, que está manchada de sangre, y la dejo caer al suelo antes de ponerle la mía. Alza la mirada hacia mí despacio, la capucha le cubre la frente y la hace parecer pequeña y delicada. Noto una oleada de calidez en el pecho.

—Venga —susurro sobre su oreja mientras la acerco a mí para levantarla y llevarla de vuelta por donde vine. Emery se enrosca sobre sí misma en mis brazos.

Frunzo más el ceño. ¿Ya se sentía así cuando tuvo que cumplir con el papel de sicaria? ¿Por eso siempre dejaba a sus víctimas en posiciones de lo más artísticas y sombrías? Una asesina deseando que la pillasen y la encerrasen. Una que soñaba con ser algo más.

Este es el trauma del que quería salvarla, pero parece que es imposible huir de tu pasado. De un modo u otro, termina encontrándote. Me trago el nudo que tengo en la garganta. Yo tampoco puedo huir de mi pasado. Antes o después, sabrá lo que soy de verdad, y entonces todas las miradas curiosas y lascivas que me roba se habrán acabado.

Me merezco sufrir así.

Bajo los labios hasta su frente e inhalo su aroma floral. «Joder, cómo la he echado de menos». Ahora mismo quiero ser débil y cuidar de ella. Quiero sucumbir a la necesidad de dejarla entrar una vez más, pero no me fío de mí mismo. ¿Cómo iba a hacerlo? La culpa me carcome por dentro.

En cuanto entro por la puerta, Gage nos ve y corre hacia nosotros. Se detiene al estar lo bastante cerca como para ver la sangre que tiene Emery en los brazos y la cara. Abre los ojos de par en par y me mira como diciendo: «Mierda».

—La he encontrado en el callejón que hay entre los edificios —susurro mientras se la entrego sin preguntar.

Él enseguida entiende lo que estoy haciendo y alza los brazos para sujetarla. Me alegro mucho de que sea Gage y no Thomas o Kayden. Confío en Gage, sé que le tiene cariño a nuestra chica sin recuerdos.

Traga saliva, nervioso.

—¿Qué le digo a Thomas? ¿Ha herido a alguien? —lo último lo dice en voz baja, mirando a su alrededor para asegurarse de que no estamos llamando la atención. Por suerte, la mayoría de los soldados están demasiado metidos en sus asuntos y entrenamientos como para meter la nariz en problemas ajenos.

Le doy una palmadita en el hombro.

—No pasa nada. Yo me encargo. Tú llévala abajo y límpiala. Métela en la cama y deja que duerma para que se le pase. Si Thomas pregunta qué ha pasado, dile que la he encontrado yo y que hable conmigo si quiere —digo con voz seria para dejarle claro que no es un tema abierto a debate.

Él duda y la mira.

—Ha matado…

—Gage —le espeto. Él se queda quieto y pálido al ver el dolor en mis ojos—, no te lo voy a repetir. —Lo fulmino con la mirada. Se le tensan los hombros, pero asiente con seguridad.

Haría lo que fuera por ella.

Aunque nunca recuerde lo mucho que la quiero.



Me tiembla la mandíbula mientras me fumo el último cigarrillo de la cajetilla, observando desde el muelle a los tiburones, que se mueven juntos de forma frenética bajo la oscuridad a un par de cientos de metros mar adentro del lugar de entrega. Está oscuro, ya pasa de la

medianoche, pero la luna me permite ver las sacudidas desde aquí perfectamente.

El problema de estar en las Fuerzas Oscuras es que antes ya éramos personas horribles, pero ahora somos incluso peores.

Entrego un bote negro del fármaco experimental. Mi contacto me sonríe y se lo guarda en el bolsillo.

—¿Sabes, Cameron? Creí que no ibas a llamarme nunca. No después de haberme rechazado tantas veces. ¿Qué te preocupa tanto de repente? Belerik jamás ordenaría tu ejecución por dos soldados de arriba. —Él también le da una calada larga a su cigarro. La sonrisa se le extiende hasta los ojos mientras observa a los tiburones darse un festín.

Me alegro de que haya respondido al teléfono y decidiera ayudarme a solucionar este desastre. No sé cómo estaba tan cerca, apenas tardó veinte minutos en llegar. Es casi como si ya estuviera preparado en algún lugar de la base. Cierro los ojos e intento no darle demasiadas vueltas. Si quisiera que supiera quién es en realidad, me lo diría.

—Ya lo sé… No estoy preocupado por mí. —Dejo escapar un largo suspiro. Cada vez me cuesta más ocultar mi cansancio. Todo el mundo tiene un límite antes de que el mundo empiece a ser una carga demasiado pesada.

—Anda, ¿y quién es la chica? —Sonríe con malicia mientras hace girar el bote de pastillas en la mano. Sé que estoy traicionando al general Nolan al filtrar las drogas, pero llevo pensándolo desde las pruebas del Descenso. Hoy me ha quedado claro. Necesito su ayuda. Sus recursos son muy amplios, tal y como prometió.

Tiro el cigarrillo y lo aplasto bajo la bota para después encaminarme de vuelta a la base. Me detengo a su lado, mirando en dirección contraria.

Nunca había sentido las manos tan frías como cuando las aprieto ahora en los bolsillos.

—Es la única soldado a la que no eliminaré en una misión.

Suelta una risita y empieza a alejarse despacio.

—Entonces, ¿no son más que negocios? ¿Siempre te afectan tanto las transacciones? —Ese tonito burlón me pone nervioso mientras lo

veo desaparecer al doblar la esquina de la calle.

Capítulo 9

Emery

El aire es gélido y hay una niebla espesa donde estoy, de pie delante de una propiedad que apesta a familia adinerada. Las paredes están descoloridas, cubiertas de musgo en las esquinas y con enredaderas que llegan hasta las ventanas del segundo piso. La valla que rodea la mansión mide tres metros de alto, es negra y con puntas de flecha en la parte superior. Hay farolas por todo el camino de la entrada, con una separación de quince metros entre una y otra y el personal de la casa aguarda mientras uno de los empleados me acompaña escaleras abajo para saludar a mi madre.

Es una mujer alta, delgada y viste un ajustado vestido negro que le llega a los tobillos. Parece que acaba de volver de un funeral.

—Madre. —Inclino la cabeza con respeto cuando pasa a mi lado sin dirigirme la palabra—. ¿Cómo ha ido la transacción? ¿Hemos alcanzado una tregua? —pregunta.

Dios, espero que sí. Mi padre me va a hacer otro encargo si la tregua no se mantiene tal y como era de esperar.

Mi madre se detiene bajo el enorme marco de mármol de la puerta de la entrada y me mira por encima del hombro con crueldad.

—Será mejor que te prepares.

No dejo caer los hombros hasta que se ha ido.

Nunca puso ninguna objeción al papel que juego en la familia, pero dejó de quererme el día que empecé a matar por el negocio.

«Esta no soy yo», pienso mientras le hago un corte limpio a lo largo de la columna vertebral del jefe de seguridad de los Larsen. Reed tenía razón: me siento mejor si le doy un toque artístico. Supongo que por eso siempre ha sido mi mentor. Su siniestro consejo nunca me ha fallado.

Me gusta dejarlos en posturas que inciten ideas sombrías que sean

difíciles de olvidar.

Dejo que el bisturí se deslice por la piel que cubre la parte posterior de las costillas y tiro de una banda de músculo para que parezca el ala de una mariposa. Los he estado ensamblando como un libro de ilustraciones. A la primera víctima de esta pieza en concreto la dejé con la espalda muy poco abierta. Luego, a la siguiente la coloqué con la espalda completamente arqueada y al aire, como si fuera una oruga saliendo del capullo.

Le corto la comisura de los labios al hombre para que parezca que está sonriendo. A lo mejor la muerte le ha dado la libertad. Espero que así sea.

Deseo ser libre.



Noto calor en la espalda al despertar. Es una sensación agradable y fácil de dejarse llevar por ella. Al principio creo que sigo soñando, pero enseguida recuerdo dónde estoy y lo que acabo de hacer.

Esos dos soldados están muertos. Los maté sin pensármelo dos veces.

El olor a hierro del ambiente se me clava en la parte posterior de la lengua y hace que se me erice el vello de la nuca. Siento como si fuera la copiloto de mi propio cerebro y solo pudiera observar las cosas horribles que hacían mis manos.

Me tenso de la cabeza a los pies e inhalo con brusquedad. Es como si me hubiera roto como una presa y toda el agua hubiese salido a chorro. Y ese sueño… Ha sido el más real que he tenido hasta ahora. Un escalofrío me recorre el cuerpo.

—Shh, tranquila. Estás bien. —Un marcado acento me calienta la oreja y recupero el sentido. Ahora siento la comodidad de la cama y el familiar aroma a abedul.

¿Mori? Me da un vuelco el estómago y me vuelvo muy consciente de todos los puntos en los que su cuerpo toca el mío y de dónde están sus manos. Con una de ellas me hace círculos en el antebrazo con lentitud. Entonces caigo en la cuenta de que no tengo la cabeza

apoyada en una almohada, sino en su bíceps. Tiene el brazo doblado y juega con un mechón de mi pelo entre los dedos.

—¿Mori? —susurro mientras cierro los ojos e intento decidir si esto también es un sueño. Pero lo otro no fue solo eso, ¿verdad? Me concentro. «Sé que esos eran mis padres». Era demasiado real. Demasiado vívido para ser solo un sueño. Y, si eso es cierto, entonces también lo son todas las cosas horribles que hice en él.

—¿Quién iba a ser si no? —dice en voz baja, aunque hay cierto cansancio en su tono. Me pregunto cuánto tiempo lleva despierto y junto a mí.

—¿Qué hora es? ¿Cómo he…? —dejo de hablar e intento forzarme a recordar cualquier cosa que ocurriese tras matar a esos imbéciles. Pero no me viene nada a la mente.

Él inspira hondo y desenreda despacio su cuerpo del mío. Casi se me para el corazón cuando se aleja. Mi cuerpo ya empieza a rememorar la sensación de su pecho pegado a mi espalda. Aprieto los labios para que no vea mi cara de decepción.

Mori se incorpora sobre un brazo y me mira desde arriba. Sus ojos verde salvia no están llenos de la cruel indiferencia que suelen reflejar siempre, esta vez su mirada es amable. Tierna. Está despeinado y le caen varios mechones rubio pálido sobre la frente.

—¿Recuerdas algo? —Me roza la mejilla con el pulgar para limpiarme la baba, creo. La sonrisilla pícara que esboza medio confirma que así es.

Me pongo colorada y el corazón me da un vuelco.

—Recuerdo que me atacaron y luego… ya estaba oscuro y les habían dado una paliza. Tengo muchas lagunas. —Qué inocente suena dicho así. Parece que no había dientes desperdigados por el asfalto ni sangre y trocitos de carne incrustados en los poros de las paredes de hormigón.

—Cuando dices «darles una paliza» te refieres a que les reventaste la cara hasta hacérsela papilla literalmente sobre el cemento, ¿verdad? —remarca sin emoción alguna en la voz.

Me incorporo y lo miro con reticencia.

—Tenía muy mala pinta, ¿no?

Se le dibuja una sonrisa triste en los labios y me da un golpecito en

la frente.

—Sí.

—Fue muy raro, como si no tuviera ni una pizca de control. —Hablo en voz tan baja que no estoy segura de si me oye. Me miro las manos. Son tan pequeñas que parece imposible que puedan provocar tal caos, pero no puedo negar la verdad de lo ocurrido.

La preocupación crece en mi interior. ¿Y si hubiera sido otra persona? ¿Y si hubiera sido uno de mis compañeros de escuadrón o Mori? Me entran ganas de vomitar solo con pensar en atacarlo.

¿Es así como se siente él todo el tiempo? Ha matado a sus propios compañeros. ¿Cómo es capaz de vivir consigo mismo? Apenas deja entrever un ápice de emoción. ¿Lo quemará por dentro? ¿Sentirá algo o se habrá vuelto frío e insensible a todo? Puede que esto llegue a matarme.

Si esto sigue así, puede que el teniente Erik hasta se lo ordene a Mori o a lo mejor incluso envía al escuadrón Riøt a por mí.

Los ojos de Mori se llenan de empatía, algo de lo que siempre pensé que carecía, la verdad.

—Ven conmigo. —Se desliza de mi cama y se pone los zapatos informales.

Lo sigo de puntillas, intentando hacer el mínimo ruido posible para atravesar la habitación sin perturbar los ronquidos de nuestros compañeros.

Cuando llegamos al pasillo, bajo la vista hacia la ropa que llevo puesta. Voy envuelta en la sudadera gris que vestía Mori antes. Me llega más abajo de las rodillas. «Joder, es mucho más grande de lo que parece». Me acerco el cuello de la tela a la nariz, inhalo su aroma y dejo que me reconforte.

Se detiene un poco más adelante y espera a que llegue a su altura, fijándose en cómo sujeto su sudadera cerca de la cara. La dejo caer de inmediato.

—¿Confías en mí, Emery? —dice en un tono que indica que quizá no debería.

—Normalmente no, pero teniendo en cuenta el día que llevo… —Esbozo una sonrisa irónica.

Él me guiña un ojo.

—Bien. Entonces, después de ti. —Mori mira a ambos lados del pasillo antes de quitar la tapa de un conducto de ventilación que está a medio camino de las duchas por un lado y del gimnasio por el otro.

—Espera, ¿quieres que me meta ahí dentro? —grito en un susurro.

Él asiente sin vacilar. Me cago en ese encanto suyo que no es de este mundo, aunque también es cierto que me ha salvado, así que lo mínimo que puedo hacer es seguirle el rollo.

Entro de primera. El hueco es amplio, hasta él cabe sin problema. Mori vuelve a encajar la tapa del conducto a nuestra espalda y me da un pellizco en la parte posterior del muslo para que empiece a moverme.

—¡Ay! —Le doy un golpe en el hombro y él suelta una risita a modo de respuesta. Noto como si me hubiera quitado un peso de encima al observarlo. En este momento, no parece él mismo. Es una persona completamente diferente al soldado gruñón y callado que conocí.

Doblamos varias esquinas antes de atisbar una enorme sala. Me recuerda a una fosa séptica, de esas con forma de caja que son el punto de unión de varios túneles, pero está vacía, en el fondo solo hay hojas secas y telarañas. Una larga escalera se extiende hacia el techo, donde hay un agujero cuadrado bloqueado por unos barrotes, pero Mori se acerca a un teclado situado en la pared más alejada; está claro que conoce este sitio como la palma de su mano.

—¿Qué hace esto aquí? —Alzo una ceja mientras introduce el código. No me molesto en intentar verlo ni en recordar los números. No es que vaya a intentar escapar de las Fuerzas Oscuras. ¿A dónde iba a huir alguien como yo?

La cerradura hace clic y la puerta enrejada que cubría el agujero se abre.

Yo soy la primera en subir y él me sigue.

—Por si se produce un asalto, o la base colapsa por un terremoto, y las escaleras son inaccesibles. Estos túneles están reforzados y no cederán a la presión, al contrario que la sección principal del edificio. —Lo dice como si fuera lo más práctico.

—Entonces, ¿por qué venimos ahora por aquí? ¿A dónde me llevas

exactamente? —digo con recelo mientras nos acercamos a la cima. Una brisa entra por el conducto y la luz de la luna se cuela e ilumina la zona.

—Déjate de preguntas. Sigue subiendo y no mires abajo —masculla Mori con diversión en la voz. Como no podía ser de otra forma, ahora que lo ha dicho, miro hacia abajo.

Estamos tan altos que apenas se ve el fondo. Parece un pozo oscuro. Me empiezan a sudar las manos y me agarro a la escalera de metal con todas mis fuerzas.

A Mori se le escapa un ronquido al intentar aguantarse la risa.

—Lo has hecho a propósito. —Me obligo a seguir avanzando y solo suspiro aliviada cuando por fin llegamos arriba y vuelvo a estar en tierra firme.

Mori coloca la reja en su sitio con cuidado, se pone de pie y me tiende la mano. Entrecierro los ojos, pero la acepto. Me levanta y examino la zona.

Estamos en el margen exterior de la base. La playa y el mar están a poco más de treinta metros de distancia. El aire de la noche es fresco, pero también trae el aroma de la sal y la niebla. El sonido de las olas al romper ahoga cualquier otro ruido.

—Vale, entonces, ¿me has traído al mar? —Sonrío con arrogancia, la verdad es que casi aprecio la aventura nocturna para distraerme de las cosas horribles que he hecho hoy y las que recordé del pasado. Noto como si el tatuaje que me acabo de hacer en la espalda fuera un cálido reguero líquido que me baja por la espalda.

Baja del pequeño montículo de rocas sobre el que estamos y yo lo sigo.

Insisto cuando no me contesta.

—¿Mori?

Frunce el ceño y luego su expresión se tuerce en una mirada angustiada.

—¿Sabes? Lo cierto es que odio que me llames así.

Inclino la cabeza hacia un lado.

—¿Y cómo quieres que te llame? Así es como te llama todo el mundo.

Reflexiona sobre mis palabras por un instante antes de volver a

centrarse en el mar y a contemplar las olas que forman crestas blancas bajo la luna. Me pregunto si intentan alcanzarla, solo para que la gravedad las haga caer de nuevo.

—Ya sé que todos me llaman así. Porque para ellos soy un monstruo, algo que no tiene nombre. Solo una definición. Anónimo. Muerte.

Sonrío ante su tono sombrío. Habría que escribir sus palabras y grabarlas en una lápida para exhibirla en una biblioteca vieja para el recuerdo.

Veo que tiene una ramita enganchada en el pelo y se la quito con cuidado mientras contesto.

—Entonces, ¿qué soy yo después de lo que he hecho? —No me atrevo a contarle el recuerdo de mi padre. Aún no. Al menos en el pasado tenía cierto control. Sabía qué estaba haciendo e incluso me tomaba ciertas libertades con lo que le hacía después a los cuerpos. Lo de hoy ha sido algo completamente diferente.

Se me queda mirando unos instantes en los que le pasan mil cosas por la cabeza antes de llevar su mano a la mía. Ignora mi pregunta y dice:

—¿Has tenido ya problemas para dormir? Por las drogas, quiero decir. —Su voz es suave, pero hay cierta tristeza en su tono. Como si ya supiera la respuesta y lo que significa.

Coloco mi mano sobre la suya y noto un subidón en cada fibra de mi ser cuando nos tocamos.

—Sí, más o menos. Ahora mismo estoy muy despierta y me cuesta quedarme dormida. Cuando por fin me duermo, tengo un montón de sueños. Creo que he recordado más sobre mi pasado en los últimos días que en todas las semanas desde que desperté —susurro.

Se le nota el cansancio en los ojos, la piel alrededor de las pestañas tiene un ligero color rojo por las noches en vela.

—Acostúmbrate, vas a pasar muchas más noches despierta y vagando por el mundo en la oscuridad como yo.

—¿Fue así como descubriste el conducto de ventilación? ¿Vienes mucho a esta playa? —Mi voz suena débil al pensar en que la mayoría del tiempo que pasó aquí estuvo solo. Sin duda eso no hace que sea fácil acercarse a él.

—Sí, no hay mucho más que hacer. Ya he leído todos los libros de la biblioteca, contado hasta la última baldosa del suelo de todas las habitaciones y he pensado en todas las muertes que algún día llegaré a vivir. —Lo dice como si no le importase la soledad de la que parece plagada su vida, sin embargo, su mirada está llena de melancolía. Siempre lo está. Quizá por eso lo encuentro tan entrañable y sobrecogedor.

Al fin y al cabo, las cosas tristes suelen ser bastante bonitas.

—¿Tú? ¿Pensando en la muerte? Por las historias que he oído sobre ti, estoy bastante segura de que eres inmortal —digo mientras me río.

Un reguero de sangre le baja por los labios. Ni siquiera parece molestarle. Se limita a limpiárselo con la manga. Es fácil pensar que estamos bien porque no sentimos las secuelas de las pastillas, pero no estamos bien. Ni de lejos.

—Hace varios días que me sangra la nariz —admito. Estuvo ahí la primera noche, pero, desde entonces, he tenido mucho más cuidado para mantenerlo en secreto.

Aprieta los labios.

—Irá a peor.

—Quizá vaya a mejor.

Me mira de reojo.

—Qué positiva eres.

—Y tú qué negativo —mascullo en respuesta.

Veo un destello en su mirada y su leve sonrisa se llena de esperanza. Abre la boca para decir algo más, pero se lo piensa dos veces y la vuelve a cerrar. Lo que hace en cambio es llevarme más cerca de la orilla, guiado por la luz de la luna y las olas elevándose a lo lejos.

—Quítate los zapatos —dice mientras se descalza él también.

Hago lo que dice, aún complaciendo el calorcito que noto en el pecho al sentir que está compartiendo su excursión nocturna secreta conmigo.

Piso la arena y me sorprende lo caliente que está, incluso ahora, durante los meses más fríos del año. Alzo la mirada hacia él.

—¿Y ahora qué?

—Vamos a dar un paseo y a disfrutar de algo antes de que nos envíen de cabeza a una misión que tiene muchas posibilidades de irse a pique.

Aprieto los labios mientras bajo la vista hacia mis pies justo cuando el agua los saluda en la orilla.

—¿De verdad crees que pinta tan mal? —digo mientras caminamos por la playa. Ahora mismo podríamos ser cualquiera excepto quienes somos en realidad. Si cierro los ojos y finjo, podría ser verdad. Un mundo lejos de este, sin cicatrices ni pastillas ni sangre.

«Él estaría allí».

Me arden las mejillas por la imagen de Mori en mi mente, sonriendo mientras hacemos algo tan normal como cocinar huevos revueltos un sábado por la mañana.

Mori me roza la mano con los nudillos, su tacto me trae de vuelta al presente.

—Sí. Thomas no se equivocaba el otro día. En el mejor de los casos, esto es una misión suicida. Nunca he tenido que escoltar y proteger a un activo. ¿Y si no puede abrir la puerta antes de que lleguen los refuerzos? ¿Y si muere? El capitán Bridger no nos dejará volver sin ese pen drive.

Asiento pensativa.

—Y ahora yo también mato gente sin darme cuenta. No sé cómo lo haces. —Las palabras salen sin delicadez alguna de mi boca y se quedan suspendidas entre nosotros antes de que pueda recapacitar.

Él se detiene y una expresión de dolor se extiende por su rostro. Mori tensa la mandíbula y suelta el aire despacio.

—Lo siento…, pero, en serio, ¿cómo lo aguantas? No los conocía, así que no me pesa tanto, pero ¿y si te hubiera hecho daño a ti? Creo que no podría perdonármelo nunca —digo en voz baja. Frunzo el ceño al ver cómo su rostro se contrae más por la miseria y la pena.

—Traicioné a la única persona que he amado y jamás me lo perdonaré. —Aparta la mirada cuando se le quiebra la voz.

Noto una punzada de dolor y las lágrimas empiezan a acumulárseme en los ojos, pero no sé por qué. A lo mejor mi subconsciente se compadece de él. O quizá es porque ama a otra

persona y me molesta. Entrelazo mis dedos con los suyos con delicadeza para que vuelva a girarse hacia mí.

—¿Qué hiciste? —pregunto aun sabiendo que suena un poco agresivo. Se me queda mirando un rato antes de desviar la vista hacia las olas.

—La maté.

Se me encoge el corazón. ¿Mató a la persona que amaba?

—¿Cómo? —Debo de ser o muy valiente o muy estúpida.

Mori deja que el silencio hable por él. Yo decido no seguir tentando a la suerte.

Un par de minutos después, se aclara la garganta y cambia de tema.

—En fin, si tenemos que preocuparnos los dos por perder el control, entonces la misión está condenada al fracaso desde el principio. Aunque yo solo tengo tendencia a matar a mi compañero directo. —Sus ojos se encuentran con los míos brevemente antes de que vuelva a reanudar la marcha por la playa.

Me quedo un par de pasos atrás y dejo que mi mirada se pose en su espalda. La arena caliente y húmeda me calma mientras camino despacio entre la línea que conecta la tierra con el mar.

—¿Sabes? Todo este tiempo he pensado que eras un desalmado, pero, por alguna razón, no te imagino haciéndome daño. Si pierdes el control, estaré a salvo —murmuro en tono confiado.

Él aprieta las manos en un puño y no responde, aunque seguimos caminando.

—Dime algo sobre mí. —Cambio de tercio para no pasarnos la noche bajo un velo de tristeza.

Mori gruñe.

—Esta noche no, Emery. —Vuelve a sonar frío, ha hecho lo que mejor se le da: distanciarse.

Me detengo. Mori da un par de pasos más antes de darse cuenta y girarse para mirarme.

—¿Por qué me ayudaste antes? Si me encontraste y viste lo que hice… ¿Por qué me ayudaste? —Me contempla con una expresión que no soy capaz de descifrar.

—Te encontré por casualidad. No te estaba buscando para

ayudarte ni nada de eso. —Por su voz, parece que le molesta que crea que sería capaz de ayudarme.

Dejo escapar un breve suspiro.

«Qué terco es».

—Da igual. No tenías por qué hacerlo y, viendo que no estoy en un sótano ni encerrada, supongo que conseguiste que ni Thomas ni el teniente se enterasen, así que… gracias.

Alza un hombro y lo deja caer de manera despreocupada mientras me hace un gesto para que lo siga.

—Fue pura suerte, no le des más vueltas, ¿vale?

Sonrío a su espalda y meto las manos en los bolsillos.

—Vale.

Capítulo 10

Emery

El teniente Erik no deja de darnos órdenes a grito pelado toda la mañana. Hoy volamos al Descenso para prepararnos para la misión. Es un vuelo de varias horas y salimos a las diez de la mañana, así que llegaremos con mucha tarde que quemar.

Gage me dio la tabarra todo el viaje. Al parecer, fue él quien ayudó a limpiarme la sangre y a evitar a Thomas y Erik. No parece que sepa lo que hice exactamente. «Mori es un regalo del cielo». A Gage no le bastó con que le diera las gracias y ahora quiere que le ceda mi postre durante una semana cuando volvamos de la misión.

—Vale, pero no vuelvas a sacar el tema, ¿entendido? —Le doy un empujón en el hombro y él se ríe como si no fuera yo la que se juega el cuello si alguien nos escucha hablar de eso.

Kayden está sentado a mi lado y se echa el pelo hacia atrás mientras se estira. Estoy segura de que tiene tantas ganas de mover las piernas como yo.

—¿Al final qué tatuaje te hiciste, Emery? Ayer te fuiste tan pronto a la cama que ninguno llegamos a verlo —dice entusiasmado. Thomas mira hacia nosotros, pero los demás no parecen interesados en absoluto, y eso incluye a Mori.

—Solo una línea. —Me subo la sudadera hasta los hombros para que la vean.

—Joder, qué rara eres —dice Gage en tono jovial intentando reprimir una risa. Yo me encojo de hombros y sonrío por la calidez que siento al estar con mi escuadrón.

Kayden le lanza una mirada de desaprobación a Gage.

—Pues yo creo que es muy moderno y elegante —alaba.

«No pensaría lo mismo si supiera lo que le dije a Kate», reflexiono.

Mori observa nuestra interacción antes de apartar la mirada. Tiene

que haber una forma de conseguir que se abra más, como hizo ayer a la noche antes de que yo abriese la boca para decir una estupidez y se cerrase en banda de nuevo.

Casi había olvidado el frío que hace aquí arriba. No permanecemos mucho tiempo en el exterior, pero el aire me quema en los pulmones en cuanto se abren las puertas del avión. Lo familiares que me resultan estos bosques y el mundo nevado me golpea y una sensación de puro terror hace que se me pongan los pelos de los brazos de punta.

—¿Estás bien? Tienes pinta de estar a punto de vomitar —me dice Gage inquieto. Sus ojos marrones son dulces y están llenos de preocupación.

Mori echa un vistazo por encima del hombro y nuestras miradas se encuentran por un breve instante. Fuerzo una sonrisa.

—Sí, estoy bien. Es solo que el frío me ha pillado por sorpresa —miento.

Kayden me lanza una sonrisa de comprensión.

—Creo que todos nos pusimos malos la primera vez que volvimos a este sitio. No te preocupes, no recuerdas mucho, así que a lo mejor no lo pasas tan mal.

¿Todos se sintieron así? Mi cara ha debido de delatar lo que estaba pensando porque Gage asiente y me da un empujón.

—Todos hemos vivido un infierno solo para estar en un escuadrón. Alégrate de no recordar lo peor. —Habla en voz grave y con la mirada fija en la nuca de Mori. La forma en la que Kayden baja los ojos con culpabilidad me inquieta.

Sea lo que sea lo que no me cuentan, está claro que tiene que ver con Mori.



Nos pasamos el resto de la tarde en el campo de tiro del Descenso.

Al parecer, a los escuadrones de las Fuerzas Oscuras se les permite usar las instalaciones subterráneas cuando están entre un ciclo de reclutamiento y otro.

No me acuerdo de este lugar, pero, en cuanto cruzamos las

puertas de acero dobles y la arena, la nostalgia y un sentimiento de que este es mi sitio se me clavan en el estómago. Los soldados que permanecen en el borde de la arena y que deberían tener cadetes a los que mantener bajo control también me provocan cierta melancolía. Están sin hacer nada y los oigo discutir nuevas opciones de pruebas para el próximo curso.

Se me eriza la piel al ser consciente de que aquí abajo hay gente a la que conocía, y a la que echo de menos (por algún motivo), a pesar de que no recuerde sus caras. Es casi como si percibiese a los fantasmas que viven en las paredes de este infierno, a mucho más de dos metros bajo tierra, llamándome para que vuelva a casa y susurrándome para que recuerde.

«Recuerda». Intento dejar que fluyan los recuerdos, pero lo único que me llega es la nostalgia, nada sólido.

Bajamos por una serie de pasillos hasta llegar a una habitación construida con paredes de cristal a prueba de balas.

La armería es increíble. No se parece en nada a la que tienen las fuerzas de arriba, ni tampoco al arsenal que tenemos en Coronado. Me preguntaba si aquí es donde guardaban todas las cosas guais. Lo más seguro es que casi todo lo que hay aquí ni siquiera sea legal y esté todavía en fase de prueba. Un zumbido de emoción me recorre las venas.

Gage y Thomas permanecen juntos, ya que son un equipo. El rifle de francotirador parece ligero en brazos de Gage mientras lo coloca en posición de disparo. Kayden y Erik trabajan en la estrategia con Mikah. Apareció unos minutos después de nosotros, al parecer llegó en algún momento del día de ayer para prepararse. Ella también tendrá que conocer los detalles de todos los planes de contingencia por si las cosas se ponen feas.

Mori está apoyado contra una pared tras haber terminado de calentar la puntería y de rajar a los maniquíes balísticos. Se enciende un cigarrillo y se permite observarme mientras examino la selección de granadas de humo y las bengalas etiquetadas con las letras FO.

Es impactante todo lo que tienen aquí que pueda que nunca vea la luz del día. Sigo sin estar convencida de que el plan que ideó Bridger vaya a ser del todo efectivo, así que bien puedo llevarme un par de

estas por si hacen falta. Encuentro varias bengalas de humo blanco y rojo. Una sonrisilla pícara se extiende por mis labios.

—Más tarde, tú y yo nos vamos a la sala de simulación. Será mejor que te tomes un par de pastillas antes para no encontrarte mal. La simulación puede provocar unos dolores de cabeza terribles sin los analgésicos adecuados —refunfuña Mori mientras se desplaza para caminar a mi lado y analizar en qué estoy tan interesada. Su brazo me roza la espalda mientras da pasos lentos. Inhalo bruscamente y tenso la mandíbula para no revelar lo que me provoca.

—¿No llega con cuatro pastillas cada cuatro horas? —pregunto con aire de suficiencia. Él simplemente me arrolla con la mirada y sigue examinando las armas—. ¿Para qué es la simulación, de todas formas? —pregunto mientras paso a la sección de cuchillos de combate. Qué bonitos son, joder. Las hojas están colocadas sobre un cristal opaco blanco con una luz que las ilumina desde abajo, lo que hace que los cuchillos brillen y den ganas de llevárselos.

—Es una prueba mental para asegurarnos de que estamos cuerdos antes de salir al terreno. —Lo miro y él sonríe antes de obligarse a ponerse serio—. También sirve para probar la efectividad de las drogas.

Ah, sí, qué fácil es olvidar que para ellos ahora no somos más que conejillos de indias. Esta será la primera revisión oficial con una máquina para evaluar mis ondas cerebrales. Sin embargo, ¿será eso todo o habrá algo más? Un hilo de miedo hace que se me acelere el pulso.

—¿Es peligroso? —pregunto en voz baja. No me hace demasiada gracia que alguien oiga mis inseguridades, aunque sean los miembros de mi escuadrón. En las Fuerzas Oscuras no nos podemos permitir el lujo de la debilidad, precisamente.

Mori se lo piensa un instante.

—Pues, si te soy sincero, sí. Muchos soldados han muerto durante las pruebas. Pero, tú y yo…, somos diferentes. —Suena esperanzado, pero también hay cierta incertidumbre en su voz.

Noto un hilo de sangre en los labios cuando termina de hablar. Sus ojos se desplazan a ese punto a la misma velocidad que me limpio con el dorso de la mano. Ya estoy acostumbrada. Tengo la mayoría

de las mangas manchadas de rojo.

Mi sangre es más oscura de lo que debería ser, casi negra. Pero, si me duele algo, no lo noto.

—¿De verdad lo piensas? —pregunto sin emoción en la voz. No tengo motivos para estar triste. Lo único que recuerdo de mi pasado es una dinámica familiar de mierda. Soy una asesina. Una delincuente. Estoy mejor muerta.

Mori se muestra apesadumbrado, pero consigue esbozar una ligera sonrisa.

—Sí, de verdad. Antes de las nuevas inyecciones creía que me estaba muriendo. Hasta tú me lo dijiste una vez. —Se ríe, pero a mí no me parece ni la mitad de gracioso—. Ahora la peor parte de los efectos secundarios ha desaparecido. La combinación de pastilla e inyección parece que lo han equilibrado todo. Ahora solo me sangra la nariz de vez en cuando y hasta me noto más estable mentalmente.

—Ajá —resoplo en respuesta justo cuando veo a un puñado de soldados del Descenso pasar junto a la armería. Uno de ellos tiene el pelo de color rojo oscuro y me llama la atención. Echa un ojo a la sala y me pilla mirándolo. Abre los ojos de par en par al reconocerme y se dirige a la puerta a toda prisa.

La abre de un golpe y corre hacia mí.

—¡¿Emery?! —balbucea mientras se estampa contra mí para envolverme entre sus brazos y estrujarme bien fuerte.

Me quedo tensa. «Me conoce». Bueno, o eso supongo por cómo ha reaccionado al verme.

Cuando no le devuelvo el abrazo, él me suelta y da un paso atrás para mirarme. Ve la confusión escrita en mi cara y su expresión pasa a ser la de alguien conmocionado.

—Soy yo, Damian —explica mientras le lanza una mirada inquisitiva a Mori.

—Lo siento… No me acuerdo de ti. —Mis palabras son sinceras. Parece que le importo. ¿Éramos amigos en el Descenso? Se me encoge el corazón ante el vínculo que siento que hay entre nosotros. También es la primera vez que alguien reacciona así. Eso me da un soplo de esperanza.

Damian se queda boquiabierto y empieza a observarme como si fuera a encontrar algo que le resulte familiar.

—Ah, Emery…, no tenía ni idea. Pero no pasa nada, podemos volver a conocernos. —Le lanza una mirada fugaz de desconfianza a Mori antes de volver a centrarse en mí—. ¿Estás bien? ¿Qué tal te va en el nuevo escuadrón?

Mori, que desprende un aire de irritación a su alrededor, cambia el peso de un pie a otro.

—Se han portado muy bien —digo con torpeza—. Supongo que has superado las pruebas del Descenso, ¿no? Me encantaría ponernos al día. Estoy intentando recordar todo lo que puedo acerca de mi pasado.

A Damian se le ilumina el rostro, a pesar de que hay cierta pena en su sonrisa.

—Claro. No sé cómo vamos a hacer para quedar a tomar un puto café aquí abajo, pero parece que vosotros tenéis más libertad que nosotros —dice en voz alegre. No estoy tan segura de que sea así. Miro hacia Thomas, que sigue trabajando con Mikah y Erik. Siempre estamos vigilados. Controlados—. Puede que yo también entre pronto en un escuadrón. Seguro que te veré más a menudo cuando eso ocurra.

Asiento con ganas y sonrío.

—Me encantaría.

—Tenemos que irnos —interrumpe Mori mientras me empuja hacia la puerta.

Frunzo el ceño, pero me obligo a hablar en tono jovial:

—Mañana nos vamos a una misión, pero encontraré el modo de ponerme en contacto contigo cuando volvamos. —«Si es que volvemos». Enseguida descarto esos pensamientos.

Lo más probable es que vaya a reemplazarme a mí.

Damian me lanza una sonrisa optimista, pero pone mala cara cuando mira a Mori. ¿Por qué no deja de hacer eso?

El general Nolan nos está esperando fuera. Nos guía por un par de pasillos antes de llegar a una puerta de metal con un teclado a su derecha. Se me hielan la sangre.

«No es la primera vez que veo esta puerta». Una imagen de dos

hombres delante de ella y luego entrando se me viene a la mente. Miro a Nolan y a Mori con recelo.

La sala se parece a la del búnker de las pruebas en la que desperté. Las paredes están pintadas de negro y la iluminación es tenue. Hay sillas y mesas de operación alineadas a lo largo del lado izquierdo de la habitación. También hay jeringuillas colocadas y preparadas sobre las bandejas. Un asistente espera paciente detrás de un ordenador mientras introduce los datos de nuestra sesión, o eso supongo.

—Qué buen recibimiento —replico. Mori esboza una sonrisita que no se le refleja en los ojos.

Nolan resopla, no me sorprende que esté impaciente.

—¿Te ha informado Mori de lo que puedes esperar en la prueba? —pregunta mientras gesticula para que me siente. Niego con la cabeza —. Vas a entrar en una simulación de realidad virtual que está pensada para activar tu respuesta ante el peligro. Como sabes, estos medicamentos mejoran todos los aspectos del cuerpo humano, incluidas la agresividad y la reacción de lucha o huida. Vamos a supervisar si aún estás sana mentalmente o si tu cerebro ya se ha empezado a deteriorar por las drogas.

Mi respiración se vuelve irregular y noto un cosquilleo en los dedos por la ansiedad.

Me repetí una y otra vez que no iba a tener miedo si esto me mataba, pero ahora que estoy a punto de descubrir si es así… Tengo miedo.

Mori ni me mira. Se le nota la tensión en los músculos de la mandíbula.

¿Le importa si sobrevivo a esto o no? No sé cuándo empezó a importarme a mí, pero la sensación me revolotea en el pecho.

Nolan nos conecta a una máquina parecida a un electrocardiógrafo. Nos colocan los extremos adhesivos de los cables en el torso antes de darnos un dispositivo de realidad virtual a cada uno. Son cascos negros que cubren completamente la cabeza, parecidos al casco de una moto.

Respiro hondo antes de colocármelo sobre los ojos y orejas.

La oscuridad me rodea al instante. Vacilo antes de alzar la cabeza y

estudiar mi entorno, pero el sonido de una inspiración profunda capta mi atención. Miro hacia un lado y veo a Mori, está sentado con la espalda recta y mirando hacia mí. No lleva camiseta y, a pesar de mis esfuerzos, no puedo evitar que mis ojos absorban hasta el último centímetro de su piel. Largas cicatrices le corren el pecho y las costillas. Los tatuajes bailan y se entrelazan entre ellas igual que una enredadera sobre una estatua.

Su pecho es como un tapiz, una historia de todo lo que ha soportado y experimentado. Siento el deseo de conocerlo más de lo que he podido.

De repente, se me ocurre que esto podría ser solo una simulación de él. Quizá ahora mismo estemos cada uno en nuestro propio mundo.

—¿Esto es…? —empiezo a decir, pero dejo la pregunta flotando en el aire.

—Real —murmura—. Podemos vernos a través de la simulación. — Una parte de mí se siente aliviada y la otra se muere de la vergüenza.

Trago saliva por los nervios.

—¿Eres tú quien va a desencadenar mis reacciones?

Las comisuras de sus labios se curvan en una sonrisa traviesa.

—¿Quién iba a ser si no, Em?

Mi cuerpo tiene una respuesta visceral a su voz y tengo que tragarme el calor que llena todas las cavidades de mi cuerpo cuando lo miro. Me provoca cosas. Cosas crueles y horribles.

Seguimos mirándonos a los ojos un par de segundos y luego el mundo que nos rodea estalla en un campo de batalla, uno lleno de fuego y barro. Las explosiones hacen temblar el suelo bajo mis pies y siento que me mareo.

Vuelvo a alzar la vista y ahora Mori lleva ropa táctica puesta. Tiene el chaleco negro cubierto de sangre y tierra. Su casco tiene unos cortes tremendos en un lado y sangra un montón. Un líquido rojo le gotea por los ojos y los labios, pero aun así parpadea y me grita:

—¡Muévete!

Noto una presión en el hombro cuando obligo a mis piernas a correr hacia él. Me giro para ver qué me produce esa sensación tan

extraña y veo que tengo un cuchillo clavado en la espalda. El miedo me sube por la garganta a medida que alzo los ojos hacia el soldado que tengo detrás.

Sus ojos son como un mar verde. Es idéntico a Mori, pero yo lo conozco por otro nombre. Uno que he olvidado hace tiempo. Un abrumador hilo de traición me consume, a pesar de que no estoy del todo segura de por qué.

«Es solo una simulación», me recuerdo a mí misma, obligándome a mirar hacia delante y a echar a correr hacia Mori.

Tiene los ojos desorbitados y exuda obsesión, lo que infecta el aire con una energía nerviosa.

—¿Quién es ese? Es igualito a ti…

—Solo es Nolan jodiendo —me espeta a la defensiva. Lo miro a los ojos y encuentro dudas en ellos. Asiento, pero hay algo malo que no me está contando.

Un montón de soldados nos atacan de frente. Es como estar en un campo de batalla de verdad. Reconozco todas las caras, pero no consigo ubicarlas. Una mujer muy guapa con el pelo oscuro y unas trenzas brillantes alza el rifle para dispararme.

Me quedo paralizada mientras la observo. Un escalofrío me recorre los brazos y se me llenan los ojos de lágrimas al sentir una fuerte lealtad hacia ella.

¿Quién es toda esta gente? ¿Y por qué me llenan de tanta pena?

No soy capaz de dispararles, pero Mori no se lo piensa dos veces y aprieta el gatillo como si nada. Caen como aviones de papel sobre el océano.

Siento una oleada de adrenalina y me empieza a palpitar la cabeza. Es la primera vez que me duele algo en toda la semana y es un dolor tan intenso que empiezo a rechinar los dientes.

La necesidad de matar a Mori, de impedir que mate a la gente que conocía, se vuelve insoportable. Me caen gotas de sudor por la sien y empiezo a respirar de forma ronca y entrecortada.

—¡Para! —le grito mientras me aprieto la cabeza con las manos—. ¡Deja de matarlos!

Mori da un paso atrás y me lanza una mirada de loco.

—¿Y cómo piensas detenerme? —me grita él también. Se produce

una explosión a lo lejos detrás de él y llueve tierra sobre nosotros.

Un fuego me quema el alma. Es un dolor que no identifico, pero es tan tangible que sé que tiene que ser real.

Desenfundo el cuchillo de combate y asesto un tajo en su dirección. Mori echa la cabeza hacia atrás y me golpea en las costillas; me parte un par, pero no siento nada. Colisionamos el uno contra el otro cuando intento derribarlo. Se nos llena el cuerpo de barro mientras los dos luchamos por ponernos encima.

—Eres malvado. Lo veo. ¡Lo único que te importa es seguir las putas órdenes! —le grito a la cara. —Su pálido pelo rubio está manchado de sangre y tierra y varios mechones se le pegan a la frente.

Se le dilatan las pupilas y me tapa la boca con la mano.

—Ya me han dicho de todo, Emery. Mataré a quien me ordenen —gruñe a un par de centímetros de mi cara. Sus penetrantes ojos se me clavan en lo más profundo del alma.

Le muerdo la mano. No hace ningún gesto de dolor, pero la aparta enseguida para prevenir cualquier daño.

—No me sorprende —le escupo mientras le clavo el cuchillo en el estómago. Le destellan los ojos de rabia justo antes de que me retuerza y me lo quite de encima.

Me tiemblan las piernas cuando me pongo de pie para obligarme a echar a correr en un intento de poner distancia entre nosotros. Sin embargo, él enseguida me alcanza y me clava el cuchillo en la columna, lo que me hace caer al suelo paralizada bajo él.

Todo se vuelve negro.

Aparece la pantalla de fin de la simulación, pero jadeo tanto que me cuesta recuperar el aliento. Me quito el dispositivo con torpeza, ya que mis manos tardan en responder, y, cuando me da la luz de la sala, una oleada de náuseas me da vueltas en el estómago. Me inclino hacia un lado y vomito, pero en vez del desayuno, lo que sale es sangre. El sabor a hierro y metal me baña la lengua y me provoca arcadas.

Abro los ojos de par en par. Eso es nuevo.

Nolan y su asistente están revisando las notas en el ordenador. No parecen preocupados en absoluto con que acabe de vomitar sangre.

Mori dijo que iba a ocurrir.

Se revuelve en la silla y se levanta despacio. Le pesan los ojos y mira a todas partes menos a mí. Una expresión fría se asienta en su rostro.

—¿Me has apuñalado por la puta espalda? —le gruño. La ira corre por mi interior como si fuera una bestia viviente. Quiero hacerle daño por las cosas que dijo en la simulación.

Ni siquiera me mira y se limita a responder:

—Tú me apuñalaste primero, ¿qué esperabas? ¿Una palmadita en la cabeza? —Se arranca los adhesivos de los cables y los tira al suelo —. Me voy arriba —le dice a Nolan antes de salir.

Enrosco los dedos sobre el asiento. Lo único que quiero es seguirlo y presionarlo para que me diga qué coño acaba de pasar, pero sé que Nolan no dejará que me vaya hasta que termine con los resultados.

—Buenas noticias, Morphine. Estás estable como para continuar con el lote de fármacos que estás tomando y puedes ir a la misión. —La voz de Nolan es de todo menos tranquilizadora.

Bajo la vista hasta el suelo, donde está el charco de sangre negra que he vomitado.

—¿Seguro? —pregunto vacilante.

Nolan se gira hacia mí con un bote de pastillas en la mano. Me las lanza y empieza a quitarme la cinta y los cables de la piel.

—Sí, de hecho estás avanzando más rápido que nadie. Con Mori íbamos dando palos de ciego, pero después de los datos obtenidos y las modificaciones que hemos hecho desde entonces, estoy seguro de que podremos implementar esta nueva mejora para todos los soldados de las Fuerzas Oscuras dentro de poco. Y después a las fuerzas de arriba. Seremos implacables. —Su tono tiene siniestras connotaciones. La promesa de un futuro oscuro le destella en los ojos.

Es la primera vez que empiezo a cuestionar si estoy haciendo lo correcto.

No podemos permitir que Nolan haga su sueño realidad. No dejo de pensar en lo indefensos que estamos en realidad en manos de las Fuerzas Oscuras. El rastreador que llevo en la nuca me tiene a su

merced.

Pienso en varias formas en las que podría quitármelo. Según tengo entendido, nos los ponen para las pruebas, así que ¿nos lo quitarán en algún momento? ¿Lo llevan todos los soldados de las Fuerzas Oscuras o nos ganamos su confianza en algún momento?

Frunzo más el ceño a medida que camino de vuelta por los pasillos del Descenso. Me froto el hombro en la zona en la que me apuñaló el gemelo de Mori de la simulación. Hace tiempo que todos han vuelto arriba. Los soldados que viven aquí abajo deben de haberse ido ya a sus dependencias con lo tarde que es.

El Descenso se ha vuelto un lugar silencioso y siniestro, donde cada paso provoca un eco mayor que el anterior a través del vacío. Como una cueva durmiente llena de secretos.

Cierro los ojos y dejo que mis dedos se arrastren por la pared. Un recuerdo despierta de repente en mi corazón. Mis piernas ralentizan el paso hasta detenerse por completo. Mis ojos y mi mente no recuerdan nada, pero mi cuerpo sí. El tacto de las paredes en mis dedos me resulta muy familiar. El laberinto que solo reconozco en las sombras. El mundo lo ha olvidado, yo lo he olvidado. Y solo lo recuerdo al cerrar los ojos y sucumbir a sus pasillos susurrantes.

He oído a los otros escuadrones hacer bromas sobre que el Descenso es el lugar más oscuro hecho por el hombre, pero me cuesta imaginar cómo podría no ser verdad.

¿He pasado mucho tiempo en la oscuridad? ¿Cuántas veces he seguido las paredes para guiarme?

Empiezo a caminar y dejo que mi cuerpo rememore los senderos que una vez conoció. El aire huele a tierra y a cemento. La pared termina, pero mi instinto me lleva a continuar a la derecha, así que dejo caer la mano y me adentro poco a poco en un espacio más amplio. Lo noto por la corriente de aire frío que siento. Me detengo al sentir que debo hacerlo y abro los ojos por fin. He entrado en los barracones y estoy cerca del fondo de la sala. Hileras e hileras de camas ocupan todo el espacio.

El catre que tengo delante está vacío, solo hay un colchón y una almohada sin funda.

Era mi cama. Alzo la vista y encuentro el baño común a un par de

filas de distancia. El silencio me inquieta más que saber que pasé una cantidad de tiempo considerable aquí. Anhelo el sonido de los demás reclutas al revolverse en la cama o hablando hasta bien entrada la noche. Si cierro los ojos, aún puedo oír los sonidos que dejé atrás.

El agua de la ducha sisea llenando el espacio y capta mi atención.

Camino hacia el baño y me detengo al llegar a las duchas. Me sorprende encontrar a Mori en una de ellas.

Se apoya contra la pared sobre un brazo. Todavía está vestido y tiene la ropa empapada. El pelo se le pega a la cara y de su boca sale un ligero hipo de desdicha, le tiemblan los hombros cuando mete la cabeza bajo el agua.

Lo observo durante un buen rato sin estar segura de si debería intentar comprobar si está bien o si es mejor que me quede donde estoy. El calor me sube a las mejillas y se me hunde en el estómago. Mis enfados con él siempre parecen convertirse en algo más lujurioso y retorcido.

Por fin cierra el agua y se gira. Su mirada se endurece en cuanto se da cuenta de que estoy allí, pero no parece sorprendido de verme.

Me trago los nervios que empiezan a formarse en mi garganta.

—Lo siento, no pretendía quedarme tanto tiempo —digo despacio. Pasa a mi lado ignorándome por completo.

Mori se desviste dejando que la ropa mojada caiga a sus pies. Tomo aire al ver su piel desnuda e intento mantener la mirada por encima de su cintura. Abre uno de los armarios que hay contra la pared y saca una camiseta de manga larga y unos pantalones negros.

«¿Sin calzoncillos?» Bajo la vista hacia su pene y respiro hondo al ver lo grande que es. Me arden las mejillas y me obligo a mirar al suelo. Es imposible que lo haya tenido dentro. Siento una necesidad que hace que hasta me duela el mismo centro de mi ser solo de pensarlo.

—¿Qué ha pasado antes? Estás… raro. —Intento confrontar la situación de nuevo.

Se pone la camiseta y me fulmina con la mirada por encima del

hombro cuando ve que doy un par de pasos para acercarme.

—No. —Mori deja caer la cabeza y niega despacio—. Ahora mismo no soy yo. Y tú tampoco. —Intento centrarme en sus palabras, pero no consigo dejar de observar las venas que se le marcan en el cuello.

El calor que noto en la parte baja del abdomen se vuelve insoportable. Quiero tocarlo, con suavidad y delicadeza, pero también quiero que él me toque con la misma brutalidad con la que toca todo lo demás. Quiero sentir su crueldad del modo que creo que debe sentirse.

—Soy malvado, ¿recuerdas? —murmura mientras deja caer sus ojos sobre mí de forma perezosa. Si no fuera por esa tierna expresión de dolor, estaría más que enfadada con él.

—No creí que te lo fueras a tomar tan a pecho. —Cruzo los brazos mientras salgo de la ducha detrás de él y nos encaminamos hacia los barracones.

Él gruñe:

—Tenías razón cuando dijiste que no hay nada dentro de mi pecho.

Le lanzo una mirada exasperada.

—¿Y entonces por qué te picas?

Mori se para en seco y se vuelve hacia mí. Me pilla por sorpresa y caemos sobre uno de los catres. Toma aire de forma brusca mientras me sujeta las muñecas por encima de la cabeza con las manos. Las terminaciones nerviosas de mi cuerpo están a flor de piel desde sus dedos fríos hasta donde su entrepierna está pegada a la mía.

Su agarre es brutal. Es imposible escapar.

—¿Qué quieres de mí, Emery? —Habla con voz ronca mientras sus ojos bajan hasta mis labios. El calor de sus manos se filtra en mis venas como si fuese deseo líquido.

—Quiero que me digas todo lo que pasó en las pruebas del Descenso. Quiero que me digas qué éramos el uno para el otro. —Me tiembla el labio al estudiarlo. Su aroma a abedul me resulta embriagador. Podría empaparme de él para siempre. Me muerdo el labio inferior para reprimir las ganas de alzar la barbilla y besarlo. Varios mechones de su pelo aún mojado me caen sobre la frente mientras encuentro el universo en sus ojos.

«¿Quién eres en realidad?».

Respira hondo antes de dejarse caer más sobre mí. Noto sus suaves labios sobre la oreja. Creo que está a punto de decir algo, pero se limita a apretar la mandíbula y me suelta un poco las muñecas.

Se incorpora despacio y luego me mira a los ojos. Seguro que ha visto que lo anhelo con desesperación. Frunzo el ceño e intento cerrar los muslos para aliviar la tensión que siento. Su rodilla los mantiene separados al notar mi intento de mantener a raya las ganas que le tengo y que se me acumulan entre los muslos.

—Joder —susurra. El tormento se extiende a su semblante tenso.

Veo en sus ojos el momento exacto en el que se rinde al deseo. El hielo que guarda en su alma se derrite y baja las pestañas, entrecerrando los ojos. Me mira como si no hubiera separación entre la luz y la oscuridad, como si de verdad fuéramos dos soldados condenados al peligro de dar vueltas el uno alrededor del otro solo para encontrarnos en secreto al anochecer, para dejar que la sangre que nos mancha las manos desaparezca con el sol.

Mori baja la cabeza hasta posar su frente sobre la mía y después respira hondo mientras nuestros labios se rozan con suavidad, pero sin besarnos. Deja el brazo izquierdo apoyado sobre mi cabeza, desliza la mano derecha hasta la parte baja de mi espalda y empieza a dibujarme líneas sobre la piel con las yemas de los dedos.

—No me recuerdas —murmura—, pero yo no puedo olvidarte. —Su boca choca contra la mía sin darme tiempo a procesar sus palabras. Me embriaga su aroma boscoso y el peso de su afecto. Me besa con pasión, como si se hubiera estado conteniendo y ahora por fin puede devorarme. Disfruto el momento, arqueo la espalda de forma instintiva y gimo mientras nos exploramos con la lengua.

Desliza los dientes por mi labio inferior y se me escapa un gemido justo cuando se deja caer más sobre mí. Una oleada de calor me recorre el abdomen bajo y la presión que me produce su rodilla al tocar mi entrepierna me lleva a restregarme contra él de forma inconsciente.

Me separa las piernas con la rodilla y me agarra fuerte por la cadera. Suelto un grito ahogado por el movimiento y la presión que

ejerce con el pulgar sobre mi piel sensible. Suelta una risita sobre mis labios y se aparta lo bastante como para que lo vea con claridad. Sus ojos se vuelven el reflejo del control y entonces se echa hacia atrás y se sienta sobre los talones como si fuera a detenerse y a dejarme ahí.

Tengo los muslos empapados y necesito aliviar la tensión. No puede darme un anticipo y luego largarse.

—Por favor, te deseo Mori —suplico mientras engancho los pulgares en la cinturilla de los pantalones para bajármelos y quedar expuesta ante él—. Te necesito.

El hambre le destella en los ojos y traga saliva.

—No sabes lo que quieres, Emery. No tienes ni la más remota idea. —Mantiene la mirada fija en mis bragas empapadas y hace un ruidito grave mientras se deja caer de rodillas al suelo y me arrastra hasta que mi culo queda al borde de la cama. Mete un dedo bajo mi ropa interior y la echa hacia un lado sin esfuerzo.

Cuando pasan varios instantes sin que se mueva, me doy cuenta de que me está mirando el coño, lo mantiene abierto y se chupa el labio inferior. Al hacerlo se le ven los colmillos y me entran ganas de que me los clave. Ni me dolería, seguro que sería una puta pasada.

—No me mires —me quejo intentando retorcerme para que me suelte, pero me pone una mano en la cadera para sujetarme bien fuerte e impedir que me mueva.

—Tan tímida como siempre —se burla al tiempo que acerca la boca para detenerse a un centímetro de mi humedad. Su cálido aliento se enreda en mi clítoris y hace que me estremezca y que curve los dedos de los pies sobre las sábanas. Después, se me escapa un grito ahogado cuando me acaricia el coño con la lengua. Sube poco a poco hasta que empieza a hacer círculos sobre el sensible bulto de nervios para después cerrar los labios sobre él y chupar sin compasión.

Se me abre la boca y grito cuando aumenta la intensidad y empieza a comerme el coño como si de verdad quisiera devorarme enterita. Esos ojos afilados no dejan de observar mis caras y se encienden con un hambre ferviente con cada grito, gemido y súplica.

Mori gruñe sobre mi coño y la reverberación hace que empuje las

caderas contra su boca. Me sujeta fuerte por la cintura y entierra los dedos en mi piel mientras sigue devorándome y llevándome cada vez más al límite. Juguetea con dos dedos antes de metérmelos, llenándome y frotando las paredes internas.

—Mori —gimo mientras enredo los dedos en su pelo y levanto las caderas con cada embestida de su mano y cada movimiento de lengua.

Él gime al oír mi voz y eso basta para hacer que me derrita por completo. Se me contrae el abdomen mientras me corro en su mano. Mori lame mis jugos y me da un último beso en la cara interna del muslo al tiempo que vuelve a centrar esos ojos ardientes en los míos.

Algo ha vuelto a cambiar en él de nuevo. Puede que sea tristeza, pero ahora, en su sonrisa torcida y su ceja enarcada hay más esperanza.

Respiro de forma entrecortada, me cuesta volver a controlarla mientras él vuelve a subirse a la cama despacio. Deja que sus dedos se deslicen por mi rodilla y mis muslos para después meterse bajo la camiseta hasta subirme el sujetador y agarrarme una teta.

El calor de su pecho se encuentra con el mío y yo me pierdo en mi interior por la nostalgia que me recorre el cuerpo.

—¿Qué tal te has sentido corriéndote a mi merced? —Me pasa el dedo índice y el pulgar sobre el pezón y hace que me recorra una oleada de calor.

—Ha sido genial —balbuceo. Tengo los ojos entrecerrados, ebrios de deseo. Quiero que él también se sienta bien.

Mori gime mientras le toco el enorme bulto de sus pantalones. Le echo un ojo para asegurarme de que no se va a enfadar si le bajo los pantalones. Es tan cambiante que no sé qué esperar, pero ahora mismo sus ojos están medio cerrados y llenos de necesidad.

Me inclino hacia delante, meto la mano bajo la cinturilla del pantalón y lo encuentro duro como una piedra y a punto de romper los pantalones.

Le toco el glande con la palma de la mano y, antes de darme tiempo a mirarlo de nuevo para confirmar que no va a perder los papeles conmigo, se echa hacia delante y une nuestras caderas de

nuevo.

Se me escapa un gemido cuando me empuja hacia la cama solo con la fuerza del beso. Tiene el ceño fruncido, como si estuviera en conflicto consigo mismo por estar haciendo esto conmigo, pero no se detiene. Creo que yo tampoco podría parar ni aunque quisiera.

Cada vez que gime en mi boca noto un latido de necesidad que se enrosca en mi interior. Lo necesito dentro de mí. Para llenar el vacío.

Me las apaño para dejarle el pene al aire y suelto un leve grito ahogado al ver bien lo grande que es. Mori se echa hacia atrás y esboza una sonrisa traviesa.

—Ven aquí, métete la polla en la boca para que pueda follártela y dejes de hacer preguntas.

Lo fulmino con la mirada.

—Tampoco te pido tanto.

Se levanta y me alza la barbilla para que su miembro quede justo delante de mi boca.

—Pero sí lo haces —susurra mientras me recorre el labio inferior con la punta. Su piel es supersuave. Quiero ver cómo pierde el control, igual que lo perdí yo al correrme.

Separo los labios y me meto el glande en la boca, le acaricio la parte inferior de la polla con la lengua y llevo una mano hasta la base. Se le marcan mucho las venas y eso hace que me empiece a chorrear el coño.

—Joder, tienes una boca perfecta, Em. No recuerdas las cosas importantes, pero para ti esto es instintivo, ¿no? —Mori suelta una risa cruel—. Eso me cabrea mucho. —Enrosca los dedos en la base de las trenzas y me roba el poco aliento que me queda al empujar la cadera contra mi cara.

Me lloran los ojos cuando su polla me golpea en el fondo de la garganta. La engullo entera y él gime, es un sonido tan grave y placentero que me hace poner los ojos en blanco. Me folla la boca como si me odiase a muerte. Consigo centrarme lo bastante como para ver su expresión cuando pierde el control. Tiene la mandíbula relajada, la boca abierta debido a su respiración agitada y esos penetrantes ojos verdes me miran como la chica vacía que soy.

No me da tiempo a pensar qué puede significar esa mirada

anhelante antes de que se corra en mi garganta, obligándome a tragar todo su semen. Su polla se agita en mi boca y la sensación hace que me palpite el coño otra vez.

Respiro hondo un par de veces cuando por fin me la saca. Sigo notando su sabor salado en la lengua y no puedo evitar relamerme.

Alzo la vista hacia él. No sé qué esperaba, quizá que me mirase con ojillos tiernos o que me contase algo sobre él. O incluso seguir y enredarnos juntos entre las sábanas, pero eso no es lo que pasa.

Su comportamiento ha cambiado. Tensa la mandíbula y sacude la cabeza una vez como si quisiera deshacerse de los pensamientos que se han colado en su mente. Se ata el cordón de los pantalones y se da la vuelta para alejarse de mí.

—No te quedes aquí abajo mucho tiempo —suelta bruscamente mientras se dirige a la salida sin decir nada más, dejándome sola en este infierno subterráneo mientras me pregunto contra qué lucha tanto en su mente y por qué me odia tanto.

Capítulo 11

Emery

Gage me arroja un MK-17 y varias granadas sin cuidado alguno. Le lanzo una mirada asesina cuando casi se me cae una. Sería una putada morir así, ¿no?

Dejo escapar un suspiro de frustración.

—¡No bajes la guardia, Morphine! —bromea mientras baja una caja llena de munición.

Gruño cuando me pasa la carga y se dirige hacia el bosquecillo donde hemos establecido un campamento temporal. El teniente Erik ya ha montado la tienda y está revisando el plan con Mikah.

La sigue rodeando un cierto halo de misterio. Es ingeniosa y reservada, rasgos que me hacen desconfiar mucho de ella. Quizá si hubiera dicho dos palabras a literalmente cualquier persona en el avión desde Alaska o en las cinco horas de coche atravesando el desierto de la Gran Cuenca, pensaría otra cosa. Pero sin duda sabe más acerca del contenido de la memoria USB de lo que dice.

Mikah debe de haber notado que la estoy observando, porque me lanza una mirada fugaz mientras me acerco a las otras cajas de suministros. Le hago un gesto escueto con la cabeza y ella me lo devuelve. Tiene el pelo color cobrizo, y lo lleva peinado hacia atrás y atado en una coleta tan apretada como siempre. Ya no lleva un traje formal, ahora viste con ropa de camuflaje de un color entre beis y marrón. No llega a ser equipación táctica, pero tampoco es ropa de civil. Le han puesto un chaleco antibalas, pero, aparte de eso, es completamente vulnerable.

Resoplo. «Bueno, aparte de tenernos a nosotros como escudos de carne».

Kayden y Thomas están montando su tienda cerca de un grupo de peñascos que les cubre la espalda, y Mori se está encargando de

preparar la nuestra justo a su lado. Agh, no sé cómo voy a dormir esta noche teniéndolo tan cerca. Bueno, eso si es que consigo dormir. Tengo un mal presentimiento en la boca del estómago desde que llegamos.

Tras colocar la caja de munición, me encamino hacia él.

—¿Necesitas ayuda? —pregunto, sujetando una de las esquinas de la lona para que no se le eche encima mientras clava el otro lado.

Me mira con desinterés antes de volver a amarrar bien su esquina al suelo.

—¿Para qué preguntas si ya lo estás haciendo? —farfulla en tono sarcástico.

Aprieto los labios y decido no responder porque sé que desviará la cuestión con algún tipo de comentario como lleva haciendo todo el día.

Se ha encerrado mucho más en sí mismo desde ayer en la noche. El viaje en avión hasta aquí fue horrible. Estoy bastante segura de que todo el mundo notó que nos pasaba algo por el silencio y las miradas incómodas.

Que siga intentando mantener las distancias si quiere, pero vamos a tener que solucionarlo esta noche, antes de la misión de mañana.

«Olvídate del tema. Hay cosas mucho más importantes en marcha», me regaño a mí misma antes de volver a centrar la atención en la misión que nos atañe.

Mori termina enseguida de montar la tienda. Metemos las mochilitas de suministros dentro y ayudamos a los demás con la red de camuflaje gris que difuminará nuestro campamento de la vista aérea. Después, comemos en silencio mientras escuchamos al teniente repasar el plan definitivo para mañana.

Tenemos que dormir con la ropa táctica puesta por si sufrimos una invasión. Gracias a que tenemos drones controlando el escondite y compartiendo información con Erik, es poco probable, pero es mejor estar preparados. Al menos, si se da el caso, lo sabremos con antelación.

Mikah se apoya contra una de las cajas de madera mientras pincha su ración de comida con un tenedor de plástico. Decido ir a entablar conversación con ella y ver cómo son las cosas en la sección

informática de las Fuerzas Oscuras. Dudo que hayan tenido que pasar por nada remotamente parecido a las pruebas del Descenso, pero, por alguna razón, cuanto más lo pienso, más factible me parece. «Y qué tendrían que hacer, ¿*hackear* más rápido que los otros cadetes informáticos antes de que suene una campanita?», reflexiono.

Me lanza una mirada inquisitiva cuando me pongo a su lado.

—He oído que eres la nueva recluta del escuadrón Furia —dice entre dientes. Su comentario es un intento pobre de iniciar una conversación, pero se lo agradezco de todas formas.

Alzo un hombro y lo dejo caer.

—Sí, es una pena que no recuerde mucho de mi época en las pruebas.

Mikah arquea una ceja.

—¿Nada de nada?

—Recuerdo las cosas que aprendí físicamente…, pero no me acuerdo de nada relacionado con las Fuerzas Oscuras, el Descenso, mi vida antes de todo esto o quién era. Solo alguno de los detalles escabrosos de las muertes que se produjeron. —Pincho el pan de maíz mientras pienso en la chica que vi en la simulación de ayer. No consigo quitármela de la cabeza. Hasta soñé con ella, tumbada sobre la nieve, con la garganta rajada y los ojos apagados.

Noto algo pesado en la sangre al meditar que no recuerdo quién es, pero sí tengo el vívido recuerdo de su cara al morir.

—¿Has recordado algo más desde entonces? —pregunta Mikah mientras se sienta más hacia delante. Pestañeo y vuelvo al presente.

Niego con la cabeza. No quiero que nadie sepa todavía que he estado recordando pequeños fragmentos. Con los retazos que tengo ahora no sé muy bien en quién confiar. El hombre del mensaje agorero de mis sueños me lo dejó claro.

Mikah resopla mientras mezcla la proteína en polvo con el agua.

—Pero puede que eso sea algo bueno, ¿no crees? Quiero decir, aquí abajo todos somos delincuentes. —Sus ojos azules me observan con atención mientras reflexiono sobre sus palabras.

—Puede que sobre el papel suene bien, pero tengo un vacío en mi interior. Siento un enorme vacío que sé que no debería estar ahí. Ahí

debería estar la gente a la que quiero y me importa. Miedo. Esperanza. Cualquier cosa. —Me permito mirar a Mori mientras charla con Kayden, Thomas y Gage. Los cuatro tienen una historia y un pasado que los hace ser quienes son. Yo me siento incompleta.

A lo mejor lo que me falta es tener un vínculo como el suyo. Algo que me haga sentir como si estuviera en casa, por muy seria que se ponga la cosa.

Mikah suelta un bufido.

—Créeme, he visto tu expediente. No te pierdes nada bueno, ¿y te has parado a pensar en tu situación actual? Mira con quién te han emparejado. Mori es un asesino sin corazón. No se puede confiar en él…, en realidad no se puede confiar en ninguno de ellos. —Suena muy convencida.

Está claro que alguien que viene de un contexto analítico piensa todo en términos de probabilidad, pero al ver a mi escuadrón reírse y compartir historias entre ellos, sé que hay confianza.

—Por cierto, ¿cómo son las cosas en el sector tecnológico? Lo cierto es que ni siquiera sabía que eso existía en las Fuerzas Oscuras —admito de forma avergonzada.

Se le iluminan los ojos ante la posibilidad de hablarme de su parte de la misión.

—Es más complicado de lo que podrías llegar a comprender nunca. Ni te imaginas los secretos que conocemos. Nos ocupamos de los grupos más perversos de la *dark web* y organizaciones del mercado negro. Los encontramos y *hackeamos* sus sistemas para conseguir las coordenadas y los detalles de sus edificios y rutas. ¿Creías que unos idiotas como vosotros os topabais con ellos por casualidad? —refunfuña, arrogante.

—Joder, eso es una puta pasada —suelto. Mikah se llena de orgullo.

—Pues sí. Nosotros somos la columna vertebral y vosotros las armas. —Me ofrece una sonrisa genuina y entonces me sorprendo a mí misma devolviéndosela.

Las apariencias engañan mucho, supongo. Me pregunto qué más equipos habrá. Qué más operativos horrorosos se están llevando a cabo.

—¿Dirías que lo que hacemos se puede considerar como algo bueno? —digo en voz baja mientras miro ligeramente a Mori. Él es la prueba viviente de que el ejército invencible con el que sueña el general Nolan es posible. Un presagio de un futuro oscuro. ¿Cómo es posible que algo tan letal como él contenga tanta humanidad en los huesos? Me acaricio el labio inferior con la yema de los dedos de forma distraída, recordando el sabor de su boca sobre la mía.

Mikah hace ruiditos mientras piensa.

—Creo que sí. No diría que nosotros somos buenos pero, en general, creo que unos delincuentes como nosotros estamos cumpliendo con nuestra parte: nos encargamos de las cosas terribles de verdad a las que el gobierno no quiere ni ponerles nombre. Así que sí, creo que somos más o menos buenos.

Asiento sumida en mis pensamientos. Pero ¿qué pasa con nosotros después? ¿Alguien lo sabe?

—¿Hay algún soldado que haya salido de las Fuerzas Oscuras? Ya sabes, que se haya ganado el indulto.

Mi pregunta la hace dudar, y sus ojos se llenan de algo que nunca había visto en ella. Es una mirada cómplice. Una que dice: «Cierra la boca si sabes lo que te conviene». Un escalofrío me recorre los brazos.

«Eso pensaba». ¿Por qué iban a dejar que nos fuéramos? No se pueden fiar de que no vayamos a abrir la boca.

—No —dice en voz baja.

Recuerdo que no me fiaba mucho de todo el rollo de los indultos. Si alguien conoce todos los detalles, esa tiene que ser Mikah y la gente con acceso a ese tipo de información. Ni en mil años me creería que no ha *hackeado* la base de datos de las Fuerzas Oscuras para husmear. Con un talento como el suyo, bien podría poner el mundo a sus pies.

Y lo más seguro es que esa sea justo la razón de que esté aquí con nosotros. Probablemente *hackeó* el sistema que no debía y la pillaron.

Me gotea sangre de la nariz y me humedece el labio superior. Me lo limpio de forma automática mientras se me ocurre una idea tan buena como retorcida.

—¿Podrías acceder al portátil del teniente?

Me lanza una sonrisilla irónica y una chispa de emoción se le enciende en esos ojos de hielo cuando se inclina un poco hacia delante. Me apresuro a mirar justo hacia donde estaba apoyada sobre la caja, y tiene una táblet negra escondida detrás de ella.

—Ya lo he hecho.

Capítulo 12

Cameron

Me alegra saber que no soy el único que no puede dormir esta noche. Emery ya lleva horas dando vueltas y revolviéndose.

Al final termina por sentarse. Tengo los ojos cerrados, pero noto que me está mirando para intentar averiguar si estoy dormido o no. «Pero ¿qué hace?». Deben de ser como las dos y media de la mañana.

Se levanta con cuidado del catre y se escabulle de la tienda.

Escucho con atención y la oigo caminar hacia las letrinas improvisadas. Cuando pasan diez minutos y no vuelve, empiezo a preocuparme y me incorporo sobre los antebrazos mientras intento decidir si debería ir a ver si está bien o no.

«No. ¿Y si le vuelvo a hacer daño?». Un quejido grave me resuena en el pecho por la frustración que siento conmigo mismo por ser tal desastre que ni siquiera soy capaz de ir a ver cómo está. La otra noche en el Descenso me contuve a duras penas. Las ganas que tenía de tocarla y de volver a hacerla mía eran insoportables.

Me paso una mano por la cara despacio y exhalo.

El sonido de las pastillas resuena en la tienda cuando agito el bote para echarme un par en la mano. Es fácil echarle la culpa a la medicación y decir que esa es la causa de mi perdición, pero en realidad sé que el culpable soy solo yo.

Yo soy la puta raíz del problema.

Me trago tres pastillas y me meto una bajo la lengua. Me vuelvo a tumbar antes de levantar una mano y quedarme mirándola fijamente. Últimamente no pierdo el control como antes.

Las hemorragias nasales aún son frecuentes, pero parece que, en general, los otros síntomas están desapareciendo. A lo mejor Nolan estaba en lo cierto sobre esta última droga, está casi lista para las

fuerzas de arriba. Pero ¿qué hay de la neblina mental y la incontrolable necesidad de matar? La mía se ha disipado muchísimo, pero Emery se deshizo de dos soldados ella sola sin problema. Si no fuera porque lo hice parecer como que habían desertado, Nolan lo habría descubierto enseguida.

Pasan casi treinta minutos antes de que Emery vuelva a entrar en la tienda. Observo cómo se mueve en la oscuridad como si nada.

Alza su mirada hacia mí y se da cuenta de que la estoy contemplando.

—¿Te he despertado? —susurra mientras se quita las botas con cuidado y las deja a los pies del catre.

Suelto aire y vuelvo a mirar al techo de la tienda.

—No, ya estaba despierto. —Mi voz suena distante y apagada.

Ella vacila antes de responder, se tumba y se echa la manta por encima antes de murmurar al fin:

—Una cosa.

Frunzo el ceño y me giro para mirarla. Esos ojos de un intenso color miel me miran solo a mí. Su pelo suelto y sin trenzar se esparce por la almohada. «Nunca me cansaré de poder verla así en la oscuridad».

—¿Qué?

—Una cosa —repite—, dime una cosa más que haya olvidado sobre mí. —Tenso la mandíbula y lucho por tragarme las emociones que vienen después de que me pida que le hable de los recuerdos que le robé. La culpa duele más que cualquier cosa que haya tenido que soportar. No es un dolor agudo ni debilitante, es un peso lento y progresivo que sigue aplastándome hasta que casi no soy capaz de ponerme en pie. Hasta que cada respiración me deja con el corazón en un puño.

—Ya te dije una. —Me fijo en la mano que enrosca bajo la cabeza.

Arruga la nariz.

—Ay, venga ya, ¿por qué te resistes tanto? —me espeta. La ignoro, no puedo desentrañar todo eso esta noche, no antes de una misión. Eso la molesta aún más, y me tira una de sus botas.

La atrapo antes de que haga un agujero en la tienda y me incorporo mientras la fulmino con la mirada.

—Porque no quiero hablar de ti. —Ha sonado mucho más duro de lo que pretendía. La consternación que se extiende por su rostro me atraviesa como si fuera una flecha directa a mi corazón.

Emery baja la vista al suelo mientras intenta encontrar las palabras. Niega con la cabeza y al fin me mira.

—Y yo pensando que en algún momento te gusté de verdad. Supongo que me equivoqué —dice, despacio. Me siento como el mayor cabrón del mundo, pero cuando veo la cicatriz que tiene en la sien, justo donde la golpeé con la piedra, lo único que recuerdo es todo el daño que le hice.

No quiero volver a hacerle daño. Y, si mantenemos las distancias, lo más probable es que sea capaz de defenderse si la vuelvo a atacar. La otra noche la jodí. No debería haber cedido, no debería haberla abrazado, saboreado ni adorado, pero, joder, me muero de ganas de hacerlo.

Se tumba de lado mirando hacia la tienda. Paso varios minutos oyendo su respiración, sabiendo que está pensando en lo cruel que soy antes de levantarme y salir a dar un paseo para despejar la mente.

El aire frío de la noche resulta refrescante. La temperatura de la Gran Cuenca es mucho más baja que en California, pero esto es más tranquilo. Las enormes formaciones rocosas proporcionan un amplio refugio, no me sorprende que la guarida lleve escondida aquí tanto tiempo. Me palmeo la parte externa del muslo para asegurarme de que el cuchillo de combate está en su sitio por si me meto en problemas.

Ninguno de los pasos que doy expulsan de mi mente el destello de dolor que vi en sus ojos, así que sigo caminando hasta que es hora de invadir el escondite.



El teniente Erik repasa el plan una vez más antes de infiltrarnos en la guarida.

Le entrego el caso a Emery y me aseguro de que lleva los

auriculares encendidos. Ni siquiera me mira. No la culpo, pero no podemos dejar que nuestros problemas personales interfieran en la misión. No como nos pasó en la segunda prueba.

—Oye, ¿todo bien entre nosotros? —Le doy un golpecito con el brazo.

Ella me lanza una mirada dura.

—Sí, estamos genial.

Mierda.

Aprieto los dientes y me abrocho el casco.

—Me vas a seguir tal y como entrenamos la semana pasada. Nada de errores —digo en tono estricto. Ella asiente despreocupada, lo que me hace dudar de que vaya a seguir las órdenes.

«Sí, sigue teniendo un cabreo de la hostia conmigo». Me subo la máscara mientras el resto del escuadrón termina de prepararse. Nos han dado las mismas máscaras con forma de calavera que en las pruebas. Mori y Morphine. Una pareja. Las unté de pintura de guerra beis para camuflarnos con el terreno desértico.

Gage se pasa la correa del rifle por encima de la cabeza y apoya el codo en el hombro de Emery. Echo chispas por los ojos al ver que la toca.

—¿Estáis listos? Yo os cubro, así que no hace falta que te pongas nerviosa, Morphine —se mete con ella mientras le sube la máscara.

«Vale, eso ya es pasarse». Lo agarro por la muñeca y le lanzo una mirada de advertencia.

Él se ríe y levanta las manos en un gesto inocente.

—Tranqui, Mori, solo la estaba vacilando. Pero, ahora en serio, tened cuidado ahí fuera, ¿vale? Hoy no quiero tener que despedirme de ninguno. —Me da unas palmaditas en el casco y me sonríe medio preocupado.

No sé si le preocupa que nuestra distracción funcione o que vaya a atacar a Emery. Ambos motivos son válidos. Después de todo, ya ha presenciado varios de mis «percances» anteriores.

—Estaremos bien. No olvides vigilar también la guarida. Lo más seguro es que busquen al francotirador entre las rocas —le digo. Gage asiente y se lleva dos dedos a la frente para hacer un gesto de despedida mientras él y Thomas se van hacia un terreno elevado.

Thomas es su señalero, pero todo el mundo corre un gran riesgo solo por estar aquí fuera. Literalmente, su trabajo es cubrirnos las espaldas a todos y darnos información sobre armas u hostiles que se acerquen. Thomas hace un gesto con la cabeza hacia nosotros al pasar por delante. Le respondemos de igual modo.

Kayden le asegura el casco a Mikah, luego le da una pistola y a ella se le abren los ojos de par en par como si fuera la primera vez que sujeta una.

—¿Qué? No me irás a decir que no sabes usar una pistola —se queja cuando ve la cara que ha puesto. Ella esboza una sonrisa inocente.

—Soy la chica de los ordenadores, ¿recuerdas? Yo no pierdo el tiempo con balas y explosivos —admite.

El teniente Erik la oye y le engancha la pistola en la funda que lleva en la cadera.

—Si todo va según el plan, entonces no tendrás que usarla. —Nos mira a Emery y a mí con cierto aplomo en la mirada.

Sabe que esta fase depende en gran medida de que nosotros hagamos salir a la mayoría de los guardias. También es consciente de la probabilidad que tenemos de morir. Trago saliva y bajo la mirada. Lo último que quiero es decepcionarlo como todas las otras veces. Sé que esta vez no me permitiré herir a mi compañera. Aprieto los puños a los costados.

—La ejecución será perfecta —contesto con confianza.

Erik asiente.

—Lo sé.

Lo será.

O puede que no.

Joder, no.

Pienso en lo mucho que he decepcionado al teniente en cuanto Emery echa a correr delante de mí hacia el terreno que rodea la guarida. Se desvía de la formación que teníamos planeada y va directa hacia una zona de tierra baldía donde, sin duda, los hostiles tienen un tiro limpio.

La fortaleza es una estructura de dos pisos y techos planos con paredes arcillosas que se camuflan entre las rocas y la arena que

nos rodea. Es difícil de ver en la oscuridad, lo único que se percibe con facilidad son las ventanas.

Se me sale el corazón del pecho mientras la persigo. Emery se detiene, destapa una bengala de humo y la levanta por encima de la cabeza.

Por un momento, me entra el pánico y lo único que veo es rosa.

El humo rosa que sale de la bengala y se alza hacia el cielo es como el rubor de una rosa. Sus trenzas largas y alborotadas se agitan detrás de ella como si fuera el aliento del caos.

Emery, eres una cosita maravillosa y asombrosa.

Agita el brazo antes de lanzar la bengala lo más lejos posible. Mientras el artefacto vuela por el cielo, alza su MK-17 y le dispara a algo que hay en el suelo más adelante. Se produce una explosión que lanza polvo y escombros al aire mientras las llamas arden con furia.

Se me abre la boca y me quedo mirándola patidifuso con una mirada de fascinación en la cara cuando se da la vuelta hacia mí con la puta sonrisa más grande que he visto bajo una máscara. El corazón me late más fuerte que nunca y me llena de un sentimiento que no consigo identificar. Miedo, quizás. Estupor, sin duda… Algo que me surca las venas mientras la explosión se convierte en una cadena de erupciones de tierra y fuego que cruza todo el valle.

Lo único que veo es a ella caminar con orgullo hacia mí, con la máscara ya manchada de tierra, el fuego destruyendo el mundo a su espalda y unos ojos tan neuróticos como adorables.

Me ofrece una mano enguantada con los ojos ligeramente cerrados por la forma en la que sonríe.

—Mi plan era mejor —dice con orgullo mientras hace la forma de una pistola con la mano y finge dispararme. Emery guiña un ojo, y me da un empujón en los hombros que hace que me caiga de culo antes de que ella salga disparada hacia detrás del peñasco del que íbamos a refugiarnos en un principio.

—Morphine, ¡esto no es un juego! —grito mientras salgo corriendo detrás de ella, intentando sonar serio y molesto, aunque en realidad mi voz suena tal y como me siento en realidad.

Eufórico de cojones.

Capítulo 13

Emery

Mori se estrella contra mi espalda cuando nos ponemos a cubierto tras una roca enorme. La sirena de la guarida ya está sonando y los hombres gritan mientras se dispersan para buscarnos.

No tardarán mucho en darse cuenta de que estamos aquí detrás, y me apuesto lo que sea a que tienen arsenal de sobra para volarnos por los aires.

Preparo otra bengala y me la guardo en el bolsillo trasero mientras amartillo mi MK-17.

—¿Quiero saber cuál es tu plan, Em? —Mori se ríe mientras engancha el seguro de una granada con los dientes y la lanza por encima del peñasco hacia la base. Su equipo táctico está cubierto de pegotes de tierra y ceniza, aunque apenas es perceptible porque nos hemos camuflado muy bien.

La explosión hace temblar el suelo, y nuestro alrededor estalla en colores cálidos y brillantes que iluminan esos ojos color salvia que tan bonitos me parecen. «Que se detenga el tiempo en este instante», deseo en silencio.

El momento se pierde en cuanto escuchamos la voz de Gage a través de los auriculares.

—¡¿Qué cojones ha sido eso?! —Suena agitado, y no puedo evitar resoplar de la risa al pensar en la cara que estará poniendo ahora mismo.

Se escucha a Thomas de fondo.

—Tres hostiles salen del nivel inferior y se dirigen a pie hacia Mori y Morphine —dice con tranquilidad. No parece sorprendido por mis acciones ni lo más mínimo.

Curioso, porque a Mikah tampoco le sorprendió. Estaba emocionada por ayudarme a montar todo esto después de haber

hackeado no solo los drones de las Fuerzas Oscuras, sino también las cámaras de la guarida. Moverme entre el equipo de vigilancia ya no fue tan fácil, pero aquí está todo muy vacío, y lo más probable es que nunca vean nada de acción, así que estaban hablando entre ellos tan contentos para pasar el rato y ni se percataron de mi presencia mientras colocaba las bengalas y los explosivos lo más cerca posible.

Me encojo de hombros, consciente de que Mori es el único que ve el gesto.

—El teniente dijo que nosotros éramos la distracción, ¿no? Pues solo estoy creando una mejor que la del plan. —Mi compañero me fulmina con la mirada y se pasa una mano por la mandíbula con aire estresado, pero también tiene pinta de que está intentando ocultar una sonrisa.

Gage se ríe.

—Suena bien, pero aquí a eso le llamamos insubordinación, Morphine. —Su micrófono se corta y el sonido de una bala de gran calibre atraviesa el aire y golpea algo blando en el valle. Después, se oye un fuerte golpe seco y, por cómo suena, los guardias están a unos treinta metros de distancia.

Mori me mira enseguida y la duda baila en su mirada antes de musitar:

—¿Cuál es el paso dos de tu plan maestro, Morphine? —Su voz muestra un deje divertido.

Sacudo la cabeza para que me siga mientras alzo la mirilla y disparo a la marca que hice ayer a la noche. Una sonrisilla traviesa se propaga por mis labios cuando la marca estalla en una nube de humo rosa. La mecha que está atada a las bengalas se extiende en todas direcciones por el valle, por lo que a cada seis metros se enciende una.

—Joder —masculla Mori detrás de mí mientras corremos hacia el enemigo—. Solo cuchillos hasta que se despeje el humo. —Su voz suena grave y entrecortada a medida que nos acercamos.

Gage interviene de nuevo:

—La visibilidad está por debajo del diez por ciento. No podemos disparar desde arriba.

«Perfecto». Desenfundo mi KA-BAR y me coloco las gafas de visión nocturna.

Unos once hombres armados se reúnen en el campo, caminan despacio y van muy pegados los unos a los otros, formando un círculo compacto.

Le lanzo una mirada a Mori por encima del hombro. Él asiente, ya lleva las gafas puestas y sujeta el cuchillo con fuerza, listo para matar sin pensárselo dos veces.

Cada uno se dirige a una parte del círculo. Mori camina con cuidado alrededor del grupo mientras ellos pasan a unos seis metros de nosotros. ¿Están demasiado cerca como para arrojar una granada? Con lo juntos que van, sería muy fácil deshacernos de ellos, su estrategia no tiene ningún sentido.

«A menos que…»

Freno en seco y me giro para buscar desesperada cualquier figura que esté cerca de la base. Hay tres guardias de pie y nos apuntan con sus armas. Tengo un milisegundo para reaccionar.

—¡Al suelo! —grito, dejándome caer como una piedra en el agua.

Mori se tira al suelo justo cuando suena el disparo. Si le ha dado, no hace ningún sonido que indique que está herido. La tierra salta a un par de centímetros de mi cara.

A tomar por culo.

Agarro una bengala del bolsillo de atrás de mi pantalón y rompo el sello. El humo cobra vida cuando me levanto y cargo contra el grupo de hombres. Cunde el pánico en cuanto encajo la bengala en el bolsillo trasero de uno de los enemigos. Una puñalada rápida en un muslo por aquí y…

El hombre brama y empieza a disparar contra sus propios compañeros, que están a un par de metros de él.

El grupo se dispersa, algunos devuelven los disparos y otros se agachan. La buena noticia es que el círculo compacto de antes se ha roto, así que a los francotiradores les costará saber quién es quién.

Miro hacia atrás, en dirección a la base. Mori ya les ha rajado la garganta a dos de los tiradores y va a por el tercero. Ah, bueno, una cosa menos que tengo que hacer, supongo. «Fanfarrón». Dejo escapar un suspiro y él desliza el cuchillo por la garganta del último

guardia. Debían de estar muy pendientes de lo que hacía yo para no haberlo visto venir.

Yo también sé jugar. Desengancho una granada del cinturón y tiro de la anilla con aire despreocupado, troto unos tres metros antes de soltar el gatillo y lanzarla a mi espalda. El suelo vuelve a temblar por la explosión. Los guardias que intentaban rodearme tropiezan. Alzo mi MK-17 y le pego un tiro a uno de ellos en el pecho y en el cuello al otro.

—Creída —se burla Mori de mí. A través de los auriculares, su voz suena suave y despreocupada, como si esto fuera un día normal. Pero yo estoy eufórica. Mi respiración es rápida, y siento cosquillas en la punta de los dedos por la emoción de volver a apretar el gatillo. Resulta abrumador, una especie de picor se forma en mi interior de la misma forma que crece una insaciable necesidad de continuar.

Erik susurra a través de los auriculares:

—No me suena que las granadas formasen parte del plan. —Por lo bajito que habla, ya deben de estar dentro.

Thomas responde por mí:

—Morphine decidió llamar más la atención de lo que habías ideado en un principio. —Se le nota el regocijo en la voz.

Parte de mí espera escuchar algún comentario de Gage también, pero entonces el silbido de otra bala pasa volando sobre nuestras cabezas y golpea a alguien que estaba en la azotea. Su cuerpo cae a tres metros de nuestra posición. Un chorro de sangre salpica el suelo cuando se le rompe el cuello y un gorjeo estertóreo emerge de su garganta.

Hago otro barrido visual para asegurarme de que ya hemos matado a todos lo que estaban en el exterior del edificio.

—¿Y ahora qué? —pregunto mientras nos agachamos al límite de la fortaleza. Cerca crece una vegetación espesa, que nos esconde de cualquiera que intente acercarse por detrás.

Mori se levanta las gafas y yo hago lo mismo. Las ráfagas de viento han disipado casi todo el humo.

—Deberíamos buscar otra forma de captar la atención de la mayoría. La estrategia original era de larga duración. —Su

insinuación no me pasa desapercibida—. Pero supongo que la tuya redujo el tiempo a la mitad, lo cual no es malo por si tenemos que ayudar dentro.

Me choco contra su hombro y él suelta un corto suspiro que casi parece una risita.

—Joder, y tanto —me regodeo.

Él se para un momento a escuchar nuestro entorno antes de volver a mirarme despacio. Me examina de forma rutinaria en busca de alguna herida, como hace siempre. Mentiría si dijera que no le he tomado cariño al gesto. Abre los ojos de par en par y baja el arma enseguida.

—¿Qué? —Es lo único que consigo preguntar antes de que me empuje hasta que quedo sentada con la espalda apoyada contra la pared.

Me mira, y un destello de dolor le arde en los ojos. Vuelve a bajar la vista para evaluar mi hombro.

—¿Lo sientes? —Su voz suena áspera.

Miro hacia abajo, pero no distingo qué es lo que ve. Los uniformes están cubiertos de polvo y ceniza y, además, aún es de noche. Aunque supongo que sí parece que tengo la parte de arriba del brazo derecho y el chaleco mojados.

—No, no noto nada —digo entre dientes mientras él presiona con fuerza sobre mi hombro—. ¿Estoy sangrando?

Tiene pinta de que Mori está apretando la mandíbula bajo la máscara, la mitad de la calavera está manchada de sangre.

—Sí, joder, estás sangrando… Me cago en todo.

Me quedo estupefacta. Sabía que las pastillas y las inyecciones funcionaban, pero que no me haya enterado de que me han disparado… Una tecnología como esta podría cambiar al ejército por completo. Soldados que no sienten nada y son el doble de letales. Seríamos imparables. Pensar en ello solo hace que me preocupen más los planes de Nolan.

—No estaba segura de si un disparo sería indoloro, pero sí que funciona —exhalo con incredulidad.

Él suelta un gruñido de frustración.

—Sí, también funciona para correr con una pierna herida en las

pruebas.

Eso ha sido extrañamente específico. Alzo una ceja y entrecierro los ojos.

—¿Otro secreto más que me ocultas? —Cuando no me contesta, insisto un poco más—. No es la primera vez que tomo las pastillas, ¿no?

Mori me mira otra vez con esa cara antes de rendirse.

—No.

—¿Lo hice por voluntad propia igual que esta vez? —Veo cómo se hunde y deja de hacer tanta presión sobre mi hombro—. ¿Mori?

Alza la vista para mirarme.

—De verdad que odio que me llames así —comenta en voz baja. Esta es la segunda vez que me lo dice. No sé si su intención era cambiar de tema, pero sé que quiere hablar de ello.

—¿Y cómo quieres que te llame? —pregunto en un ligero suspiro.

Me estudia un momento y, cuando por fin creo que me va a decir su nombre, oímos un disparo en la distancia y los dos giramos la cabeza hacia la derecha como un rayo. Ha sonado amortiguado, por lo que posiblemente provenga del interior de la fortaleza.

«Mierda».

Kayden grita a través de los auriculares.

—¡Lobo en la guarida!

Es la frase secreta para poner en marcha la estrategia cuatro. El corazón me retumba en el pecho, estamos ante el peor escenario posible. Mori se levanta de repente y su siguiente movimiento es para ponerme de pie y agarrar con fuerza la pistola.

«Lobo en la guarida» significa que o han herido al teniente o bien Mikah está muy cerca del peligro. Cualquiera de las dos opciones es un desastre que no nos podemos permitir.

Se me vienen a la mente las frías palabras del capitán Bridger: «No volveremos a casa hasta que nos hagamos con el USB».

Un escalofrío me recorre los brazos mientras trago saliva ante la posibilidad de que quizá no salgamos de esta.

Capítulo 14

Emery

Mori encuentra un conducto de ventilación en la pared oeste lo bastante grande como para arrastrarme por él.

Gracias a los planos tan detallados a los que tuvo acceso Mikah, pudimos localizar todos los conductos que podrían resultar útiles en caso de emergencia. De los tres que hay, este es amplio y puedo meterme dentro.

Aprieto los dientes mientras me contoneo para avanzar por el estrecho espacio. Empiezo a respirar con fuerza, y el aire se vuelve pesado, como si cada inhalación pudiera ser la última. «¿Soy claustrofóbica?». La idea me resulta divertida. Sigo avanzando por el conducto sin prestarle atención al pánico que intenta cundir en mi interior.

Cuando pongo las botas en el suelo al otro lado, me quedo quieta un par de segundos para intentar oír dónde están los guardias. Está todo en silencio a excepción de algo que suena como una puerta de metal golpeándose en otra planta. Deben de haberse adentrado mucho más en el edificio que donde sé que están Mikah, Kayden y Erik.

Miro la pared rojiza por encima. Es un edificio viejo, deteriorado por el calor extremo y el viento. Muchas de las puertas y picaportes están revestidos de grumos rojos y marrones y los tornillos están oxidados. Los cristales de las ventanas tienen grietas en forma de tela de araña y están reforzados con barrotes en el exterior, como si fuera una cárcel.

Respiro despacio y noto el sabor a hierro y polvo que flota pesado en el aire antes de ponerme de pie y dirigirme a la puerta trasera. Un grueso pasador cubre la parte superior de la puerta de metal. «Joder, pero ¿qué coño hay en la puta memoria USB?». Uso la culata

del MK-17 para quitar el pasador, ya que soy demasiado bajita y no le llego.

Hace clic y la puerta se abre con un crujido.

Mori entra y asiente con la cabeza hacia mí. Se encamina hacia el pasillo sin perder ni un segundo. Sé más o menos dónde estamos, pero es una locura que él tenga una imagen mental del mapa en su cabeza y sepa exactamente dónde están todas y cada una de las habitaciones y escaleras. Probablemente debería haber prestado más atención en las reuniones de estrategia con él en vez de estar pensando en una forma mejor de captar la atención de los guardias.

Levanta una mano a la altura de su cabeza y forma un puño con la mano para indicarme que me detenga. Mori desenfunda el cuchillo y usa el reflejo del lado brillante para ver si el pasillo está despejado. A pesar de que la hoja ya está manchada de sangre, nos las apañamos para ver a dos guardias patrullando al final del pasillo.

El sonido de disparo surgido escaleras abajo recorre el edificio.

Mori me lanza una mirada antes de encararnos hacia los guardias.

—Ten cuidado.

Lo miro con los ojos entrecerrados.

—Ten cuidado tú.

Me muestra una sonrisilla arrogante bajo la máscara antes de alzar la cabeza y arrojar el cuchillo a los tubos fluorescentes que hay sobre nuestras cabezas en la intersección del pasillo. El cristal se rompe y nos vemos inmersos en la oscuridad. Solo quedan encendidos un par de apliques de pared cerca de la puerta que lleva a la escalera y otro más por donde que vinimos.

Los dos hombres se mueven y, por el sonido que hacen al ajustar las armas, se están acercando.

Deslizo los pies para colocarme en una posición más ventajosa para cuando doblen la esquina. Mi pie choca contra la estantería empotrada detrás de la que nos ocultábamos, y una suave brisa me acaricia el tobillo.

Desvío la atención a ese punto de inmediato. «¿Hay una habitación?». Empujo la parte inferior de la librería haciendo el mínimo ruido posible y encuentro una entrada cuadrada que es lo bastante grande como para que podamos pasar los dos.

—¡Eh! —grito en un susurro

Mori me mira durante una milésima de segundo. Ni siquiera estoy segura de si ha visto el agujero en el que ya tengo medio cuerpo metido, pero retrocede y entra por la abertura con los pies por delante para seguirme. Después, cierra la puerta secreta con cuidado.

Estudio la habitación. Está completamente oscura y una tela blanca, o que en algún momento fue blanca, cubre todos los muebles. En la pared contigua hay una puerta que supongo que llevará a otra sala. Hay una pequeña lámpara de araña en medio del techo, el latón pulido destella incluso bajo los gránulos.

Se me ocurre la aterradora idea de que no hay forma de salir de aquí justo antes de darme cuenta de que hay un agujero justo enfrente del otro por el que hemos entrado. «Sin duda esta habitación no aparecía en los planos».

—En marcha —ordena Mori señalando con la cabeza al lado opuesto de la sala.

—No sabemos a dónde lleva —discuto.

Él suelta un gruñido grave, el aire se impregna de su impaciencia.

—Tampoco sabíamos a dónde llevaba este conducto, pero eso no te detuvo.

Tiene razón.

Me pongo de pie despacio y cruzo la habitación tan en silencio como puedo, Mori viene justo detrás de mí, no hace ni el más mínimo ruido. Nunca me acostumbraré a su silencio. A su habilidad de no existir.

La corriente que se cuela por la rendija de la pared es más fuerte que la otra, lo que significa que el espacio que hay al otro lado debe de ser bastante más grande.

Asomo la cabeza y noto que un tapiz se me apoya en el casco. «Para cubrir el agujero». ¿Quién ha hecho esto? ¿Ya habían asaltado este edificio antes de que se instalase la organización que está ahora? Un escalofrío me recorre la espalda y tengo que respirar hondo una vez. El aroma a almizcle y mueble antiguo despierta algo familiar en mí. Miro hacia atrás y estudio la habitación otra vez. «¿He estado aquí antes?»

Mori me mira con una ceja levantada. Me giro hacia el agujero de nuevo y vuelvo a concentrarme. «Venga, no hay tiempo que perder».

Aparto el tapiz despacio y registro el espacio.

Hemos salido en medio del hueco de la escalera. Hay una caída de más de cuatro metros hasta el piso de abajo. Noto el cuerpo de Mori apretado contra el mío. Una oleada de calor me baja desde el pecho hasta el estómago al estar tan pegados. Su aroma a abedul se extiende sobre mí como el humo sobre la roca.

—Yo te bajo —susurra.

Se me corta la respiración antes de que pueda enterrar las emociones que me produce tenerlo tan cerca.

—No irás a dejarme caer, ¿verdad? —le pregunto con sinceridad.

Es conocido por matar a sus compañeros y esta parece la oportunidad perfecta para hacerlo.

—Pues claro que no. Date prisa —dice con menos confianza de la que esperaba.

Tomo su mano mientras me agarro al borde con la otra para facilitar el descenso. No hay nadie cerca, así que, después de haberme descolgado lo máximo posible, me suelta. Solo es un metro y medio, pero aterrizar sobre un escalón es más difícil de lo que parece.

Me fallan las piernas, pero me las apaño para incorporarme. Le doy el visto bueno para que baje después de haber comprobado que no hay ningún guardia en el piso inferior de la escalera.

Su descenso es mucho menos grácil. Salta desde el borde hacia un lado, en dirección a los escalones más altos. Hago una mueca de dolor cuando baja un par de escalones rodando, pero se recompone enseguida y echa a andar hacia mí.

Camina como si estuviera bien, pero las piernas le fallan cada pocos escalones.

—¿Estás bien? —pregunto mientras me pongo delante de él para que no pueda pasar.

Su mirada se suaviza durante un instante.

—No siento dolor, igual que tú, ¿recuerdas? —dice con voz ronca antes de ponerme una mano en el hombro con delicadeza y

apartarme hacia un lado.

—Siento más dolor del que podrías imaginar —murmuro para mis adentros, frustrada por lo borde que es. De algún modo, la intensidad de la miseria que siento en mi interior es más atronadora ahora que el dolor físico ya no ensordece mis pensamientos

—¿Qué? —dice desde la plataforma inferior.

Sacudo la cabeza.

—Nada. —Bajo rápido las escaleras para alcanzarlo.

Me pregunto si el edificio estará lleno de pasadizos secretos que lo atraviesan.

Erik vuelve a hablar por los auriculares.

—Kayden ha caído. —Su voz es áspera y apenas un susurro, lo que significa que seguramente estará escondido.

—Mierda —gruñe Mori mientras vuelve a preparar el rifle.

Le hago un gesto seco con la cabeza.

—Acabemos la misión.

Nos colamos por la puerta al fondo de la escalera. El aire sopla mezclado con humo y polvo, y la pólvora me quema la nariz. Nos movemos como una unidad: avanzamos y nos detenemos siempre que pasamos al lado de un cadáver para comprobar que no es uno de nuestros compañeros de escuadrón.

Hay un letrero cerca de la parte superior de una puerta en el que pone: «A304». La siguiente habitación será la zona objetivo, donde está la memoria USB.

Le doy un toquecito a Mori en el hombro para que sepa que tiene que fijarse en la siguiente habitación.

Se me acelera el pulso al ver que han derribado la puerta del laboratorio y que sale humo de dentro. Acallo mis pensamientos mientras me preparo para luchar en un espacio reducido.

Mori entra corriendo y se coloca las gafas en cuanto atraviesa la puerta.

Me dispongo a seguirlo, pero empiezo a notar una presión en la parte baja de la espalda. «Me ha golpeado algo». Me giro alzando la culata de la pistola hacia la sien del guardia que tengo detrás, que se choca contra la pared. El hombre cae al suelo y grita y jadea mientras me acerco a él para darle patadas hasta que su cabeza

está sobre el suelo. El sonido tan característico de su cráneo cediendo bajo el peso de mi bota me hace esbozar una sonrisa. «Ahí está otra vez esa euforia». Empiezo a sentir el subidón de adrenalina y la pérdida de control. Qué sensación tan peligrosa.

Entonces vuelvo a percibir la presión en la parte baja de la espalda. Joder, ¿me ha apuñalado? Deslizo la mano por la columna hasta toparme con la empuñadura de un cuchillo justo bajo el chaleco. Me ha perforado en la parte externa del torso y ha penetrado apenas un par de centímetros en la carne gracias al chaleco.

Me parece increíble no sentir dolor, pero no tengo ni idea de cuánto tiempo más seguirá respondiéndome el cuerpo. Ya me han disparado en el hombro y ahora esto. Suelto un quejido al notar el cambio de presión en la espalda cuando quito el cuchillo y lo dejo caer al suelo.

Mori me necesita ahí dentro. Cuenta conmigo.

Me coloco las gafas y alzo mi MK-17, lista para matar a todo el que esté en esa sala y no pertenezca a mi escuadrón.

Hay señales térmicas por todas partes y el espacio se llena de fuego y humo a toda velocidad. Evalúo el laboratorio, que resulta ser tres veces más grande de lo que creía. Es casi tan grande como una cancha de tenis. Hay ordenadores tirados por el suelo y mesas volcadas.

¿Dónde está todo el mundo? Me subo las gafas y hago una mueca cuando el humo hace que me empiecen a picar los ojos, se me empañen y se me llenen de lágrimas. Toso un par de veces y busco otra puerta. Diviso una trampilla oculta abierta en el suelo que lleva al piso de abajo.

«Pero ¿qué cojones?».

Trago saliva y noto la garganta seca, miro rápidamente a mi alrededor para asegurarme de que nadie vuelva a apuñalarme antes de descender por el estrecho tubo con pinta de túnel. La escalerilla está resbaladiza por culpa de la sangre, y me tiemblan las manos cuando me obligo a seguir moviéndolas.

Otra expresión hace retumbar el suelo sobre mi cabeza y me caigo cuando solo me quedaban un par de escalones. Aterrizo de culo, me

fuerzo a ponerme de pie de inmediato y parpadeo para ver más allá del polvo que tengo pegado en las pestañas.

Kayden yace inmóvil a mi lado. Sus ojos sin vida miran al techo. Un charco de sangre, ya coagulada debido a los escombros que se mezclan con ella, forma un halo a su alrededor. Tiene la boca ligeramente abierta y sus labios están cubiertos de los residuos que caen del techo.

Se me para el corazón.

—Siento que no hayamos llegado antes —susurro mientras apoyo mi frente sobre la suya. Se me llenan los ojos de lágrimas y la pena me inunda de emociones. Tengo un nudo en la garganta. Al mirar a Kayden, inmóvil y muerto, mi mente da paso a una visión diferente. La joven de la simulación, la que tenía un alma tan intensa que hacía despertar la mía. La amiga que olvidé.

Sin embargo, mientras acaricio el rostro de Kayden a través de los guantes una vez más antes de obligarme a ponerme en pie y seguir avanzando hacia la abertura que hay más adelante, siento el susurro de un nombre en los labios: «Bree». Su nombre me llega como un puñetazo en la barriga y los recuerdos de su actitud mordaz y sus sonrisas amables se estrellan contra mí. Se me tensan los brazos y un dolor de cabeza me sacude como un maremoto. Me salvó de caer por un precipicio en la segunda prueba. Luego recuerdo a Arnold arrastrando su cuerpo inerte por la nieve y dejándola atrás como si no fuera nada.

La ira me inunda las venas y la necesidad de matar me ciega mientras esas visiones me corroen por dentro.

Se me secan las lágrimas mientras los disparos continúan atravesando el laberinto de cemento subterráneo.

Veo al teniente Erik a unos veinte metros de distancia, está contra una gruesa columna de cemento y sangra por la cabeza, desde alguna herida oculta por el casco. Le han pegado un tajo en el cuello, que intenta cubrir mientras usa el móvil vía satélite para llamar supongo que a la base.

Mori cubre al teniente desde un lateral, dispara a los guardias que están al fondo del pasillo, a su derecha. Le sangra la pierna y ya se empieza a formar un charco a sus pies. La sangre de Mori es más

oscura que la de Erik, envenenada por las pastillas, igual que la mía.

Siento que se me hunde el pecho como si me hubieran golpeado con un mazo. El miedo, la ira y la preocupación me consumen al verlo luchar con tal valentía. Sus ojos se fijan en mí por un segundo, un toque de verde en medio del carmesí, como una hoja entre la sangre. La mirada se le llena de angustia cuando ve el estado tan precario en el que me encuentro yo también, con sangre cayendo bajo la chaqueta por el lado derecho de la espalda.

«¿Qué significas para mí? ¿Por qué anhelo estar entre tus brazos?».

Todo pensamiento desaparece cuando me pierdo entre el rugido de las balas que se estrellan contra la columna de cemento. «Mátalos a todos».

Es como si fuera sentada en el asiento de atrás mientras mi cuerpo y mis piernas se mueven por voluntad propia. Lo siguiente que recuerdo es echar a correr hacia el pasillo opuesto para rodear a los guardias y sorprenderlos por la espalda.

Noto los músculos cada vez más débiles, pero eso no me detiene. «Aguanta un poco más», me digo a mí misma mientras me arrodillo al límite de la última línea de defensa de los guardias. Le quito la anilla a una granada y la lanzo, cubriéndome las orejas inmediatamente después y preparándome para cualquier réplica que se produzca.

En cuanto estalla, corro por el pasillo clavándole el cuchillo en la garganta a todo el que aún respire. Uno de los guardias ha salido ileso de la explosión e intenta apuñalarme en el estómago. Doy un salto hacia atrás justo cuando baja el cuchillo a toda velocidad y yo muevo el brazo con fuerza hacia arriba y lo destripo de forma eficaz. Se le hunden los ojos y su cara se torna en una mueca de horror antes de desplomarse ante mí.

Me cuesta respirar y el sudor me cae por la espalda, pero es casi como si mi cuerpo estuviera en piloto automático. Tengo ganas de más.

La voz de Mori emerge en mis auriculares.

—¿Zona despejada, Morphine? —Es directo. Aunque debo de haberme imaginado la preocupación en su voz.

—Afirmativo —contesto consciente de lo mucho que me cuesta respirar.

Su auricular aún sigue transmitiendo y lo oigo respirar hondo del alivio.

—Vuelve aquí. Hay que iniciar la extracción en cuanto tengamos el USB.

Deshago el camino, me muevo mucho más despacio ahora que los efectos de la adrenalina se han desvanecido. El lado derecho del torso, bajo el chaleco y también la espalda baja, está empapado por completo.

Mori abre los ojos de par en par en cuanto me ve doblar la esquina. Ahora estoy segura de que noté la preocupación en su voz.

—¿Estás bien? —Da un par de zancadas para acortar la distancia entre nosotros y me examina, viendo que está claro que no lo estoy.

Miento.

—Sí, estoy bien. ¿Dónde está Mikah?

Erick pliega la antena del móvil vía satélite y por fin se fija en mi presencia.

—Está *hackeando* la caja fuerte. Volverá en cualquier momento. —Su tono es cortante. Después, habla para los auriculares—: Volt, Power, ¿cuánto tardarán en llegar los refuerzos?

La transmisión se queda en silencio unos instantes, y entonces Thomas contesta, por cómo habla parece que está corriendo entre una maleza muy compacta.

—Volt se mantiene en la cumbre. Yo estoy llamando al dron para tener fuego aéreo. Los refuerzos enemigos están a dos kilómetros de distancia y se aproximan rápido. Dos minutos como mucho.

Joder, mierda. Eso no suena bien.

Erik rechina los dientes.

—¿Cuántos son?

Esta vez contesta Gage:

—Hay ocho vehículos, tres de ellos equipados con ametralladoras. Salid por la parte de atrás y nosotros los contendremos hasta que os hayáis largado. No intentéis luchar. Repito, no luchéis. Os superan en número, y lo más probable es que estén deseando tomar rehenes.

Me rebota la pierna. ¿Conseguiremos salir a tiempo?

Mikah asoma la cabeza para asegurarse de que no haya nadie y se acerca trotando a nosotros.

—Tengo el USB, ¡vámonos! —dice bruscamente. Por lo dilatadas que tiene las pupilas, es evidente que está aterrorizada. Tiene manchitas de sangre en el pelo y cortes por las mejillas.

El teniente Erik asiente y nos guía en dirección opuesta a la escalera por la que bajé para llegar aquí, hacia una salida diferente.

Me vuelvo para mirar a Kayden. Su cuerpo yace inmóvil y solo al fondo de la escalera mientras la ceniza cae sobre él.

—¿Qué pasa con Kayden? —grito sabiendo que es estúpido preguntar si quiera, pero no puedo evitarlo. No cuando está ahí mismo.

Mori me ofrece una mirada compasiva antes de decir con la mandíbula apretada:

—No siempre podemos llevarlos a casa, Em.

Capítulo 15

Emery

Mikah permanece en el centro del grupo, donde estará más segura. El teniente Erik nos lleva lo más rápido que puede por una escalera que está en la esquina opuesta del edificio.

Este sitio es como un laberinto. Este nivel no estaba incluido en los planos, así que agradezco que Erik sepa a dónde va, pero eso solo suscita más preguntas. Más dudas. Me clavo los dientes en el labio.

Me concentro en mantenerme en movimiento lo mejor que puedo. Menos mal que nos hemos librado de la mayoría del humo mientras nos dirigimos a la salida.

Subimos las escaleras a toda velocidad y, por suerte, no nos encontramos con más guardias. Dejo escapar un suspiro de alivio. Lo último que me apetece hacer ahora es meterme en otra carnicería. Hasta el último tendón de mi cuerpo suplica descanso y atención médica a gritos. Es un milagro que me sigan funcionando las piernas.

—¿Cómo vas? —pregunta Mori en voz baja cuando nos quedamos atrás mientras Erik explora la zona en busca de más guardias armados.

Gage le da a Erik detalles a través de los auriculares, pero dejo de prestarles atención y murmuro:

—Estoy bien. —Intento mantenerme erguida, pero mis extremidades siguen temblando por voluntad propia.

Sus ojos observan los míos de forma imperceptible.

—Me encargaré de ti en cuanto volvamos a nuestra tienda.

Sonrío ante la idea de él curándome.

—¿Y entonces quién se va a ocupar de ti?

Ni siquiera pestañea.

—Tú, por supuesto. Ya lo has hecho un montón de veces. —Su

expresión se relaja.

«¿Ah, sí?».

Bajo la mirada hacia su hombro, algo me dice que fue ahí donde lo cosí. Tiene gracia. Ni siquiera me imagino cómo sería verlo en un estado tan vulnerable mientras trato su perfecto cuerpo.

—¿Y tú hiciste lo mismo por mí? —pregunto para ver si se suelta.

Él asiente y sonríe. La nostalgia vive en su mirada.

—¿Quién iba a hacerlo si no?

Esas palabras retumban en mi interior cada vez que las dice. «¿Quién sino?». Sé que en el pasado me ha dicho esas palabras muchas veces. Abro la boca para decirlo cuando la voz de Gage se propaga por los auriculares con urgencia.

—¡Salid ya! Están saliendo de los camiones y rodeando el fuerte. Tenéis que salir por detrás inme… —La señal se corta cuando una tormenta de balas empieza a bombardear la ladera rocosa en la que se supone que están estacionados Gage y Thomas.

Nos miramos el uno al otro un breve instante antes de que Erik agarre a Mikah y le ajuste el casco. Lo único que oigo es la sangre que corre furiosa por mis venas.

—Manteneos a mi lado, no os separéis y no dejéis de correr pase lo que pase. Si caéis, os quedaréis atrás. No podemos permitirlos joderla. Esa memoria USB vale más que todos nosotros.

—Sí, señor —decimos Mori y yo al unísono mientras compartimos una mirada tensa.

Mikah traga saliva nerviosa. Le tiemblan mucho las manos mientras nos mira como si estuviéramos locos por aparentar tanta calma. Cuando volvamos a la base tendré que decirle lo muy poco tranquila que estoy por dentro.

—Iremos justo detrás de ti, teniente —dice Mori con cautela. Erik le da una fuerte palmada en el hombro y luego me mira. En un descuido, una expresión le cruza el rostro que revela su preocupación. No sé si le preocupa que salgamos de aquí con vida o mis heridas, pero sus ojos se posan de forma fugaz en la cicatriz que tengo en el lateral de la frente.

—Quédate cerca de Mori. No te desvíes —ordena. Asiento un par de veces sin saber muy bien cómo contestar. Él sonríe y se prepara

para salir del edificio.

El teniente abre la puerta de golpe y carga directo hacia el denso terreno cubierto de peñascos que rodean el fuerte. Thomas y Gage están ahí arriba, en algún lado. Es la única opción para encontrar refugio de los refuerzos. Estar aquí fuera en campo abierto es una putada. Sobre todo cuando es una zona desértica y hay pocos árboles bajo los que cubrirse.

Sentir el aire fresco de la mañana es como entrar en el paraíso. No me había dado cuenta del calor sofocante que hacía dentro hasta ahora. Mis piernas se mueven a un ritmo estable, Mori se mantiene justo a mi lado.

Todavía está bastante oscuro, pero dudo que eso nos sirva de mucha ayuda. Lo más probable es que los refuerzos tengan gafas de visión nocturna y estén mejor equipados que los hombres a los que hemos pillado por sorpresa.

Estamos a medio camino de las rocas cuando oigo un dron que nos sobrevuela. «Por favor, por lo que más quieras, que sea el dron de Thomas». No tengo tiempo de mirar, así que no lo hago.

Mori me agarra con fuerza por la cintura, instándome a que corra más rápido. Noto cómo me empuja para que mantenga el ritmo de los demás.

«Mierda, voy más lenta y mi cuerpo no coopera. He llegado a mi límite».

El pánico me inunda las venas. Mori no quiere dejarme atrás y sola. Mikah y Erik ya nos sacan unos seis metros de ventaja.

—¡Vete! No te preocupes por mí —digo entre jadeos.

Mori entrecierra los ojos y se ríe.

—No me conoces lo más mínimo, ¿no? Sigue corriendo. No mires atrás. Te prometo que iré un par de pasos detrás de ti —grita mientras ralentiza la marcha y se queda rezagado.

El estupor se adueña por completo de mi cuerpo. Giro la cabeza de forma instintiva hacia atrás para mirarlo…, ¿cómo iba a no hacerlo? ¿En qué realidad sería capaz de apartar la vista de él?

Mori alza su MK-17 y empieza a disparar a los hombres que doblan las esquinas del edificio y que van a por él. Ellos le devuelven los disparos. Está completamente indefenso.

Vuelvo la cabeza para apartar la mirada y sigo corriendo tal y como me ordenó, pero mientras veo que Erik y Mikah ya han llegado a las rocas y han iniciado el ascenso, caigo en la cuenta de que no puedo dejar que este sea el último recuerdo que tenga del imbécil de mi compañero al que solo he conseguido arrancarle un par de sonrisas.

Hay algo en él que valoro tanto que duele.

Como si se hubieran avivado las brasas que arden en lo más profundo de mi alma para despertarme de un sueño engañoso, me doy cuenta de que tengo que volver. No puedo seguir sin él.

Mis pensamientos me distraen y tropiezo con una piedra del tamaño de un puño. Me pongo de pie al instante, vuelvo a tropezar y miro con rabia a mis piernas, que intentan volver a fallarme. «Ahora no, por favor».

Oigo algo a través de los auriculares, interferencias y un ruido apenas comprensible, pero la voz de Thomas se abre paso y farfulla algo.

—Power, ¿eres tú? ¡Repite!

Esta vez se lo oye más claro.

—¡Saca a ese puto imbécil de ahí! El d-dron v-va a lanzar un mis…

Eso es todo lo que oigo antes de que se corte la señal, pero ya había echado a correr hacia Mori en cuando dijo que lo sacase de la zona de explosión. Noto los pulmones calientes y se rebelan del agotamiento. Corro hacia él más rápido de lo que creía posible. Hasta el punto de que siento que podría perder el control de mi cuerpo en cualquier momento.

Varias balas me pasan volando ahora que los hostiles nos disparan a los dos. Alzo el rifle y le acierto a uno justo entre los ojos, que se desploma contra uno de sus compañeros.

Mori se gira hacia mí. El pánico le destella en la mirada.

—¡¿Qué cojones haces, Emery?! —grita mientras se agacha justo cuando una lluvia de humo y misiles nos pasa volando por encima. Unas estelas de fuego conectan el cielo con la tierra justo detrás de él mientras echa a correr hacia mí, con los brazos extendidos en un gesto desesperado.

BOOM.

Capítulo 16

Cameron

¿Por qué siempre hace justo lo contrario a lo que le digo?

Noto los ojos secos mientras intento alcanzarla. Joder, aún está muy lejos. Sus trenzas rosas ondean a su espalda y tiene los brazos extendidos hacia mí.

¿Por qué iba a volver por alguien como yo?

La tierra se sacude y las explosiones rugen tan fuerte que me empiezan a pitar los oídos. Ella es lo último que veo antes de que una nube de humo nos consuma a los dos. La onda expansiva me tira al suelo, y cierro los ojos de forma instintiva mientras la tierra y los escombros caen sobre nosotros.

«Por favor, que este no sea el final».

Que esta no sea la última vez que la veo.

Toso con fuerza y lucho por respirar mientras me arrastro con el cuerpo destrozado hacia ella. Hay demasiado polvo como para ver algo, pero la oigo tomar aliento de forma irregular justo bajo el sonido de mi propio aliento. El dolor me evita, pero la falta de respuesta de mis pulmones me dice que están ardiendo.

Me falla el cuerpo. Lo único en lo que puedo pensar es en ella.

Estoy tirado en medio de este terreno, sabiendo que la muerte ha venido a buscarme. ¿De verdad este es mi final? «Qué puta injusticia». Me hago una bola, pero mantengo la mano extendida en dirección a donde oigo sus toses cada vez más débiles.

Otro misil pasa silbando y explota en el suelo, haciendo que se me cierren los ojos. Noto cómo pierdo el conocimiento.



El teniente Erik caminaba despacio de un lado al otro del muelle y me miraba a cada poco para juzgarme.

Solté un largo suspiro.

—¿Qué?

—Pensé que ibas a hacer todo lo posible para que recuperase los recuerdos. Estoy seguro de que te perdonaría —dijo alzando una ceja.

Tensé la mandíbula, furioso. Jamás lo comprendería. Vance Belerik siempre ha sido una persona racional y fue lo bastante listo como para rechazar las mejoras que le ofreció Nolan. Él nunca ha tomado las pastillas, así que es imposible que llegue siquiera a imaginar lo que siento.

—¿Qué parte? —le espeté. Erik me fulminó con la mirada—. ¿Quieres que intente que recuerde cuando quise asfixiarla en la biblioteca antes de la primera prueba? ¿O qué tal si se acuerda de cuando me peleé con ella en la cafetería? Ah, espera, ya sé —entrelacé los dedos y le sonreí como un maníaco—: debería ir decirle que es culpa mía que no recuerde quién es. Que fui yo quien le reventó la cabeza con una puta piedra.

Me costaba respirar, y sacudí la cabeza al darme cuenta de cómo me estaba comportando. Me eché el pelo hacia atrás rápido con los dedos y tomé aire despacio.

Erik me dio una palmadita en el hombro. Me encogí al notarlo.

—Seguro que no solo compartisteis malos momentos. —Su voz sonaba comedida.

Lo miré de reojo.

—Te equivocas —mentí.

Él se rio entre dientes.

—Mientes fatal. Hace ya un par de años que te conozco y nunca te había visto mirar a nadie como la miras a ella. Joder, si hasta te cambia la energía cuando estás con ella. Es como si el ambiente se volviera menos horrible. Aun ahora que no te recuerda, te vuelves vulnerable, ¿lo sabías?

Abrí los ojos de par en par y negué con la cabeza despacio.

Erik sonrió.

—Te acojona admitir tus sentimientos, Cameron. A veces, lo que

nos hace superar una situación difícil son las emociones. ¿Por qué crees que no la mataste aquel día en el bosque?

Lo estudié y di un paso atrás al caer en la cuenta.

—¿Viste las grabaciones? —pregunté sabiendo que sí lo hizo, pero quiero que me lo diga.

Erik asintió y esbozó una sonrisa triste.

—Claro, y te detuviste porque ella gritaba tu nombre. Es cierto que no paraste hasta ese primer y horrible golpe pero… no la mataste. Es todo un logro.

Se me revolvió el estómago.

Eso no debería ser un elogio. No debería haber pasado algo así.

—¿Sabías que Nolan iba a ponerme la inyección nueva justo antes de la prueba? —Me mordí la lengua para no reaccionar cuando la verdad apaga la mirada de Erik.

—¿Qué más da? Superaste la prueba. —Se giró bruscamente y empezó a caminar de vuelta a la base—. Vuelve antes para prepararnos para ir a la Gran Cuenca. Esta misión es el principal interés de Bridger ahora mismo —murmuró por encima del hombro.

¿Por qué? Hemos hecho un montón de misiones de obtención de información en el pasado. ¿Qué tiene esta de especial para él? ¿Qué ocultan?

Apreté los puños alrededor de la barandilla metálica que separa la playa de la acera.

Bryce le estaba diciendo la verdad a Emery, una que apenas recuerdo porque estaba en aquella especie de trance cuando lo maté. Pero escuché su secreto. Sabía que era un espía, pero no que trabajase para la familia Mavestelli.

Su padre sí que está en pie de guerra por haberle robado a su hija.

Aunque algo en el rincón más lejano de mi mente me dice una y otra vez que un hombre como Greg Mavestelli tiene otros intereses además del regreso de su hija.



Abro los ojos poco a poco y veo borroso. Intento parpadear para despejar el polvo que sigue acumulándose a mi alrededor, pero es

inútil.

Me pitan tanto los oídos que todo me da vueltas. No me puedo mover. No puedo mover ni un músculo.

El sabor metálico de la sangre es abrumador, y las manos me tiemblan nerviosas.

Gruño al levantar la cabeza para echar un vistazo. Todo está difuso, pero algo se mueve hacia mí, renqueando a duras penas.

—Em… —Noto un borboteo en la garganta y se me llena la boca de más sangre—. Em. —Es la única palabra que consigo formar. La única palabra que quiero decir.

La figura se acerca antes de que otra colisione contra ella. Caen al suelo enzarzadas en una pelea hasta que una de las dos siluetas saca un cuchillo y se lo clava en un pulmón a la otra. Escucho la respiración sibilante y el grito agudo de un hombre.

Lucho otra vez por levantarme, pero mis músculos se niegan a cooperar.

Mi respiración se vuelve más intensa. «¿Y los auriculares?». Consigo llevarme una mano a la cabeza y entonces me doy cuenta de que el casco ha salido volando con el impacto del misil.

Joder, tengo que encontrarlo.

Recupero la movilidad en las extremidades poco a poco y me incorporo sobre los brazos. Siento un cosquilleo por todo el cuerpo. Debe ser el dolor que bloquean las drogas. Quién sabe cuánto tiempo me queda antes de morir.

Parpadeo más fuerte y alzo la barbilla mientras la figura que queda en pie se levanta y se aleja del hombre que acaba de asesinar. Se me aclara la visión lo bastante como para distinguir su precioso pelo, manchado y desgastado por la sangre y el barro.

Tiene los ojos abiertos de par en par y vacíos.

Se me para el corazón. «¿Está… fuera de control justo ahora?», me sorprendo pensando mientras se acerca a mí cojeando con un cuchillo en la mano que gotea sangre.

Ese pensamiento se desvanece enseguida y en su lugar queda el alivio de que no esté muerta.

—Em —susurro con una voz seca y rasgada. Aguanto la tos que amenaza con desgarrarme. Ella se pone a mi nivel, se sienta

directamente sobre mi cintura y me coloca la punta afilada de su hoja en la garganta.

Una amplia sonrisa se extiende por mis labios destrozados. Me pregunto si será capaz de verla a través de los jirones que quedan de la máscara.

Su cara no muestra expresión alguna, lo único que se refleja en sus ojos es el impulso de matar.

—Me harías un favor, preciosa —digo con suavidad mientras le acaricio los labios, también agrietados, con el pulgar. La energía abandona mi cuerpo y se me vuelve a caer el brazo al costado.

La oscuridad me vuelve a nublar la vista.

«Por favor, Emery, mátame».

Capítulo 17

Emery

Sangre fresca sobre su piel manchada de tierra. Es el tono de rojo que de verdad te hace ver lo volátil que puede ser la vida. Lo fácil que es arrebatarla.

Abro la mano ligeramente y la hoja que sujetaba se me escapa de entre los dedos. Respiro un par de veces angustiada mientras descifro dónde estoy y qué estoy haciendo. Qué estaba a punto de hacer.

Mori tiene la cabeza ladeada, está inconsciente. Lo recorro con los ojos, fijándome en todos los cortes que tiene en la ropa táctica y cualquier otro que permita que su cuerpo herido se vacíe de sangre. Veo una larga incisión que se extiende desde la parte de abajo de la mandíbula hasta la mejilla.

¿Por eso se le cayó el casco? Me trago las emociones que se arremolinan en mi interior. Le acaricio la cara a través de un guante andrajoso y le bajo la máscara con cuidado. Tiene los labios ensangrentados y su respiración es tan débil que casi es como si estuviera muerto.

Está a las puertas de la muerte, apenas es capaz de aferrarse a este mundo tan cruel.

Las lágrimas me resbalan por las mejillas sin cesar mientras me recompongo. «Céntrate en la misión. Céntrate». Me doy un golpe en la sien.

—Teniente, responda —digo en voz baja por si acaso ha sobrevivido algún hostil y aún está en la zona. Aunque el silencio que hay es de lo más siniestro. Solo se escucha el crepitar de los matorrales y los árboles que han ardido—. Volt, responde… Power, ¿estáis ahí?

Nada. Puede que el ataque aéreo haya estropeado la radio.

Se me encoge el estómago del pavor cuando me permito volver a mirar a Mori. «Tengo que sacarnos de aquí y rápido».

Arrastro su cuerpo hasta un matorral espeso y lleno de espinas y lo escondo bajo las zarzas.

—Vuelvo ahora. No te mueras —murmuro con la palma de la mano apoyada en un lado de su cara. Le aletean las pestañas como si me estuviera contestando. Me inclino y le doy un beso en los labios antes de levantarme y estudiar el terreno del que casi no salimos con vida.

El humo y el polvo se han disipado casi por completo, dejando a la vista una desgarradora escena de lo que queda de las fuerzas enemigas. Incluso una misión pequeña como esta puede terminar siendo un infierno. Intento rodear las extremidades y las cabezas que se han desprendido mientras me dirijo de vuelta al escondite.

Me agacho tras el muro exterior e ignoro la forma en la que noto los brazos más pesados a cada segundo que pasa. «Mierda». Me llevo la mano a la bolsa lateral, saco el bote de pastillas y me meto seis cápsulas en la boca para machacarlas con los dientes antes de tragar el amargo polvo.

Un subidón de adrenalina me inunda las venas y una sonrisa de esperanza se extiende por mis labios. Agarro el MK-17 y lo apoyo sobre el pecho con firmeza mientras echo a correr hacia el claro que hay delante del edificio, lista para disparar a cualquiera que no forme parte de mi escuadrón.

Un barrido rápido de la zona confirma que no hay nadie.

Necesito ayuda. ¿Dónde está nuestro escuadrón? Pruebo a hablar por los auriculares de nuevo mientras camino cojeando por el sendero que usamos para invadir la guarida. No hay respuesta. ¿Solo quedamos nosotros dos?

La ansiedad empieza a crecerme en el pecho y siento que el aire que respiro no contiene oxígeno. Tardo diez minutos en llegar al campamento. El cuanto veo las tiendas destrozadas y tiradas en el suelo y que los vehículos, el equipamiento y las cajas ya no están, caigo de rodillas y pego un puñetazo al suelo.

De mi garganta brota un grito seco mientras golpeo la tierra un par de veces más. ¿Cuánto tiempo hemos estado lejos? ¿Creen que

hemos muerto? ¡Joder!

El sol cae sobre mi espalda mientras atravieso el terreno a toda velocidad para volver al escondite. El sudor se me acumula en la frente y ya no sé ni dónde estoy herida porque estoy empapada de la cabeza a los pies bajo el equipamiento.

Cuando llego a los vehículos que están ardiendo en el claro, oigo unas voces por encima de mí. Me fijo en los enormes pedruscos rojizos y me dejo caer tras el armazón de un Humvee que aún echa humo.

Alzo la mira del rifle y encuentro el origen de las voces. Cuatro hombres vestidos con ropa marrón que se camufla con la arena caminan por la cumbre. Discuten sobre algo. Oigo que sueltan las palabras «memoria USB» un par de veces. Parece que saben por qué invadimos su edificio.

Inspiro hondo y aguanto la respiración mientras a punto con la mira a una de sus cabezas. El hombre se gira hacia mí. Tiene una barba tupida y le cubre toda la mandíbula. Me resulta tan familiar que me toca la fibra sensible del cerebro y me paraliza durante un instante.

Una mano me aprieta el hombro antes de que pueda disparar.

Se me para el corazón. Sé que no es Mori. Su peso no coincide y la forma de apretar de esta mano es fría en comparación con su toque delicado.

Levanto la cara del rifle despacio y miro hacia arriba.

El joven que me mira tiene el pelo rubio dorado, lleva un corte degradado y peinado hacia un lado. Tiene las mejillas afiladas, casi tan marcadas como la mandíbula. Es apuesto y viste un caro traje azul marino con gemelos dorados en las mangas y un reloj de color ónix. Pero lo más acuciante es que lo conozco. Estoy segura.

Mi cara ha debido de delatar lo confusa que estoy porque el joven me sonríe con frialdad y las cejas ligeramente alzadas como si se compadeciese de mí.

—Hola, Emery.

Capítulo 18

Emery

—¿Cómo sabes mi nombre? —Mi voz es apenas un susurro y, aun así, tengo la sensación de que, en este instante, suena más alto que cualquier otra cosa.

El hombre no contesta. En cambio, su mirada se fija en un punto por encima de mí y, antes de que pueda reaccionar me ponen una bolsa de arpillera en la cabeza. Un segundo después, me golpean en la sien con la culata de un rifle.

Los músculos dejan de responderme, pero, contra todo pronóstico, no pierdo la consciencia. Aunque finjo que sí, si me van a secuestrar, lo mejor es intentar captar algún detalle mientras creen que estoy fuera de combate.

El hombre me levanta y me lleva con facilidad entre sus brazos. No me sube encima del hombro como pensé que haría, sino que me coloca sobre su pecho. Es un gesto que me calma el corazón. Cierro los ojos y me centro en el olor a tormenta que atraviesa un bosque de pinos. Lo encuentro reconfortante y evocador en el sentido peligroso de la palabra.

«¿Quién coño es esta gente? ¿Quién es él?».

Me clavo los dientes en el labio inferior y dejo el cuerpo todo lo muerto que puedo mientras carga conmigo.

—¿Dónde está el otro, Reed? —pregunta con voz ronca el guardia que me puso la bolsa y me golpeó. El nombre despierta algo en el fondo de mi mente y revela una pieza del rompecabezas, pero todavía no sé dónde colocarla, como un sueño que no consigues recordar porque está fuera de tu alcance.

Reed me recoloca entre sus brazos y empieza a caminar como si nada. No tengo mucha visibilidad, pero atisbo que nos dirigimos hacia una furgoneta enorme.

—Muerto o en el terreno de atrás. Registrad la zona a conciencia. Greg lo quiere también a él. —La voz de Reed es grave y hace que un escalofrío me recorra el cuerpo. Emite un aura de maldad.

—Entendido. —Después de eso, lo único que oigo es el sonido de sus pisadas en la tierra mientras se aleja por el árido camino.

Reed entra en la furgoneta calmado y sin detenerse. Una vez estamos dentro, pierdo la noción de nuestra ubicación. Es demasiado difícil distinguir algo a través de la malla de arpillera, sobre todo cuando la furgoneta empieza a moverse.

El aroma a pólvora aún impregna el aire. Siento las manos enguantadas de Reed frías al contacto con mi brazo, allí donde el uniforme, que está destrozado, deja mi piel al descubierto.

Conducen durante unos cinco minutos casi en línea recta desde la guarida, o eso me ha parecido, antes de detenerse. Abren la puerta corredera y Reed me saca en brazos.

¿Tienen otro edificio más? Se me acelera el corazón y este me insta a levantarme y echar a correr. Pero sé que no es buena idea, no recorrería ni un metro antes de que se me echasen encima. El tío este, Reed, es tan alto como Mori, me alcanzaría en un suspiro.

Camina tranquilamente por el desconocido edificio para mí, pero no se detiene ni una vez ni duda en qué dirección ir. Con la cantidad de giros que ha tomado, me pregunto si es igual de laberíntico que el anterior. A medida que pasa el tiempo, el pánico crece en mi interior.

¿Qué tiene pensado hacerme? ¿Me van a torturar? La chispa de miedo se extingue pronto al recordar que no puedo sentir dolor. El alivio que siento me da un pequeño respiro.

Pero ¿cómo sabe quién soy? ¿Acaso las Fuerzas Oscuras no fueron tan cuidadosas con la seguridad como pensaban? A lo mejor este grupo cuenta con un *hacker* como Mikah.

—Sé que estás despierta —dice Reed sobresaltándome.

¿Me está poniendo a prueba? Decido permanecer en silencio y mantenerme completamente relajada en sus brazos.

Suelta una risita suave que casi me resulta familiar.

—Llevamos mucho tiempo aguardando la oportunidad de traerte de vuelta. No me puedo creer que no me reconozcas. Veo que es verdad que perdiste la memoria en las brutales pruebas del

Descenso. —Resopla—. Nuestra primera fuente de información dijo que habías muerto. ¿Tienes idea de lo mal que lo pasó tu padre? —Dice que mi padre lo pasó mal, pero es él quien suena consternado.

¿De qué narices está hablando? Noto un estallido de tensión detrás de los ojos que me obliga a cerrarlos y a pegar un grito. No me lo esperaba. Es el mismo dolor de cabeza que tuve cuando recordé a Bree.

Reed se detiene, luego abre una puerta y la cierra tras él antes de cruzar la habitación y dejarme sobre una cama o una especie de sofá. Me ata las manos a la espalda antes de quitarme la bolsa de arpillera de la cabeza.

La habitación es pequeña, gris y fría. Huele de forma muy marcada a madera que lleva un tiempo mojada. Parece un espacio heterogéneo, está casi vacío excepto por el sofá marrón en el que estoy sentada, una cocina pequeña en la esquina y un par de cajas apiladas en las paredes. Respiro de forma rápida y ansiosa mientras estudio mi entorno antes de mirar a Reed.

No mueve los ojos. No tienen vida. Hasta diría que parece un poco molesto por la forma en la que frunce ligerísimamente el ceño en señal de que se está resistiendo a decir lo que quiere.

Le lanzo cuchillos con los ojos.

—¿Quién eres? —Se ve que mi pregunta le hace gracia porque alza una ceja y sonríe.

—De pequeños éramos amigos íntimos. Aunque me consideras más bien tu mentor, bueno, me considerabas. ¿Recuerdas a los Mavestelli? Mm, no. Pero ¿qué te han hecho en la cabeza, Emery? —Levanta una mano y la acerca a mí con cuidado, pero yo no pierdo un segundo en echarme hacia atrás en el sofá y fulminarlo con la mirada. Se le endurece la expresión y aparta la vista.

—¿Qué me vas a hacer? —pregunto con la voz ronca. Me niego a pedir agua, pero Reed nota que tengo la garganta seca y se pone de pie para acercarse al lavabo que está en el lado opuesto de la habitación.

Llena un vaso desechable y me lo entrega. Lo miro con mala cara.

—Ay, olvidé que estabas atada. —Se ríe como si estuviéramos tomando un puto té y me pone el borde del vaso en los labios—. No

te vamos a hacer nada, Emery, siempre que te comportes. No puedo decir lo mismo de tu compañero. —Niega con la cabeza y chasquea la lengua.

La ansiedad me consume.

—No le hagáis daño. —Las palabras salen de mi boca a toda velocidad y con un deje de pánico.

Reed baja la barbilla y se me queda mirando un rato, como si estuviera analizando todo lo que hago.

—Vaya, creo que nunca te he visto encariñarte tanto con alguien. Debe de ser muy especial, ¿eh? —Me da una palmadita en el hombro, con lo que se gana una terrible mirada asesina—. ¿Qué hizo para conseguir que confíes tanto en él y lo obedezcas tanto? —Reed se toquetea el labio con un dedo, como si no entendiese cómo conectan las personas entre ellas. Raro.

—No tenéis por qué hacerle daño. Yo os diré todo lo que queráis saber. —Entrecierro los ojos mientras hablo. Si el teniente o el general me escuchasen hablar así, me matarían sin pestañear por ser una traidora, pero no dejaré que le hagan daño a Mori.

—Luego seguimos hablando. —Sonríe.

Desde luego eso no hace que me sienta mejor.

Reed inclina la cabeza en un gesto compasivo mientras saca una jeringuilla y le da un par de golpecitos con la uña.

—Aunque sin duda has puesto mucho empeño en morir ahí fuera, ¿no? Tenemos que curarte. Esto te ayudará a dormir —balbucea mientras se me acerca con la jeringuilla.

Intento luchar para alejarme de él, pero me pincha en el cuello y un segundo después todo se apaga.



Siento que apenas he estado inconsciente un par de minutos, pero cuando despierto estoy extendida en una cama dura. Unas luces brillantes me miran con furia desde el techo y unas sábanas blancas me tapan hasta el cuello.

Un escalofrío me recorre el cuerpo y me incorporo. Algo frío y

metálico me tira de la muñeca. Estoy esposada a una cama como de hospital. «¿Qué me han hecho?». Uso la mano que tengo libre para levantar las sábanas y buscar cualquier anormalidad en mi cuerpo.

Se me forma un nudo en la garganta cuando por fin veo los daños que me provoqué en la misión. Han usado una cantidad generosa de vendas y esparadrapo para curarme las heridas. Estoy segura de que debajo habrá puntos. La mayoría ya empiezan a manchar el vendaje de un color rojo brillante y habrá que cambiarlo.

Recuerdo mi situación y estudio mi entorno. Parece una habitación de hospital anticuada. El suelo está cubierto de azulejos cuadrados de color blanco y en la pared hay rieles para correr una cortina si hiciera falta más privacidad. Hay un guardia situado al fondo de la sala que me mira con cautela mientras se lleva una radio a la boca.

—Está despierta —informa para después dejar caer la mano de nuevo a un lateral.

Frunzo los labios con recelo y sigo haciendo un barrido visual por la habitación ahora que aún está más o menos vacía. Hay cinco camas en total y nadie las ocupa.

«¿Significa eso que Mori ha conseguido escapar?». La esperanza me invade las venas.

Pasan varios minutos antes de que la puerta se abra con un chirrido.

Un hombre esbelto que parece tener unos cincuenta años entra dando pasos largos. Viste un refinado traje de tres piezas azul marino y sujeta un bastón en su mano derecha. La empuñadura está bañada en oro y tiene los bordes curvados, formando como una especie de garra. Lo bastante afilada como para matar a alguien. No la usa para apoyarse ni por ninguna lesión, tiene pinta de ser pura fachada. Quizá para él sea un símbolo de poder.

Ninguno de los dos articula palabra cuando se detiene a metro y medio de distancia. Se me queda mirando con frialdad. No tengo del todo claro quién es exactamente. Las palabras de Reed resuenan en mi mente. «Mavestelli».

Tiene que ser él.

—Em-Bee —dice de forma austera, como si en realidad no quisiera pronunciar ese nombre.

Pero se me queda grabado.

«Em-Bee». Vuelvo a notar un estallido de tensión detrás de los ojos. Es tan intenso que me agarro la cabeza con las manos y aprieto la mandíbula.

Las imágenes de un joven resurgen en mi mente. Envenena a la gente. Bryce. Sus ojos y el gorgoteo que hizo cuando lo asesinaron se estrellan en mi alma… Me llamó Em-Bee para demostrar que trabajaba para mi padre. Mavestelli es mi padre. Aunque no lo recuerdo, tiene que ser verdad. Nos parecemos demasiado.

Los recuerdos no son nítidos, pero, a medida que se me pasa el dolor de cabeza, una pregunta empieza a hacer que se me revuelva el estómago: si no fue Bryce, ¿quién me golpeó la cabeza?

Mi padre me mira a los ojos.

—Emery, lo has pasado muy mal, ¿verdad? —Se sienta sobre el borde de hierro de la cama, que cruje cuando se gira hacia mí.

Vacilo antes de contestarle. Tengo un montón de imágenes borrosas en la cabeza ahora mismo.

—¿Qué me ha pasado? ¿Cómo he terminado aquí? —consigo preguntar al fin.

Baja los ojos, apagados y marrones, al suelo.

—Bueno, es una larga historia. ¿Es que tu compañero no te lo ha contado? Según me han informado, estáis bastante unidos. Me sorprende que no haya salido el tema. —Su tono es analítico.

Sé lo que está haciendo: está plantando la semilla de la duda en mi cabeza, pero también tiene razón. Mori se ha negado a contarme mucho en general, y mucho menos su nombre.

¿No confía en mí?

Noto un peso en el pecho con solo pensarlo.

—Solo me está dando tiempo —digo insegura mientras me aferro a las sábanas.

La mirada de mi padre es desdeñosa y segura. Cada instante que paso en su presencia saca a la luz más y más cosas de mi pasado. Una infancia indiferente. El negocio familiar. Mi papel como sicaria. Incluso Reed. Me siento tonta por no haberlo reconocido. Es mi mentor, hemos pasado mucho juntos a lo largo de varios años. Cierro los ojos ante la arremetida de recuerdos.

—¿Quién te dijo que te había hecho esto? —Mi padre me roza la cicatriz de la sien con los dedos.

Trago saliva y sacudo con la cabeza.

—Fue… Bryce. —Me tiembla la voz al recordar de nuevo al envenenador muerto ante mí. Es una imagen muy vívida. Sé que si sigo presionando descubriré más cosas, pero parte de mí se muestra reacia a recordar el resto.

Mi padre se ríe y me agarra la muñeca. La presión que noto basta para saber que me dolería de no ser por las pastillas de la muerte. «¡Las pastillas de la muerte!» Recuerdo que así las llamaba antes. El corazón empieza a martillearme en el pecho cuando vuelvo a mirar a mi padre a los ojos

—Sabes quién lo hizo. Fue Mori —dice despacio.

Esas dos palabras me atraviesan de parte a parte.

«Miente».

—Mientes. —Se me quiebra la voz. Intento alejarme de él, pero las esposas no me permiten alejarme mucho.

Esboza una sonrisa siniestra y chasca los dedos hacia el guardia El hombre se acerca y le entrega un móvil a mi padre.

—Míralo tú misma. —Me pone el móvil delante de la cara y me hace ver la grabación.

Empiezan a caerme lágrimas por las mejillas, que gotean sobre mi regazo. No entiendo por qué, pero la agitación se intensifica en mi interior. Traición y angustia. Miro de todas formas, con la vista borrosa y dolor de cabeza, mientras Mori me persigue por el bosque y me sujeta contra el suelo. Grito su nombre una y otra vez. Cameron.

Le grito que pare.

Cameron. Qué nombre tan bonito, uno que me derrite el corazón y me trae miseria al mismo tiempo.

Se me sube la bilis a la garganta cuando la verdad me cala los huesos. El terror y la desesperación que siento en el vídeo es evidente. No es fácil ver cómo ignoran mis gritos lastimeros y cómo alza la piedra en la mano de todas formas para darme un golpe tan fuerte en la cabeza que todo el bosque se queda mudo.

Todos los recuerdos vuelven a mí. Todos. Las cosas horribles que

hice antes de entrar en las Fuerzas Oscuras y también lo que hice después. El amor que le profesaba a Cameron y el sufrimiento que soporté mientras veía cómo intentaba matarme. Se me llenan los ojos de lágrimas y el nudo que tengo en la garganta se hace más grande.

Mi padre baja el móvil y, al mirarlo de reojo, me parece que está sonriendo. Cabrón despiadado. Siempre disfrutó con el dolor ajeno.

Ahora mismo todo me parece surrealista. Me siento vacía, lo único que queda en mi interior es la tristeza.

¿Por qué no me lo dijo? Cualquier cosa hubiera sido mejor que nada. ¿Por qué me apartó de él? Aprieto los labios en una línea y agarro las sábanas con frustración. ¿De verdad le importo tan poco?

—Lo único que ha intentado hacer ese chico es provocarte dolor. Quería matarte. Por el amor de Dios, lo intentó. —Me limpio la cara con la manga y me quedo mirando las manos con tristeza—. Es hora de que te lleve de vuelta a casa, Emmie. En cuanto todo esto termine estarás sana y salva. Tu madre te está esperando. Hasta te enviaré a la ridícula escuela a la que siempre quisiste ir.

La mención a mi madre hace que levante la barbilla. Tampoco es que antes le importase mucho lo que me pasara. ¿La escuela de arte? ¿De verdad puedo volver a un mundo que no sea este? Mi mente vuelve a pensar en Mori…, Cameron, quiero decir. Un anhelo profundo y magullado por verlo crece en mi interior. Estoy enfadada. Estoy triste. Tengo el corazón roto.

—¿Dónde está?

Mi padre entrecierra los ojos, molesto porque vuelva a centrarme en Cameron.

—¿El soldado? Lo están operando. Reed está con él mientras los médicos lo arreglan. No sé de qué nos servirá si se recupera, pero pretendo enseñarle a Nolan una valiosa lección: si él se lleva lo que es mío, yo le quitaré lo que es suyo.

Sus ojos son oscuros y están llenos de planes malvados para los que no tengo la capacidad mental de preocuparme ahora mismo.

Toda la información y el desconsuelo que acabo de experimentar me ha dejado agotada.

Relajo los hombros sintiéndome más sola que nunca. Estoy justo

donde empecé antes de todo esto, pero, de algún modo, ahora me siento más rota. El cansancio ha echado raíces en mi alma.

—¿Qué va a pasar ahora?

Mi padre sonríe, se nota que está encantado de verme tan derrotada.

—Ahora les enseñamos de lo que es capaz la familia Mavestelli cuando nos ponen entre la espada y la pared. Necesitan que les recordemos lo afilados que tenemos los dientes.

Asiento de forma débil mientras me miro las palmas de las manos, que las tengo llenas de sangre. Él me da una palmadita en la mano y se levanta. ¿De verdad mi vida ha acabado siendo esto? ¿Para qué he sobrevivido al Descenso? ¿Para volver aquí a ser una asesina? Ese no puede ser mi futuro.

No quiero esto. Lo que quería era… Se me cae el alma a los pies.

Lo que quería era a Cameron y ahora siento que a él también me lo han robado.

—Descansa un poco. Mañana te informarán sobre nuestra contraofensiva. —Se detiene al llegar a la puerta y permite que el guardia salga de la habitación para que pueda dormir tranquila—. Ah, y vamos a celebrar el regreso de nuestra sicaria. La cena es a las seis, estaremos tú, Reed y yo —dice en tono alegre, pero bajo esa apariencia hay una lista de personas que quiere que mate. Simplemente se alegra de haber recuperado su arma. Rota, como siempre deseó que estuviera.

Cuando se cierra la puerta me tumbo y me quedo mirando al cielo, contando los puntitos de los paneles y los agujeros de bala de tiroteos pasados, supongo. Lo único que se oye es el tic-tac del reloj colgado en la pared y cada golpe del metal me hunde más en la desesperación.

La guarida en la que nos infiltramos me resultaba familiar porque ya había estado allí. Muchas veces, de hecho. Cierro los ojos ante la horrible verdad: la habitación secreta era mía. Desde allí solía espiar a los guardias y enterarme de cosas que no debería.

Ahora parece muy obvio, pero es verdaderamente aterrador no recordar nada de tu pasado. Te priva de casi toda tu mente.

¿Cameron me miraba diferente tras la última prueba porque

lamentaba no haber terminado conmigo? Intentó matarme y aun así lo obligaron a ser mi compañero. Todas las miradas frías y su rechazo a conectar conmigo… ¿Por qué?

Se me escapa un fuerte gruñido de frustración de entre los labios mientras me incorporo y hundo las palmas de las manos en los ojos para intentar, en vano, mantener las lágrimas a raya. Empiezan a caerme por los brazos y sobre la cama mientras reboto las piernas en el suelo con ansiedad.

Qué estúpida soy.

Me ha estado mintiendo todo este tiempo.

Capítulo 19

Emery

Una suave brisa se cuela por las grietas de las ventanas y remueve el olor mentolado a hospital que hay en la sala de recuperación. A Cameron se le revuelve el pelo rubio pálido sobre la frente, pero permanece con los ojos cerrados mientras respira de forma constante y sueña ausente.

Descanso la barbilla sobre la palma de la mano, tengo el codo apoyado en la cama mientras me inclino hacia él para observarlo. En los últimos tres días he tenido una crisis mental tras otra. Desde querer suicidarme, pasando por sacudirlo para que despierte, hasta darle besos en esa triste sonrisa que me dedicó a lo largo de las pasadas semanas.

¿Podremos volver a ser nosotros? No parece que vaya a ser así. Respiro hondo mientras trazo círculos perezosos sobre su brazo.

Durante este tiempo, la agitación siempre me ha acompañado. Siento que no soy capaz de deshacer el lío de recuerdos que tengo en la cabeza. Ya no sé si algo de lo que me dijo antes era verdad o no. ¿Por qué me alejó de él como si no fuese nada? ¿Por qué me permití confiar en él?

Tengo la sensación de que mi corazón es lo único que se mantiene firme, esperando una explicación razonable para que pueda volver a ser un soldado con luz en la mirada. Aunque no estoy segura de si veré a esa versión de mí de nuevo. Esa versión no estaba marcada por el amor. Se conformaba demasiado para su propio bien.

Recorro la mandíbula y las mejillas marcadas de Cameron con la mirada, torturándome a mí misma al estar aquí viendo cómo duerme el cautivador soldado. Su belleza es incomparable y atormentada hasta en sueños. No sé si algún día terminaré de comprender por qué me atraen las cosas autodestructivas como él. Anhelo disfrutar

de su mirada penetrante aun sabiendo que intentó matarme.

Separo los labios ligeramente y dejo escapar un largo suspiro mientras me subo a la cama y me coloco a su lado. Mi cuerpo es pequeño al lado de su pecho. Su torso es lo bastante grande como para acurrucarme sobre él. Apoyo la cabeza en su pecho e inhalo su marcado aroma a abedul.

—¿Cómo he podido olvidarte precisamente a ti, Cameron…? —pronuncio su nombre de forma pesimista y el sabor amargo me deja cierta tristeza en la lengua.

Me aclaro la garganta y saco el librito de poesía que lleva con él a todas partes, lo abro por las páginas más leídas y gastadas y leo unos pasajes en alto que seguro que ya se sabe de memoria.

Me digo a mí misma que es para darle consuelo, pero, de una forma egoísta, sé que lo hago por mí.



—Está despierto.

Me detengo a mitad del paso al oír la voz de Reed a través del auricular inalámbrico. Estaba caminando por la azotea en dirección a la barandilla en la que suelo sentarme. A lo largo de los últimos días, el único lugar en el que parece que encuentro la paz es sentada aquí arriba. Las luces de la ciudad destellan en la distancia y el flujo constante de coches en las carreteras, visto desde aquí, parece un río.

El mundo parece un lugar solitario desde los puestos en el extranjero como este. La contaminación lumínica de la ciudad se aventura hacia nuestra posición, pero se convierte en una completa oscuridad antes de llegar. Eso hace que me pregunte dónde empiezan las estrellas y dónde acaban. Aunque creo que nada se puede comparar con las estrellas que vi durante las pruebas del Descenso con Cameron. A lo mejor lo que más adoré fue la compañía, los amigos y el sentimiento de pertenencia que descubrí.

Ignoro el mensaje de Reed, me quito el auricular y dejo que caiga al suelo. Mis piernas me llevan a mi sitio habitual y me siento en la

cornisa del edificio, con los brazos colgando relajados de la barandilla en la que apoyo los codos y las piernas balanceándose en la brisa.

Estamos en algún punto del norte de Alemania. Mi padre nunca me dice el lugar exacto cuando estamos de misión. «Cuanta menos gente lo sepa, mejor», dice siempre y no iba a hacer una excepción con esta guarida.

A la sicaria siempre la mantienen a ciegas. Lo más probable es que no darme toda la información sea una estrategia para controlarme o una medida de seguridad por si me secuestran. Antes nunca me había importado demasiado, pero ahora sí. Sobre todo desde que mi padre ha aumentado la vigilancia sobre mí cuando no estoy trabajando. Exhalo y miro hacia abajo, hacia el guardia que está en el patio y me mira abstraído mientras charla con otro secuaz que pasaba por ahí.

Tras un largo vuelo desde la Gran Cuenca, el frío me agarrota las articulaciones. Inhalo despacio y observo sin emoción como el vaho escapa de entre mis labios. El aire es tan frío como la brisa de Alaska, parece que corta la piel y me hiela hasta los huesos.

Saco el bote de pastillas y le doy vueltas en la mano, escuchando el meneo de las cápsulas. Todavía está medio lleno y Reed tiene a su equipo trabajando en hacer más. Era reacia a compartir la dosis y las horas con él porque se le veía demasiado ansioso por saberlo todo acerca de la medicación, pero Cameron necesitaba sus dosis incluso estando inconsciente para que no tuviera una recaída.

Cameron. Pienso en sus miradas prolongadas y en el roce de sus dedos al enredarse entre mi pelo con tanta delicadeza mientras me mentía con una increíble dulzura. «Y decía que nunca me había hecho una trenza», resoplo. ¿Quién se iba a imaginar que alguien tan peligroso como Mori sería capaz de trenzar el pelo con tanto celo? Se me calienta el corazón al recordar ese momento tan bonito.

Después me acuerdo de su comportamiento cruel y distante. Gruño y coloco la cabeza entre los brazos.

No estoy preparada para verlo.

¿Qué le iba a decir? ¿Debería contarle que recuerdo todo lo que hemos vivido o mejor sigo siendo la chica que lo olvidó? Desde luego

parece que eso es lo que prefiere, teniendo en cuenta cómo me ha estado tratando.

El frío invernal me encoje el pecho. ¿Qué se supone que debería sentir tras oír el miedo y el dolor en mi propia voz, suplicándole que no me matara? Suplicándole que despertase.

Y ahora está despierto.

Está despierto y yo estoy atrapada en esta pesadilla, aún medio dormida, y, pese a todo, ya me están presionando para vuelva a «ocuparme» de la lista que ha elaborado Greg Mavestelli. Es una lista de nombres clavada en un tablero, abajo en mi habitación. Es el lugar de descanso en el que mi padre me obliga a quedarme mientras trabajo en la zona. Tengo muchas habitaciones por todo el mundo. Muchos lugares abandonados con camas en las que como mucho habré dormido una vez.

Lo único que quiero es despertar de esta realidad en la que estoy atrapada. ¿Soñar con una vida lejos de esta está demasiado lejos de mi alcance?

Me fijo con ojos cansados en la ciudad que está a lo lejos, los coches se desplazan en la noche. Todo el mundo sigue adelante sin mí.

Sin Cameron.

Ya somos como fantasmas o, a lo mejor, siempre lo hemos sido. Todavía no lo he decidido. ¿En la base pensarán que estamos muertos? Me llevo la mano a la nuca de forma instintiva, allí donde me han quitado el rastreador. Espero que todos consiguieran llegar bien.

Media hora después, la puerta de metal de la azotea se abre con un chirrido. Ni me molesto en girarme para ver quién es. Reed descubrió que es aquí a donde me escabullo el primer día que llegamos. Odio lo intuitivo que es, pero al menos parece que se preocupa por mi bienestar, al contrario que mi padre. Aunque estoy segura de que solo se preocupará mientras le siga siendo útil. Reed siempre se ha portado bien conmigo, pero es diferente. No creo que entienda lo que es querer algo de verdad.

Noto las mejillas frías sobre el plumífero, pero me da igual. Congelarme es lo más cerca que puedo estar de sentir dolor.

Unos pasos se acercan despacio y luego se detienen por completo mientras empieza a nevar un poco.

Espero a que Reed me eche la bronca y me ordene volver dentro, pero no dice nada. Pasan un par de segundos más antes de que se mueva hacia mi izquierda y se siente a mi lado. Está solo a unos treinta centímetros de distancia y lo único que veo por el rabillo del ojo son sus manos enguantadas colgando distraídas sobre la barandilla.

Nos sentamos en silencio y observamos la nieve caer sobre la ciudad que tenemos a nuestros pies. Estoy a punto de preguntarle cómo está Cameron justo cuando percibo ese aroma a abedul que conozco tan bien.

Se me tensan los músculos de la espalda antes de que abra la boca.

—Lo… Lo siento mucho, Em.

La voz de Cameron me provoca un escalofrío y me estremezco de forma instintiva. «Corre», grita una vocecita en mi interior. Pero creo que, ahora mismo, no sería capaz de ponerme en movimiento ni aunque quisiera.

Levanto la cabeza despacio y lo miro. La cálida luz naranja de las farolas que rodean la propiedad ilumina su figura y convierte su pelo rubio pálido en lenguas de fuego. Sus dulces ojos verdes y llenos de sufrimiento miran hacia otro lado.

Por su aspecto, parece como si justo se acabase de despertar, su piel es tan pálida que el frío del viento le ha puesto las mejillas coloradas y oscurecido la cicatriz que tiene en el ojo. Aunque eso solo hace que esté más cautivador. No puedo apartar la mirada de él.

No sé ni lo que ha dicho. Me alucina tanto que esté aquí ahora mismo que me he quedado en blanco.

Tiene las manos entrelazadas sobre el regazo y las muñecas unidas por unas esposas. Resulta sorprendente que Reed le haya permitido subir aquí. Miro por encima del hombro y lo veo al lado de Cameron con una MK-17 mientras se fuma un cigarro. Me lanza una mirada fugaz antes de volver a fijar la vista en el terreno nevado. Reed solo hace algo si le conviene. ¿Está estudiando nuestra interacción?

Pero ¿por qué iba a dejar venir a Cameron aquí para charlar? Resoplo, vuelvo a mirar al frente y siento los ojos de Reed en mi espalda casi de inmediato.

También lo hacía en el internado, observar las muestras de cariño de los demás era su mayor curiosidad. Era lo que más analizaba, creo que para aprender, lo cual resulta un poco espeluznante.

Cameron tensa la mandíbula y parece que, al igual que yo, lucha por encontrar las palabras. Todavía intento decidir qué versión de mí debería presentarle.

—Sé que has visto la grabación de lo que hice. La he visto un millón de veces y no dejará de matarme por dentro. Lo… —le tiembla la voz y traga saliva.

Las emociones afloran en mi interior, me retuercen el corazón y al final lo único que queda es la ira. Da igual lo triste que esté o lo mucho que lo eche de menos, tengo un cabreo de la hostia por la manera en la que me apartó de él.

—No lo sientes, Cameron. —Pega un salto al oír su nombre y por fin me mira. Lo cierto es que la pena en los ojos de un hombre es algo digno de contemplar—. Te supliqué. Lloré y grité tu nombre, pero, aun así…, te deshiciste de mí del único modo que sabes. Luego me mentiste y fingiste no conocerme. Como si te importase una mierda. —Sacudo la cabeza y me guardo la tristeza para mis adentros.

Se viene abajo y se muerde el labio inferior cuando se le llenan los ojos de lágrimas.

—Lo sé —consigue decir apenas en un susurro—, deberías odiarme.

«No es justo», discuto conmigo misma. Estaba fuera de control.

—Mi mente es un puto desastre ahora mismo. —Entrelazo las manos—. Yo solo te pedí la verdad.

Sus ojos son los de un hombre vacío al que no le queda nada. Asiente una vez y esboza una media sonrisa afligida.

—Lo sé.

¿Sigue prefiriendo cerrarse en banda? El enfado crece en mi pecho. Me aparto de la barandilla, me pongo de pie y me doy la vuelta para irme.

—Joder, Em, lo siento… más de lo que jamás podré decirte. Es que… —Se pasa los dedos por el pelo como si estuviera desesperado —. ¿Qué recuerdas? —Su voz vuelve a sonar dura de nuevo y me alegro.

Así es más fácil. Siempre lo ha sido.

Aprieto los puños a los costados.

—Lo recuerdo todo, Cam. —Siento que mis palabras se pierden en la nieve que cae al suelo entre nosotros. Me permito mirar una vez por encima del hombro para ver su expresión y me tortura más de lo que podría haber imaginado. Se le ve abatido por completo ante lo que acabo de admitir.

«Ahora sabe lo que se siente». Me obligo a mirar hacia delante. Si no me voy ahora, sé que querré consolarlo y eso no va a pasar ni de coña.

Paso por delante de Reed sin mirarlo. Me cabrea una puta barbaridad que haya dejado subir a Cameron. Reed me sujeta por la muñeca. Nos quedamos quietos mirando en direcciones opuestas.

—Suéltame —digo con dureza.

Él me ignora.

—¿Estás bien?

Me giro y clavo los ojos en los suyos.

—No hagas como si te importase. —Me libero de su agarre con brusquedad y bajo las escaleras.



Más tarde, después de la cena, regreso a mi habitación y me quedo mirando la lista de nombres que me ha dejado mi padre. Esta semana tacharé un par. Es casi como si no me hubiera ido.

Greg casi no me ha dirigido la palabra desde nuestra reunión inicial, lo que demuestra que en realidad nunca quiso traerme de vuelta porque se preocupase por mí. Solo quería recuperar a su altamente entrenado activo. Madre no me estaba esperando como él dijo. Ni siquiera la llamaron para hablar conmigo. Aunque tampoco esperaba que fuera a hacerlo. Sé que lo más probable es que me

estuviera mintiendo, pero aún tenía una pizca de esperanza.

Solo he conocido dos vidas: la de la familia Mavestelli y la de las Fuerzas Oscuras. Y las dos son desdichadas.

Más vale malo conocido que bueno por conocer… O eso dicen, ¿no?

Pienso en la mirada rota de Cameron y me coloco el brazo sobre la frente. Solo han pasado un par de horas y ya me siento mal por lo que dije y quiero arreglar las cosas con él.

«Toca disociar». Frunzo los labios mientras cojo un libro de la mesilla de noche y me acurruco en la cama. Abro el libro por donde lo dejé. Es la única forma que conozco de huir de mi mierda de realidad antes de dormir.

Pasa casi una hora antes de oír un traqueteo metálico en la habitación que está al fondo del pasillo. Coloco el marcapáginas y me siento para poner la oreja. Tengo el pelo suelto, por lo que varios mechones me caen sobre los hombros y el pecho cuando me inclino hacia delante para escuchar mejor.

Oigo el mismo ruido de nuevo, pero más fuerte esta vez.

Una desazón me reconcome en lo más profundo de la mente hasta que ya no puedo seguir ignorando la sensación. Dejo el libro y camino hacia la puerta para abrirla y asomarme para echar un vistazo al pasillo.

Está vacío. Espero unos instantes antes de sacudir la cabeza y girar el picaporte para que la puerta no haga ruido al cerrarla.

Es un edificio viejo. Serían las cañerías.

Capítulo 20

Emery

—Venga, Emery, vuelve a sentarte, que vas a necesitar puntos —dice Reed bruscamente mientras me saca una bala del muslo. De la herida empieza a salir sangre negra y yo la observo con la mirada apagada, impasible y cansada.

Ni siquiera me he lavado aún las manos. Tengo suciedad roja bajo las uñas. Reed apenas me abrió la puerta antes de llevarme directa a la enfermería.

Ha pasado una semana desde que vi a Cameron en la azotea.

Lo primero es el negocio familiar. Por no mencionar que necesito distancia para aclararme. Las pastillas tampoco es que ayuden precisamente en ese frente, pero al menos mantienen a raya el dolor físico. La neblina mental no está tan mal, no cuando tu profesión implica matar a gente de una forma cruel. Me he asegurado de mantener la dosis, cuatro pastillas cada cuatro horas, tal y como me prescribió Nolan. No quiero descubrir qué pasaría si no lo hago.

Lo único que me queda es esta terrible melancolía y anhelo que siento por Cameron. Los momentos que compartimos en el Descenso y en el escuadrón Furia se repiten una y otra vez en mi cabeza. Esos dedos curtidos que con tanta delicadeza me tocaban, esos ojos que tanto dolor albergaban…

Suelto un largo suspiro.

—Esto es extraordinario. ¿De verdad que no sientes nada? —Reed me cose sin darme ningún analgésico, ya que todavía me queda un bote entero de las pastillas de la muerte. Se aseguró de llenarlo por si acaso antes de que me fuera a trabajar y lo cierto es que no noto la diferencia entre las que mandó hacer él y las de Nolan.

Asiento.

—Pero ¿cuál es el precio de no sentir nada? —murmuro con

pasividad.

Él sonríe y agita la aguja ensangrentada delante de mí.

—Bueno, por suerte para ti, resulta que tengo unos contactos excepcionales en el equipo de bioquímica. Creo que han encontrado el agente estabilizador que le faltaba a las pastillas. —Reed agarra un bote rosa y me lo lanza.

Yo lo atrapo.

—No tenemos un equipo de bioquímica. —Mi tono de voz es monótono y suspicaz.

Reed sigue teniendo una gran sonrisa en la cara y casi ni pestañea.

—No he dicho que fuera nuestro. —Me guiña un ojo y extiende una mano hacia el bote que he estado usando hasta ahora. Se lo entrego y me quedo el rosa.

—Ajá. —No puedo evitar lanzarle una mirada curiosa mientras me debato si preguntarle por Cameron o no. Greg prometió no hacerle daño, ya que las técnicas de tortura no funcionarían con él, pero tengo un mal presentimiento.

—¿Qué tal está Cameron? —pregunto en voz baja mientras me fijo en cómo Reed se mueve cerca del lavamanos quirúrgico y se detiene al oír mi pregunta.

Apoya las manos en la encimera y piensa qué decir antes de darse la vuelta y mirarme:

—Creo que no deberías preocuparte por él, Emery. A ninguno de nosotros le hace especial gracia que haya intentado matarte. —Su voz es firme. A pesar de que tenemos la misma edad, me habla como si fuera una niña.

Lo fulmino con la mirada.

—A mi padre poco le importa.

Reed me mira con desaprobación antes de convertirse en una mirada comprensiva.

—Deberías centrarte en curar tu mente. No quiero que vuelvas a mencionar a Mori de nuevo, ¿vale? Te avisaré cuando lo puedas recuperar. —«No es un muñeco de trapo». Entrecierro los ojos preocupada y me fijo en la postura rígida de Reed, pero asiento para que se quede contento.

—¿Has estado enamorado alguna vez? —pregunto a sabiendas de

que lo va a pillar desprevenido.

Reed abre un poquito más los ojos antes de volver a su habitual mirada impasible.

—¿Quién no lo ha estado a nuestra edad? —dice como si nada. Sé que está mintiendo. Reed no sabe amar. Solo sabe ser posesivo y usar a la gente, pero eso no significa que no anhele comprender lo que se siente. La verdad es que es triste.

Se gira otra vez hacia el lavamanos y finge limpiar los instrumentos médicos. Cuando no digo nada más, relaja los hombros.

—¿Estás enamorada de él? —pregunta al cabo de un rato.

Frunzo los labios con fuerza.

—Lo estaba… Lo sigo estando. —El conflicto de sentimientos me oprime el pecho.

Reed regresa a mi lado.

—No sé cómo consigues seguir con vida. —Suelta una risita tras el cambio de tema. Veo que se siente incómodo, así que le sigo el rollo.

—¿Porque quiero a un criminal? —Le tiro el esparadrapo.

—Sí, por eso y por tu apariencia inocente. Resulta engañosa.

—Aprendí del mejor —imito el tono que usó antes y él se ríe.

—En fin, Greg ha planeado una reunión informativa a las ocho de la tarde. Nos vemos en la sala de operaciones de la cuarta planta. —La sonrisa que esboza no se le ve reflejada en los ojos, pero se la devuelvo y bajo de la mesa de un salto.

—¿Va a asistir todo el mundo? —pregunto deteniéndome en la puerta.

—Sí, tu padre tiene un gran anuncio para la familia, así que será mejor que llegues pronto. Ah, y no molestes al que hace guardia en tu pasillo, él también asistirá a la reunión. —Frota los dedos sobre la bala ensangrentada que me ha quitado de la pierna. Me quedo mirándola antes de asentir y marcharme.

«Qué raro ha sido todo eso».

Reed nunca ha dado una respuesta vaga sobre las reuniones. Tampoco me dio una respuesta directa sobre Cameron. ¿Y a qué ha venido el comentario sobre el guardia? La interacción me da ansiedad, pero intento apartarlo de mi mente.

Saludo al guardia con una leve inclinación de cabeza mientras paso por delante de la habitación de Cameron.

Me pregunto si me permitirán verlo. Sí me dejaron cuando despertó de las cirugías. ¿Por eso mencionó Reed que el guardia va a asistir a la reunión? ¿Para que pueda colarme? Retuerzo las puntas de las trenzas con ansiedad y me atrevo a mirar por encima del hombro hacia donde el hombre monta guardia.

Algo no va bien.

Gruño y me llevo las manos a la cara mientras cierro la puerta a mi espalda para después deslizarme hasta sentarme en el suelo de mi habitación. «No debería preocuparme por alguien que literalmente ha intentado matarme. Por alguien que me mintió y me alejó de él». Pero, por mucho que intente sacármelo de la cabeza, no puedo.

El agua de la ducha sale caliente. Me froto para quitarme la sangre y la tierra del cuerpo antes de aclararme el pelo por última vez. Decido ponerme el «atuendo familiar» formal que mi padre ha añadido a mi armario Cree que no solo es importante hacer alarde de poder ante las otras familias, sino también enseñarles que tenemos clase.

«Ay, venga ya». Siempre tengo un ligero tinte rojo en las manos. Tengo de todo menos clase. El pastel de carne en forma de cadáver que he dejado en la fábrica de nuestra familia rival para que un pobre infeliz la encuentre sin duda lo demuestra.

El vestido azul marino es tan elegante como un traje. Los bordes de las mangas están adornados con botones e hilo dorado. Lleva un cuello blanco cosido, lo que hace que la parte de arriba tenga un toque distinguido y la falda es plisada, lo que facilita el movimiento.

Las comisuras de los labios se me tuercen en una mueca al ver que el vendaje que llevo en la pierna queda visible. Me pongo unos pantis negros y las botas de cuña militares. Es probablemente lo mejor que se ha inventado jamás, hasta traen dagas de diez centímetros incorporadas en el tacón. Ya sabes, por si acaso.

Dejo que se me seque el pelo antes de rizármelo. Los mechones me caen hasta la espalda baja y complementan el vestido mejor de lo que creía. Me miro en el espejo y aprieto los labios mientras escondo la cicatriz de la frente bajo el flequillo. Después, estudio mi

aspecto en conjunto y casi no reconozco a la persona que me devuelve la mirada.

«Es una demostración de poder». Mi padre quiere que las familias vean que ha recuperado a su pequeña asesina y que estoy en mi sano juicio, aunque eso no tiene nada que ver con la realidad.

Sonrío ante la idea de aparecer tarde porque sin duda es algo que lo va a cabrear. Tengo pensado ir a ver a Cameron antes de bajar. Da igual si no hablamos, solo quiero saber si está bien. No he podido quitarme de encima la inquietud con la que me dejó Reed.

Tampoco es que tenga prohibido salir de mi habitación, pero, aun así, abro la puerta con cuidado y echo un vistazo a ambos lados del pasillo antes de recorrer los seis metros que me separan de la habitación de Cameron. El guardia no está, tal y como pensaba. Cualquiera que llegue tarde a una de esas reuniones recibe un castigo muy severo, así que espero que ya estén todos en la cuarta planta.

Espero no meterme en problemas por esto. Aunque no es que recuerde qué significa eso para mí, ya que siempre cumplo las órdenes. Seguro que no es para tanto.

Me detengo ante el umbral con una mano alzada ante la puerta y dispuesta a llamar. No sé qué me hace dudar, pero, en cuanto oigo el sonido de unas cadenas, recuerdo la noche que oí el mismo ruido mientras leía. El terror me invade y me pone en movimiento. Me abstengo de llamar a la puerta y pruebo con el pomo. Está cerrada.

«No puedo pasar esto por alto».

La abro de una patada. La puerta hace un ruido tremendo al golpearse contra la pared mientras entro dando zancadas, esperando encontrarme a Cameron esposado a la mesa o cualquier cosa más inocente que lo que descubro.

Se me revuelve el estómago al ver su cuerpo. Cualquier rencor que le guardase se esfuma en cuanto mis ojos se posan sobre los oscuros moratones que tiene en las costillas, los vendajes empapados de sangre del pecho, brazos y espalda. Las manos le cuelgan por encima de la cabeza y los brazos encadenados delante de él a una cadena que cuelga de la pared, lo que le impide descansar. No tiene silla, ni cama ni mantas y está obligado a estar

de pie como un desgraciado.

Tiene el pelo revuelto y le cae sobre la frente cuando alza la cabeza despacio y me mira.

La realidad me golpea como un tren de carga cuando sus ojos se llenan de vulnerabilidad y sorpresa al verme.

Tiene las mejillas hundidas y los labios cuarteados, pero, sobre todo, veo un espíritu perdido en su mirada.

Solo ha pasado una semana y apenas reconozco al hombre que tengo delante.

—Cameron —susurro incapaz de decir nada más mientras corro a su lado—. Cameron. —Me caen lágrimas por las mejillas e intento soltar las cadenas sin éxito. Están aseguradas por un enorme candado para el que hace falta una llave.

—Em. —Su voz es áspera y débil. Vuelvo a centrarme en él y le toco los brazos con cuidado, con miedo a hacerle más daño. Gruñe y empieza a toser sangre.

Ya se ha formado un charco de líquido oscuro a sus pies.

La habitación parece volverse roja y se me forma un nudo en la garganta.

Cameron jadea un par de segundos antes de hacer un gesto de dolor y forzar una sonrisa agónica que me rompe el corazón. Sus ojos verdes están cansados y parecen derrotados, como si estuviera listo para rendirse, pero un rayo de luz los ilumina cuando me mira.

—Cameron —murmuro su nombre de nuevo con voz temblorosa. Parece que es lo único que consigo decir—. L-lo siento… —Me tapo la boca al ahogarme con mis propias palabras e intento secarme las lágrimas.

—Te encerrarán a ti también si… —Gruñe del dolor— Si te pillan. Vete ya.

Me tiembla la mano cuando la coloco con cuidado sobre su mejilla. Se le cierran los ojos como si no pudiera soportar tenerlos abiertos ni un segundo más.

—¿Te duele? ¿Puedes sentirlo? —pregunto con incredulidad. Jamás pensé que vería una fuerza invencible en él rota de esta manera. Es un ser de carne y hueso sufriendo como siempre imaginé que era por dentro: un ser humano.

Asiente despacio. Cuesta mirar la piel color carmesí que le rodea los ojos y los moratones que tiene en las mejillas, sobre todo sabiendo que puede sentirlo. No puedo soportar verlo sufrir así.

—¿Cómo? —Se me quiebra la voz por el desaliento.

Cameron vuelve a toser y luego contesta en voz baja:

—Tu padre tenía las pastillas experimentales… —Otro ataque de tos— Hizo que revirtieran los efectos.

Noto cómo me sube la bilis por la garganta. Jamás una acción de mi padre me había causado tal consternación. Abro los ojos de par en par mientras recuerdo a Reed pidiéndome las pastillas para dárselas a su misterioso equipo de bioquímica. ¿Eso es lo que querían desde el principio?

Las palabras de Bryce aletean de vuelta en mi mente: «Mi objetivo era regresar con información sobre las drogas experimentales que están usando las Fuerzas Oscuras».

—Siempre ha ido detrás de las pastillas de la muerte —farfullo mientras bajo la vista hacia mi bolsillo y saco el bote rosa. Cameron asiente, la pena se enreda en su frente.

Me muerdo el labio inferior hasta que noto un sabor metálico sobre la lengua, saco cuatro pastillas e intento dárselas.

Cam aprieta los labios y se niega a tomárselas.

—¿Qué pasa? —suplico—. No me queda mucho tiempo antes de que Greg envíe a alguien a buscarme.

—Sabrán que ya no puedo sentir dolor si me las tomo, Em. Sabrán… —Otro doloroso suspiro—. Sabrán que has estado aquí. —La punzada que siento en el pecho se intensifica al ver que le cuesta respirar.

Me meto las pastillas en la boca y me inclino hacia delante para besarlo con la misma ferocidad que él cuando decidió que no me iba a dejar morir. «Yo tampoco pienso dejarle morir». Inhala de repente, sorprendido, y abre la boca. Aprovecho la oportunidad para empujar las pastillas al interior de su boca.

Cameron se echa hacia atrás y me mira estupefacto.

—Ya estamos en paz.

Le sujeto la mandíbula con fuerza para que no las pueda escupir y le masajeo la garganta igual que él me hizo a mí la noche que me

obligó a tomar las pastillas. Intenta deshacerse de mí, pero las cadenas no le permiten moverse mucho. Está débil. Intento contener las lágrimas, pero empiezan a correrme por las mejillas.

—Lo siento mucho —susurro contra su frente cuando por fin se las ha tragado.

Deja caer la cabeza y le tiemblan los hombros al tragarse sus emociones. Sus lágrimas salpican el suelo.

—Em, si te hacen daño por mi culpa… Jamás me lo perdonaré.

Le inclino la cabeza con cuidado para que me mire y le aparto unos mechones de pelo de la cara.

—No me va a pasar nada. Voy a sacarte de aquí, ¿vale? —Le limpio la cara con la manga de mi vestido y le seco esas adorables lágrimas. Me pongo a buscar la llave por toda la habitación, aunque solo encuentro una silla en una esquina. No es mucho, pero al menos puedo brindarle cierto descanso y que deje de estar de pie.

Agarro la silla y la coloco al lado de Cameron. Él se sienta con los brazos todavía extendidos por encima de la cabeza y se le escapa un suspiro de alivio. Se estremece y aprieta los dientes con un evidente semblante de preocupación.

Ahora sus palabras suenan más suaves.

—Nunca dejaste de importarme, Em. Yo solo quería que estuvieras a salvo de mí. —Oírlo tan roto y en este estado libera algo en mi interior que no sabía que existía hasta ahora. Quiero quemar el mundo entero por lo que le han hecho. Por lo que nos han hecho a los dos.

Voy a matar a mi padre por esto.

Alzo la vista hacia un espejo que hay en la pared, el reflejo me devuelve una soldado preparada y vestida con ropa cara. Odio a la mujer que veo.

Me inclino más hacia él y le estrecho los hombros entre mis brazos. Noto el peso de la cabeza de Cameron cuando la deja descansar sobre la mía. Se me quiebra la voz cuando susurro:

—Por muy enfadada que esté porque me alejaste de ti, pocas personas tienen la oportunidad de enamorarse del mismo loco dos veces.

Se queda paralizado antes de que se le escape una risa de

sorpresa entrecortada mientras se echa hacia atrás para mirarme a los ojos.

—No sé qué me dolió más: si ver cómo te enamorabas de mí a pesar de que intenté alejarte o no poder apretarte contra mi pecho y abrazarte todas las noches… Me habría conformado con abrazarte cada noche. —Hace una pausa y se chupa el labio inferior despacio —. Podrían existir infinitas versiones de ti y las amaría a todas por completo y con la misma intensidad.

Me trago todas las emociones que brotan en mí por su confesión e inclino la frente hacia la suya. Nuestros labios se rozan y siento cómo se calientan las grietas que su ausencia dejó en mi interior.

—Te amo. Amo todas las cosas malas que has hecho, y las buenas también. Estamos muy lejos de ser perfectos, Cam. Aunque sigo enfadada contigo, no quiero seguir respirando si tú no estás cerca — susurro mientras él me roba besos entre palabras y, con cada uno de ellos, las comisuras de los labios se me curvan más y más hacia arriba.

—Siempre te elegiré a ti, Em. Por encima de todo. Quiero demostrártelo. No importa lo que me pase a mí ni al monstruo en el que me han convertido, solo te obedeceré a ti. —Otro dulce beso en la sien antes de que me aleje de él con tristeza. Le acaricio la barbilla con el pulgar, reacia a dejarlo.

—Tengo que irme o me meteré en demasiados problemas. Encontraré la llave y no tardaré mucho tiempo —le prometo y luego me pongo de pie. Él asiente con melancolía, lo que solo hace que me duela más el pecho.

—Ten cuidado. Tu padre es un puto psicópata —dice mientras recorre mi rostro con una mirada anhelante. Me consuela que las pastillas le hayan hecho efecto y parezca estar más cómodo.

Esbozo la sonrisa más tranquilizadora que puedo antes de obligarme a cerrar la puerta. Espero que no haya notado que es una fachada. La verdad es que me muero de miedo.

Me sudan las manos mientras camino con paso firme por el pasillo hasta el ascensor. Ya llego tarde a la reunión y lo más seguro es que me echen la bronca. Pulso el botón y espero a que los numeritos se vayan encendiendo hasta que llegan al ocho.

Me aliso el vestido de cualquier manera y me enderezo para adoptar una postura estoica antes de que se abran las puertas. Está vacío. Exhalo con brusquedad, entro al ascensor y aprieto el botón para bajar a la cuarta planta.

El ascensor hace un ligero zumbido al descender y se detiene en la quinta planta para que entren tres guardias. Me miran con curiosidad, supongo que se preguntarán por qué no estoy ya en la reunión, pero no hago ningún comentario. Trago saliva y doy golpecitos con el pie impaciente hasta que llegamos a la cuarta planta.

Esta planta no se usa prácticamente para nada, solo para hacer las reuniones en la sala de conferencias. Es lo bastante amplia como para que entren cien personas sin problema. El pasillo es de color gris y está vacío a excepción de un par de hombres armados al final.

Les hago un gesto con la cabeza a los guardias que están fuera de la sala de conferencias. Uno de ellos me abre la puerta sin hacer ruido. Aprieto los puños a la espalda al entrar.

La primera persona que veo es Gregory Mavestelli. Padre lleva el pelo negro canoso engominado. Está inclinado hacia delante sobre la fastuosa mesa de conferencias con las manos entrelazadas y los labios apoyados en ellas. Sé que me está lanzando una mirada asesina solo por la posición de sus cejas y la impaciencia que reflejan sus ojos. Viste un traje negro con un chaleco gris oscuro y una corbata rojo sangre.

Reed está sentado a su izquierda y me mira preocupado, confirmando aún más que me va a caer una buena por haber llegado tarde. Lo volvería a hacer una y mil veces.

Me obligo a bajar la vista e intento buscar un sitio rápido, pero Greg dice en voz alta:

—Emery, tu lugar está aquí arriba con nosotros. —Su tono es apagado y calmado, pero sé que por dentro le arde la sangre. «Mierda, no debería haberme quedado tanto tiempo».

Estoy a punto del ataque de ansiedad y se me agolpa la sangre en la cabeza, provocándome mareos mientras camino lo más correcta e inexpresiva que puedo hasta el frente de la sala.

Me coloco con torpeza detrás de mi padre y él continúa con la

reunión. Hay al menos cincuenta personas aquí y todos nos miran a mí y a mi padre.

—Como iba diciendo, la familia Henderson recogerá el producto en el edificio Brooksdale, aquí en la ciudad. —Pulsa el mando y en la diapositiva aparece la imagen de un mapa y la fotografía de un edificio—. Enviaremos a nuestra asesina dos días antes de la recogida planeada porque sospecho que Henderson va a intentar sabotear el trato. No es la primera vez que intenta robarme y no pienso volver a permitirlo.

Bajo la mirada hacia la coronilla de Greg. «Es la primera vez que oigo algo de este trabajo». Desvío la mirada hacia los miembros de la familia que están sentados en la parte inferior. Hay al menos cincuenta, lo que es una tasa de asistencia sorprendente para cualquiera de nuestras guaridas internacionales.

Si la memoria USB le pertenecía a mi padre, entonces está claro que las Fuerzas Oscuras van a por él por lo que quiera que trafique. Pero qué puede contener que sea tan importante como para que hasta el general Nolan lo quiera? ¿Acaso era un cebo?

Me muerdo la mejilla e intento no preocuparme por nada más aparte de salvar a Cameron. Más tarde tendré que hacer un reconocimiento y a ver si consigo que mi padre me diga qué había en ese USB.

«Espero que todos hayan conseguido salir sanos y salvos». Pienso en Mikah, Erik, Thomas y Gage. El cuerpo de Kayden probablemente haya quedado sepultado por los escombros del edificio destrozado. Me deprime solo pensarlo.

—Tenemos un mes para prepararnos. Quiero que carguéis todo el producto en el barco y que parta a finales de esta semana. La dirección de arriba es donde guardaremos todo hasta que se produzca el intercambio en Rømø. Es importante que haya seguridad las veinticuatro horas. Incluso puede que me vea obligado a contratar también a un equipo externo, teniendo en cuenta que nos ha robado un interesante grupo de soldados entrenados. —El tono de voz de mi padre es serio, y no se me escapa la pausa que hace para girar la cabeza ligeramente en mi dirección.

¿Dinamarca? La mayoría de las operaciones las lleva a cabo en

Italia o Alemania. ¿A qué viene este cambio tan repentino? ¿Será porque es una playa enorme rodeada de mar? ¿Para no llamar la atención? Trago saliva nerviosa e intento mantener un semblante calmado. No estuve fuera tanto tiempo, pero parece que han cambiado muchas cosas.

Está haciendo daño a Cameron para conseguir información de por qué fuimos a la Gran Cuenca a robar la memoria USB. El teniente Erik casi no compartió ningún detalle sobre la misión, así que él no tiene forma de saber nada… A menos que se reuniesen en privado.

La cabeza me va a mil por hora, cualquier persona se volvería loca con tanto pensamiento. Cada vez me impaciento más por el hecho de que Cameron está esperando a que vuelva con la llave.

«Debería haberle preguntado cuál de los guardias la tiene». Acallo el resto del discurso de Greg mientras continúa la reunión y paseo la mirada de cintura en cintura buscando un juego de llaves.

Se me encoge el corazón cuando veo que ni los guardias principales ni Reed ni Greg la tienen. «Mierda». No recuerdo qué aspecto tenía el hombre que estaba apostado en la puerta de Cameron.

La reunión concluye. Intento escabullirme lo más rápido que puedo, pero Reed me lo impide. Me agarra la muñeca con fuerza. Lo fulmino con la mirada, pero su expresión me deja de piedra. Tiene el ceño fruncido y una mirada reticente. Lo conozco desde hace media vida, así que sé sin lugar a dudas que intenta transmitirme algo.

—Esta vez te has metido en un buen lío. —Habla con voz grave, lo que me provoca un hormigueo en el pecho.

Es imposible que sepa que he entrado en la habitación de Cameron. Debo de llevarlo escrito en la cara porque Reed mira por encima de mi cabeza antes de acercarse más.

—Me temo que el tiempo que has pasado lejos de la familia te ha vuelto torpe. Intentaré mantener el castigo al mínimo, pero nunca había visto a Greg tan enfadado —susurra Reed antes de enderezar los gemelos de su chaqueta.

Se me acelera el pulso cuando levanta su móvil y me enseña imágenes del pasillo y a mí reventando la puerta. Reed desliza el dedo por la pantalla y me muestra el siguiente vídeo: es del interior

de la habitación de Cameron.

Las náuseas y el mareo hacen que me quede pálida.

Reed ladea la cabeza y me ofrece una mirada compasiva. Solo lo había visto mirarme así una única vez y sé que es porque ha visto de primera mano lo cruel que puede llegar a ser mi padre. Incluso para el nivel de Reed.

—¿Lo ha visto? —farfullo observando a la multitud mientras Greg les estrecha la mano a los miembros de la familia que han venido hoy.

Reed asiente despacio.

—Sí, y sabes que me va a obligar a infligir el castigo. Lo siento de antemano, pero, pase lo que pase, ten por seguro que no dejaré que dure mucho. —Echo la cabeza hacia atrás para mirarlo y me dedica una sonrisa muy poco habitual.

—Confío en ti —balbuceo apoyándome en su brazo—. Siempre lo he hecho. Da igual cuáles sean las consecuencias, siempre mantienes tus promesas. —«Aunque solo sea porque le conviene, al menos encajo en esa categoría».

Me aprieta el hombro para tranquilizarme.

—No importa lo oscuras y extensas que sean —añade con aire ausente.

Al principio no sabía cómo hacer que las ejecuciones fueran menos terribles.

Reed siempre estaba en su oficina, un cuarto de invitados que mi padre había despejado para él después de que muriesen sus padres, estudiando e intentando aprender todo lo posible sobre cosas que a mí no me interesaba descubrir. Él siempre se inclinó hacia el lado oscuro mucho más que yo.

Le conté que me costaba aceptar el haber nacido para ser la próxima sicaria de los Mavestelli y él sugirió que crease algo a partir de las ejecuciones, arte, por ejemplo. Lo que siempre quise crear, pero a través de un medio diferente. Muy diferente.

—No eres consciente del imperio que te han entregado, Emery. Yo ya me habría apoderado de la familia si fuera tú. —Hizo oscilar el bolígrafo en la punta del dedo con la punta sobre el escritorio—. Pero a ti no se te da bien concebir crueldades. Eres una artista.

Necesitas escapar. —La mirada de Reed se suavizó y me entregó un montón de hojas.

Eran bocetos de personas de carne y hueso muy detalladas, colocadas en posiciones que recordaban a esos cuadros del renacimiento. Se me paró el corazón y me quedé atónita.

Reed sonrió.

—¿Ves?

Lo miré.

—¿Lo has dibujado tú?

Él asintió.

—Para enseñarte lo que podrías hacer. Toma. —Reed me lanzó un bolígrafo rosa. Lo atrapé con torpeza, pero sonreí al tenerlo en las manos—. ¿Recuerdas cuando se incendió la casa de mi familia? —Pronunció las palabras con fluidez.

Creo que aquella fue la primera vez que me di cuenta de lo manipulador y terrorífico que era Reed en realidad.

Asentí y vi como su sonrisa se ensanchaba mientras me debatía entre preguntarle si lo había hecho para vivir con nosotros o dejarlo estar. Reed sabía que mi padre lo acogería, nuestra mansión tenía muchas habitaciones y Greg le tenía cariño.

Qué mente tan retorcida. Calculadora. Demente por completo.

Pero tenía razón. Prometió que me sentiría mejor. Prometió que el mundo vería lo que unas manos perversas como las mías podrían crear.

Así que lo hice.

Y funcionó.

Al principio los colocaba en poses melancólicas. Solitarias. Con las manos cubriéndoles la cara como si estuvieran sollozando. De rodillas como si estuvieran rezando. Siempre con una equis rosa en los párpados. Luego me adentré más en la oscuridad. Cuanto más tiempo pasaba siendo la asesina, más grotescas se volvían mis creaciones.

Casi me da pena que una parte de mí siga confiando plenamente en él, sabiendo que haría lo imposible por destrozar la vida de alguien si eso favorece sus deseos. Para mí, Reed siempre ha sido más un ejemplo que mi padre.

—Sí…, pero te dije que dejaras a Cameron en paz —le espeto a Reed. Noto cómo sus dedos pegan un respingo sobre mi hombro. Mi padre nos oye y despacha al guardia con el que estaba hablando. Intento explicarme antes de que se enfade demasiado—. Puedo decirte lo mismo que Cameron. Él no sabe…

Mi padre me pega un tortazo en la cara con la mano abierta. Me ha dado tan fuerte que pierdo el equilibrio y me tambaleo. Si no fuera porque Reed aún me atenaza con fuerza, habría acabado en el suelo.

—¡Cállate, niña insolente! —grita padre.

El miedo me sacude los huesos y tengo que apretar los puños para evitar desmoronarme.

—Mírame —dice despacio. Vacilo un instante antes de apretar los labios y mirarlo con furia en los ojos—. Jamás habías actuado así. No sé qué te han enseñado en el Descenso, pero no permitiré que la heredera de los Mavestelli se insubordine a su propio linaje. ¿Me has entendido? —Me sujeta la barbilla y me obliga a asentir—. Bien. Reed, llévala a su celda y espera instrucciones.

—Sí, señor. —Reed no muestra expresión alguna. Pierdo la esperanza cuando veo que mi padre agarra su bastón negro y dorado y se va sin siquiera mirarme. «Era verdad que solo le interesaban las pastillas de la muerte». Le he dado justo lo que querían. Pese a que no esperaba nada de él, aún duele que me rechace.

Siempre me dolerá.

—Si esperas que siga siendo tu asesina después de esto, no estás en tus putos cabales —rezongo tirando para soltarme del agarre de Reed, pero ya me está esposando las manos detrás de la espalda.

Reed dice como si nada:

—Te sorprendería lo que hace la gente por conseguir ciertas cosas, Emery. Sobre todo los hombres como yo.

Capítulo 21

Cameron

Han pasado dos días desde que Emery tiró la puerta abajo y prometió regresar. Me robó la poca esperanza que me quedaba.

Tras la primera hora, empecé a preocuparme, pero, cuando el sol empezó a salir, mi desesperación se había vuelto insoportable. Cada día que pasaba, aumentaba la presión en el pecho que me nublaba el cerebro con los cientos de escenarios posibles que imaginaba. ¿Qué le ha hecho su padre? No la he oído volver a su habitación desde aquella noche.

«Le ha pasado algo terrible». Aprieto los dientes y niego con la cabeza.

Greg Mavestelli está indignado por mi creciente indiferencia. Sus tácticas no están consiguiendo que hable, y sabe que se le acaba el tiempo. No ha dicho ni una palabra sobre las pastillas de la muerte, así que supongo que al menos Emery consiguió librarse por habérmelas colado. O a lo mejor Reed ha sido piadoso y no le ha mostrado la grabación completa.

El dolor del primer momento después de que revirtieran los efectos de las pastillas de la muerte fue alarmante, pero tras el impacto inicial, lo acepté. Lo consideré un castigo por todos mis crímenes. Por todo lo que le hice a Emery y todo lo anterior.

Pero, ahora, tener que fingir que me duele solo me hace estar más y más metido en mi cabeza.

¿Qué le han hecho? Greg, su propio padre, no le hará daño, ¿verdad?

Me cuelga la cabeza mientras me cae sangre de los labios. Ya no me duelen los hombros, pero sé que arden por la cadena que los mantiene en alto y que tengo las muñecas en carne viva porque el metal me tira de la piel. No podría ni intentar proyectar una imagen

de fortaleza.

Estoy roto, siendo sinceros, más de lo que pensé que podría estar. Y odio que ella tuviera que verme así.

—Qué terco eres —susurra para sus adentros el guardia que me da un golpe en la espalda con una porra. No creo que Greg lo oiga, porque, si no, seguramente lo encerraría en una celda.

Hoy está de muy mal humor. Solo se me ocurre que tenga que ver con su hija.

Me dan otro golpe en las costillas. Jadeo mientras mi cuerpo convulsiona al romperse los huesos. Mi cuerpo reacciona de una forma tan violenta a los estímulos que es fácil creer que siento dolor.

«Pero estoy al límite y las pastillas pronto dejarán de hacer efecto».

Escupo más sangre y gruño cuando me fallan las piernas, lo que le añade más presión a las muñecas y a los hombros que tengo atados al techo.

Greg levanta una mano. El guardia que tengo a mi espalda se detiene y coloca una silla detrás de mí. Me guía con cuidado hasta que me ofrecen un momento de alivio.

Me tiembla la mandíbula, y todas las extremidades de mi cuerpo se han vuelto inútiles de puro cansancio.

Que te obliguen a estar de pie durante varios días es una táctica cruel. Una o dos horas de descanso, pero solo tras desfallecer. Palizas. ataques psicológicos. Para comer solo me dan sobras y agua sucia.

Lo único que le falta probar es…

—Eres el hombre con más fuerza de voluntad que he conocido jamás, Mori. —Camina en círculos a mí alrededor mientras arrastra el bastón por el suelo como hace siempre. Eso le provoca una reacción en mi cuerpo, al igual que un animal aprende a temer ciertos sonidos asociados a estímulos malos, mis músculos se tensan de forma inconsciente, a la espera de que me golpee con el bastón en la cabeza o los tobillos.

No respondo. No lo he hecho desde que empezó todo esto.

Vuelve a colocarse delante de mí sin vapulearme. Greg me levanta la barbilla con el extremo del bastón y me obliga a mirarlo a los ojos.

Espero que no pueda ver el absoluto vacío que ha crecido en mi alma, pero la oscuridad que brilla en su mirada me dice que me tiene calado.

—Odio malgastar a mi preciosa asesina, pero la verdad es que no me estás dejando más opción, ¿no crees? —Abro un poco más los ojos al oírlo y él se ríe, la perversión y las malas intenciones bailan en su mirada.

Se coloca el móvil en la oreja y dice:

—Adelante, traedla.

Un estúpido destello de esperanza me recorre las venas ante la idea de ver a Em después de llevar días preocupándome sin descanso. Pero ese hilillo de anhelo de saber que está bien se hace trizas en cuanto Reed la hace entrar a rastras.

El precioso pelo rosa de Emery está destrozado, se lo han cortado a la altura de los hombros, más bien se lo han trasquilado en mechones desiguales y sin sentido. La sangre hace que tenga secciones más oscuras que otras. Sus rodillas están completamente moradas y tiene los brazos tan amoratados como los míos.

No tengo palabras para explicar la forma en la que me duelen más los huesos por verla así que por todo lo que me han hecho pasar a mí. El dolor que me araña el pecho me llena los ojos de lágrimas, hace que se me nuble la vista y que se apodere de lo que queda de mí un odio como no había sentido jamás.

Reed la deja caer al suelo delante de mí, está a unos metros de distancia, pero no puedo abrazarla tal y como necesito. Tal y como ella necesita que la consuelen y la cuiden.

—¡Emery! —Mi grito, crudo y áspero, hace que me duela la garganta—. ¿Qué le has hecho? —grito, y lucho contra las cadenas sin éxito.

Está tan cerca y yace tan quieta…

Sacudo la cabeza con agresividad, y fulmino a su padre con la mirada. Lo voy a matar, joder. ¿Cómo ha podido hacerle algo tan inhumano?

Greg camina hacia su hija y le da un toque en la espalda con el bastón.

—Bueno, Emery demostró que ya no es útil. Si es capaz de

traicionar a su padre, quien intentó rescatarla de esa organización de mierda, entonces no me sirve para nada. Para mí ya no es una Mavestelli.

Sus palabras suenan vacías y desprovistas de amor. Rechino los dientes mientras miro al diablo con furia.

—Tú eres el auténtico monstruo —le escupo.

—La cosa es simple, Mori: dime por qué el capitán Bridger y el general Nolan han venido a por mi imperio. Dime por qué, de entre todos los delincuentes que podrían haber escogido, quisieron a mi asesina y te daré una muerte sin dolor. —Las comisuras de sus labios se curvan como si fueran serpientes.

Estoy que echo humo, podría prenderle fuego solo con la mirada.

—¿No te apetece? —Chasquea los dedos. Reed y el otro guardia agarran a Emery cada uno por un brazo y la levantan hasta que nuestras cabezas quedan a la misma altura.

Casi ni abre los ojos, pero, de algún modo, su mirada encuentra la mía y me roba el último trocito de alma atormentada que me quedaba. Lo único que sobrevive en su mirada es el tormento y la angustia por cómo frunce el ceño al verme, igual que yo al mirarla a ella.

Tiene la cara raspada y delgada. Hace una mueca de dolor cuando Reed la agarra por el cuello. De repente, algo en lo que no había pensado ahoga hasta la última molécula de aire que me quedaba en los pulmones.

«Puede sentirlo todo». No sería capaz…

—Tienes diez segundos. —Greg alza el reloj en un gesto dramático y empieza a contar los segundos. Reed aplica más presión, y el cuerpo de Emery empieza a reaccionar a la falta de oxígeno. Se retuerce débilmente antes de dejarse caer mientras me mira a través de las lágrimas.

No soy nada sin ella. Es todo lo que perdí. Todas las flores en mi campo de muerte.

—Nolan la quería porque sabía que tú tomarías represalias para recuperarla. Era la única iniciativa que necesitaban para conseguir la aprobación del capitán general para invadir la base que tienes en el desierto y hacernos con el USB. —No aparto los ojos de Emery ni un

segundo mientras traiciono a todo aquello por lo que tanto luché.

A Mavestelli se le retuerce la cara por la confusión. «¿No es la respuesta que querías?». Me echaría a reír si este no fuera el puto peor momento de mi vida.

—¿Por qué quieren la memoria USB? ¿Por qué ahora? —Pierde la compostura por primera vez y estampa las manos sobre los reposabrazos de mi silla. Su mirada es feroz y desesperada.

Esta vez, hasta fuerzo una risa solo para joderlo.

—¿Por qué crees tú que es? ¿Acaso el teniente Belerik no es tu medio hermano? ¿No tiene derecho a reclamar la mitad de lo que le has robado por el lugar que le corresponde dentro del linaje Mavestelli? —Se queda estupefacto. No tenía ni idea de que yo sabía tanto.

—¿Belerik? No…, tu teniente se llama Erik. Me lo confirmó mi espía.

Le lanzo una mirada desafiante y letal. «Bryce fue un necio por tomárselo todo al pie de la letra». Aunque, por otro lado, el teniente anticipó que habría espías desde el principio. Por eso siempre se hizo llamar Erik.

Greg se queda pálido y hasta tropieza.

—Cómo… —El miedo le destella en los ojos y se gira como un rayo hacia Reed—. Tenemos que…

Se corta la electricidad, y el sonido del apagón de todas las luces y las instalaciones recorre la habitación y el pasillo.

«Joder, Mikah, ya era hora».

Capítulo 22

Cameron

Furia llega cuatro días tarde.

Mikah y Erik me encontraron mientras me ocultaba entre la maleza del desierto tras el impacto de los misiles que lanzaron los drones. Supuse que había sido Emery quien me escondió allí.

Tosía sangre mientras alguien me sacudía para que despertase. ¿Qué cojones estaba pasando? Parpadeé con fuerza y me limpié la suciedad de los ojos.

Mikah se cernía sobre mí, Erik estaba a su lado con el rifle en ristre y rastreando la zona en busca de supervivientes.

—Mori, tenemos que dejar que te atrapen. Están a punto de pillar a Morphine, así que no tenemos mucho tiempo. —Erik hablaba apresurado y no le encontraba ningún sentido a sus palabras—. Van a encontrar el rastreador que llevas en el cuello, pero quiero que te tragues este. Por fin tendremos todas las ubicaciones de sus escondites y este será el fin de los putos juegos de Greg. Voy a recuperar lo que es mío, junto con todos los búnkeres y los contactos.

Tenía la garganta tan llena de polvo que ya me costaba hablar.

—Señor, ¿de qué cojones está hablando?

Mikah me metió una bolita de metal en la boca y me inclinó la cabeza hacia atrás para que me la tragase mientras ella farfullaba con voz robótica:

—Os rescataremos en cinco días. A no ser que algo vaya terriblemente mal, por supuesto. —Pronunció la última frase como si no fuera importante.

Miré de nuevo a Erik.

—¿Dónde está Emery? ¡No podemos dejar que se la lleven! — Intenté ponerme de pie, pero me empujó hacia abajo de nuevo. Me

devolvió una mirada color ámbar fría y penetrante.

—Los Mavestelli os van a secuestrar a ambos. Siento que hayamos llegado a este punto, pero, a estas alturas, con Kayden muerto, no nos queda otra opción.

«¿Era Kayden quien iba a hacer esto? ¿Por qué?». Noto la mente embotada y me vuelvo a marear al intentar levantarme. «Mierda, he perdido mucha sangre».

Vuelve a fijarse en el terreno y en la guarida que está al otro lado. Oigo el rugido de una camioneta y se me acelera el pulso por lo que está a punto de ocurrir.

—Señor —dije con la duda nublándome los ojos. No parecía el mismo teniente que conocía desde hacía años. En el que confié sin cesar y al que quise hacer sentir orgulloso desde que me recogió aquel día en el bar—, esto es una locura. ¿Qué les impide meterme una bala en la cabeza en cuanto me encuentren?

Erik sonrió y me dio dos palmaditas en el chaleco antes de levantarse.

—Nada, pero conozco a mi hermano. Querrá guardarse algo de las Fuerzas Oscuras como moneda de cambio. Puedes hacerlo, Mori.

Espera, ¿Greg es su hermano? Erik ve la confusión en mis ojos.

—Somos medio hermanos. Te lo explicaré mejor cuando os recojamos, ¿vale? Ahora mismo no tenemos tiempo.

Mikah se largó hacia las rocas y Erik salió pisándole los talones.

—¡Espera! —grité en un susurro, pero ignoró mi súplica. Volví a contemplar los peñascos y vi a Thomas y Gage mirándome desde lejos con la misma confusión que sentía yo.

Parpadeo cuando nos quedamos a oscuras.

Emery se obliga a abrir más los ojos y me ofrece una débil sonrisa. Aún tengo la habilidad de ver en la oscuridad incluso después de haber tomado las pastillas que revertían los efectos, así que sé que ella también puede verme.

Emery mueve los labios como diciendo: «Haz ruido».

¿Qué podría tener en mente? Asiento y empiezo a agitar las cadenas con todas mis fuerzas. Reed, Greg y el guardia que hay en la habitación reaccionan al sonido.

Emery hace un gesto de dolor mientras se mueve tan rápido como

puede para quitarle las llaves al guardia del cinturón mientras está distraído. No tarda en conseguir una antes de volver a engancharle el llavero a la cintura de nuevo. Sigue pendiente del ruido de las cadenas mientras manipula el móvil.

Respira con dificultad por el esfuerzo y parece completamente agotada. Joder, nunca deja de sorprenderme. Ni en su estado actual pierde el ingenio.

Reed enseguida enciende la linterna de su móvil mientras Greg llama a su equipo de vigilancia.

—¿Qué está pasando? ¿Qué ha causado el apagón? —exige saber mientras se pasea frenético de un lado a otro de la habitación.

Curvo las comisuras de los labios en una leve sonrisilla. Mikah no podría haber elegido mejor momento para hackear su sistema. Aunque hubiera preferido que hubieran sido puntuales. Sobre todo teniendo en cuenta que Emery y yo podríamos habernos ahorrado cuatro días de este infierno.

A Greg no le gusta la información que le da el guardia. Estampa el móvil contra el suelo y maldice en voz alta mientras sale de la habitación hecho una furia.

—Dejadlos ahí. ¡Cerrad la puerta y asegurad el edificio! —lanza las órdenes con rapidez y sigue gritando y maldiciendo por el pasillo.

Se me para el corazón.

¿La van a dejar sola conmigo?

En cuanto la puerta se cierra de un portazo tras ellos susurro:

—Emery, oye, ¿estás bien?

Permanece en el suelo sin moverse, pero un leve lloriqueo me confirma que me ha oído. Joder, tengo que salir de esta antes de que pierda la cabeza. Me necesita. «Y yo la necesito a ella».

Una explosión hace temblar el edificio y me pone el estómago del revés. No tengo forma de saber si ha venido de la azotea o de las plantas de abajo. De cualquier modo, es imposible sobrevivir a un derrumbe desde la octava planta. Empiezan a caer copos de pladur a nuestro alrededor, como si fuera nieve, y eso me pone en movimiento.

—Emery, preciosa, necesito que te levantes. —Me odio a mí mismo por presionarla cuando ya está soportando tantísimo dolor. Odio que

hayamos llegado a esto.

Ella se mueve despacio y se fuerza a apoyar los brazos bajo su cuerpo.

—Duele. —Llora, y sus lágrimas gotean sobre el suelo.

Me destroza oír lo mal que lo está pasando. Tenso la mandíbula y no puedo evitar tirar de las cadenas para intentar llegar a ella, aunque sé que es inútil.

Emery se para y se apoya contra mi pierna. El contacto de su mano caliente sobre mi piel hace que se me forme un nudo en la garganta.

—Lo sé, cariño, lo siento mucho. Todo esto es culpa mía. No llores, por favor —murmuro en un intento de calmarla—. Me muero de ganas de abrazarte. Siento no poder estrecharte entre mis brazos y mantenerte a salvo, pero ¿oyes eso? Furia ya viene, van a sacarnos de aquí. Solo tenemos que aguantar un poco más.

Suelta un leve quejido cuando se sube a mi regazo y apoya la mejilla en mi pecho. Dejo caer la cabeza sobre la suya e inhalo su aroma a flores. No soy más que un hombre perverso y lleno de demonios, pero ella me hace sentir como el mar en una noche sin tormenta: transparente y calmado.

Su voz apenas es un susurro.

—¿Es verdad lo que dijiste sobre el teniente?

Algo en mí se retuerce. No quería que se enterase por mí, pero así es como ha ocurrido y ya no hay mucho que pueda hacer al respecto.

Asiento.

—Sí, es tu tío.

Emery lo asimila mientras se incorpora despacio sobre mis piernas y se inclina hacia la izquierda para abrir el grillete que me sujeta la muñeca. Me trago la culpa que se infecta en mi interior con su silencio.

—¿Cuánto tiempo hace que lo sabes? —Su voz se rompe porque está dolida y noto su aliento caliente sobre mi oreja.

Joder, me odio a mí mismo por esto.

—Desde justo antes de que tu padre nos capturase.

Emery alza la cabeza despacio y me mira a los ojos. Hay un pozo de pena en su mirada que sangra y se mezcla con la mía.

—¿Por qué no me lo dijiste aquella noche en la azotea?

Sus palabras me arrancan una mueca de dolor.

—Creí que no era yo quien debía contártelo.

Y lo sigo pensando, pero eso no significa que sea menos gilipollas por habérselo ocultado.

—¿Cómo sabe Furia dónde estamos? —pregunta con cautela.

Levanto la vista hacia la puerta, deseando que mi escuadrón entre en cualquier momento y ponga fin a esta incómoda conversación. No quiero que me odie más de lo que estoy convencido de que ya lo hace, pero la habitación se queda en silencio y sus ojos me suplican que hable.

—Nos quitaron los rastreadores, como seguro ya sabes. —Le acaricio la nuca con los labios, allí donde aún tiene una pequeña cicatriz roja. Seguro que Reed la encontró en cuanto nos durmió para la operación, y lo mismo pasaría con el mío—. Mikah me hizo tragar otro para que no lo encontrasen.

—¿Y has sabido todo este tiempo que iban a venir? —La debilidad de su tono se ha vuelto fría y severa. Abre el primer grillete y el brazo me cae a un costado como si fuera un saco. Ella se mueve hacia el otro brazo y empieza a soltarlo.

—No me enteré hasta momentos antes de que me capturasen.

Entrecierra los ojos.

—¿Y no te pareció que yo también debía saberlo?

El otro grillete se abre con un clic y el brazo me cae sobre el regazo. Noto los bíceps agotados, pero consigo alzar la mano hasta su mejilla y con el otro brazo la envuelvo y la acerco más hacia mi pecho.

—Parte de mí creía que igual se lo contabas a tu padre. Estabas muy enfadada conmigo… No sabía de parte de quién estabas.

Ella se echa hacia atrás y me mira como si acabase de arrancarle el corazón del pecho.

—Salgamos de aquí. No quiero hablar —susurra con aire resignado. Sus ojos están llenos de dolor. Me siento como una mierda. Emery se pone de pie tambaleándose.

Me obligo a levantarme y me cuesta no caerme, pero consigo llegar a la puerta y apoyar un brazo sobre la pared. Intento abrir.

Cerrada. «Joder, cómo no». Ninguno de nosotros tiene fuerzas como para tirarla abajo.

Emery tose y se cubre la boca mientras la sangre le resbala por los labios.

Abro los ojos de par en par y la agarro con firmeza por los hombros. «¿Ya está en esta fase?». El corazón me retumba en los oídos.

—Em, ¿cuándo empezaste a toser sangre? —Mantiene la vista en el suelo y se niega a responderme—. Hay que llevarte con Reed. Le dije que podrías entrar en esta fase y mandó hacer una inyección para estabilizarte por si acaso.

Emery me fulmina con la mirada, pero cae en la cuenta de lo que acabo de decir al mismo tiempo que yo.

«He metido la pata».

Capítulo 23

Emery

Otra explosión hace temblar el edificio. Esta ha sido más cerca, pero me duele todo demasiado y noto la mente muy embotada como para darle muchas vueltas. Lo único para lo que tengo espacio en la cabeza y el corazón es para darme cuenta de una horrible verdad: que todo lo que creí saber es una puta mentira.

Caigo al suelo de rodillas y no tardo en encontrar el cuchillo que mi padre dejó en el suelo cuando se cortó la luz.

—¿Y cómo sabías que tenías que decirle eso, Cam? ¿Hace cuánto que lo conoces? —Agarro el cuchillo desesperada y siento que mi mente cae en la histeria. Ya no sé qué creer.

Cameron hace un gesto de dolor mientras se acerca renqueando a mí y se pone de cuclillas.

—Emery, escúchame, por favor. No es lo que piensas. —Intenta tocarme, pero le pego un manotazo para que se aleje.

—Es justo lo que creo. Me has estado usando todo este tiempo, me has estado envolviendo en una red de mentiras. ¿De qué conoces a Reed? —Me tiemblan las piernas y me apoyo contra la pared.

Dos días absolutamente infernales y Reed no me dijo nada. Eso hace que me duela más.

Su expresión se suaviza y se convierte en dolor. La tristeza de su mirada casi es mi perdición.

—Te lo explicaré todo en cuanto salgamos de aquí. Te lo prometo, pero tienes que confiar en mí —dice calmado y abriendo la mano para que le dé el cuchillo.

Es ridículo que crea que se lo voy a dar tan fácilmente.

—Confiar en ti es lo último que necesito. ¿Tienes idea de por lo que me hizo pasar Reed los últimos días? —Alzo mi mano libre al aire con furia—. Me metió en el sótano y observó en silencio

mientras un guardia me daba una paliza hasta que por fin pude sentir los golpes y luego hasta que no podía parar de gritar. Me cortó el pelo para estropear la imagen que él mismo ayudó a construir. —Mi voz suena áspera y salvaje.

Sé que Reed me dijo que confiase en él y que no disfrutaría lo que Greg quería que hiciera, pero parte de mí no sabe hasta qué punto sus palabras eran verdad.

La mirada de Cameron quiebra, pero él se mantiene firme.

—En, por favor, tienes que escucharme. —Me envuelve entre sus brazos y me aprieta contra su pecho. Su calor me consume, me hundo en su abrazo y el latido de su corazón pasa a ser lo único que conozco.

—Parece que solo sabemos hacernos daño —murmuro en voz baja.

Estallan disparos que resuenan en el pasillo mientras otro temblor sacude el edificio. Tiene pinta de haber sido una granada un par de plantas más abajo. El sonido reverbera entre nosotros. Casi como si nos recordase que tenemos los minutos contados.

Pasa otro instante antes de oír el estruendo de unas pisadas en el pasillo y de que algo choque contra la puerta, que se rompe y las astillas nos caen encima. Tengo que levantar un brazo para taparme los ojos, pero me las apaño para ver el pelo rubio de Gage cuando se endereza. La máscara le cuelga en el cuello y tiene la cara manchada de pintura.

Gage echa un vistazo rápido a la habitación por si hay algún guardia antes de sacudirse el polvo de los pantalones con las manos y de sonreírnos con entusiasmo. Tiene las pupilas completamente dilatadas por la adrenalina.

—Cómo me alegro de ver vuestras caras de idiotas otra vez —farfulla Gage con aires de suficiencia mientras nos mira de arriba a abajo—. Madre mía, os han jodido pero bien, ¿no? ¿Mavestelli no era tu padre, Morphine?

«Créeme, a mí me alucina tanto como a ti».

Le lanzo una mirada asesina a pesar de que estoy más que aliviada de que esté aquí.

—Yo también me alegro de verte, imbécil. —Se me escapa una débil risita.

—¡Oye! —Gage se ríe mientras evita con facilidad mi intento de darle un empujón en el hombro.

Me retuerzo cuando una punzada de dolor me invade la garganta y toso más sangre. «Mierda». Gage se queda atónito y mira a Cameron.

Cameron nos mira con mala cara.

—Hay que encontrar a Reed. Debería estar en el primer sótano. Emery necesita la siguiente inyección pronto o seguirá empeorando hasta que ya no podamos salvarla.

Si aún fuese inmune al dolor, ignoraría lo que está diciendo, pero la agonía que se extiende por mis huesos es casi insoportable. Es un milagro que podamos seguir funcionando cuando estamos bajo la influencia de las pastillas de la muerte.

Creo que eso fue lo que hizo que Cameron perdiese completamente la cabeza en las pruebas del Descenso. Nolan le puso otra inyección justo antes. Recuerdo haberle visto el pinchacito en la yugular antes de que me golpease con la piedra.

—No es la misma que te hizo perder el control en la última prueba, ¿verdad? —Mi voz suena suplicante. Si va a empezar a decir la verdad, que sea ahora.

Gage me mira con una ceja enarcada.

—¿Cam? —pregunta sarcásticamente. Lo ignoro.

—No. Tendrás que ponerte otra más en un par de semanas. Pero, aunque lo fuese, no tienes elección, Em. Si no te la pones, tu cuerpo se rendirá. —Cameron frunce el ceño angustiado, parece que ha vivido un infierno. Probablemente yo tampoco tenga mucha mejor pinta.

—¿Em? —Gage está decidido a seguir con sus incesantes comentarios y alza cada vez más la voz.

—Pero ¿y si pierdo el control como te pasó a ti? —Se me cierra la garganta solo con pensarlo. Casi lo mato en el desierto después de lo que pasó en la guarida. Y a él nunca lo había visto peor que cuando perdió la cabeza en Alaska, nada lo hacía entrar en razón.

Cameron esboza una sonrisa ladeada mientras me quita el cuchillo de la mano y lo mete en mi bota. Me mira a los ojos mientras está de rodillas a mis pies.

—Te traeré de vuelta. —Luego se pone de pie y enreda la mano en mi pelo—. Siempre lo haré.

Aprieto los labios. Quiero abrazarlo y besarlo, pero mi corazón está dividido. Reed no es precisamente alguien a quien conozcas por casualidad. Es el tipo de persona que se da a conocer a aquellos que le interesan.

Opto por asentir de forma escueta mientras Gage se desengancha la pistola de la cintura y se la tira a Cameron.

—Si ya habéis terminado de dar asco, propongo que nos vayamos.

Cameron lo fulmina con la mirada y le quita el seguro al arma.

—¿Dónde está el teniente? ¿Te ha dado un bote de pastillas para nosotros? Si no, no vamos a ser muy útiles, yo apenas puedo tenerme en pie ahora mismo. —La última parte le cuesta más decirla.

Gage saca un bote negro y se lo lanza a Cameron, luego se enciende un cigarro mientras nos ve tomar cuatro pastillas a cada uno. Cameron se traga las suyas enseguida. Yo mastico las mías para que lleguen antes a mi torrente sanguíneo. No es un sabor agradable, pero me las trago igualmente.

Gage le pasa el cigarrillo a Cameron y miro como le da una calada larga y lo saborea como si fuera algo exquisito mientras se pone la chaqueta táctica. Está sucia y tiesa por la sangre. Aunque tampoco es que mi ropa esté mucho mejor. Todavía llevo el vestido que me puse para la reunión del otro día. Aunque ahora está hecho un desastre, lleno de rasgaduras y sangre.

—El teniente Erik se está enfrentando cuerpo a cuerpo a los hombres de Mavestelli abajo. Power está con él, y los nuevos también. Mikah se encarga de las comunicaciones y vigila desde el Humvee, aparcado a un kilómetro de aquí. —Gage habla en voz baja mientras nos hace señas para que lo sigamos por el pasillo oscuro.

Le robo una pistola con silenciador a uno de los guardias muertos cerca del ascensor para no ser la única que va desarmada.

—Espera, ¿qué nuevos? —pregunto al llegar a la escalera.

La única fuente de luz que tenemos es la de la linterna de Gage, además de las lucecitas de emergencia que iluminan un escalón de cada tres. Las botas de combate que llevamos hacen un ruido

considerable mientras bajamos las plantas corriendo, pero los gritos y los disparos provenientes de abajo suenan mucho más alto. Demasiado alto como para que solo tengamos tres soldados luchando contra los hostiles. Mi padre tiene veinte hombres como mínimo, y eso solo en este edificio.

Nos paramos en el descansillo del tercer piso para recuperar el aliento. Gage muestra una expresión huraña mientras explica:

—Necesitábamos sustituir a Kayden después de que muriese. El tío ese con el que hablaste en el Descenso, cómo se llamaba… —Gage se para a pensar.

Se me acelera el pulso.

—¿Damian?

—¡Sí, ese! —Gage da una palmada y hace un gesto con la cabeza hacia el siguiente tramo de escaleras para señalar que reanudamos la marcha—. Lo añadieron a él y a otro más. Es un poco más rebelde y peligroso, pero a Furia le vienen bien ese tipo de soldados, así que dijimos: «¿Por qué no?».

—Supongo que tampoco te sabes su nombre —interviene Cameron.

Gage se ríe.

—No merece la pena recordarlos ya que nos estábamos preparando para salir en una misión como esta. Si conseguimos volver todos, les preguntaré.

La puerta de la segunda planta sale volando cuando un guardia la tira abajo. Gage alza el rifle en una fracción de segundo. Le mete dos balas en el pecho antes de engancharle el tobillo con su bota para tirarlo al suelo. Luego le pega otro tiro en la frente.

—No está mal para un francotirador —susurra Cam.

Parece aliviado de tener a Gage de vuelta con nosotros. Me sorprende que Furia haya sido capaz de hacer esto, aunque, por otro lado, si Reed está trabajando con ellos, entonces tendría sentido que las Fuerzas Oscuras hayan podido infiltrarse en la fortaleza por fin. Deben de saber dónde están todos los escondites y las ubicaciones de los intercambios ahora que tienen el USB. Hasta estaban ahí los búnkeres subterráneos que hay en un montón de sitios y países. Lo sé bien porque ayudé a mi padre a catalogarlos. Hay cosas que ni

siquiera Reed sabe.

Sabía que el búnker que usamos mientras estábamos en las pruebas del Descenso me resultaba familiar. Lo construyeron usando los diseños y métodos retorcidos de mi padre.

—Aun así son cuatro contra veinticinco guardias. ¿Cómo tienen pensado hacerse con el edificio? —pregunto entre jadeos.

Gage casi tropieza en un escalón, pero consigue recuperar el equilibrio.

—No vamos a intentar tomar el edificio, hemos venido a salvarnos y nos largamos de aquí cagando hostias. Mikah ha hackeado las grabaciones de seguridad y las puertas con cierre automático, así que la mitad de los guardias están atrapados en sus habitaciones hasta que vuelva la luz.

—Inteligente —murmuro. Sin duda esto ha sido una de las ideas brillantes de Mikah.

—Sí, bueno, yo también hago mi parte —dice Gage mientras despeja el rellano de la planta baja.

—Hablaba de Mikah.

—Ya, a mí nadie me da las gracias —se queja Gage.

Cameron nos encauza de nuevo.

—El laboratorio debería estar…

Interrumpo a Cameron, ya que yo soy la única que debería conocer este lugar mejor que él:

—La primera a la izquierda y luego la segunda puerta a la derecha. —Cameron me mira vacilante antes de apartar la vista.

Gage está a punto de abrir la puerta cuando las luces parpadean para después encenderse y el zumbido de la electricidad resucitando las máquinas impregna el aire. El ruido de las pesadas puertas de metal desbloqueándose nos llega en oleadas junto con los gritos de los soldados que han quedado libres en el piso de arriba.

—Mierda, hay que darse prisa —susurra Gage mientras nos lleva hacia el pasillo y sigue mis instrucciones para llegar al laboratorio. Es toda una sorpresa que esté todo tan vacío aquí abajo. Supongo que la mayoría de los daños se están produciendo en la primera planta. «Menos mal que los cimientos han aguantado».

—¿Reed sabrá que estamos aquí abajo? —pregunto cuando por fin

soy capaz de respirar sin sentir una punzada de dolor en las costillas. El hechizo calmante de las pastillas hace efecto más rápido de lo que esperaba.

Cameron se coloca con la espalda contra la pared esperando a que Gage abra la puerta del laboratorio de una patada.

—No hace falta que esté aquí. Me dijo dónde encontrar la inyección, y está etiquetada por si acaso él estaba liado con otros asuntos —explica con la mandíbula tensa. La culpa ha sido la compañera de Cameron durante semanas. Se lo he notado en su mirada anhelante y en sus sonrisas débiles. No quiero seguir enfadada con él. En el fondo sé que lo hace por un buen motivo.

Lo más probable es que no se haya dado cuenta del monstruo que es Reed en realidad.

A veces pienso que Cameron es lo único bueno que queda en este mundo de oscuridad, aun cuando las cosas que ha hecho hayan tenido contratiempos.

Se me revuelve el estómago y las rodillas se me doblan solas. Me agacho, apoyo una mano sobre las baldosas para frenar la caída y escupo más sangre. Es oscura y da mal rollo, como la de Cameron en el Descenso.

—¡Date prisa! —le grita Cameron a Gage mientras se acuclilla a mi lado para ayudarme a ponerme de pie.

Gage abre la puerta de un golpe y despeja la habitación en un suspiro. Cierra cuando hemos entrado para que nadie pueda saber que estamos aquí a menos que miren las cámaras, que, con suerte, seguirán desactivadas.

—Adelante, Red Turtle, ¿está la salida despejada en el primer piso? Cambio. —Gage se sienta sobre un escritorio mientras intenta contactar con Damian, creo. No conozco a nadie más con el pelo teñido de granate, así que ese nombre en clave le pega.

Cameron y yo no tenemos auriculares, pero, por cómo se endurece el semblante de Gage supongo que no pinta bien. Me obligo a centrarme en otra cosa y observo a Cameron rebuscar en los cajones y ver cómo se cabrea cuanto más tarda en encontrarla.

—Debería estar aquí —susurra para sí mismo. Tiene la frente empapada en sudor.

—¿A lo mejor se la llevó con él? —Intento razonar, pero veo que Cameron tensa los músculos del cuello, lo que hace que se le marquen las venas de la frustración. Abre la boca para decir algo, pero Gage lo interrumpe.

—Mierda, tenemos que irnos ya. —Está blanco como el papel y eso basta para hacer que me ponga en movimiento. Gage y yo llegamos a la puerta y nos giramos cuando no oímos a Cam venir detrás de nosotros.

Todavía sigue hurgando en los cajones mientras musita cosas que no consigo entender.

—¡Cam, tenemos que irnos! —grito y sus ojos se encuentran con los míos cuando mira por encima del hombro.

—¡La encontré! —Aparta cajas y envases de cristal de su camino y pilla una jeringuilla detrás del escritorio.

Vuelvo a fijarme en Gage, que sigue blanco como el papel. Le tiemblan los ojos mientras piensa en qué hacer. Cameron me hace girar la cabeza y me clava la inyección para no arriesgarse a que se rompa mientras intentamos escapar. La euforia me invade los vasos sanguíneos y me provoca un subidón de adrenalina. Un suave suspiro escapa de entre mis labios, lo que hace que Cam me sujete la barbilla un poco más fuerte.

—¿Qué? —le espeta Gage a alguien por los auriculares y luego se queda petrificado.

—Gage, ¿qué han dicho? —le pregunto tirándole de la manga cuando no contesta y sigue mirando a Cameron fijamente.

Pega un salto cuando Cameron chasquea los dedos delante de su cara y sus ojos son el reflejo del puro miedo.

—No era uno de los nuestros quien estaba al otro lado, sino alguien llamado Reed. —Se me para el corazón. ¿Cómo se ha hecho con uno de nuestros auriculares? «Más le vale no haber tocado a Damian»—. Reed dijo que, si estamos en el laboratorio, tenemos dos minutos para salir antes de que arrasen el edificio por completo. Los hombres de Mavestelli que han sobrevivido están todos fuera. No he oído nada sobre el teniente ni Mikah.

Entro en pánico.

—Mi padre es un puto gilipollas, ¡pero no me va a matar!

Gage niega con la cabeza.

—Reed dijo que, como no estabais en la habitación, da por hecho que habéis salido. Va a volar el edificio para no dejar rastro siquiera de que estuvo aquí. Hay un conducto de ventilación al fondo del pasillo que nos llevaría lejos del edificio principal —explica Gage mientras corremos por el sótano. Alzo una ceja, no tenía ni idea de que hubiera un respiradero para salir. Suena sospechosamente parecido al que Cameron me enseñó en la base de California.

Mientras Gage quita la tapa, me fijo en que hasta es igual. Miro a Cameron para ver si él también se ha dado cuenta, pero está demasiado centrado en las vigas que empiezan a derrumbarse a nuestra espalda.

Nos colamos con torpeza en el respiradero y terminamos en una habitación de cemento con una escalera altísima que sube. Se me escapa un leve suspiro cuando veo que hay una puerta pequeña cubriendo la salida, exactamente igual que en California.

Entonces comprendo el hecho de que quizá Greg está mucho más metido en las Fuerzas Oscuras de lo que creía en un principio. Lo único que he sabido siempre es que Mavestelli es un magnate de los negocios, pero hay al menos veinte años de su vida de los que tengo cero información. ¿Tendrá algún contacto? ¿Cómo si no iba a estar tan involucrado en sus operaciones?

Empieza a costarme respirar y el aire parece evitarme mientras todo me da vueltas por el descubrimiento. Se me viene una persona a la cabeza: Nolan.

—No te quedes atrás, Morphine —Gage engancha un brazo alrededor del mío para que vaya al mismo ritmo que él. Entonces dirige su atención hacia Cam—. ¿Tu informante te ha dado la contraseña para abrir esto? —Señala el panel con la cabeza.

Observo como si tuviera piedras en el estómago cómo Cameron se acerca al teclado e introduce la misma contraseña que en Coronado. La puerta se abre y empezamos a escalar.

Cada peldaño me cuesta más que el anterior. Cameron lleva trabajando con Reed desde mucho antes de saber que Belerik es mi tío. No tengo tiempo de analizarlo ahora mismo, pero la lista de preguntas que tengo tanto para Cameron como para Erik crece de

forma exponencial.

Gage es el primero en llegar arriba y se asegura de que la zona esté despejada antes de hacernos un gesto. La hierba fría es la mejor sensación del puto mundo. Noto el rocío fresco sobre mis manos manchadas de sangre mientras retrocedo para hacerle sitio a Cameron.

Sube con esfuerzo y se deja caer en el suelo antes de volver a ponerse de pie y medio levantarme a mí también en el proceso.

—Si no encontramos a los demás, tenemos que ir hacia la ciudad, a un par de kilómetros al este. Tengo la sensación de que han tenido que despegar, así que, pase lo que pase, seguid corriendo —ordena Cam. Gage ya me está flanqueando por el otro lado y ayudándome a avanzar.

Los tres corremos y cojeamos lo más rápido que podemos mientras contamos los segundos.

Entonces el suelo se agita con violencia y nos tira al suelo.

Capítulo 24

Emery

Tres horribles minutos pasan mientras el suelo tiembla con violencia bajo nosotros. El sonido de las vigas de cemento que se derrumban y el cableado eléctrico partiéndose en lo que podría haber sido mi tumba se me queda grabado en lo más profundo.

Después de las pruebas y todas las cosas peligrosas que he hecho en la vida, casi acaba conmigo un maldito edificio viniéndose abajo.

Trago saliva por lo seca que tengo la garganta.

Estamos los tres tirados en el suelo con la nariz pegada a la tierra mientras estalla la segunda ronda de minas. La nube de polvo lo consume todo a su paso y nos alcanza en cuestión de segundos, pero, por suerte, hemos conseguido alejarnos lo bastante como para evitar los escombros peligrosos.

Abro un poco un ojo y veo a Cameron a mi lado, ya tiene la mirada fija en mí, que adquiere calidez en cuanto se la devuelvo. Cuando la tierra deja de temblar y el aire se queda en silencio de nuevo, empezamos a oír voces a través de los auriculares de Gage.

Suelta un grito ahogado y contesta.

—Aquí Volt, estamos en el terreno a un cuarto de kilómetro de la cara norte del edificio. —Gage escucha mientras la otra persona contesta, y luego suelta un suspiro que oímos todos—. Recibido. Corto.

—¿Y bien? —se queja Cameron, impaciente.

Tenemos una pinta ridícula tirados en medio del campo boca abajo, pero también me resulta reconfortante, aunque extraño, estar tan cerca de mi escuadrón. En el pasado siempre he trabajado sola, y he podido apreciar lo importante que es en realidad que un equipo esté unido. Cameron y yo seguiríamos encerrados en la guarida de no ser por ellos. Esa sensación hace que me acuerde también de Bree y

Bryce.

Gage alza la cabeza y nos sonríe.

—El teniente Erik ha informado de que todos han conseguido llegar al helicóptero. Los hombres de Mavestelli ya han evacuado la zona y huido a la ciudad. El escuadrón nos recogerá en diez minutos.

Es la mejor noticia que me han dado desde lo que me parece una puta eternidad.

Nos empezamos a reír los tres. No sé si por la conmoción o la adrenalina, pero, después de todo lo que nos acaba de pasar, me da igual.

Pasan los diez minutos y por fin escuchamos el maravilloso sonido del helicóptero surcando el cielo nocturno.

—Eh, Volt, no tenemos que preocuparnos de que nos derriben, ¿no? —Le doy vueltas a la aterradora idea.

Él se ríe y niega con la cabeza como si fuera la pregunta más tonta que podría haber hecho.

—Mikah ha confirmado que los sistemas vuelven a estar operativos y que el inhibidor está bloqueando todo el equipo de rastreo de misiles de Mavestelli.

—Teniendo en cuenta lo que duró en su base, ya me quedo más tranquilo —dice Cameron con sarcasmo y con la misma confianza que siento yo.

Observamos con el corazón en un puño mientras el helicóptero desciende sin problemas. Los tres nos subimos con ayuda de dos miembros del escuadrón. Llevan los cascos y las máscaras puestas, así que no sé muy bien quiénes son.

Una vez a bordo, siento una oleada de alivio al ver a Mikah con los auriculares puestos y un ordenador sobre las piernas. Nos ignora por completo, como si no llevásemos dos semanas secuestrados, pero supongo que es mejor que siga concentrada en mantenernos a salvo de los misiles enemigos.

Erik me da un apretón en los hombros con las manos y luego tira de Cameron para darle un abrazo.

Cameron abre los ojos de par en par por la sorpresa antes de devolverle el gesto con inseguridad y rodear al teniente con los brazos.

El malestar me discurre por el corazón y aparto la mirada. A pesar de que les confiaría mi vida, siento que casi no los conozco.

Gage se planta a mi lado y suelta un suspiro dramático mientras deja el casco en el suelo entre los pies y agarra los auriculares insonorizados que nos lanza Thomas desde el asiento del piloto. «No tenía ni idea de que sabía pilotar».

El helicóptero se eleva despacio. Volvemos a estar en el aire y nos alejamos de las luces de la ciudad que sobrevolamos y hacia la seguridad de la costa. Tiene que haber un hangar cerca si Furia cruzó el puto océano por nosotros. No me cabe duda que las Fuerzas Oscuras tendrán contactos con versiones extranjeras de nuestras operaciones secretas.

Los dos soldados que llevan máscaras por fin se sientan y se descubren la cara. Sonrío y abrazo a Damian en cuanto me ofrece una sonrisa optimista. El hecho de no haberlo reconocido en el Descenso me sienta como una patada en el culo. Cómo pude perderlos a Bree y a él…, incluso a Bryce, de hecho. Olvidar a Cameron fue lo que más me dolió, sobre todo ahora que sé por qué parecía tan infeliz cuando estaba cerca de mí.

Paso a un canal de radio diferente en los auriculares para hablar solo con Damian y él hace lo mismo. Estoy segura de que algún que otro miembro del escuadrón sabrá leer los labios, pero, aun así, me siento mejor manteniendo nuestra conversación un poco privada.

—La recordé, en sueños y en la simulación. No me acordé de su nombre en aquel momento, pero Bree estuvo conmigo de varias maneras —digo con pesar. Ha pasado más de un mes desde que la mataron en las pruebas, pero no he tenido tiempo de llorarla antes de que la arrancasen de mi memoria como el agua que bebe alguien de un vaso.

Damian frunce el ceño con firmeza, él ya ha tenido tiempo de lamentar su pérdida, se le nota en esos ojos cansados. Ni me imagino cuántas noches habrá pasado sin dormir y todas las conversaciones que ya no mantuvimos.

—Me sorprendió que no recordases la paliza que te di el día que llegaste al Descenso. —Damian me guiña un ojo. Hace una pausa y mira a Cameron con frialdad—. ¿Recuerdas lo que pasó en la última

prueba? Siempre tuve mis sospechas, pero a los pocos que sobrevivimos no nos dijeron nada, cómo no —dice en voz más baja.

Asiento despacio y bajo la vista para no hacer contacto visual con Cam o Erik sin querer.

—Ya… Luego te cuento… Y hablando del tema, ¿te vas a quedar en nuestros barracones? —Mi voz suena más alegre ahora que sé que voy a tener a un amigo cerca. Aunque claro que también considero a Gage mi amigo, no es lo mismo que tener a alguien que ha superado las pruebas contigo. Es un vínculo más estrecho.

Damian se recuesta en el asiento y se alborota el pelo.

—Pues claro. ¿Dónde iba a dormir sino? —Se ríe. Yo respiro aliviada porque es justo la noticia que necesitaba oír para calmarme.

—¿Quién es nuestro otro compi? —Desplazo la mirada por el hombro de Damian hasta el hombre que está sentado a su lado, que mira por la ventana y no interactúa con los demás.

El semblante de Damian cambia y frunce el ceño.

—No te va a gustar. —Se me cae el alma a los pies en cuanto pronuncia esas palabras y me inclino hacia delante indecisa para ver mejor al soldado.

Le asoman varios mechones de pelo rizo y marrón intenso bajo el casco. Es tan alto como Cameron, y la forma de sentarse tan rígida me resulta familiar.

«Ay, madre». Damian ve el momento exacto en el que me doy cuenta.

—Sip —dice en tono alegre como si fuera divertido. Y seguro que a él se lo parece, después de haber estado atrapado con él en el Descenso todo este tiempo.

—¿Por qué tenía que ser justo Espectro? —Echo chispas por los ojos cuando Espectro se gira como por instinto para fulminarme con la mirada por encima del hombro. Para mí, esos ojos oscuros están llenos de maldad, aunque ya no posee un aura sombría.

El imbécil en cuestión enarca una ceja y me sonríe. Me enfurezco al instante.

—¿Me echabas de menos, canija? —Con los cascos puestos no lo oigo, pero leo las palabras en sus labios a la perfección.

Le hago una peineta y me giro hacia el otro lado. Ni de puta coña

pienso llevarme bien con él por voluntad propia, aunque la verdad es que me alegro un poco de que no sea Arnold. Creo que a él lo habría tirado del helicóptero yo misma.

Pensar en eso me proporciona cierto consuelo mientras me fijo en que el teniente Erik y Cameron mantienen una conversación que se detiene de forma abrupta en cuanto se dan cuenta de que los estoy observando. Dejaron de hablar antes de que pudiera hacerme una idea de sobre qué discutían.

Bajo la mirada al suelo, y dejo que mi mente se entretenga con todo lo que ha pasado esta noche.

Lo cierto es que no tengo ganas de hablar con Cameron y mi tío, del que no sabía nada, sobre qué cojones está pasando.

Así que me echo hacia atrás igual que Damian y disfruto del corto vuelo hasta el hangar mientras me pongo al día con él. Una media hora después, apoyo la cabeza en su hombro y me quedo dormida.



Llueve a cántaros cuando por fin aterrizamos en algún punto de la costa septentrional de Alemania. Está demasiado oscuro como para saber dónde estoy basándome en puntos de referencia, pero me quedo con que hay una especie de cobertizo a unos noventa metros de la plataforma de aterrizaje. Más allá solo hay un terreno boscoso y un gigantesco hangar de aviones.

Echamos a correr bajo la fría lluvia y entramos al hangar, que también funciona como una especie de base. El techo es abovedado, y la entrada principal la conforma unas enormes puertas de granero corredizas que permiten la entrada y salida de aeronaves. El sonido del agua golpeteando contra el metal deja claro que el techo y la mayoría de las paredes son de acero. El resto del edificio está estructurado de forma minuciosa con ladrillo y ventanas ojivales con el marco de hierro en la segunda planta.

«Quién me iba a decir a mí que encontraría arte en un hangar», pienso, deseando que mi padre hubiera adquirido más lugares como este como parte de la operación familiar.

La noche ya está bien entrada, probablemente sean más de las tres de la mañana, así que no nos cruzamos con nadie excepto con las personas asignadas a los puestos que cuentan con vigilancia continua, que están a cargo de dos hombres vestidos con uniformes oscuros casi idénticos a los nuestros. Un hombre con chaqueta de oficial muy bien planchada inclina la cabeza con complicidad hacia el teniente cuando entramos.

Cameron me ha estado vigilando todo el vuelo, y sabe que es posible que caiga en un estado violento. Todavía no he descubierto qué es exactamente lo que lo provoca, sí, una respuesta de lucha o huida muy intensa es una de las opciones, sin duda, pero Cameron no parece demasiado preocupado. Sé que es la última inyección de la serie la que lo hizo perder la cabeza, así que espero que esta no me afecte demasiado. Intento no pensar mucho en ello. No dejo de torturarme por haberme sometido al experimento, tal y como Nolan quería.

Todo el mundo está agotado tras el día de hoy, así que casi no hablamos mientras bajamos las escaleras hasta una sala común con muchas puertas y un par de pasillos para soldados que están de paso, como nosotros, o eso supongo.

Nos asignan una habitación a cada uno y nos dan ropa para cambiarnos. Estoy impaciente por quitarme el vestido que, a estas alturas, he llevado durante días, pero, mientras me desvisto, Cameron llama a la puerta y asoma la cabeza. Me quedo quieta y empiezo a respirar más rápido cuando veo que se le dilatan las pupilas al verme medio desnuda. Traga saliva, lo que hace que se le mueva la nuez. El calor me recorre las venas y, por algún motivo, lo único en lo que puedo pensar es en que me muero de ganas de acurrucarme a su lado, como hacía antes. Quiero tocarlo y sentirlo dentro de mí de nuevo.

Me muerdo el labio inferior mientras despejo los pensamientos lascivos de mi mente.

—¿Necesitas algo? —Echo una mirada de deseo por encima del hombro. Odio lo fácil que se desvanecen mis enfados con él. Eso es lo que me provoca.

Se aclara la garganta y baja la vista.

—Si quieres respuestas de mí y de Erik, tienes que venir ya —dicen Cameron con suavidad. Tiene el pelo enmarañado, como si le hubiera costado mucho decidir si iba a entrar en mi habitación o no. No sé por qué me parece tan adorable, pero aparto la mirada antes de sonreír.

Suspiro y me vuelvo a abotonar el vestido antes de seguir a Cameron hasta lo que parece una sala de conferencias. Hay un olor muy característico que parece acompañar siempre a los edificios de más de cincuenta años y hace que el aire sea pesado y un poco almizclado. Piedras y alfombra vieja.

Cierra la puerta y gesticula con la cabeza hacia la mesa de madera. Lo miro entrecerrando los ojos, pero me subo a la mesa y espero a que se nos una Erik para mantener una incómoda discusión sobre cómo olvidó mencionar que es mi tío.

El silencio entre nosotros podría decapitar a alguien. Son los minutos más terribles que he tenido que aguantar, porque ambos estamos pensando en lo mismo: «¿Qué cojones vamos a hacer ahora?».

Cameron es el primero en romper el silencio.

Ha cruzado los brazos sobre el pecho con fuerza y está apoyado contra la pared delante de mí, con la cabeza mínimamente ladeada mientras me mira. Es una agonía, y me alegro de que por fin suspire y murmure:

—Tienes todo el derecho a estar cabreada conmigo.

Resoplo.

—No jodas. Y tanto que sí.

Cam sonríe ante el tono mordaz que he puesto, y me interrumpe antes de que pueda decir nada más.

—Espera un poco. Erik llegará pronto y te prometo que verás cómo se desató todo este caos.

Lo fulmino con la mirada. Él se ríe y se aparta de la pared para acortar la distancia que nos separa en un par de zancadas.

—No tienes ni idea de lo mucho que te he echado de menos, Em. Me alegro muchísimo de que hayas vuelto. Aunque me odies —admite sobre el hueco de mi cuello cuando coloca las manos a ambos lados de mi cuerpo, sobre el amplio escritorio. No me toca,

pero noto el calor que emite su cuerpo sobre mis hombros por lo cerca que está, su respiración me provoca un escalofrío que me baja por la espalda.

Inhalo de repente y tengo que poner en orden el calor que se acumula en mi centro.

—No te odio, Cam. —Él se echa hacia atrás y me mira a los ojos, su nariz está a un centímetro de la mía. Sus ojos color salvia ya no parecen los mismos que cuando nos conocimos, ahora están llenos de una tristeza y un anhelo que me pesan en el alma. El hecho de saber que me aprecia me empuja más hacia él—. Nunca podría odiarte. Pero sí estoy… dolida —suspiro.

Me mira a los ojos con ansia por un instante antes de que se abra la puerta, y entonces los dos giramos la cabeza hacia el teniente. Erik se queda quieto cuando ve lo cerca que estamos el uno del otro antes de darse la vuelta para cerrar la puerta despacio.

Cameron aprovecha el momento para ponerse recto, dar un par de pasos hacia atrás y meter las manos en los bolsillos con indiferencia.

Erik deja un plato de bollitos y dos botellas de agua a mi lado y después se sienta a dos sillas de distancia. Tiene una mirada intensa y los hombros caídos, lo que refleja su fatiga. Ahora que lo miro de cerca, veo cierto parecido a mi padre en el profundo color ámbar de sus ojos, que heredó de mi abuela, y el arco muy pronunciado de la nariz. Sin embargo, a mi tío le falta la maldad y la avaricia que arde en cada fibra de la imagen de Greg.

Al teniente solo lo he visto ser amable. Es obvio que se preocupa por su escuadrón. Es la única razón por la que he decidido escucharlo.

Erik entrelaza los dedos sobre el regazo y me mira fijamente un rato antes de empezar a habar:

—Emery, ¿sabías que nos conocimos una vez antes de que entrases en las Fuerzas Oscuras?

Busco entre mis recuerdos a alguien que encaje con sus rasgos, pero no me viene nada. Debió haber sido de pasada.

—No —digo con cierta curiosidad mientras agarro un bollito y lo devoro. Ni siquiera me había dado cuenta del hambre que tenía hasta que olí el glaseado de mantequilla.

Erik me mira con una sonrisa melancólica en la cara y asiente despacio.

—Ibas a cumplir doce años, y tu madre te llevó a una pastelería de la ciudad, ¿te acuerdas?

Me quedo mirando el plato, aún noto el sabor en la lengua y me trae recuerdos. Saben igual que los bollitos de miel que pedía siempre que íbamos allí.

Miro a Erik de repente, y él sonríe.

—Sí que te acuerdas. Yo era el hombre que tuvo un breve encuentro con tu madre ese día antes de que os fuerais. Beatrice siempre ha sido una mujer encantadora, no deberías culparla por haberse vuelto tan fría contigo. Me contó los miedos que tenía sobre la vida que, por desgracia, te esperaba. Se distanció todo lo que pudo, aunque solo emocionalmente. Ya sabemos que es imposible escapar de Gregory.

Lo entendí mejor cuando crecí, pero de niña nunca comprendí por qué se había alejado de mí. Su falta de amor y el abandono emocional me convirtieron en una artista depresiva, y el corazón frío de mi padre me transformó en una sicaria. Reed, sin embargo, fraguó a la asesina que será recordada.

El cóctel perfecto para crear un monstruo.

Cameron me mira con lástima. Sabe mejor que la mayoría lo que se siente cuando tus padres te traicionan. Tiene que llevar la cicatriz en el pecho todos los días. Me pregunto qué pasaría por la mente de su madre el día que la mató.

Bebo un par de sorbos de la botella de agua antes de decir entre dientes sin inmutarme:

—¿Por qué te viste con ella?

Erik suspira y sacude la cabeza.

—Intentaba ayudarla a sacaros a los dos de la familia y a esconderos. Por desgracia, Gregory ya iba tras ella. No podía arriesgarme a que se enterase de que, por aquel entonces, era un sargento de las Fuerzas Oscuras, así que aquel día corté lazos con ellos y le dije que no podía hacer nada, no hasta que estuviera listo para derrocarlo.

—¿Intentabas ayudarnos? —pregunto perpleja por no haberme

enterado nunca de todo lo que ocurría entre bastidores. ¿Por qué mi madre no me dijo nada? Ya era mayorcita. Aprieto los dientes al pensar que no quiso incluirme en nada. ¿Acaso me tenía miedo? Ya me estaban moldeando para ser la asesina, pero ¿de verdad pensaba que le haría caso a mi padre si me ordenase matarla? Formo un puño con las manos.

Él asiente.

—No se puede desmontar una operación, y una familia, tan grande como la de los Mavestelli de la noche a la mañana, Emery. Ni siquiera en un par de años. He tardado casi una década en tenerlo contra la espada y la pared. La paciencia es el soldado que planea con antelación.

Todo se reduce siempre a quién se queda el trono, ¿no? Eso es lo que espera conseguir todo el mundo al final de cualquier historia. Eso es lo único que de verdad la importa a Belerik.

La familia Mavestelli.

Tiene gracia porque yo nunca lo quise. No soy tan tonta como para pensar que estar al frente me traería felicidad.

—Entonces, ¿quieres tomar el control? ¿Y cómo va a ser la cosa, teniendo en cuenta que eres un oficial en activo de las Fuerzas Oscuras? —digo con cautela.

Esto me da mala espina. Le echo un vistazo a Cameron y veo un destello de repugnancia en sus ojos. ¿También es la primera vez que oye algo sobre los planes de futuro de Erik? Aún no tengo del todo claro cuánto sabe, pero, por el sudor que se le empieza a acumular en la nuca, doy por hecho que casi todo es nuevo para él.

Erik saca una jeringuilla del bolsillo de su abrigo y se la tiende a Cameron. Me centellean los ojos por la desconfianza. Es negra, cuando las otras eran todas transparentes.

—Piénsalo como si nuestro ejército clandestino heredase un arsenal nuevo y una vía de puertos y propiedades. Podremos expandirnos a cualquier ubicación que tu padre ya controle.

«¿Qué coño dice? Eso no es mejor que lo que está haciendo mi padre».

Se me acelera el pulso.

—¿Para qué quería mi padre las pastillas de la muerte? —pregunto

enseguida con la piel de los brazos erizada. Todo esto me está dando la misma mala espina que el general Nolan después de haber completado la simulación.

Erik ladea la cabeza y sonríe con incertidumbre, como si estuviera intentando calarme. Mi expresión es imperturbable, y estoy en alerta.

—Supongo que por la misma razón que nosotros: para crear soldados que sean capaces de aguantar el dolor y sigan avanzando contra viento y marea…, hasta que se derrumben. Aunque me apuesto algo a que Gregory pretendía vendérselas a las familias comerciantes por una fortuna. Nosotros haremos lo mismo en cuanto establezcamos alianzas con ellas y entiendan que Greg ya no formará parte de la operación.

Me duele la barriga, pero no me permito que se me mueva ni un músculo. «No podemos permitirlo». No podemos dejar que hagan esto, provocaría el caos en el mundo entero.

Cameron se revuelve nervioso y el movimiento hace que vuelva a centrar la atención en la jeringuilla que tiene en la mano.

—¿Y esa inyección negra? —Debo de tener una mirada gélida en la cara porque Erik se recuesta en la silla y entrecierra los ojos.

—Es la Serie Z. Está diseñada para ser el último recurso. En esencia, la persona que la use será invencible durante un periodo de tiempo antes de expirar —dice Erik mientras una sombra le atraviesa el rostro.

«Parece que lo dice en el sentido literal de la palabra». Muerte.

Cuando ni Cameron ni yo respondemos, Erik continua:

—Bueno, os dejo solos. Creo que Cameron y tú también tenéis asuntos que tratar.

Se pone de pie y se dirige a la puerta, solo se detiene cuando le pregunto:

—¿Sabías que Bryce era un espía?

La sala está tan en silencio que hasta se oyen los crujidos de la viejas cañerías a través del techo panelado de mierda que hay.

El teniente se gira un poco hacia nosotros, lo bastante como para lanzar una mirada recelosa por encima del hombro.

—Sí, tenía mis dudas, por eso le ordené a Dominic que os pusiera

en el mismo cuadro para la prueba final. Supuse que, de serlo, intentaría decírtelo entonces. Aunque el mocoso fue inteligente, desactivó casi todas las cámaras la noche anterior, pero se dejó un par. Una de ellas captó a Cameron intentando matarte, pero no vimos la muerte de Bryce ni oímos nada relevante de lo que te contase. —Parece satisfecho con mi expresión abatida, y asiente antes de salir y cerrar la puerta tras él.

Una punzada de agotamiento penetra en mi mente y noto cosquillas en el cuello, donde me pusieron la inyección. Me froto la zona y dejo escapar un largo suspiro.

—¿Podemos seguir mañana? Estoy muy cansada como para escuchar también tu parte de la historia.

Pensé que, con el cabreo que tenía antes encima, estaría lista para darle vueltas durante toda la noche, pero ahora que se han calmado las aguas, siento una intensa tristeza que me ha chupado toda la furia del cuerpo.

Cameron también parece cansado, se le nota una pesada oscuridad bajo los ojos. Me ofrece una leve sonrisa.

—Sí, debería llevarte a la cama…, pero primero tenemos que ducharnos. Estoy empapado en sudor y lleno de tierra, y a saber qué cojones más.

Esbozo una sonrisa irónica que no se extiende a ninguna otra parte de mí.

—Vale.

Caminamos despacio por el sótano. No tiene ni de lejos tanta seguridad ni es tan moderno como el cuartel general de las Fuerzas Oscuras. No hay ventanas y la falta de varias formas de salir de aquí me pone nerviosa. «Si solo hay una salida es por algo». Aparto el pensamiento en el acto antes de que se cuele en mi mente.

—¿Solo hay baños individuales? —pregunto al entrar en un pequeño cuarto de baño. Desde que entré en las fuerzas, lo único que he visto son los enormes baños comunes, así que ver uno tan pequeño como este en una base es todo un trauma para el sistema. La pared trasera está cubierta de azulejos. No hay cortinas ni cubículos que separen el resto de la habitación de la ducha y el inodoro; es todo un espacio abierto. Al menos hay una puerta que

se puede cerrar, pero madre mía.

Cameron se hace con dos toallas del armario y las deja en el lavabo sin dudarlo. Me arden las mejillas, y me vuelvo para irme mientras digo:

—Yo me ducho en el otro.

Está claro que ninguna parte de su cuerpo me resulta extraña, pero todavía hay sufrimiento entre nosotros y no me apetece lidiar con él esta noche

Lleva la mano con delicadeza hasta el pomo de la puerta y la coloca sobre la mía, pero, en vez de girarlo, pasa el pestillo. Tomo aire y contengo la respiración cuando él me da la vuelta mientras desliza los dedos por mis clavículas. Deseaba sus caricias, incluso cuando lo había olvidado ansiaba que sus manos me tocasen.

Solo Cameron es capaz de revelar sus emociones con un roce de esas manos tan curtidas que tiene. El anhelo que acecha en lo más profundo de su ser se revuelve también en mi interior.

—No tuve la oportunidad de decirte lo bien que te queda este vestido —susurra mientras desabrocha la parte delantera con lentitud. Separo los labios cuando posa las manos sobre mi piel para deslizarme la tela por los hombros, haciendo que se me ponga la piel de los brazos de gallina.

Baja la cabeza y me da un beso en el cuello. Aprieto los muslos al notar el calor que irradia su boca.

—No tuve la oportunidad de decirte lo guapa que estás con el pelo corto, y no me hagas hablar de lo sexi que estás con este vestido. —Suelto una risita, y Cam me coloca un par de mechones mal cortados detrás de la oreja. Cierro los ojos y me recreo en su abrazo y sus palabras

—Me cortaron el pelo porque sabían que lo adoraba, pero no fui capaz de derramar ni una sola lágrima sobre algo tan efímero como el pelo cuando lo que adoro de verdad eres tú. Pueden arrebatarme todo lo que quieran, mientras no sea a ti —susurro mientras lo miro a los ojos y poso una mano sobre su mejilla. Cameron apoya la cabeza en la palma de mi mano y parpadea despacio antes de que esas delicadas gemas color salvia rastreen mis rasgos.

—No dejaré que quieras a un monstruo como yo, Em. No después

de todo lo que he hecho —susurra en tono triste y con un acento británico muy marcado. Sonrío al oírlo. Él se inclina hacia delante, y vacila un instante antes de rendirse y dejar que nuestros labios se fundan.

El mundo se viene abajo. Las olas se convierten en un mar de preocupaciones. Lo único que me importa en todo el universo está aquí; es él.

—No puedo evitarlo. Incluso cuando había olvidado quién eras, me enamoré de ti otra vez —digo entre besos hambrientos—. Todavía estoy enfadada y espero respuestas, pero esta noche olvidémonos de todo menos de nosotros.

Cameron rompe el beso y apoya su frente sobre la mía.

—Nunca perdiste la mala leche. Ni una vez. —Se ríe un poco por lo bajo y sigue desvistiéndome—. Te quiero, Em. Te he amado desde antes de la última prueba. Parte de mí esperaba que nunca sintieses lo mismo porque sabía que la jodería. Y lo hice…

Cameron deja de hablar, y sus manos se detienen y las deja caer a los lados. Su rostro se retuerce en una mueca de dolor.

—Creo que una parte de ti sabía que jamás podrías impedir que te quisiera —digo mientras le desabrocho la chaqueta.

Tiene el cuerpo cubierto de moratones violetas, ronchas y cortes. Algunos todavía sangran y parecen irritados. Sé que ya no siente nada, pero sí lo hacía cuando le hicieron todo esto y solo saber eso basta para romperme el corazón. Me toca los omóplatos enrojecidos con delicadeza y adorna con suaves besos todos los lugares donde sé que hay marcas significativas de mi propia tortura.

—Los voy a matar a todos —jura Cameron en voz baja.

—Los mataremos los dos —susurro.

Aunque me pregunto si eso incluye deshacerse también de Reed. Por mucho que lo desprecie ahora mismo, Reed es mi único amigo de la infancia. La única persona que creció conmigo y se pervirtió tanto como yo. Bueno, él sin duda se volvió más retorcido.

También nos ayudó a escapar.

«Ojalá me hubiera incluido en sus planes, fueran los que fueran».

Estoy deseando saber qué opina Cameron sobre él mañana, pero esta noche solo quiero ducharme y meterme en la cama. Será la

primera vez en dos días que duerma cómoda.

Cameron nos lleva hacia la ducha y deja correr el agua hasta que sale caliente. Estiro la mano para agarrar la pastilla de jabón, pero él me la quita y esboza una sonrisa burlona mientras me enjabona la piel con cuidado. Por lo general, no me gusta que nadie haga eso por mí, pero, en este caso, el algo íntimo y me sorprendo volcándome en su afecto.

Cierro los ojos y aprieto la espalda contra su pecho. Sus manos calientes resbalan por mi piel mientras me masajea con el jabón, que huele a pino y se mezcla con su aroma a abedul natural. Suspiro ligeramente por el consuelo que me proporciona. Cam me envuelve el cuello con una mano y me inclina la cabeza cuando sus labios se encuentran con la sensible piel de mi garganta.

Desliza los dientes por mi piel y se me escapa un gemido. Después baja las manos hasta mis pechos y empieza a enjabonarlos y a tocarlos hasta que me derrito contra él. Cameron gime cuando empujo el culo hacia atrás y su erección termina entre mis muslos.

Mueve los labios hasta mi hombro, y no deja de masajearme un pecho mientras baja la otra mano despacio por mi abdomen. Empieza a mover la cadera, se folla mi abertura y de mi garganta brota otro gemido. «Joder, cómo echaba de menos sus manos». Los dedos le resbalan más debido al jabón y me siento de puta madre mientras juega con mi clítoris al mismo tiempo que le palpita la polla entre mis piernas.

Lo desafío con un quejido cuando se aleja para seguir velando porque todas las partes de mi cuerpo reciban la misma atención.

Se ríe entre dientes.

—Paciencia, cariño, no te dejaré insatisfecha. —Me frota las piernas y la espalda con la misma delicadeza antes de echarme champú en el pelo y desenredar con ternura el lío que Reed permitió que hicieran los guardias.

—¿Puedo contarte algo que me da vergüenza? —pregunto dibujándole círculos en el pecho. Él no aparta la vista de la tarea que le ocupa, y solo me miran un segundo antes de gruñir. Verlo tan concentrado me hace sonreír. Recorro la cicatriz que tiene en el pecho mientras murmuro—: Tuve un sueño erótico contigo antes de

empezar la misión. —Me arden las mejillas. Es una tontería avergonzarme de algo así, pero al ver que se detiene un milisegundo antes de seguir desenredándome el pelo me provoca mariposas en el estómago.

—Lo sabía. —Su voz suena grave.

Doy un paso atrás.

—¿Qué? ¡Ni de coña! —Me río mientras recojo un poco de agua entre las manos para echársela a la cara. Él cierra un ojo y se ríe, se ríe de verdad, y ese sonido es mi perdición absoluta. Hacía muchísimo tiempo que no lo oía reírse así. Se merece una vida en la que pueda hacerlo todos los días. Ambos nos lo merecemos.

Cameron se pasa la lengua por el labio inferior y se lo muerde mientras asiente con una ceja enarcada.

—Me di cuenta de que estabas imaginando guarrerías conmigo porque tienes la costumbre de frotar esos preciosos muslos y te pones colorada de una forma de lo más adorable.

—¡Cam! —me río a carcajadas.

Levanta un hombro antes de dejarlo caer como si nada y con la sonrisa más arrogante que he visto jamás en los labios. Este momento es tan raro que lo guardo en mi memoria. Mientras Cameron me aclara el pelo y se lava el suyo después, me sorprendo deseando un futuro en el que seamos libres del submundo, tanto del que lo creó como del mío. Deseo recuerdos que no tenga que catalogar y guardarlos con todas mis fuerzas porque podrían ser los últimos.

Anhelo una felicidad como esta, con él, por lo que me queda de vida.

—¿Qué? —pregunta mientras me mira con los ojos entrecerrados de forma juguetona porque acaba de pillarme contemplándolo. Cierra el grifo y me tiende una toalla.

—Nada —miento sin dejar de sonreír mientras me seco.

—Mentirosa.

Me encojo de hombros y le guiño un ojo antes de ir al lavabo para terminar con mi rutina nocturna. Me alegro de que tengan una caja de cepillos de dientes sin usar para la gente que termina aquí de paso.

Cuando terminamos y nos ponemos la corriente ropa de repuesto, gris y de manga larga, que tenían a mano, Cameron me lleva de vuelta a su habitación.

Solo hay una cama de matrimonio en el centro, con sábanas de un simple color beis, y suelos de cemento que combinan con las paredes desprovistas de ventanas. Parece una prisión, pero al menos es privada, no como los barracones de la base.

Se me escapa un grito ahogado de sorpresa cuando Cameron se pone detrás de mí y me empuja hacia la cama.

—¿Insinúas que debería quedarme? —digo con una amplia sonrisa.

Cameron esboza una sonrisa y alza una ceja.

—¿Te da miedo? —se burla. Me mira con los ojos entrecerrados y llenos de lujuria.

Alzo la barbilla.

—¿A qué le iba a tener miedo? —Lo miro de arriba abajo y pongo cara de indiferencia.

—Vale, te vas a enterar. —No dice nada más antes de cogerme en brazos y dejarme sobre la cama. Nuestra risas se entrelazan mientras me hace cosquillas y se sube él también a la cama.

La ropa que nos hemos puesto es fina y no oculta en absoluto su enorme polla, a la que le dan espasmos e intenta liberarse de los pantalones. Me paso la lengua por los labios al notarlo. Cameron se me sube encima y coloca los brazos al lado de mi cabeza para apoyarse.

Abre la boca y deja escapar un grave gemido cuando le toco la punta a través del suave material de sus pantalones, que están húmedos allí donde empieza a gotear líquido preseminal.

—Joder, me muero de ganas de estar dentro de ti, Em. —Me da besos emocionados en la frente y mejillas antes de besarme en los labios con dulzura—. Pero, aunque no lo notes, tu cuerpo aún está sufriendo. ¿Qué te parece si te como el coño hasta que te corras en mi cara? No quiero hacerte más daño —susurra.

«Ay, Cameron, mi cosita preciosa. No tienes ni idea de lo desesperada que estoy por tenerte». Intento ocultar la gracia que me hacen sus palabras.

—Te necesito, Cam —suplico, después frunzo los labios y eso le

arranca un gruñido, que vibra en su pecho y reverbera en el mío.

—No puedo prometerte que vaya a ser suave. —Se baja los pantalones hasta las rodillas, dejando la polla al aire. Se le marcan tanto las venas que parece que suplica con avidez que se la agarre. Me contoneo para librarme de la parte de abajo lo bastante como para que me vea el coño, y roto las caderas para provocarlo. Se le endurece la mirada mientras se chupa el labio inferior y se muerde la comisura de los labios—. Tengo las pelotas tan llenas que te voy a llenar de semen. ¿Quieres que me corra dentro de ti, cariño?

—Sí —suplico mientras el calor me inunda por dentro. Las guarradas que dice me provocan cosas.

Dejo caer la cabeza sobre la almohada, y él me agarra la cadera mientras se acerca a mi entrada. Espero a que me provoque con la punta de la polla, pero empieza por pasar un dedo por mi humedad con languidez.

—Ah, me encanta que mi soldadito esté así de mojada —dice con una voz seductora que hace que el vientre bajo me duela más.

Cameron mueve el dedo en círculos sobre mi clítoris y una oleada de placer me recorre el cuerpo. Él reacciona a mi movimiento y me agarra la cadera más fuerte con la otra mano mientras empuja la polla dentro de mí, abriéndome lo bastante como para hacerme gemir antes de volver a sacarla.

—Eso es. Quiero oírte gemir, Em. Quiero que recuerdes cómo adoro tu cuerpo y cómo te follo hasta que supliques que me corra dentro de tu dulce coño. —Mi interior se contrae al oír sus sucias palabras. Tensa la mandíbula, se inclina hacia delante y me coloca las piernas sobre sus hombros. Me tiene completamente a su merced. Un festín expuesto ante él.

Ahogo un grito cuando se entierra en mi interior con una lentitud agónica. El calor de su pecho sobre el mío y el gemido que le brota del fondo de la garganta me hace empujar las caderas contra él. Cam se inclina y me da un beso profundo mientras me penetra con pasión. Pongo los ojos en blanco al oír el sonido de sus huevos chocando contra mi culo mientras me llena por completo.

—Joder, madre mía Cam, me estás rompiendo —susurro en su boca, y él devora mis palabras. Sonríe y ralentiza sus embestidas

mientras se incorpora. La presión en mi estómago crece cuando su mano baja hasta donde sigue dentro de mí.

—Solo has olvidado cómo se siente tenerme dentro. —Me besa y me succiona el labio inferior antes de alejarse un suspiro—. Pero me aseguraré de que lo recuerdes. —Su voz rezuma deseo.

Bajo la vista hacia donde su palma toca el bultito que tengo en la parte inferior del vientre, donde tengo su polla entera dentro de mí. Una descarga de placer me recorre las venas y me contraigo a su alrededor.

Él gruñe y empuja las caderas más rápido. Mis paredes internas se ajustan a su tamaño con cada embestida, y el placer me atraviesa entre gemidos ahogados.

—Eso es, cariño. Ya empiezas a recordar mi polla. —Se aparta un momento y me deja vacía mientras se coloca a mi espalda, aprieta el pecho contra mi columna y deja que su calor me recorra la piel.

Cam vuelve a meterme la polla despacio desde atrás, rodeándome el cuello con una mano mientras usa la otra para acariciarme una teta al tiempo que entra y sale de mí con lentitud. Puede que haya bajado el ritmo, pero la fricción y la fuerza con la que me penetra hasta el fondo me provoca un subidón natural. Enreda los dedos en mi pelo y me pasa la lengua por el lateral del cuello.

No sé si alguna vez habré emitido los sonidos que me está arrancando él. Cada gemido es desesperado y una súplica para que me la meta hasta el fondo.

Nunca había sido tan íntimo. En cierto sentido, la euforia que se siente cuando dos personas con daños irreparables se unen es preciosa. Ojalá supiera si ha hecho las paces con su reticencia a dejar que la gente se acerque a él. A que se preocupen por él. Me derrite el corazón que se permita tener este momento tan tierno y agradable conmigo.

Giro la cabeza y nuestros labios se encuentran. Saltan chispas. Los muros se derrumban. El instante ha pasado de tener una energía famélica y de necesidad a algo más tierno. Se le relajan todos los músculos del cuerpo y sus besos se rinden a un suspiro apasionado mientras me tiene en sus brazos.

—Te seguiré hasta el fin del mundo. Eres el único hogar que he

tenido nunca —murmura sobre mis labios.

—Y yo, si olvido, me enamoraré de ti una y otra vez. Siempre encontraré consuelo en tus ojos y amor en tu corazón.

Cameron entrecierra los ojos y alza las cejas en un gesto que traiciona su alma cargada de tristeza. Lleva tantos años viajando en busca de un lugar cálido en el que descansar como yo. Dos soldados diferentes, dos historias crueles, un único final.

Entierra los labios en mi cuello y me muerde hasta hacerme gemir. Sus embestidas son cada vez más rápidas y me aprieta contra él con una mano sobre mi abdomen bajo mientras me penetra cada vez más profundo y más fuerte.

La oscuridad se llena de alientos de placer y susurros de amor.

—Te voy a meter la polla en el coño hasta que no haya espacio entre nosotros. Hasta que seamos uno —gime sobre mi oreja mientras dibuja círculos en mi clítoris con el dedo, lo que me lleva al límite, y me deshago por completo entre sus brazos. Su pene palpita en mi interior, y él me agarra con fuerza para que no quede ni un centímetro de él fuera de mí.

Agito las caderas cuando me corro sobre su polla, temblando del puro placer que me consume por completo. Giro la cabeza y él me está esperando, nuestros labios chocan mientras se vacía en mi interior. Su grosor palpita y empuja su corrida caliente en mi cérvix.

Tras unos momentos de besos largos y voraces, por fin echa la cabeza hacia atrás y me observa como si me estuviera viendo con otros ojos. Permanecemos conectados mientras nos estudiamos el uno al otro, preguntándonos dónde podría echar raíces nuestro amor en un lugar tan cruel y despiadado como las Fuerzas Oscuras.

Capítulo 25

Emery

Los últimos mechones desiguales de pelo caen al suelo. Aprieto los labios y giro la cabeza hacia los dos lados para asegurarme de que he arreglado la peor parte. Al menos me llega a los hombros, pero es imposible que pueda trenzármelo como solía hacer siempre.

«Eres un imbécil, Reed». Vuelvo a dejar las tijeras en la cesta en la que las encontré y me paso cinco minutos más mirándome en el espejo antes de volver a la habitación.

Todavía no es por la mañana, o al menos eso creo. Es casi imposible saber qué hora es aquí abajo sin ventanas, pero siguen todos dormidos y en el pasillo se oye el rumor de sus ronquidos, así que doy por hecho que aún es muy temprano.

Incluso Cameron se durmió rápido después de habernos acostado y confesar palabras de amor entre susurros. Por alguna razón, a pesar de que estoy más que agotada, no pude dormir más de un par de horas. Aún estoy inquieta por todo lo que ha pasado.

Decido dar un rodeo para encontrar un reloj. Odio volver a dormirme si solo me quedan veinte minutos para tener que levantarme.

La luz de los pasillos es tenue. Los suelos de madera, con un patrón en espiga, se extienden por todo el sótano a excepción de los baños. Cuanto más me alejo de los ronquidos de mis compañeros de escuadrón, más espeluznante me parece este sitio a estas horas intempestivas. Los edificios viejos suelen producir ese efecto, ¿no?

Doblo otra esquina y veo que la luz de la sala de descanso está encendida. Supongo que será Erik quien esté dentro, o bien él solo o repasando datos con Mikah en su portátil, pero cuando cruzo el umbral, me llevo una sorpresa al ver a Espectro.

Mi instinto me dice que dé la vuelta y regrese a mi habitación

antes de que me vea, pero la curiosidad de saber qué hará aquí a esta hora me hace dudar. Al final decido que no es problema mío. Cuando me muevo para irme, Espectro me mira y se lleva el dedo índice a los labios.

«¿Que no haga ruido?». Planto las piernas en el suelo y lo estudio con detenimiento.

El Espectro que conocía era cruel y arrogante. Hacía ruido y le importaba una mierda lo que le pasase a nadie. Es un asesino a sangre fría y todo el mundo lo sabe, pero en cuanto lo vi en el helicóptero me di cuenta de que era como si le hubieran chupado el alma. Parece que alguien puso en su sitio al capullo que solía ser pura maldad.

Creo que no hay nada que pueda extinguir por completo lo mucho que lo desprecio, pero el destello de preocupación que le cruza la mirada hace que me detenga.

Me acerco a él en silencio hasta colocarme al otro lado de la mesa en la que está sentado. Durante un par de segundos no oigo nada, pero entonces me llega el sonido de unas voces apagadas.

Abro los ojos de par en par y miro a Espectro. «¿A quién está espiando?».

Espectro tiene el ceño fruncido y hace un gesto con la cabeza hacia el conducto de ventilación para indicar que las voces vienen de ahí.

Con cuidado, muevo una silla cerca del conducto y me subo para oír mejor. Le echaré la culpa al edificio del que escapamos justo antes de que volase por los aires de que sea incapaz de oír unos susurros tan bajitos.

Dos voces masculinas se cuelan por el metal y me hiela la sangre cuando me doy cuenta de que reconozco al menos una de ellas.

El general Nolan. ¿Qué hace aquí?

—¿Ha tomado Morphine la próxima dosis? —pregunta Nolan. Suena impaciente, el sonido sordo de unas botas caminando por el suelo de baldosa acompaña sus palabras—. Necesitará la siguiente en un par de semanas antes de que podamos probar el nuevo fármaco de corta duración. Ha resultado ser inútil a menos que ya se haya preparado al huésped con la serie principal.

—Sí. —La breve respuesta no basta para que distinga a quién pertenece la voz. Me muerdo el labio inferior. «¿La inyección negra? ¿La serie Z? ¿Quieren usarla conmigo?». Cameron la tiene ahora mismo en la habitación.

—Bien, ella y Mori serán vitales en la fase final. Dile al escuadrón que todos se ganarán el indulto tras esta última misión. —Su voz suena un poco mordaz. No lo entiendo, ganarse el indulto es algo bueno, ¿no?

El otro hombre se queda callado un buen rato. Siento como si pudiera verlo sopesar las palabras de Nolan.

—¿Estás seguro? Me he encariñado con ellos y, además, dos son nuevos.

«¿Teniente Erik?».

Me quedo atónita y se me seca la garganta. Bajo la vista hacia Espectro, cuyo semblante es serio. Él también debe de haberlo reconocido.

—En un principio, Mavestelli iba a llevar su producto a una playa en Dinamarca dentro de un mes. Sin embargo, debido al rescate de esta noche, ha cambiado la ubicación a algún lugar remoto de Italia. Tiene varios escondites allí. Aún no sé cuál habrá elegido, pero pronto tendremos los detalles. Quiero que Furia permanezca destacado aquí hasta entonces. No tiene sentido llevarlos de vuelta a la base. Haré que Riøt ocupe un búnker a cuatro kilómetros de distancia y permanecerán en espera hasta que termine la misión. La fase dos debe ir como la seda. El capitán Bridger llegará el día antes de la puesta en marcha para asegurarse de que se soluciona cualquier problema que pueda surgir. Se va a quedar con Riøt, pero prepárate por si acaso decide aparecer por aquí.

Espera, el escuadrón Riøt se dedica exclusivamente a cazar a los soldados que ya no necesitan, ¿no? ¿Por qué les ha ordenado venir aquí? A menos que…

«A menos que…».

Espectro se levanta de repente, captando mi atención. Se ha quedado pálido, pero su mirada parece estable. Inclina la cabeza hacia la puerta. Dejo la silla justo donde la encontré y apago la luz antes de seguirlo, como si nunca hubiéramos estado aquí.

Caminamos deprisa de regreso a la sala común hasta llegar al pasillo, solo nos detenemos al llegar a la habitación de Espectro.

Susurra en un tono que me trae horribles recuerdos del Descenso y él intentando matarme.

—Reúnete conmigo en el cobertizo que vimos cerca de la plataforma de aterrizaje mañana después del desayuno. Trae a Damian contigo.

El corazón me va a mil.

—¿Y Cameron?

Levanta una ceja.

—Mori. —Me corrijo a mí misma y uso su nombre en clave al recordar que nadie lo llama por su nombre real.

Espectro niega con la cabeza.

—No le digas nada. Aún no me fío de él.

Lo fulmino con la mirada.

—Y yo no me fío de ti.

—Has escuchado lo mismo que yo. No podemos hablar aquí, así que, si no quieres aparecer mañana, no lo hagas. Avisaré a Damian yo mismo. No vamos a esperar por ti. —Luego se da la vuelta y cierra la puerta sin hacer ruido.

Vuelvo a la habitación de Cameron y me meto bajo las sábanas, acurrucándome contra su espalda y cerrando los ojos por la calidez que emana. Una teoría oscura e inquietante empieza a tomar forma en mi cabeza y me roba el consuelo que encontré esta noche.



Todos parecen sorprendidos cuando Erik comparte la noticia de que no abandonaremos nuestra ubicación actual ya que: «los planes han cambiado». Bueno, se sorprenden todos menos Espectro y yo.

Capto el sutil cambio en sus ojos cuando me mira de reojo.

La expresión de Cameron es rígida mientras asimila la estrategia nueva que propone Erik.

—Según la información que tenemos, Mavestelli va a iniciar el próximo intercambio en solo un par de semanas. Es mejor que nos

quedemos aquí y reunamos todos los datos posibles hasta entonces. Nuestro objetivo es eliminar al rey del submundo, el mismo Mavestelli.

Se me dispara el pulso, pero mantengo la cara lo más neutra posible.

Aunque sea la semilla del diablo, sigue siendo mi padre.

Mikah alza la voz:

—Con el debido respeto, esta no es una ubicación lo bastante segura para los datos que contiene mi portátil, teniente. Supuse que solo pararíamos aquí una noche. —Hoy parece que tiene el pelo más alborotado, como si hace días que no descansa bien. No obstante, bajo su aspecto cansado se oculta un estrés y una preocupación latentes. Tiene los ojos inyectados en sangre y no deja de dar golpecitos en la mesa con el dedo índice.

Damian se revuelve incómodo en su silla y me mira como diciendo: «¿Qué coño está pasando?». Lo ignoro y finjo que no tengo ni idea.

—No te preocupes, Mikah, puesto que ya no necesitamos tus servicios, mañana a primera hora estarás en un avión. —Sus ojos ambarinos se posan en cada uno de nosotros—. Los demás convertiremos este lugar en nuestra base y nos aseguraremos de que la ubicación del intercambio no ha cambiado.

Thomas tiene los brazos cruzados sobre el pecho mientras mira a Gage, con un voluminoso surco en el entrecejo.

Al menos existe una preocupación colectiva ante el cambio.

Gage levanta la mano en un medio saludo.

—Teniente, ¿no tendría más sentido dejar que Malum se encargue de esta fase? Es más de su estilo, ¿no? Tenemos tres novatos y Mori y Morphine aún están heridos…

Erik estampa la mano contra la mesa y todos nos estremecemos.

—Malum está en otra misión en este momento, Gage. ¿Acaso intentas decirme que sabes más de estrategia que tus superiores?

Gage abre los ojos de par en par y sacude la cabeza con rapidez.

—No, señor. Por supuesto que no.

—Os podéis retirar. Familiarizados con la base y tomáoslo con calma —dice Erik con frialdad mientras sale de la habitación.

Hoy parece circunspecto, como si las noticias que le dio Nolan lo

hubiesen perturbado tanto como a mí. Hace que me pregunte si él está igual de atrapado aquí como nosotros y si solo sigue órdenes porque tiene que hacerlo. Aunque signifique perder a su propio equipo.

El escuadrón al completo permanece sentado mientras el pavor crece entre nosotros. Por fin miro a Espectro, cuyo rostro está tan pálido como ayer a la noche. No importa lo poco que confíe en él, no hay otra opción: tengo que reunirme con Damian y él en el cobertizo.

Pero todavía tengo pendiente el asunto de Reed y el papel que juega en todo esto. Cameron me debe una explicación.

Cuando todos los demás se levantan y se van, a excepción de Cameron y yo, me pongo de pie y cierro la puerta con el pestillo para que no nos interrumpan. Me aseguro de comprobar si hay algún conducto de ventilación que pueda transmitir nuestra charla y dejo escapar un suspiro de alivio al no encontrar ninguno.

Cameron tiene el pelo revuelto y la verdad es que parece más cansado que ayer a la noche. Me encantaría que pudiera descansar más, pero lo más seguro es que la falta de sueño esté provocada por todo lo que pasa en su mente. Sigue mirando la cicatriz que tengo en la sien con ojos molestos. Ojalá hubiera sabido que en las últimas semanas no sentía desprecio hacia mí, sino hacia él mismo.

Me vuelvo a sentar en la silla a su lado. Él me mira vacilante antes de buscar mi mano con la suya. Me toca con suavidad y delicadeza, a pesar de los callos que tiene. Cameron me consume con la mirada.

Es hora de poner las cartas sobre la mesa.

—La primera vez que se me paró el corazón fue cuando Nolan te metió a rastras en mi celda. La segunda, cuando permití que esa roca te golpease en la cabeza. —La voz de Cameron es lastimosa y sombría. Tengo que refrenarme para no acercarme a él y abrazarlo.

Él respira hondo y continúa:

—Vi a Reed por primera vez en una misión en Montana hace dos años. Nos observaba desde una ventana de la segunda planta de un granero al otro lado del campo de vacas. Apenas era visible entre las sombras, pero yo vi cómo nos observaba, cómo estudiaba a nuestro escuadrón. Lo que más me preocupaba era el hecho de que acababa

de presenciar cómo mataba a mi compañero, así que lo perseguí con la intención de dejar que su cadáver se pudriera en ese puto granero. Pero cuando entré a la construcción, no lo encontré por ninguna parte.

Aprieto los labios hasta formar una fina línea. «Conozco ese granero, hay un búnker bajo el heno». Me guardo la información. No necesita saber que la mansión Mavestelli estaba a solo diez minutos en coche de allí. ¿Qué hacía Reed allí fuera? ¿Cómo lo sabía? Me muerdo el labio mientras mi mente piensa a toda velocidad.

—Cuando me puse en marcha para reunirme con el escuadrón, empezó a sonar un móvil que habían dejado tirado en el suelo. Contesté y Reed se presentó. Dijo que llevaba tiempo estudiando las Fuerzas Oscuras y que quería proponerme un trato. —Cameron hace una pausa y se pasa una mano por la cara.

—¿Un trato? —repito.

Él asiente.

—Reed quería lo que me hacía insensible al dolor; quería las pastillas. Sabía que trabajaba para Mavestelli, él mismo me lo dijo, pero sin duda sabía mucho más de lo que dejó entrever. Sabía demasiado… acerca de todo.

Todo este lío es por las putas pastillas. Eso hace que me hierva la sangre. No me puedo creer que Cameron conozca a Reed desde hace dos años. Incluso aunque no trabajasen juntos de forma directa, el aire se enturbia de todas formas. Y lo que es peor, no me puedo creer que Reed haya estado tramando algo todo este tiempo.

La mirada de Cameron se suaviza mientras evalúa mi cara de preocupación.

—Decidí ignorarlo, pero antes de que pudiera soltar el teléfono y dejarlo en el pasado, Reed me prometió que algún día necesitaría sus servicios y que estaba tan metido en las Fuerzas Oscuras que me resultaría inevitable tener que llamarlo. No le contesté…, pero me quedé el móvil. No sé por qué lo guardé, algo en mi interior me dijo que lo hiciera. De vez en cuando me llamaba para preguntar si estaba listo para trabajar con él y yo siempre lo rechazaba. No tenía ni que pensarlo. Pero entonces apareciste tú.

Me pongo rígida en la silla y Cameron me ofrece una sonrisa de

culpabilidad.

—Apareciste tú y supe que Reed tenía razón. Que lo iba a necesitar de un modo u otro porque yo no sería capaz de protegerte. No podría siendo como soy… Así que la tarde que te encontré en el callejón…

—Así fue cómo te deshiciste de los cuerpos —susurro incrédula.

Cameron asiente.

—Lo llamé y él se ocupó de todo. Jamás había conocido a un hombre con tanto poder como él. Es taimado y malévolo. Estaba cerca, porque no tardó ni una hora en solucionarlo todo. Todavía no sé cuál es su papel en las Fuerzas Oscuras, pero no creo que sea bueno.

Aprieto los puños sobre las piernas. Sé muy bien lo astuto que es Reed, pero ¿cuál era el objetivo? ¿Reed es un soldado? ¿O quizá está en el sector de inteligencia con Mikah? Se me eriza la piel de los brazos. La verdad es que ni lo había pensado, pero es posible. Después de cumplir dieciocho se fue durante un par de años y apenas tuvo contacto conmigo ni con mi padre. Luego iba y venía. Supuse que habría ido a la universidad para aprender más oficios que beneficiaran al negocio, pero ahora lo dudo.

Reed siempre le tuvo el ojo echado al puesto más alto de la casa. Es tan ambicioso como apático.

—Me alegro de que no acudieras al teniente —digo en voz baja. Sé que no está al corriente de lo que escuché anoche, pero asiente de todas formas.

—Yo también, la verdad. He empezado a tener mis dudas sobre ellos. —Baja la voz hasta que es solo un susurro—. Creo que solo querían que desempeñases tu papel en las pruebas del Descenso para atraer a tu padre. Él quería a su asesina de vuelta, incluso alteró el rumbo de su espía para llegar a ti. Creo que dejó de importarles lo útil que pudieras ser en cuanto Greg cambió la misión de su espía y le ordenó que te sacase. Estaban listos para arrojarte a los lobos como si fueras las sobras de la comida. ¿Por qué si no te iban a asignar al escuadrón que sabían que iba a ir al escondite de Mavestelli? Creo que esto siempre ha sido su jugada final. Y que sobrevivieras o no tras las pruebas era solo un extra y otra forma

más de provocar que Greg tomase decisiones estúpidas.

Trago saliva, tengo la espalda empapada en sudor. ¿Cómo de retorcidos pueden llegar a ser los hombres que solo buscan poder? ¿Cómo puede importarles tan poco la gente que se ve atrapada en medio? Hasta mi propio padre solo me quería por mi habilidad de hacerle el trabajo sucio, pero dudo que sus razones fueran tan siniestras como esto.

Respiro hondo y cierro los ojos.

—Cameron, ayer a la noche escuché algo que tienes que saber. —Me muerdo las uñas por los nervios, preocupada por si puedo confiar en él de verdad. Pero todo lo que me está diciendo encaja con mi teoría; todo lleva a una horrible verdad.

Cameron frunce el ceño.

«Díselo, puedes confiar en Cameron», me aseguro a mí misma.

—¿Crees que alguna vez alguien se ganará el indulto para dejar las Fuerzas Oscuras? —Formulo la pregunta en un tono insinuante.

Veo cómo se mueven los engranajes de su cabeza.

—Ya me lo has preguntado —dice despacio con la mandíbula tensa.

—También se lo he preguntado a Mikah y su respuesta no fue buena —le confío.

—Nadie ha conseguido salir de momento. No sé yo si de verdad dejarán que alguien se vaya —dice, y sus palabras detienen el tiempo. Su mirada se vuelve distante mientras los pensamientos le dan vueltas en la cabeza. Su cicatriz se vuelve más prominente y se me empieza a formar un nudo en la garganta.

—Anoche escuché a Nolan y a Erik hablar. El sonido de sus voces llegaba a través de los conductos de ventilación de la cocina… Nolan le dijo que nos informase de que nos íbamos a ganar el indulto. No dijo abiertamente que nos iban a eliminar…, pero van a enviar al escuadrón Riøt aquí, por si acaso. —Los latidos de mi corazón son tan erráticos que no sé si mis susurros son lo bastante altos como para que me oiga.

Cameron se echa hacia atrás como si le hubieran dado un golpe, busca en mi cara cualquier cosa para negar la afirmación, pero no debe de haber encontrado nada, porque se levanta a toda velocidad, me agarra de la mano y tira de mí hasta ponerme de pie.

—Cam, ¿qué haces? —grito en un susurro.

Se detiene con la mano en la puerta, mira hacia atrás y habla rápido:

—No podemos quedarnos, tenemos que buscar la forma de salir de aquí. Nos han quitado los rastreadores, así que no podrán encontrarnos.

Jamás había visto a Cameron tan angustiado y agitado. Su pánico es palpable, lo que no me hace sentir mejor en absoluto acerca de la situación.

Lo miro con cara de preocupación.

—Tenemos que actuar con normalidad. Espectro también estaba ayer en la cocina y lo escuchó todo. Voy a reunirme con él en el cobertizo que está más allá de la zona de aterrizaje después del desayuno. Damian también va a venir. Podemos hablar con ellos y ver qué hacemos a partir de ahí, ¿vale? —Tomo su mano en la mía y él se las queda mirando. Su mirada está vacía, como si no fuera capaz de procesar lo que acabo de decirle.

Cameron me estudia un instante antes de inspirar hondo para calmarse y asentir.

—Vale.



Espectro reacciona tal y como esperaba cuando ve a Cameron entrar detrás de mí.

—¿Por qué hostias nunca haces caso? —Espectro alza las manos exasperado.

Damian parece asustado, así que supongo que Espectro ya lo ha puesto al día sobre lo que oímos ayer.

—Cálmate, imbécil, hace ya un tiempo que desconfía de ellos. Necesitamos a alguien como Mori si de verdad esperamos trazar un plan —replico desde el centro del viejo cobertizo con los brazos rodeándome el torso. No quiero tocar nada que haya aquí, la madera se está pudriendo y el techo tiene pinta de ir a caerse en cualquier momento. Esto es el paraíso de los hantavirus.

Cameron gruñe y le lanza cuchillos con la mirada a Espectro. Todo el mundo sabe que tenemos nuestras reservas con él. A ver, intentó matarme un par de veces. Entrecierro los ojos al recordar. Me preguntó qué le pasó a Arnold. ¿Lo meterían en un escuadrón? Aprieto los puños a los lados. Espero que ese hijo de puta no duerma por las noches después de lo que le hizo a Bree.

Damian se muerde la uña del pulgar nervioso.

—¿Estáis seguros de que no se referían a que nos iban a indultar en el sentido literal de la palabra? A lo mejor salimos todos de aquí. —La esperanza que hay en su voz resulta dolorosa. ¿De verdad cree que nos dejarán salir cuando prácticamente acabamos de superar las pruebas?

Lo miro con compasión.

—¿Y por qué iban a enviar aquí al escuadrón Riøt entonces? Furia es un equipo muy competente. No tiene sentido enviar al único escuadrón que da caza a otros soldados para ayudarnos. Y no mencionó nada de que fueran a ayudarnos. Dijo que estarían a la espera hasta que se completase la misión.

Espectro añade:

—A la espera para eliminarnos, quiere decir. —Un silencio incómodo llena el cobertizo mientras los cuatro asimilamos esas palabras.

—Pero no lo especificaron, ¿no? —pregunta Damian. Duele ver cómo le cuesta aceptar la verdad. A veces olvido lo reacia que puede ser la gente a ver lo que tiene delante de las narices. Si a Damian se le está haciendo cuesta arriba, no sé lo difícil que será convencer a Thomas y Gage.

Cameron bufa.

—¿Hace falta? Las pruebas son concluyentes. Llevo bastante tiempo en las Fuerzas Oscuras como para saber que no ves a un soldado Riøt a menos que venga a eliminarte a ti. —Suena distante e insensible. Lo observo y veo que tiene la mirada perdida por todo esto. Está sufriendo, pero hace lo que mejor se le da y entierra el dolor. El teniente era como un padre para él, así que esto ha debido de ser mucho peor.

Contengo el impulso de consolarlo delante de los demás.

—Vale, vale. Entonces, si lo que decís es cierto, ¿cuál es el puto plan? ¿Qué hacemos? —Damian nos mira a los tres. Cuando ninguno contesta, se tapa la cara con ambas manos y suelta un quejido.

—Tal y como lo veo, tenemos dos opciones: podemos intentar escapar, en cuyo caso lo más probable es que alguno de vuestros rastreadores exploten, o los dos; o podemos prepararnos para lo peor —dice Cam en tono serio. A nosotros ya nos han quitado los rastreadores, pero no pienso dejar que masacren a los demás, y estoy segura de que Cameron lo sabe. La mirada alentadora que me lanza lo confirma.

Espectro se mete las manos en los bolsillos y relaja los hombros.

—Define «lo peor».

Los tres miramos a Cameron. Reflexiona un rato antes de susurrar:

—Lo peor sería que completásemos la misión y que nos eliminen en ese mismo instante o que nos digan que nos hemos ganado el indulto y luego nos envenenen antes de poder subir a un avión de vuelta a la base principal.

—Hostia puta. —Damian se tapa la boca como si fuera a vomitar.

—Y vosotros pensando que yo era malvado —brama Espectro hacia mí en concreto.

Lo fulmino con la mirada.

—Y lo eres.

Él resopla.

—Solo intentaba sobrevivir en el Descenso. Igual que hago ahora y, adivina qué, canija, de no ser por mí, ahora mismo ninguno de nosotros estaría aquí. Así que de puto nada —me echa en cara.

Por mucho que lo odie, lleva razón. Me cruzo de brazos y exhalo con fuerza.

—Vale, ¿Y cómo nos preparamos para eso, Mori? —Damian nos ignora y continúa con el plan.

Cameron pasea por la habitación un par de veces antes de pararse y alzar la cabeza con una idea.

—Lo primero es deshacernos de los rastreadores sin que exploten. Tengo un contacto al que puedo llamar, creo que él sabrá como extraerlos de forma segura. —Mira hacia mí y, por mucho que odie pedirle ayuda a Reed cuando está claro que trama alguna locura,

asiento a regañadientes. No tenemos otra opción.

—Qué poco sospechoso parece —comenta Espectro tajante.

Damian le pega una colleja a Espectro.

—¿Quieres escapar o no? Cierra la boca y escucha. —Sonrío al ver cómo se tratan. Parece que Damian ya ha enterrado el hacha de guerra con él, aunque dudo que el gesto incluya también a Arnold.

—Intentaré contactar con él esta noche. Creo que tengo algo que quiere, así que la probabilidad de que nos ayude es alta. Cuando nos hayamos deshecho de los rastreadores, habrá que pensar en cómo proteger a Thomas y Gage si no están de acuerdo con nosotros. Puede que mi contacto también tenga una solución para eso.

Damian frunce el ceño.

—¿En serio piensas que no nos van a creer?

Cameron mira a mi amigo como si este fuera un niñito.

—Llevan en las fuerzas clandestinas más de dos años. No es fácil creer en algo más allá de lo que te han dicho siempre. Y sé que ambos están desesperados por ser libres.

Gage. Al menos tenemos que salvarlo a él. Creo que al final nos hará caso, aunque tengamos que atarlo y esconderlo en algún sitio cuando todo se vaya a la mierda. Sin embargo, no veo a Thomas accediendo a nada de esto. Ha echado raíces en las Fuerzas Oscuras y confía en ellos. Es evidente por cómo se comporta.

—¿Qué más podemos hacer? —pregunta Espectro impaciente.

—Pasar desapercibidos. Tendremos más posibilidades de sobrevivir si actuamos con normalidad; nos recuperaremos todo lo que podamos por la misión y les haremos creer que no tienes ni idea de lo que está pasando. Si Nolan, Bridger… o el teniente se quedan solos contigo en algún momento de la misión, os aconsejo que los matéis antes de que ellos os maten a vosotros. Dudo que envíen a Riøt antes de completar la misión, pero si veis a cualquier soldado con ropa táctica negra que no reconozcáis, cargáoslo.

Capítulo 26

Cameron

El sudor me cae por el cuello mientras intento fingir que volver a tomar las pastillas no me está provocando la puta peor reacción de mi vida gracias a Reed. Cómo no, el pico de malestar llega cuando estoy rodeado de gente. Me pican las venas del cuello, y noto que hay algo raro en el interior de los antebrazos, como si tuviera que rajarlos y organizar los músculos de nuevo. Me siento igual que cuando las empecé a tomar, como si no pudiera controlarme.

«Joder, no puedo perder la cabeza justo ahora».

—Vuelvo ahora —digo a mi escuadrón por encima del hombro. Están todos calentando para el entrenamiento y las maniobras de hoy. Emery y Gage son los únicos que se enteran de que me voy, y me alegro por la falta de interés general, porque ahora mismo mi cordura pende de un hilo.

Entro al baño de la planta baja y me echo agua en la cara mientras me sujeto al lavabo con una mano y me paso la otra por la mandíbula. Mi reflejo es la cáscara de un hombre, como siempre ha sido, pero ahora hay algo en la luz de mis ojos que antes no estaba ahí.

Esperanza.

«Emery». Pienso su nombre y me aferro al cosquilleo que noto en el pecho ahora que ha vuelto conmigo y que no la destrocé para siempre como creía haber hecho.

Dejo caer la cabeza e inspiro hondo.

—Mantén la compostura, joder —me susurro a mí mismo.

La dolorosa necesidad de matar que siento en la cabeza es irrefrenable. Pensé que era cosa del pasado cuando el picor desapareció tras lo que le hice a Emery…, pero ha vuelto a causa del respiro entre dosis.

Le pego un puñetazo al lavabo y sacudo la cabeza cuando un fuerte impulso se apodera de mí. Es como si unas garras se me hubiesen clavado en el cerebro, arañándolo e infectándolo y basta para hacer que un loco recupere la lucidez.

Pero no bastará para acabar conmigo.

A veces me ayuda morderme el labio, así que clavo los dientes en mi propia carne hasta que noto el sabor del hierro. No siento nada.

«Nada. Nada. Nada».

¿Y qué importa si mato a una persona? Supongo que no pasa nada si elimino a uno de los guardias locales. Están en el medio de la nada. Si alguien pregunta, dejaré caer que es un desertor.

Una persona.

Por una no pasa nada.

—¿Cam? —Su dulce voz me golpea y me hace volver a la realidad.

Mi cuerpo se tensa y, de repente, ya no estoy en el baño, sino detrás del hangar y persiguiendo a un guardia que está a casi cien metros de distancia, listo para hacer un barrido del perímetro, sin ser consciente de mi presencia.

«No. ¿Qué cojones?».

Me cuesta respirar mientras me doy la vuelta despacio y veo a Emery detrás de mí, mirándome como si hubiera visto un fantasma que creía haber desterrado.

Se queda pálida y da un paso atrás vacilante. Formo un puño con las manos, pero lo único que provoca el hecho de que retroceda es que me entren ganas de perseguirla.

Emery inspira una vez antes de reafirmarse en su decisión y alzar la barbilla para mirarme. Alzo una ceja, y una sonrisa cruel se extiende por mis labios.

«No quiero esto». Me clavo más los dientes en el interior del labio, hasta que la sangre empieza a gotearme por la barbilla.

—Lárgate de aquí —me obligo a decir.

—No voy a escapar de ti, Cam. Ya no. —Da un paso al frente y me desafía con su mirada intrépida.

Gruño mientras lucho contra el picor que me sube por la espalda y provoca que mis manos se levanten despacio hasta apoyarse en su cuello, listas para asfixiarla en un instante.

—Em, por favor —balbuceo su nombre mientras mis manos le aprietan la garganta. Estoy seguro de que mi rostro no refleja nada, ninguna de las emociones que me están partiendo el corazón en mil pedazos ahora mismo, y, aun así, noto cómo las lágrimas me caen por las mejillas.

«No me dejes volver a hacer esto».

Ella entrecierra los ojos con simpatía antes de levantar una mano. Por un momento, creo que me va a acariciar la mejilla, decirme algo entrañable o incluso darme una bofetada. Pero supera todo eso cuando me roza el labio inferior con dos dedos y luego me los mete en la boca.

Enarco las cejas por la sorpresa. «¿Qué cojones haces, Em?». Pero funciona, ya noto que la confusión y la intimidad de su gesto cambia las ansias por una energía diferente.

Emery dobla los dedos sobre mi dentadura inferior y empuja hacia abajo con fuerza. Se me escapa un grito ahogado cuando me pone de rodillas en un segundo.

Las piedritas del suelo se me pegan a las palmas de las manos y se me clavan en las rodillas, pero mi atención está puesta solo en ella. Nunca había sido tan tajante, y juro por lo más sagrado que ha provocado que toda la sangre fluya directa a mi polla.

Debe haber visto el movimiento de mi garganta al tragarme el entusiasmo ante lo que podría tener en mente para mí.

—Deja de intentar meterme miedo, Cameron. Ya no va a funcionar. —Habla en un tono oscuro que me produce escalofríos. Estudio su expresión seria y me doy cuenta de que a lo mejor lo que siempre he querido de la gente es que me tengan miedo. Ver esa mirada de desconfianza e incertidumbre. Sin el miedo, es casi como si la necesidad desapareciese por completo.

Emery me saca los dedos de la boca despacio y me aparta un par de mechones de pelo que me cayeron sobre la frente en mi instante de caos. Le doy un beso en la suave cara interna de su muñeca.

—¿Mejor? —murmura con delicadeza.

—Sí, todavía me estoy adaptando otra vez a las pastillas después de la pausa entre dosis. Debería volver a la normalidad en un día o dos. No es ni la mitad de malo de lo que solía ser —le prometo.

—Bien, entonces me mantendré cerca de ti. —Emery me da un empujoncito juguetón.

No me merezco a esta increíble mujer.

Asiento sobre su mano y le doy un mordisco en el pulgar. Se le dibuja una sonrisa traviesa en los labios cuando baja la mirada y ve que estoy empalmado.

—Creo que aquí hay alguien al que le gusta que lo dominen —dice en esa voz autoritaria que no sabía que me gustara tanto. Noto que me palpita la polla, y tengo que reprimir un gemido.

—No provoques a lo que no puedes domar, cariño —susurro. Mi voz suena jadeante, y eso hace que un destello de placer le cruce la mirada.

—¿Crees que no soy capaz de domar a una bestia como tú? —Gira la cabeza hacia mí y empieza a alejarse. Yo me pongo de pie para perseguirla.

Emery mira hacia atrás por encima del hombro, sus ojos me atraviesan y hacen que se me acelere el pulso. Alza una mano a la altura de la cara y hace un sugerente gesto con el dedo índice para que la persiga.

Trago saliva como si nada mientras me palpita la polla por las ganas que tengo de estar dentro de ella.

«Joder, seguro que no tiene ni idea de lo que provoca en mí».

Me guiña el ojo antes de echar a correr hacia los abedules plateados que rodean el campo y forman un círculo que cerca el hangar. Sonrío y me lamo los labios mientras salgo tras ella. Su pelo corto baila con el viento a su espalda, y deja escapar la risita más mona que he oído jamás cuando empiezo a acercarme.

Solo ella es capaz de hacer que olvide todo lo que está hecho una puta mierda en mi vida. Solo ella es capaz de hacer que mi sonrisa duela como lo hace. Nunca me había reído como lo hago con ella. Nunca había respirado tanta paz.

Eso es lo nuestro, ¿no? Ella y yo nos crecemos ante las adversidades. Como prímulas que florecen en pleno invierno, cuando nunca hemos sentido el calor del sol, y obligándonos a centrarnos en lo poco que tenemos: el uno al otro.

Las ramas se rompen y nos golpean sin descanso cuando

chocamos contra el espeso monte. Por fin la atrapo al agarrarla de la muñeca. Deja escapar un chillido agudo, y se ríe cuando mi pecho choca contra su espalda y los dos caemos al suelo.

El aire se calma, las hojas dejan de moverse y el aroma a abedul nos consume. Ambos estamos llenos de cortecitos, aunque los uniformes se han llevado la peor parte.

Nos doy la vuelta para que Emery quede sobre mi pecho. El pelo le cuelga alrededor de mi cara y crea una especie de halo que enmarca su expresión inocente mientras me mira fijamente. Mi respiración se vuelve más lenta mientras la observo, fascinado y anonadado por lo mucho que significa para mí cada segundo que paso con ella.

—El bosque huele a ti —murmura mientras acerca sus labios a los míos y los roza con suavidad en un casi beso.

Curvo las comisuras de los labios mientras intento, intentando no inclinarme hacia ella y robarle un beso.

—No hay aroma en el mundo que se compare al tuyo. —Sus ojos brillan con los colores de un atardecer en llamas, solo su sonrisa sería capaz de hundir imperios.

Emery separa los labios para decir algo, pero cierro la distancia entre nosotros. Nuestros corazones se conectan cuando mis labios se encuentran con los suyos.

—Gracias por salvarme —susurro.

Ella apoya la frente en la mía y me roza la nariz con la suya.

—Alguien tiene que hacerlo. —Sonrío, y ella me la borra con un beso, para después aumentar la intensidad al meterme la lengua en la boca, con lo que me arranca un gemido grave desde el fondo del pecho.

Se mantiene erguida con los codos apoyados en el suelo, pero la quiero encima de mí, así que le empujo las manos hasta que cae sobre mí y su pecho choca contra el mío y nuestras piernas se enredan. El aire frío hace que nuestra respiración acalorada baile mientras nuestros besos se vuelven intensos y ansiosos.

—Sé que ya lo he dicho un millón de veces, pero te he echado mucho de menos —susurro sobre sus labios mientras echo la cabeza hacia atrás cuando empieza a restregarse contra mi polla. La ropa que llevamos puesta ofrece poca resistencia.

Me mete las manos bajo la camiseta y explora hasta el último surco de mis músculos, cada contracción y cada elevación. Sus movimientos me provocan un escalofrío y hacen que la polla me palpite ansiosa de nuevo.

—Todavía tienes que compensarme por muchas cosas, querido —me provoca, alzándose sobre las rodillas, y me desabrocha los pantalones. Me los baja hasta la mitad de los muslos antes de sacarme la polla y tragar saliva cuando se da cuenta de todo el líquido preseminal que he derramado ya.

—Dime lo que quieres y será tuyo —digo casi gruñendo porque me la ha agarrado y ha empezado a acariciármela—. Joder. —Clavo los dedos en la tierra para intentar no agarrarla por las caderas, arrancarle los pantalones y follármela a lo bestia.

Emery me suelta y se quita los pantalones en un rápido movimiento, solo se para a mirar un segundo a su alrededor para asegurarse de que no haya nadie. Dudo que a mí me importase que incluso estuvieran todos mirando. Nada va a poner fin a este momento.

Se coloca sobre mí, pero se mantiene suspendida de forma que solo la punta le besa el coño. Gimo de nuevo y me agarro la polla, que no deja de gotear, para frotarla contra su humedad y esparcírsela por todo el coño. Se le corta la respiración y suelta un dulce jadeo cuando me restriego contra el clítoris varias veces.

Sus ojos rebosantes de lujuria se funden con los míos.

—Dime lo que quieres hacerme con todo detalle. —Em tiene una sonrisa entrañable en la cara, pero yo ya no estoy para provocaciones tiernas. Mis caderas amenazan con empujar contra ella, y necesito toda la fuerza de voluntad del mundo para mantenerlas quietas.

—¿Crees que soy tímido? Qué mona. —Mi voz suena grave. Peligrosa.

Le paso un brazo por la espalda baja y me siento. Ella toma aire con fuerza cuando la deslizo sobre mi regazo y mi polla gruesa queda atrapada entre nuestros abdómenes. Tiene el coño empapado y casi noto cómo le vibran los labios al abrazar mi longitud. Sonrío porque sé que ella tiene tantas ganas de que se la meta como yo,

pero soy un hombre paciente.

—Em, quiero darte mordiscos en todos los rincones de tu piel hasta que no quede ni un solo centímetro sin las marcas de mis dientes. Quiero sentarte sobre mi polla y follarte hasta dejarte sin sentido y que supliques que me corra dentro de ti. Quiero que tú te corras tan fuerte encima de mí y notar cómo te contraes para asegurarme de que sabes que nadie te hará sentir lo mismo que yo jamás. —La acerco más a mi pecho y entrecierro los ojos para perforarle el alma —. Te quiero, para siempre.

Las comisuras de sus labios se curvan, sorprendidas por las últimas palabras.

—Todo eso suena muy bien, sobre todo la última parte. —Se inclina y aprieta sus labios contra los míos mientras se yergue sobre mí. La ayudo guiando el glande hacia su entrada y ella se desliza hacia abajo poco a poco, gimiendo y suspirando en mi boca hasta tenerme por completo dentro de ella.

Coloco las manos sobre sus caderas, y le clavo los dientes en el cuello mientras sus paredes me aprietan el pene y suelto un gemido.

—Si sigues estrujándome así voy a tener que follarte duro, cariño.

Ella suelta una risita y noto las vibraciones en todo el cuerpo.

—A lo mejor quiero que me folles duro —susurra contra mi oreja, y eso supone mi perdición.

Le muerdo el hombro tal y como prometí. Ella empieza a mover las caderas sobre mí de inmediato. Los sonidos que hacemos se enredan entre nosotros y se pierden en algún punto del bosque.

Le beso el cuello y sus dulces labios mientras dejo que haga lo que quiera conmigo hasta que empieza a moverse más despacio por el cansancio y me sonríe con sorna.

—Ay, si quieres que te ayude vas a tener que suplicar —digo en voz grave mientras le clavo los dedos en el culo, listo para metérsela como quiero de verdad.

Emery frunce el ceño y hace un puchero con el labio inferior.

—Por favor, Cam. Quiero…

La levanto sin esfuerzo sujetándola bien fuerte por la cintura y la vuelvo a bajar sobre mi polla antes siquiera de que termine de suplicar. Entreabre los labios y de ellos escapa un grito ahogado. Se

lleva las manos a la boca muerta de la vergüenza, pero en su cara solo hay placer y los gemidos que mantiene ocultos mientras la penetro sin piedad. Casi no pesa nada, joder, es muy pequeña en comparación conmigo.

—Dios mío, Cameron. —Respira de forma entrecortada. Me clava las uñas en el cuello, y la presión es una puta maravilla.

—Lo único que hizo Dios por mí fue darme una polla enorme —rujo mientras sigo moviendo las caderas para penetrarla cada vez más rápido y más fuerte hasta que se deshace sobre mí. Emery se corre, y se queda tan quieta que temo haberle hecho daño, pero su rostro es la imagen de la euforia.

Cabalgo la ola con ella, y solo tengo que dar un par de embestidas más antes de apretar los dientes y empujarla hacia abajo sobre mi polla y apretarla lo máximo posible contra mí. Ella grita, me echa los brazos sobre los hombros y tiembla mientras me vacío en su interior.

Emery gime con suavidad cada vez que la polla me palpita y se agita contra su cérvix.

—Joder, toma toda mi corrida, Emery. Tómala toda y no derrames ni una gota —murmuro sobre su hombro mientras le doy besos.

Ella asiente embriagada y se echa hacia atrás para besarme con intensidad. Luego susurra:

—Sé que es tarde para sacar el tema, pero no estoy tomando ningún anticonceptivo. —Se le nota la preocupación en la voz.

Le coloco el pelo detrás de la oreja y la miro a esos ojos ambarinos.

—No creo que pueda tener hijos, Em. Una de las drogas de la fase inicial que probaron conmigo hace años tenía altas probabilidades de causar infertilidad. —Sueno más vulnerable de lo que esperaba. Lo digo para tranquilizarla, pero también por si acaso conseguimos salir de aquí algún día. ¿Y si conseguimos escapar? ¿Quiere tener hijos?

No tengo ni idea.

Lo único que conozco es la oscuridad.

Emery se queda quieta y me recorre el rostro con la mirada. Me pregunto si ve el monstruo o si me ve a mí. Una ligera sonrisa se le dibuja en los labios, y me toca con suavidad la mejilla con la palma de la mano.

Cierro los ojos y me apoyo en ella.

«¿Por qué me han negado el amor durante toda mi vida, hasta ahora?», quiero decir. Duele, y no sé cómo aceptar las muestras de cariño. Duele saber que rechacé esto durante tanto tiempo por culpa de la mierda de infancia que tuve.

La sonrisa de Emery basta para calmar los demonios que buscan meterse dentro de mi cabeza.

Emery me da un beso en la frente.

—Tú eres lo único que necesito. Lo demás no importa.

—Te quiero con locura. —La beso.

Y la beso un poco más.

Y la sigo besando hasta que me vuelvo a empalmar otra vez dentro de ella.

—¡Cameron! —Ella se ríe, y ese sonido tan adorable será mi ruina.

Capítulo 27

Emery

Mikah se pasa toda la tarde nerviosa. Me parece extraño porque ella es la única que va a volver al cuartel general. Cameron me observa desde el otro lado de la sala común mientras me siento a su lado en el sofá. Nuestras miradas se encuentran, y una sonrisa juguetona se extiende por sus labios. Me pongo coloradísima por lo que hicimos en el bosque. Dos veces.

Antes de que se me vuelva a acelerar el pulso con esos pensamientos, me vuelvo a centrar en Mikah. Supuse que sería útil conseguir toda la información posible antes de que se vaya por la mañana.

—Ah. —Se sobresalta—. Hola, Emery.

Subo las piernas al sofá y las rodeo con los brazos.

—Hola, Mikah. ¿Va todo bien? Parece que llevas todo el día nerviosa —digo en voz baja para que nadie nos escuche.

Esboza la más ligera de las sonrisas y sacude la cabeza.

—Estoy bien, preparándome para el viaje de vuelta a la base de mañana. —Se le quiebra la voz al final de la frase. No deja de mirar al suelo y tiene los labios agrietados.

«Qué poco convincente ha sonado».

Me arrimo más a ella.

—Si pasase algo me lo dirías, ¿verdad? —digo casi rogándole. Si supiera que vamos todos a morir nos lo diría, ¿no? Mikah clava la mirada hacia donde Erik habla con Thomas y Gage.

Se asegura de que esté inmerso en la conversación antes de volver a mirarme. Se le mueve la garganta un par de veces mientras piensa en lo que va a decir.

—He descubierto unos mensajes alarmantes en el receptor del teniente Belerik —Casi había olvidado que su verdadero apellido es

Belerik y no Erik, así que tardo un segundo en encajar las piezas en mi cabeza.

—¿Qué decían? —susurro mirándome las uñas e intentando pulir algunos arañazos con el dedo para no llamar la atención.

—Eran una especie de frases en código. Eso fue lo que me llamó la atención al principio, pero, cuanto más leía, más empecé a preocuparme… —Finge un bostezo cuando Erik mira hacia nosotras, pero parece pensar que estamos manteniendo una conversación inocente y vuelve a centrarse en Thomas, que sigue hablando sobre algo—. No creo que mañana vaya a aterrizar en Coronado, Emery —dice con una expresión torcida que creo que solo puede ser miedo.

Se me revuelve el estómago.

—¿Por qué piensas eso? Si alguien debería estar a salvo, esa eres tú. —Me mira confundida, así que se lo explico—: Tengo razones para creer que van a eliminar al escuadrón Furia al completo en cuanto completemos la siguiente fase de la misión.

Me contempla antes de levantarme y soltar una risilla, después me agarra de la mano y dice:

—Vale, venga, vamos a buscarte un peinado nuevo. Gracias por confiar en mí, Emery. —Enseguida caigo en lo que hace y esbozo una sonrisa de Óscar y asiento.

—Gracias, Mikah. —Finjo que nos lo estamos pasando en grande. Todos los chicos se lo tragan, menos Cameron, que nos sigue con la mirada por toda la habitación. Erik ni siquiera pestañea.

En cuanto entramos al baño, Mikah cierra la puerta y saca un móvil de tapa viejo. Me quedo pasmada. No sabía que le permitieran tener uno. Así que o igual se lo robó a un oficial en algún momento o lo ha mantenido en secreto hasta ahora. Supongo que cabe la posibilidad de que la división informática pueda tener cosas que no les permiten a los soldados, pero no parece que un teléfono desechable entre en esa categoría. «¿Quién se lo habrá dado?».

Habla rápido y en voz baja. Su actitud ha cambiado por completo y me está poniendo nerviosa.

—¿Te acuerdas de cuando me preguntaste por los indultos en nuestra primera misión? No dije nada porque no podía. En realidad, ahora tampoco puedo, pero si pasa lo que creo que va a pasar,

entonces ya no queda nada que perder. —Mikah camina hacia la ducha y abre el grifo.

Lo más seguro es que tengamos diez minutos antes de que alguien venga a echarnos un ojo.

—Nadie se ha ganado jamás el indulto porque es una farsa. Una mentira. Algo que les dicen a los soldados para manteneros motivados porque de verdad pensáis que algún día podréis salir de aquí. Que os libraréis del corredor de la muerte y que todo se solucionará si servís a las Fuerzas Oscuras. Bueno, pues es mentira. La verdad es que nadie saldrá nunca. O bien demuestras tu lealtad y asciendes a oficial o… —Mikah traga saliva y se queda pálida—. Os dirán que os habéis ganado el indulto y os ejecutarán poco después.

Me tambaleo un poco y me agarro al lavabo. «Joder, lo sabía». Aun así, me sienta como una patada en el estómago.

—¿Qué le dicen a los otros escuadrones cuando no regresamos? ¿Por qué hay tantos soldados que se lo creen? —pregunto, desesperada.

Mikah respira de forma entrecortada.

—Les dicen que el escuadrón murió en una misión. Vi la orden aceptada en el archivo interno del capitán Bridger. Ya lo ha puesto todo en marcha. Hasta ha creado ya el certificado de defunción del escuadrón Furia.

Noto que tengo la garganta seca y que me queman los ojos.

—¿Por qué? —Es todo lo que consigo decir.

Ella sacude la cabeza con tristeza.

—Porque el escuadrón Furia lleva demasiado tiempo en activo y es hora de sacarlo de circulación. Van a reemplazar a Furia con un equipo nuevo: Hades. Seleccionarán a un puñado de soldados del Descenso y el ciclo continuará eternamente. Apoyándose siempre en la idea de que tu equipo puede ser el primero en ganarse el indulto para motivarlos.

Aprieto los dientes. El dolor da paso a la ira.

Esto tiene que acabar.

No tengo palabras, lo único que me corre por las venas son sentimientos crudos y destructivos. Nos tratan como a ratas de laboratorio; para ellos somos menos que eso.

Mikah parece entenderlo. Tira de mí para darme un abrazo rápido. Cuando nos separamos, coloca me coloca el móvil en la palma y lo mantiene sujeto desde abajo para mantenerme la mano firme.

—Quédatelo. Es imposible de rastrear. Desde aquí podrás ver a cualquier miembro de un escuadrón de las Fuerzas Oscuras que tenga un rastreador. Hay un par de soldados que no llevan, pero ¿ves esto? —Señala hacia un puntito que parpadea en color violeta en la pantalla. Yo asiento—. Ese es el mío. El violeta es para los *hackers*, el rojo para los soldados y el azul para agentes encubiertos.

Me quedo de piedra.

—¿Agentes encubiertos?

—Sí, algunos oficiales viven una vida normal en sociedad. Tienen sus vidas y dejan todo al instante si es necesario. Son soldados solitarios, la mayoría trabajan de guardaespaldas o policías para poder llevar un arma siempre con ellos.

Reduzco el *zoom* del mapa y siento que me late más rápido el corazón al ver la cantidad de agentes encubiertos que hay desplegados solo en Europa. Ahí es a donde envían a los soldados con una talento como el mío y que trabajan mejor en solitario. Eso hace que me pregunte si me habrían asignado un papel encubierto de no haber sido por Cameron y mi padre. Claro que entonces nunca me habría convertido en una asesina; estaría comiendo cruasanes y creando arte en mi galería.

Mikah lo cierra y me lo mete en el bolsillo.

—Si ves que mi punto se apaga mañana de camino a Coronado, entonces me habrán eliminado y, si eso pasa, tienes que enviarle un mensaje a Jayce. Es mi contacto directo y tienes que informarlo de inmediato, ¿entendido?

Me tiemblan las manos, así que las cierro en un puño.

—Jayce… ¿Y él qué va a hacer? Mikah, si ya estás preocupada, ¿por qué no te vas esta noche? Podemos ayudarte…

Me interrumpe bruscamente.

—No, tengo que ir. Si intento algo, a vosotros se os dará por perdidos, sospecharán que el escuadrón ha tenido acceso a información a la que no debería tenerlo. Nolan enviará a Riøt de inmediato y no tendréis ni una oportunidad de escapar. Tengo que

hacerlo. Tú avisa a Jayce y prepárate para intentar escapar de las mejores fuerzas de élite del país. El escuadrón Furia está tan loco que puede que lo consigáis. —Mikah se ríe con tristeza.

Reprimo las ganas que tengo de discutir con ella y de volver a preguntar qué papel desempeña el tal Jayce en todo esto. La intensidad de su mirada me dice que no va a cambiar de opinión.

—Estaré atenta —me conformo con farfullar. Mikah me toma las manos y me las estrecha.

—Gracias. —Sonríe, y parpadea para secar las lágrimas antes de aclararse la garganta y cerrar el grifo de la ducha—. Vale, vamos con tu pelo.

Intento disfrutar del tiempo que he pasado conociendo a Mikah. Me hace una trenza en cada lado que me rodea la cabeza y esconde las puntas dentro de la propia trenza, así que parece una corona.

—Me encanta. —Me sorprende que haya sido capaz de hacer que me vea más o menos como antes. Me dio pena perder las trenzas, pero fue un sacrificio pequeño. Me pongo recta mientras observo mi reflejo. Sin duda ha conseguido que parezca que llevo una corona.

—Tú eres nuestra dosis letal de morfina rosa. Acaba con todos, ¿vale? Prométemelo, por todos nosotros. —Me pone las manos sobre los hombros y su reflejo asiente con decisión. La fe y la esperanza brillan en su mirada. Ya no hay miedo en sus ojos, y supongo que eso debería bastar para consolarme.

Sin embargo, no dejo de pensar en ella mientras miro al techo fijamente en la cama hasta bien entrada la noche.

Pienso en ella mientras sube al avión de transporte a la mañana siguiente. Le devuelvo la despedida con la mano, y me fuerzo a fingir una sonrisa que no revele el miedo que tengo a lo que pueda pasar.

Contemplo como el punto dorado llega a la punta de Alaska, a donde casi se junta con Rusia.

Y luego veo como el punto se apaga.

Cameron me abraza, enredados en la cama bajo las sábanas, y me susurra palabras tiernas mientras derramo lágrimas por ella.

Me obligo a sacar el teléfono y busco el contacto de Jayce para enviarle un mensaje, tal y como prometí que haría.

Yo: La luz de Mikah se ha apagado.

Capítulo 28

Emery

El teléfono de Mikah me pesa en el bolsillo del pecho durante los siguientes dos días tras su muerte. Jayce nunca respondió al mensaje, pero el icono que apareció al lado indica que sí lo leyó. No saber qué significa nada de esto me tiene intranquila.

—Joder, Emery, pareces muy cansada —dice Gage mientras ralentiza el paso para trotar al mismo ritmo que Cam y yo mientras damos la vuelta al recinto vallado del hangar. Es un circuito de un kilómetro y medio, más o menos, así que Erik nos obliga a dar cuatro vueltas. Mantenerse en una excelente forma física es vital, sobre todo si quiero estar lista para lo que sea que haya planeado Erik para derrocar a mi padre.

—Gracias, imbécil. —Le lanzo una sonrisa sarcástica. Gage se ríe y Cameron lo fulmina con la mirada.

—Vete a tomar por culo. —Cam le da un empujón y Gage acelera el paso para alcanzar a Damian. Espectro y Thomas van charlando más adelante—. ¿Estás bien? —Cameron me mira, y se me calientan las mejillas por la atención que me presta.

Sé que está preocupado por mí tras mi reacción a la muerte de Mikah. He estado disociando mucho más tiempo que llorando, básicamente mirando al suelo fijamente durante un montón de tiempo y desconectándome del mundo a menudo. Las noches de sueño agitado y la desgarradora angustia sobre qué nos va a pasar a los demás me está pasando factura. Quiero decir, si pueden deshacerse de una *hacker* como ella con tal facilidad, entonces es que nosotros somos menos que nada.

—Sí, estoy bien —miento y le sonrío.

—Recuérdame cuál era tu té favorito. —Cambia de tema. Lo miro entrecerrando los ojos porque es una pregunta de lo más aleatoria.

—Creo que nunca habíamos hablado de eso. Es el de jengibre con saúco. —Sonrío al ver la mala cara que me pone. Tiene varios mechones de pelo pálido pegados a la frente por el sudor. Joder, está guapísimo con una sonrisita de satisfacción en los labios y sudando. Bajo la mirada hasta sus anchos hombros. Incluso baja la ajustada camiseta negra de manga larga se le nota hasta el último de sus fibrosos músculos.

Vuelve a estar estable. Bueno, al menos más estable que el día que lo pillé casi matando a un guardia.

—Ya, debí haber imaginado que te gustaba el saúco. ¿Y el Earl Grey? —Su tono es ligero y gracioso, y hace que me cosquillee el pecho.

—¿A quién no le gusta el Earl Grey?

Hace un sonido pensativo.

—Tendré que recordar tus preferencias en lo que a té se refiere.

Espero que diga algo más, pero cuando pasan unos instantes y no lo hace, lo presiono.

—¿Para qué?

Cameron esboza esa sonrisa perezosa de la que tanto me he enamorado.

—Para cuando seamos libres —dice en voz baja. La esperanza se me dispara en el corazón al oírlo. Y luego la culpa por todos los que no han tenido la oportunidad de ser libres hasta ahora. Mikah. Bree. Kayden.

Me pregunto dónde descansará cada uno de ellos.



La sala de guerra está hecha entera de ladrillo y situada en la planta principal del edificio. Tres ventanas con armazón de acero negro de tres metros de alto permiten que entren los rayos de sol de la tarde, y hacen que el tema a tratar sea bastante menos aciago.

El teniente Erik está de pie en el frente de la sala, delante de una pizarra y con un rotulador. Me recuerda a Cameron cuando intentó hacer que la fase uno de la misión me entrase en la cabeza. «Seguro

que aún le hierve la sangre porque decidí tomar cartas en el asunto en el escondite de la Gran Cuenca». Le echo un ojo y él me devuelve una mirada de complicidad que dice: «Ni se te ocurra».

Sonrío para mis adentros y me vuelvo a centrar en las fotos que pega Erik.

Se me cae el alma a los pies cuando reconozco la ubicación objetivo al instante.

«Finis».

Es una ciudad abandonada en el sur de Italia que cuenta con una arquitectura similar a la de Craco, pero está mucho más al interior, en las montañas deshabitadas. Oculta y olvidada por el mundo. Nunca supe cuál era su nombre de verdad, mi padre siempre la llamó Finis, que en latín significa «el fin». Dijo que algún día necesitaría una ubicación para la caída de su imperio. Un lugar en donde las tornas pudieran cambiar a su favor. Un lugar que fuera fácil de proteger porque la gran altura y lo aislado que está proporciona una ventaja.

Erik nos muestra imágenes aéreas de uno de nuestros drones para confirmar que los hombres de mi padre, y seguramente él también, están en Finis. Los edificios son de piedra y llevan mucho tiempo en decadencia. Las ventanas se rompieron hace mucho por culpa de las tormentas, y la vegetación se extiende por las paredes como si la tierra quisiese recuperar los recursos que un día prestó.

El hecho de que nada permanezca para siempre me parece bonito. Todo debe regresar a la tierra en algún momento. El tiempo no se detiene por nada.

Creo que sabía que era inevitable que su reino llegase a su fin y por eso lo escogió.

Si tuviera que hacer una suposición, diría que eso es lo mismo que busca Reed. Igual que Belerik.

El imperio Mavestelli.

Y yo con gusto se lo entregaría a Reed. Sería capaz de dirigir toda la operación con los ojos cerrados y preferiría que se lo quedase él antes que mi tío, con el que no tengo mucha relación y al que el escuadrón y yo le importamos una mierda. Está claro que los hombres de mi padre respetan a Reed más que a nadie, incluido el

propio Greg. Lo más seguro es que Reed haya hecho que la mitad de los que le eran leales se vuelvan en contra de mi padre.

Todo es un juego para Reed; tarde o temprano se cansará de tanta excentricidad. Pronto, la adrenalina de tomar imperios ya no lo estimulará, le pasa con todo en la vida. Si siempre estás persiguiendo un objetivo, nunca alcanzarás la felicidad.

Erik usa la batuta que estaba colocada en la esquina sobre la pared y golpea la primera imagen con ella. Es la foto de un edificio en concreto visto desde arriba, el segundo tejado más grande.

—Aquí es donde creemos que están. Lo más seguro es que Greg Mavestelli esté en el sótano de este edificio, pero no vamos a descartar nada. El objetivo principal será eliminar al objetivo y traer vivos a los guardias que sobrevivan. Si se niegan a rendirse, entonces los ejecutaremos en el momento —declara Erik en un tono grave que me da escalofríos.

Gage se cruza de brazos, incómodo al oírlo.

Damian levanta la mano, pero el teniente lo ignora como si nada.

—Hemos confirmado que Finis es una ciudad abandonada, muy parecida a Craco. Los edificios son del mismo estilo y están construidos con los mismos materiales. Tenemos suerte de que no haya que preocuparse por los civiles, pero esperamos que el enemigo esté bien armado y protegido. —Hace una pausa y le quita el tapón al rotulador para escribir en la pizarra—. Y por eso ejecutaremos un salto HALO para entrar en la ciudad.

A todos se nos escapa una exhalación.

Los saltos HALO son extremadamente peligrosos y requieren mucha práctica. La altitud del avión es mayor de lo normal para evitar que lo detecten, y después saltamos en caída libre hasta llegar por debajo de los novecientos metros por el mismo motivo. Que un equipo sin experiencia haga ese salto, supongo que de noche y en un terreno desconocido, es un suicidio.

Cameron se inclina a mi lado sobre la mesa y se apoya sobre los dedos entrelazados en un intento de ocultar su semblante preocupado.

—Señor… —dice Thomas con brusquedad antes de que lo interrumpan.

—No hay otra forma de entrar. Si tenéis algún problema, venid a hablar conmigo y os buscaré un reemplazo para mañana —espeta Erik, lo que hace que Thomas se quede con una mirada de disgusto en la cara.

Por mucho que odie admitirlo, Erik lleva razón en eso: no hay otra forma de entrar en la ciudad abandonada.

Erik desvía su atención hacia Espectro.

—Herc, eres el más fuerte y pesado, así que entrarás con una ametralladora. Quiero que acribilles a todo aquello que se mueva y no sean tus compañeros de escuadrón. Tenemos autorización de Bridger para considerar hostil a todo el que esté allí y no mantendremos a nadie con vida hasta que Mavestelli esté muerto. —El teniente camina alrededor de la mesa mientras nos habla. Yo mantengo la vista fija en la pizarra para estudiar los tejados.

—Entendido, teniente —farfulla Espectro mientras mantiene los brazos cruzados. Pongo los ojos en blanco al haber oído su nombre en clave: Herc, hipocorístico de Hércules, y él es cualquier cosa menos un héroe. Aunque he de admitir que sí que es superfuerte.

—Red Turtle, tú entrarás con el MK-17 y cubrirás a Volt. Se le da muy bien encontrar a la gente rápido, así que permaneceréis en silencio todo el tiempo que podáis mientras buscáis a Mavestelli. Disparad solo si os atacan.

Gage le da una palmadita a Damian en el hombro.

—Lo encontraremos rápido, a ver si así podemos traer algún superviviente de vuelta a la base —dice Gage en serio. Intento no fruncir los labios. No sabe que no vamos a volver. Pero dudo que perdonen a los guardias. En el improbable caso de que sobreviva alguno, los enviarán a las pruebas del Descenso. Las únicas personas a las que Erik le interesa mantener cerca serán los ejecutivos de nivel superior como Reed.

Damian refunfuña:

—Sigo sin estar de acuerdo con el nombre que me han asignado.

Gage se reclina en la silla y suelta una carcajada. Le echo un vistazo al pelo teñido de color carmesí con las raíces marrones de Damian y la verdad es que lo veo muy apropiado.

—Power es el señalero y permanecerá en un tejado para

mantenernos informados de cualquier movimiento en los edificios o las calles. Mori y Morphine serán los encargados de matar, entraréis y os moveréis deprisa y sin pausa. Quiero que eliminéis a tantos hijos de puta como sea posible para que Volt y Red Turtle encuentren a Mavestelli.

Erik nos mira a Cameron y a mí como si fuéramos fantasmas, y hace que se me revuelva el estómago.

—Eso significa que, pase lo que pase, seguiréis avanzando. Si os disparan, seguid adelante. Si os apuñalan, dejad el cuchillo clavado y seguid adelante. No importa el precio, su imperio caerá. Las Fuerzas Oscuras reclamarán todos los activos. ¿Entendido? —La orden de Erik suena grave e intensa.

Los ojos de todos nuestros compañeros de escuadrón se posan en nosotros.

Formo una línea con los labios por el desdén. Claro, quiere que seamos cerdos yendo al matadero.

—Sí, teniente —decimos a la vez.

Pero no vamos a morir por él tal y como quiere. Vamos a joderlo todo y recuperar nuestras vidas.

Capítulo 29

Emery

Gage nos pasa la mitad de un sándwich. Es todo lo que vamos a comer hoy hasta la cena porque nos toca practicar el salto HALO.

El consenso general es que todos menos yo lo han aceptado y ahora están entusiasmados.

Lo siento, pero caer desde seis mil metros de altura y abrir el paracaídas cerca del suelo no es precisamente emocionante. Es una forma muy peligrosa de infiltrarse que, por lo general, solo equipos de fuerzas especiales altamente entrenados consiguen ejecutar con éxito. Básicamente, estamos jodidos.

Lo cual me lleva a preguntar sin rodeos:

—¿Alguno tiene experiencia en paracaidismo? ¿Cómo es que soy la única que está preocupada? —Estoy que echo chispas por los ojos, y siento que he planteado una cuestión muy importante.

Damian me empuja con el hombro mientras le pega un bocado a su sándwich de desayuno.

—¿Qué más da si morimos aplastados contra el suelo o con una bala en la cabeza? —Se ríe entre dientes. Espectro le da un golpe en la rodilla mientras se ríe y señala a Damian con la manzana a medio comer e intentando no ahogarse porque tiene la boca llena.

—Nadie va a morir en el salto. Abriréis los paracaídas a novecientos quince metros del suelo, ni más ni menos —refunfuña Thomas, intentando deshacer los nudos de su *mullet*.

—Solo estás resentido por la resina que te echamos en el pelo ayer a la noche —dice Gage con una enorme sonrisa. He de admitir que me sorprendió cuando dijo que quería unirse a la broma. Me sentó bien divertirme un poco para variar. La vida es muy corta, joder. Cameron se ríe por lo bajo al ver lo poco gracioso que le parece a Thomas.

—No jodas —contesta Thomas con un gruñido mientras termina de deshacer el último nudo. Aunque sigue sin verse igual que el resto de su pelo.

—Yo sí —interviene Espectro tras haberse comido la manzana.

Nos giramos todos hacia él. Cameron mira a Espectro de forma diferente a como lo hacía en las pruebas. Como si ya no le guardase rencor. Yo todavía tengo mis reservas, pero he de admitir que ha demostrado más humanidad en los últimos días que en todo el tiempo que pasamos en el Descenso.

—¿Qué? —pregunto dándole un manotazo a Damian para que quite las zarpas de mi plato.

Espectro se inclina hacia delante y sonríe.

—Preguntaste si alguien tenía experiencia en paracaidismo, pues yo sí —repite la última parte con tono petulante.

Abro los ojos de par en par. Resulta fácil olvidar que toda la gente del Descenso tiene un pasado oscuro que hicieron muy bien en mantener en secreto. Aunque supongo que ahora no hay nada que le impida compartirlo con nosotros.

—Habla. —Se me nota la curiosidad en la voz.

Espectro acepta encantado.

—Vale, pero luego quiero oír tu historia.

—Hecho.

Bebe un trago de agua antes de aclararse la garganta.

—Era instructor de paracaidismo en Nevada. Créeme, no hay nada mejor que sentir las ráfagas de viento y la adrenalina.

Cameron resopla.

—A ver si adivino, te pillaron porque hubo demasiada gente a la que no se le abrió el paracaídas. —Cameron ni se molesta en ocultar su sonrisa maliciosa.

Espectro alza las manos en un gesto inocente.

—No pudieron probar que fuera yo, pero antes de que me arrestasen de forma oficial, las Fuerzas Oscuras me recogieron. —Quiere decir que lo secuestraron.

—¡Ni de puta coña! —Damian se endereza con una expresión horrorizada—. Es la puta peor maldad que he oído nunca. No pienso dejar que te acerques a mi paracaídas.

Gage sacude la cabeza, pero también se está riendo. «Joder, somos lo peor».

Espectro se encoge de hombros.

—Nunca me cansaba de ver la cara que ponían al darse cuenta de que estaban a punto de morir. El subidón de emociones. Me hacía sentir…

—Eufórico —susurra Cam en tono aburrido.

—Sí, pero todo lo bueno se acaba. —Espectro hace una pausa y juega con el tenedor antes de decidirse a continuar—. Pero tampoco era tan malo. Era la única persona que cuidaba de mis hermanos pequeños. Casi habían terminado el instituto, así que estoy seguro de que estarán bien, pero, aun así, no era solo un asesino. —Lo dice como si tuviera que dejarlo claro.

—No creo que nuestros pecados sean lo único que nos define a cualquiera de nosotros —añado mientras me coloco el pelo detrás de la oreja. No, pues claro que no. Somos mucho más que las cosas malas que hemos hecho. La gente es compleja, todo el mundo tiene secretos y varias caras.

—¿Esa misericordia se aplica también a Arnold? —dice Espectro despacio. Está claro qué insinúa.

«Pues claro que no», quiero gritarle, pero entiendo lo que pretende decir.

—Seguro que también le importa a alguien —opino notando cierta presión en la frente antes de cambiar de tema—. ¿Y dónde está, por cierto? ¿Lo asignaron a algún escuadrón?

Cameron interrumpe.

—Sí, lo metieron en Riøt por su habilidad para matar sin dudar ni hacer preguntas. Su sargento lo quiso tras una pérdida reciente.

Me estremezco. Eso significa que Arnold está a solo cuatro kilómetros de aquí.

¿También estará el escuadrón al completo cerca de Finis, esperando para eliminarnos en cuanto dejemos de ser útiles?

—Le pega —digo para mis adentros. «Lo mataré si lo veo».

Nos quedamos en silencio un par de segundos antes de que Espectro lo rompa.

—Te toca.

Les cuento a todos quién soy, pero no les digo por qué lo hacía. No necesitan saber que mataba para la organización de mi padre solo para usar los restos de los cuerpos como parte de mi inexistente exhibición de arte para que alguien se fijase.

—Ahora sí que se me ha revuelto el estómago. —Damian se levanta de golpe y camina hacia el baño.

Gage se ríe a carcajadas por el dramatismo mientras Thomas se me queda mirando con desconfianza.

—Eso es más oscuro de lo que contaba para una canija con el pelo rosa —admite Espectro mientras se rasca la cabeza.

—Siempre es quien menos te lo esperas. —Cameron me guiña un ojo.

—Escuadrón Furia, os quiero vestidos y listos en diez. Subiremos al avión en quince —ordena el teniente Erik desde el otro lado de la habitación.

Todos bajamos la cabeza para terminar de comer lo más rápido posible.

—Eh, ¿y si lo convertimos en una competición como en nuestra época dorada en las pruebas? —susurra Espectro cuando Damian vuelve y se sienta.

—No —dice Thomas, pero enseguida pasan de él.

—Te escucho. —Gage parece emocionado.

Damian pone mala cara.

—¿Época dorada?

La mirada de Espectro está llena de picardía.

—Quien tarde más en abrir el paracaídas y sobreviva, gana.

Capítulo 30

Emery

No me asustan las alturas ni volar ni siquiera hacer paracaidismo, pero un salto HALO es una bestia completamente diferente. Estamos a más de seis mil metros de altura y se supone que no tenemos que abrir el paracaídas hasta haber descendido como mínimo a los novecientos cuarenta y cinco metros para evitar que nos detecten.

Y no somos profesionales, ni de lejos.

—¿Listos? —grita Erik a través de los auriculares. El ruido que hace el aire cuando abre la puerta de carga en la parte de atrás del avión nos destroza.

Todos asentimos con energía y agarramos con fuerza el cable de seguridad que está enganchado a la cuerda de apertura de la parte de arriba.

—Tres, dos, uno —el teniente cuenta hacia atrás, y Thomas se tira de cabeza, Gage hace una voltereta hacia atrás y Espectro y Damian saltan desde el borde como harían la mayoría de los soldados.

Me mantengo pegada a ellos y cuando estoy en el borde y a punto de saltar, Cameron me empuja. Se me escapa un grito ahogado que enseguida es reemplazado por una risa mientras mi cuerpo desciende a gran velocidad.

Un segundo después, Cameron cae a mi lado. No le veo la cara con la máscara de oxígeno y las gafas herméticas de color negro que lleva puestas, pero escucho su tierna voz por los auriculares.

—No te habría empujado si no hubieras tardado tantísimo en saltar. —El sarcasmo en su voz es descarado y me arranca una sonrisa.

—No olvides que te la pienso devolver —contesto animada. Espero que oiga la risa en mi voz.

—Por el amor de Dios, ¿podéis pasaros a un canal privado? —se queja Gage, aunque suena como si le pareciera entretenido. Sabe

tan bien como nosotros que no tenemos que estar siempre en el canal grupal durante este entrenamiento. Hay demasiadas cosas en juego en caso de que algo vaya mal. Necesitamos un canal de comunicación abierto.

Cameron mira hacia abajo y le hace la puñeta a Gage antes de levantar tres dedos hacia mí para indicarme que quiere que pase al canal tres.

Todavía nos queda un rato, así que le sigo el rollo y cambio de canal. Thomas va a perder los putos papeles. Eso me hace soltar una risita.

—Sabes que no podemos hacer esto —me meto con él.

Cameron se ríe y el sonido es exuberante y libre de preocupación. Últimamente hemos hecho muchas locuras, pero ¿cómo se supone si no que vamos a lidiar con todo lo que está pasando? Si no nos queda más tiempo, entonces quiero disfrutarlo. Sin duda con este subidón de adrenalina pasa lo mismo; nunca me había sentido tan viva.

—Podemos hacer lo que queramos, Em. ¿Qué van a hacer? ¿Matarnos? —bromea. No debería ser divertido en absoluto porque ambos sabemos la triste verdad que hay detrás.

—¡Pff! —intento contener la risa sin éxito—. ¡No digas eso! ¿Y si alguien nos está escuchando? —Se las apaña para encogerse de hombros en el aire y vuelvo a sentir mariposas en el estómago de nuevo.

—No esperes mucho para abrir el paracaídas, ¿vale? —Vuelve a ponerse serio. Me quedo mirando su máscara negra.

—No lo haré —le aseguro, aunque no sé si me creerá—. Me paso al otro canal de nuevo.

Asiente antes de hacer lo mismo.

—Mil doscientos metros, preparaos para abrir el paracaídas —dice Thomas en cuanto cambio al canal principal. Me coloco en posición, separándome de Cameron para que los paracaídas no se enreden.

El resto del escuadrón hace lo mismo para colocarse en la formación que estuvimos toda la mañana practicando en tierra.

Noto el subidón de adrenalina en las venas al ver cómo el suelo se acerca cada vez más. Siento que el oxígeno me llena los pulmones el

doble de rápido aquí arriba.

Jugueteo con la cuerda entre los dedos.

Escucho la voz de Thomas en la radio otra vez.

—¡Novecientos cuarenta y cinco metros! ¡Abrid! —Él es el primero en tirar de la cuerda, ciñéndose al entrenamiento, pero los demás aguantamos más para ver quién será el último en caer.

—A tomar por culo —dice Gage mientras tira de la cuerda.

«Venga ya, solo aguantó un par de metros», pienso juzgándolo en silencio.

Damian gira la cabeza hacia cada uno de nosotros antes de abrir él también el paracaídas sin decir nada.

La voz de Cameron resuena en el auricular.

—Tira de la cuerda, Emery —Sé que no me va a dejar tranquila hasta que lo haga, así que finjo mover la mano para tirar. Cameron abre su paracaídas y enseguida noto el pánico en su voz cuando ve que le he mentido—. ¡Emery!

«Lo siento, Cam». Sonrío y me muerdo el labio por la emoción que siento en las venas.

Giro la cabeza para mirar fijamente a Espectro. El casco negro que lleva puesto brilla con el sol y sé que sus ojos también brillan.

—Setecientos treinta metros —Le tiembla la voz por el mismo miedo que siento yo.

—Estoy esperando por ti, princesa —le espeto.

—Emery, ¡esto no es un puto juego! ¡Abre el paracaídas! —Cameron suena más enfadado que nunca y eso provoca algo en mi interior; me excita más de lo que ya estoy. El calor se me acumula en la parte baja del abdomen. Vaya, esto es nuevo. Me trago los pensamientos lascivos de cómo sería Cameron castigándome mientras follamos.

Espectro maldice y tira de la cuerda a toda prisa.

Me río mientras espero un segundo más antes de tirar de la mía. La emoción de que el paracaídas tire de mí hacia arriba hace que la sangre me corra a toda prisa por las venas y me retumbe en la cabeza.

Cameron empieza a gritar otra vez por los auriculares, así que apago el receptor, sonriendo con culpabilidad porque sé que va a

estar furioso conmigo y espero que haga algo al respecto.

Lo estoy disfrutando demasiado.

Me recuerda a los buenos tiempos que pasábamos Reed y yo. Madre mía, la verdad es que éramos lo peor. Pasábamos de leer poesía e historia en la parcela de treinta y dos hectáreas de campo a robar uno de los coches deportivos antiguos de mi padre y conducir hasta el granero abandonado de los Malory para ver cuánto tardaría el mundo en descubrir que estábamos desaparecidos.

Por aquel tiempo, Reed ya había descubierto el búnker que construyó allí mi padre. A Reed le encantaban. Él era mucho más listo que yo y le encantaba espiar a Greg cuando no se enteraba para descubrir las contraseñas.

Carlton, el padre de Reed, quería que estudiase ingeniería como sus antepasados, pero yo sabía que Reed nunca sería capaz de escoger un único camino. Siempre hubo cierta oscuridad en su interior y él se encariñó conmigo porque vio las mismas sobras acechando detrás de mis ojos. Estaba cansado de la gente que mostraba mucha cautela a su alrededor y vio curiosidad en mi mirada cuando no pretendía mostrarla.

Sonrío al recordar el pasado y disfruto del momento de puro silencio cuando por fin toco el suelo.

Cameron pone fin al momento al acercarse a zancadas hacia mí para desabrocharme el casco, tirarlo al suelo y fulminar con la mirada. Él ya se ha sacado el casco y su pelo alborotado hace que parezca más enfadado mientras me agarra por los hombros y me sacude hasta que casi hace que el corazón me salte a la garganta.

—¡Qué cojones, Em! Eso ha sido demasiado bajo. Si te hubieras encontrado con un árbol o una colina con la que no contabas, o una puta ráfaga de viento… —Toma aire con dificultad, mientras le cae el sudor por la mandíbula.

«Mierda». Intento no centrarme en lo sexi que está ahora mismo, sin aliento y cabreado. Él enseguida capta lo que estoy pensando cuando ve que me muerdo el labio inferior.

Su enfado se desvanece al instante y el hambre destella en sus ojos verde salvia.

—Puta niñata —murmura mientras baja sus labios hacia los míos y

me besa con tosquedad. Todavía tenemos los paracaídas enganchados a las mochilas y todo el mundo nos mira, pero a Cameron le importa una mierda—. Me vuelves loco de cojones, ¿lo sabías? —dice en tono mortal sobre mis labios.

Inhalo su aroma a abedul y aprieto los muslos por la necesidad que me calienta el vientre bajo.

—Ya estabas loco, ¿recuerdas? —susurro de vuelta.

Se ríe entre dientes, y es un sonido de lo más oscuro y delicioso, y luego me besa otra vez, succionando y mordiendo mi labio inferior.

—Supongo que entonces me devuelves la cordura y, de algún modo, creo que es algo terrible.

Me río y le doy un empujón juguetón.

—¿Por qué lo dices? —Suelto el contenedor del paracaídas y me desabrocho la chaqueta. El sol y la adrenalina me han hecho sudar de lo lindo y la idea de darme una ducha con Cameron es justo lo que necesito ahora mismo.

—Porque parece que lo único que hago es preocuparme por ti sin descanso. —Su voz es suave mientras deja que el contenedor se deslice por sus hombros y caiga al suelo.

Los otros se mueven detrás de nosotros y nos hablan, estoy segura, pero no son más que un borrón y sus palabras no llegan a mis oídos. Lo único que veo es a Cameron, sudoroso y con un brillo en la mirada.

Alguien le coloca las manos en los hombros y rompe el trance en el que estábamos. Gage agita a Cameron.

—¡Pensé que ibas a volver a perder el puto control! —Luego Gage me mira y apenas es capaz de contener la risa antes de musitar—: Nunca lo había oído tan enfadado. —Se ríe—. Ni siquiera cuando está en plan psicópata arrancando ojos.

Damian se queda atónito y me mira horrorizado.

—¿Y a ti te gusta este tío?

—¡Oye! —gruñe Cameron, y Damian se estremece y se esconde detrás de Espectro.

Thomas nos grita.

—¡Eso ha sido peligroso! —Supongo que nos habla a todos los que ignoramos su orden de abrir el paracaídas, pero sus ojos vacíos se

posan en mí más que en los demás.

Me encojo de hombros.

—Cuanto más abajo mejor, ¿no?

—Habrá edificios y árboles —dice Damian entre dientes, pero lo oigo igual y le lanzo una mirada furibunda. Él sonríe antes de colarse delante de Cameron para ponerse a mi lado y darme un codazo amistoso.

El teniente Erik, que saltó en la vuelta de regreso, aterriza a unos seis metros a la izquierda del grupo. Antes de que le dé tiempo a llegar aquí y gritarnos, le echo una mirada rápida a Espectro.

—He ganado tu estúpida competición —me regodeo ahora que aún puedo.

Me mira sin mostrar ninguna expresión antes de sonreír y cruzarse de brazos.

—Te dejé ganar.

Damian se aguanta la risa y murmura.

—¿Tú no decías que eras instructor? No me puedo creer que perdieras en lo tuyo.

—Fue más bien una pelea por ver quién tenía más determinación. —Espectro suena molesto.

Erik se quita el casco cuando llega a nuestra posición.

—¿Quién de vosotros tiró de la cuerda a seiscientos metros? —Desliza la mirada por todos nosotros. Levanto la mano con indecisión, pero Erik lo asimila y sonríe—. Quiero que todos os sintáis cómodos abriendo el paracaídas a esa altura. Así tendremos más posibilidades de evitar que sus sistemas de defensa nos descubran.

Sus palabras hacen que todos se fijen en mí, pero sus miradas impasibles no causan ninguna impresión en mí.

—Erais vosotros quienes estabais superemocionados con el salto HALO, ¿no? —Intento contener la risa que me brota en la garganta, pero la expresión de horror absoluto de Thomas complica las cosas.

—Mañana por la tarde saltaremos otra vez. Os quiero a todos practicando las formaciones otra vez después del desayuno. Hoy ha sido un caos. Retiraos. —Erik hace un gesto con la mano como si fuéramos ratones a los que hay que dispersar. Todavía me parece

imposible que vaya a dejar que Nolan se deshaga de nosotros tan fácilmente. Parece que sigue siendo él, parece que le importa. Y esas son las personas más aterradoras.



Cameron me observa con intensidad mientras termina de enjabonarse. Incluso después de haberme visto desnuda muchas veces, aún siento que sus ojos me queman la piel cada vez que recorre todas mis curvas con la mirada. El nivel de atención que dedica a cada detalle de mi cuerpo hace que me ponga colorada.

Encontramos este baño en la planta principal del hangar hace tres días. Es mucho mejor que el de abajo y, por lo general, es privado. Hay otros dos más iguales y los soldados destacados aquí no nos han interrumpido. Es verdad que solo son un puñado, así que ha sido un respiro agradable.

Los azulejos blancos relucen por la luz que se filtra desde la ventana ubicada sobre el cubículo. Los colores de la puesta de sol brotan entre el vapor y hacen que los ojos verdes de Cameron brillen como la dulce hierba.

Él me mira con mala cara y estropea el momento, pero, aun así, no puedo evitar sonreír.

—No vuelvas a ignorarme así —gruñe mientras me hace retroceder despacio hasta la pared. Los azulejos están fríos y me provocan un escalofrío, pero Cameron pega su torso desnudo al mío y calienta hasta la última célula de mi cuerpo al instante.

Dibujo una línea con el dedo por su garganta y él apoya un brazo a cada lado de mi cabeza y me salpica la clavícula de besos con los labios mojados por el agua que cae sobre nosotros.

—¿O qué, Cameron? No tienes derecho a decirme lo que puedo o no puedo hacer —susurro contra su cuello y a él se le pone la piel de gallina.

Su reacción siempre provoca otra en mí. Saber que un hombre tan peligroso como él es tan sensible a algo tan suave como un roce de mis labios sobre su piel basta para que lo desee en lo más profundo

de mi ser.

Cameron me lame el lateral del cuello hasta que sus labios me cubren la oreja y, al mismo tiempo, recorre mi vientre con dos dedos hasta deslizarlos en mi interior. Suelto un gemido e inclino la barbilla hacia arriba de forma instintiva. Su respiración ardiente y excitada se enreda con el vapor mientras gime.

—Entonces tendré que enseñarte qué les pasa a las chicas malas que se ponen en peligro. Te lo enseñaré una y otra vez hasta que te sometas a mí.

Me empiezan a fallar las rodillas al oír sus palabras indecentes. «Cree que puede dominarme». Sabe Dios que se lo permitiría en un instante, pero esto es demasiado divertido.

—¿Y qué gano yo sometiéndome? —Bajo la mano y le agarro la polla venosa. Ya está empalmado y se agita ante el mero contacto de la palma de mi mano. Él gime y deja caer la cabeza sobre mi hombro. Lo agarro con más fuerza y empiezo a masturbarlo, haciendo que se le queden los brazos quietos y empiece a mover las caderas ligeramente.

—Cariño, si te portas bien, entonces te demostraré lo que quiere hacerte un hombre fiel a su diosa como yo. —Me mete más los dedos y empieza a frotarlos contra mis paredes internas mientras dibuja círculos sobre el clítoris con el pulgar, arrancándome un suave gemido.

—No soy ninguna diosa. —Me río sobre su piel mojada—. En el mejor de los casos, soy una ninfa.

Se detiene al oír mis palabras y se echa hacia atrás para mirarme con seriedad.

—Emery, en el mejor de los casos, tu opinión es surrealista porque eres la mujer más guapa que he visto jamás. —La mirada de Cam se une a una sonrisa fácil mientras repite las palabras que una vez le dije yo durante las pruebas. Suelto una risilla y él la hace desaparecer con besos hasta que empezamos a gemir y a darnos placer el uno al otro de nuevo.

Me detengo y me pongo de rodillas. Cam arquea una ceja, pero enseguida deja caer la cabeza hacia atrás. Un suspiro pesado escapa de sus labios cuando me meto su polla en la boca. Últimamente he

sido reticente a chupársela porque la tiene enorme y la última vez casi me desencaja la mandíbula, pero estoy decidida a ver cómo mi boca se convierte en su perdición. Entre nuestras caras de placer no hay nada excepto vapor y pensamientos agotadores sobre las batallas que quedan por luchar.

Le acaricio la parte inferior del pene con la lengua mientras intento metérmela más adentro. Él lleva las manos a mi pelo y me lo agarra antes de follarme la boca. Ahueco las mejillas, chupo y le masajeo los huevos mientras sus embestidas se vuelven más impacientes y desesperadas. Sus gemidos son contenidos y entrecortados. Con los ojos llenos de lágrimas veo cómo se le marcan las venas del cuello y se le abre la boca.

Cameron empieza a moverse más despacio y baja la barbilla para mirar cómo me la trago, sus ojos son cálidos y destellan satisfechos.

Sale de mi boca, me pone de pie y me toma en sus brazos. Suelto aire de repente por la sorpresa.

—Cam, ¿qué haces? —digo mientras carga mi cuerpo desnudo hasta el sofá de la sección principal del baño. Es viejo y seguro que los guardias lo usaban para vaguear y echar cabezaditas durante el día, pero a Cameron parece no importarle lo más mínimo.

Me deja de pie sobre el suelo y coloca dos toallas sobre el sofá antes de empujarme sobre él.

—¡Oye! —digo entre risas mientras él se coloca encima de mí, besándome con pasión mientras me mete solo la puntita. Gimo por lo gorda que es su polla y lo bien que siempre me dilata para acogerla.

—No quiero que derrames ni una puta gota de esperma. Me voy a correr tan fuerte dentro de ti que vas a estar goteando semen durante días —dice entre respiraciones. Desliza los dientes sobre mi labio inferior y yo gimo al escuchar sus sucias palabras.

Cameron empuja su enorme polla dentro de mí con agónica lentitud, estirándome y haciendo que mi coño desee que lo llene tal y como prometió.

Por un momento, creo que me va a hacer suplicar para que me la meta fuerte, aunque sé que lo haría igual, pero me pilla por sorpresa cuando baja la cabeza hacia mi pecho y me chupa un pezón

mientras me la clava con fuerza hasta tener toda la polla dentro de mí. La punta me roza el cérvix y la presión me arranca un aullido salvaje de la garganta. Quiero gritar y dejar que escuche lo mucho que me afecta su polla, pero no quiero que nos pillen aquí.

—No pasa nada —dice mientras me lame un pezón—, sé que quieres gritar, pero no te preocupes. Pronto tendremos nuestra propia casa y podrás gemir todo lo alto que quieras. Podremos follar todo el día si queremos o comer pizza y ver una peli. O conseguir un puto trabajo normal o algo. No sé lo que hace la gente de a pie. —Se ríe con suavidad sobre mi cuello.

Hago un ruido pensativa ante el sueño que está dibujando mientras sigue empujando las caderas contra mí, penetrándome y llevándome al borde del orgasmo.

—Conque trabajos normales —digo entre gemidos. Cam intensifica las embestidas y mis paredes se cierran sobre él con más fuerza esperando su corrida.

Me agarra por la cadera y me sujeta con fuerza mientras me penetra con tal fervor que empiezo a ver las estrellas mientras me corro sobre su polla y lo hago gemir como un hombre al borde de la muerte. Después, se queda quieto y se vacía tan dentro de mí que siento como si se me hubiera corrido directamente en el útero. Dejo caer la cabeza hacia atrás mientras dejo que la sensación de su polla palpitando en mi interior me inunde. Cam deja escapar gemidos suaves cada vez que su cadera se agita y verlo desatado por mi culpa me roba el corazón.

—Joder, eres perfecta, Em. —Me masajea el vientre bajo, su polla un par de centímetros por debajo, llenándome—. Eres mi final y te seguiré hasta las profundidades del infierno si es necesario.

Lo miro cansada y recorro sus ojos tiernos y penetrantes mientras me promete la eternidad.

—¿Y si nuestra historia no tiene final? —susurro. Él observa mi cuerpo desnudo y vulnerable y desliza los dedos con suavidad por mi brazo.

—Entonces seremos infinitos. Nos convertiremos en dioses si no queda otra, hasta la eternidad. Así lo declaro —dice en ese tono oscuro y sombrío con el que le encanta leer poesía.

Me incorporo y le doy un beso sobre la sonrisilla que se dibuja en sus labios.

—Mi poeta soldado. Tan fuera de lugar, aunque al mismo tiempo nunca perteneciste a ningún otro sitio, excepto… quizá entre mis brazos. —Presiono mis labios contra los suyos otra vez y él los persigue, adornándome del amor que siempre deseé.

Capítulo 31

Cameron

Si algo se le da bien a Emery es convertir su dolor en fuego. Sería capaz de moldear la ira hasta convertirla en una lanza dorada y matar a un hombre con ella.

Ya ha pasado una semana desde que Emery dejó de hablar sobre Mikah. Sé que todavía le preocupa lo que nos pueda pasar a los demás, pero está centrando todas sus fuerzas en entrenar y hacer lo que pueda para estar preparada.

Eso me hace sonreír y me da esperanza. Porque nuestra realidad está a punto de ponerse mucho peor. Se acerca el momento de la última misión, y todo el mundo empieza a notar la carga. Incluso Gage y Thomas, que todavía no saben nada acerca de la orden de Nolan de matarnos a todos.

Saco el Zippo del bolsillo para encender un cigarrillo y suelto el humo mientras Gage y Thomas trotan cerca de nosotros durante sus ejercicios matutinos. Parte de mí quiere contarle el plan a Gage, pero no tengo del todo claro a quién le es leal. No parece haber notado que algo va mal y, si lo ha hecho, entonces no lo demuestra. Y no quiero ni pensar en Thomas. Como se huela algo de lo que planeamos, se chivará al teniente sin dudarlo. Él es así.

Lo que más me duele es que Erik parece completamente inocente. Sigue riéndose con nosotros y actúa como si nada fuera a pasar. Me escuece sobre todo porque de verdad pensaba que estábamos más unidos, y eso me lleva a tener esperanza de que a lo mejor Emery se equivoca y esa noche Nolan hablaba con otra persona, porque ¿cómo puede ser tan cruel, joder? A lo mejor, después de todo este tiempo, en realidad nunca lo conocí.

En mi interior se forma una tormenta de emociones, una que me lleva de vuelta a un pasado en el que jamás podría haber imaginado

que mi madre iba a intentar matarme. Entrecierro los ojos mientras le doy un golpe al cigarrillo con el dedo y veo las cenizas caer. Parece que solo doy con figuras paternas que me quieren muerto.

El teniente Erik sale del hangar y agita el brazo para captar mi atención. Lo miro y me acerco a él a regañadientes.

—Da un paseo conmigo, Cameron —dice animado. Erik lleva puestos los pantalones tácticos negros, como siempre, pero hoy se ha puesto la chaqueta de oficial con los gemelos dorados y las medallas. Alzo una ceja pero no me molesto en preguntar. Ya sé que solo se viste así cuando el capitán Bridger o el general Nolan van a estar presentes.

—¿Qué tal está Emery? —pregunta como si nada mientras se enciende un cigarrillo y caminamos por el sendero de tierra que rodea el territorio.

Le doy una calada larga al cigarro antes de contestar.

—Está prácticamente recuperada.

—No me refería a eso.

—Bueno, está claro que no va a empezar a llamarle «tío», si eso es lo que quiere saber. —Me río e intento disfrutar del valor de estos pequeños momentos. Aunque sea falso, el consuelo sigue ahí. No me veo como un monstruo cuando estoy con Erik, él nunca me ha tratado así. Me enseñó todo lo que necesitaba para aprender a sobrevivir.

Erik sacude la cabeza con una risa corta.

—No creí que fuese a hacerlo, pero ¿me guarda rencor por no habérselo dicho antes? —pregunta con auténtico arrepentimiento.

Frunzo el ceño. «¿Qué más le da si se va a deshacer de nosotros?».

—No, creo que entiende lo complicada que era la situación. Por cierto, ¿cómo acabaron siendo rivales Greg y usted?

Es fácil limitarse a ver el final de la historia, pero supongo que la de Erik y Greg vendrá de lejos, teniendo en cuenta que son hermanastros.

—Uf, echaríamos aquí horas y horas si tuviera tiempo de contarte mi terrible historia, pero, en resumen: nunca nos llevamos bien. Éramos hermanos por parte de madre. Me apellido Belerik porque no

era un Mavestelli, al menos no de sangre. Aunque el Sr. Mavestelli vio la oscuridad en Greg. Sabía que o bien llevaría el imperio a la quiebra o lo usaría para prenderle fuego al mundo con su poder, y por eso en el testamento puso que compartiríamos el imperio. Por desgracia, se puso enfermo y murió relativamente joven. Por aquel entonces nosotros ya hacíamos el trabajo sucio y llevábamos las riendas del negocio. Ahí fue cuando Greg pensó que me había matado y se había ido de rositas. Un oficial de las Fuerzas Oscuras me estaba vigilando, el capitán Bridger, aunque de aquellas era sargento, y me trajo aquí.

Abro los ojos de par en par.

—Espera, ¿era un sicario?

Él asiente.

—Es un trabajo despiadado, y siento que Emery tuviera que asumir ese papel.

Lo hizo, e hizo que todo el mundo lo viese, pero ¿a qué precio? ¿Terminar en este pozo lleno de lobos? ¿Atrapada en un círculo vicioso de drogas y violencia?

Se me encoge el pecho al pensarlo y la culpa me inunda, porque me alegro de que pasase por todo eso. De no haberlo hecho, jamás habría terminado aquí conmigo. Yo tampoco dejaré que se vaya nunca de mi lado.

El silencio crece entre nosotros mientras caminamos. El aire es frío y siento que me pincha los pulmones. Llegamos al borde de la propiedad, donde hay un viejo poste que sobresale torcido de la tierra. Aquí es donde me voy a reunir con Reed a la noche. Le daré un uniforme igual al nuestro para que pueda entrar al edificio para que extraiga los rastreadores de Damian y Espectro en el baño del piso inferior.

Reed me informó expresamente de que tenía que ser esta noche porque Nolan y Erik iban a asistir a una reunión en el búnker donde está destacado Riøt en este momento. La idea de que estén tan cerca de nosotros me pone los pelos de punta.

Aunque lo que de verdad quiero saber es cómo sabe Reed todo eso. ¿Tiene un espía en la organización igual que Mavestelli tenía a Bryce? «Pero ¿quién?», medito.

Todavía sigue siendo un misterio cuál es el objetivo de Reed. Ya tiene las pastillas. Es cierto que le interesa la inyección negra, pero ¿qué lo impulsa en realidad? ¿Qué consigue traicionando a Mavestelli? Por lo que Emery me ha dicho, lleva más de diez años siendo parte de su familia. Debe ir tras el puesto de Greg en la familia; es lo único que tiene sentido.

No sé si pregunto por pura estupidez o porque estoy harto de sentirme a oscuras sobre todo, pero miro al teniente de reojo y susurro:

—¿Qué tal le va a Mikah?

A Erik se le dilatan las pupilas y se le tensan los hombros antes de obligarse a relajar los músculos mientras echa el humo para después tirar el cigarrillo al suelo y aplastarlo bajo la bota.

El gesto parece un poco deliberado, pero quizá esté viendo cosas donde no las hay.

—Ya está trabajando en la siguiente misión. —Le tiembla la voz.

Está mintiendo. Tengo que tragarme el dolor que me convierte en una cáscara vacía.

—Me alegro de oírlo —contesto sin problema y sin dejar de mirar al horizonte. Noto cómo me observa en busca de cualquier intención oculta—. ¿Solo quería dar un paseo, señor? —lo presiono para que me diga por qué me ha llamado.

Él se ríe por lo bajo.

—Siempre vas directo al grano, Cameron. Tienes que aprender a charlar un poco antes de pasar a las cosas de trabajo.

No muestro ninguna emoción.

—Todo es trabajo, señor.

Se da cuenta del humor de perros que tengo y se deja de rodeos.

—El general Nolan está aquí. —Me paro en seco y miro a Erik como si estuviera a punto de pegarme un tiro entre ceja y ceja—. Le gustaría hablar contigo. A solas. —Ni siquiera me mira mientras lo dice.

Me aclaro la garganta.

—Señor, la última vez que estuve a solas con Nolan me inyectó algo que me hizo perder la puta cabeza. Con todo el respeto, solicito que usted o Emery estén presentes también.

Seguimos caminando mientras Erik niega con la cabeza.

—Ya sabes que no depende de mí. —Suena desanimado, como si supiera que está a punto de pasar algo malo.

—¿Sabe de que se trata? —pregunto ralentizando el paso.

Me mira por encima del hombro.

—No. Tienes quince minutos, así que te aconsejo que vayas a vestirte y te reúnas con él en el hangar. —Miro por encima de la cabeza de Erik mientras pronuncia las últimas palabras, y me fijo en las ventanas que reflejan el sol y ocultan el diablo en su interior.



Me pongo una de las chaquetas que los guardias de aquí usan para ir a reuniones en la sala de guerra. Es azul oscuro y tiene las costuras doradas. Un cuello bien planchado y almidonado. La encuentro bastante decepcionante en comparación con las negras que tenemos en la base de operaciones. Resulta extraño que tenga ganas de volver allí pero creo que es poco probable que vuelva a ver el cuartel general o la base del Descenso otra vez. La verdad es que, mientras tenga a Emery, me parece perfecto.

Este hangar es único en el sentido de que tiene dos pisos y un sótano. Quien lo construyó tuvo bastante visión y usó una mezcla de ladrillo y acero para conseguir que el fuerte aguantase los fuertes vientos que soplan aquí. Los paneles de metal que conforman las paredes traquetean mientras subo por las escaleras de hierro galvanizado hasta la segunda planta.

Esta planta es casi tan sencilla como en la que vivimos. Una enorme habitación ocupa toda la longitud del hangar. El techo es abovedado y cuenta con ventanas colocadas a una distancia uniforme hasta el fondo de la sala, por lo que dejan entrar mucha luz. «Aquí se podría hacer un estudio de puta madre», reflexiono.

Hay un viejo escritorio de madera en el centro acompañado de dos sillas. Además de eso, solo está el general Nolan de pie en la tercera ventana con las manos entrelazadas detrás de la espalda.

He aprendido a odiar a los hombres como él. Ocultan su

humanidad tan bien que no sería difícil pensar que nunca han tenido infancia. ¿No pueden dejar de fingir aunque sea solo un momento? Algún día conseguiré que me muestre su verdadero rostro. No puedo ni imaginar cómo será.

¿Con qué sueñan las malas personas? ¿Soñarán con dormir en paz y bajar la guardia? Me pregunto mientras avanzo hasta el centro de la habitación y me cuadro hasta que esté listo para dirigirse a mí.

Pasa un buen rato que se me hace incómodo. Aunque estoy acostumbrado cuando se trata del general. Nolan no se gira hasta que estoy convencido de que el polvo que cae a través de los rayos de sol me va a asfixiar.

Parece más mayor en cuanto se aleja de la brillante luz de las ventanas y se interna en las sombras, que son su sitio. Tiene más canas de las que recordaba y sus ojos son oscuros y están llenos de pensamientos grises.

—Mori. —Nolan me saluda de forma pasiva como hace siempre antes de tomar asiento. Luego hace un gesto para que me siente yo también.

—General Nolan, me alegra verlo, señor —digo como si nada.

—Ya sabes que siempre pensé que no eras más que un grano en el culo. —Me encojo ante su falta de tacto—. Ni te imaginas la cantidad de veces que le dije al capitán Bridger que se deshiciera de ti. Aunque soportases las drogas, siempre hubo algo en ti que me molestaba. —Su voz suena fría e indiferente.

Tenso la mandíbula pero sigo sin mostrar emoción alguna. No sé cómo coño se supone que voy a responder a eso, así que permanezco callado.

Él se inclina hacia delante y apoya los codos sobre las rodillas mientras me observa más de cerca, como si no fuera más que un estudio de caso. Está esperando a que me quiebre, pero olvida de dónde vengo, dónde me convirtieron en lo que soy. La cicatriz que tengo en el pecho me quema con solo pensarlo.

—Pero parece que has demostrado lo que vales, Mori. Contra todo pronóstico. Contra mi consejo de eliminarte hace un año, el capitán Bridger ha decidido ofrecerte un puesto entre los oficiales. Ha propuesto que asciendas a sargento Mortem del escuadrón Hades.

—Sus ojos pequeños y brillantes son como pozos de oscuridad mientras ven cómo mi semblante muta por la impresión. «¿Hades?». Emery me dijo que Mikah había encontrado información sobre eso… El escuadrón nuevo que va a reemplazar al nuestro. ¿Y quiere que yo sea el sargento?

«¿Qué?». Se me escapa una exhalación de sorpresa.

No esperaba que fuera a decir eso. Se me cierra la garganta de la emoción, convertirme en oficial de las Fuerzas Oscuras siempre ha sido mi objetivo. ¿No es esto por lo que me partí el lomo durante siete duros y crueles años? Sé que ahora mi futuro ya no está ahí…, pero ¿entonces por qué me duele el corazón ante la idea?

¿Es porque sé el precio que habrá que pagar? ¿O porque encontré algo mejor? Emery. Rechino los dientes y lucho contra la confusión que crece en mi interior.

Llevo mucho tiempo queriendo ser el sargento Mortem.

Nolan sonríe de una forma malvada. Se pone recto en la silla y se echa hacia atrás para agarrar un papelito negro, con palabras escritas en letras doradas por un lado.

—Llega un momento la vida de todo oficial en la que debe tomar una difícil decisión Mori. Verás, para convertirte en un soldado de alto rango de las Fuerzas Oscuras, debes demostrar tu valía más de lo que ya lo has hecho. Todos hemos tenido que tomar una decisión como esta para llegar a donde estamos, pero el teniente Belerik te ha recomendado encarecidamente.

El dolor se me extiende por el pecho, me infecta los pulmones y hace que me cueste respirar. Porque ya sé lo que va a decir.

—¿Qué tengo que hacer? —pregunto despacio y en un tono de voz que suena muy bajo en esta habitación aciaga y polvorienta. Mi mirada está vacía, la luz ha desaparecido.

Nolan me entrega el papel negro. Parece una orden escrita por el propio capitán.

«Extermina al escuadrón Furia en cuanto Mavestelli esté muerto. Serás el único en regresar y te convertirás en una leyenda entre las Fuerzas Oscuras».

Capítulo 32

Emery

A Cameron le cuesta mirarme a los ojos mientras oye a Gage hablar sobre lo viejos que son alguno de los modelos de avión que hay aquí. Ha estado más callado desde el paseo que dio antes con el teniente. No se ha aislado del todo, pero hay algo que no me está contando. Lleva todo el día con la cabeza gacha y estuvo desconectado durante las maniobras de la tarde.

Damian me da una palmadita en la rodilla y me tira unos guantes encima.

—Para sustituir los que quemé sin querer ayer —masculla sin dejar de sonreír, así que sé que en realidad no lo siente.

—Esperemos que averigües cómo usar las bengalas antes de la misión —lo provoco. Al parecer el numerito que monté en el escondite de la Gran Cuenca fue un éxito. Cameron cree que nos será útil cuando llegue la hora de fugarnos.

—Sí, sí. —Damian gesticula con la mano y se deja caer al lado de Espectro.

Nuestros ojos se encuentran y lo miro con indiferencia. Espectro sonríe y musita:

—Entonces, ¿nos vas a decir de qué conoces al tal Reed o no?

Damian espabila y también asiente con curiosidad.

—Venga, son nuestros cuellos en los que va a estar hurgando esta noche. Nos lo debes.

Me encojo de hombros.

—Lo conocí en la academia a la que me enviaron cuando tenía doce años. Estaba en la misma clase que yo, pero me superaba con creces en inteligencia. —Es raro hablar de Reed, me pone nostálgica. Antes estábamos muy unidos y ahora parece que estamos en planetas distintos. Aunque, cómo no, mi destino vuelve a estar en

sus manos. Como siempre—. Cuando lo hicieron subir varios cursos, dejamos de vernos tanto. Aquello fue más o menos en la época en que mi padre lo reclutó para su equipo interno. Le tomó cariño a Reed seguramente porque vio el mal que acechaba en su interior. Todos los vimos, pero, aun así, es tan carismático que a veces lo pasas por alto.

Damian parece preocupado, pero Espectro se limita a endurecer la mirada.

—No confiéis demasiado en él. Dejad que os extraiga los rastreadores, pero no entréis en sus tácticas de conversación. Reed es capaz de hacer que le contéis todos vuestros secretos en diez minutos como no os andéis con cuidado.

Espectro resopla y echa la vista atrás hacia los demás miembros del escuadrón mientras se reagrupan para cenar. Gage nos hace gestos para que nos unamos.

—Si la memoria no me falla, la que tiene la lengua larga eres tú, ¿recuerdas? —bromea Damian en un intento de relajar el ambiente.

Le lanzo una sonrisa.

—No sé de qué estás hablando —me río mientras los tres nos levantamos y nos reunimos con los demás antes de ir al sótano más tarde.



Cameron se queda junto a la puerta, esperando a que Erik salga de su habitación y vaya arriba, tal y como Reed dijo que haría.

No ha hablado mucho y lleva toda la tarde perdido en sus pensamientos.

Me apoyo contra la pared a su lado y estudio su expresión concentrada. Lo más seguro es que ni se haya dado cuenta de que me he acercado a él.

—¿Cam?

Se estremece y baja la vista despacio hacia mí. Su mirada es un mar de preocupación, una tormenta en el horizonte esperando a desatarse.

—¿Em? —susurra con suavidad, robándome el coraje.

—¿Ha pasado algo esta mañana? Te veo tenso desde la reunión con Erik. —Su actitud me pone nerviosa, ¿le habrá dicho algo el teniente que no me está contando?

Cameron sonríe aunque parece en conflicto.

—No, solo dimos un paseo. —Hace una pausa y vuelve a centrarse en vigilar el pasillo—. ¿Te parece raro que intente memorizar los buenos momentos antes de que se acaben? —dice con tristeza.

Me muerdo la comisura del labio. Sé muy bien cómo se siente. Decir adiós a alguien a quien considerabas tu guardián no puede ser fácil, pero no estoy segura de que se refiera a eso.

—No, no lo creo. En cierto modo, es como despedirte sin decir nada. —Deslizo los dedos por su brazo mientras me coloco a su espalda para envolverlo entre mis brazos y darle un fuerte abrazo.

Apoya la mano sobre la mía y la aprieta.

El ruido de una puerta al cerrarse hace que nos quedemos congelados. Cameron vigila en silencio y espera hasta que oímos otra puerta cerrarse más lejos antes de hacerme un gesto con la cabeza.

—Erik ya se ha ido. Iré a ver a Reed, tú ve a buscar a Damian y Espectro y esteriliza el baño.

Si no hubiera estado actuando de forma tan extraña, aceptaría sin pensármelo, pero algo va mal y no me siento cómoda dejando que salga tras el teniente. Un pinchazo de culpa se me cuela en las venas por no confiar en él, pero es mejor que me reúna yo con Reed. De todas formas, tengo que hablar con él.

—Voy yo a buscar a Reed. Tú quédate y prepáralo todo. Tengo que hablar con él en privado —suelto nerviosa porque ya sé que Cameron me lo va a discutir.

Alza una ceja.

—¿Por qué?

—Tengo que desahogarme con él sobre una cosa… y no te estoy pidiendo permiso —digo en tono serio.

Él me observa y aprieta los labios como si fuera a discutir conmigo antes de soltar un suspiro.

—Vale, pero hazlo rápido. No sabemos cuánto tiempo tenemos.

Asiento y me dirijo al armario a toda prisa para recoger el uniforme que le guardamos para dárselo a Reed para que sea más fácil colarlo.

La lluvia me cae sobre los hombros con fuerza. Debería haber comprobado el tiempo para esta noche. Los guardias siempre tienen puesto el canal en su salita a la entrada del hangar, pero claro que tenía que olvidar que el clima siempre es un factor a tener en cuenta.

La sangre me resuena a todo volumen en los oídos mientras sigo el sendero que lleva hasta el poste torcido de la valla. Ya hay una figura esperándome. Lo reconocería incluso en la oscuridad o, aunque lo único que pudiera ver fueran sus huesos, sabría que es Reed.

Ralentizo el paso y me detengo a un par de metros de él. Lleva la capucha puesta, pero eso no oculta la crueldad de sus ojos mientras me observa.

Se le forma una ligera arruga entre las cejas.

—¿Emery? —Esperaba a Cameron.

Lo fulmino con la mirada y le estampo el uniforme extra en los brazos.

—Date prisa y vístete —le espeto y me doy la vuelta mientras me envuelvo el cuerpo con los brazos.

Él se ríe entre dientes, un sonido que conozco hace demasiado tiempo.

—Vaya, me asombra que te contase lo del trato que hizo conmigo. No creí que el soldadito roto fuera capaz de eso. Por otro lado, la verdad es que es una caja de sorpresas. —Reed parece encantado. Odio que sea tan confabulador. Es imposible saber cuál es su objetivo en realidad. Nunca he conseguido descifrarlo. No del todo.

—¿Por qué te has metido en todo esto, Reed? ¿Tienes la más mínima idea de lo que te hará Greg si descubre que has estado filtrándole información a las Fuerzas Oscuras? —Odio lo preocupada que sueno, pero, por mucho que deteste a Reed ahora mismo, es como mi familia. Si muriese…, no sé qué haría.

El ruido que hace al tirar la ropa sobre la valla hace que me encoja de miedo. «Darle la espalda es aterrador».

—Emery, te prometo que no tienes que preocuparte por mí. Me conoces, siempre voy cuatro pasos por delante y tengo un montón de planes alternativos si las cosas se tuercen. —dice sin más, como si de verdad estuviera así de preparado—. Vaya, has conseguido que el corte de pelo te quede bien.

Me da una palmadita en el hombro para avisarme de que ha terminado. Lo fulmino con la mirada por encima del hombro.

—No gracias a ti. Al menos dime qué quieres en realidad. —Le aparto la mano de un guantazo.

Reed frunce los labios.

—¿Sabes? Greg quería que te afeitase la cabeza, así que de nada por el corte a trasquilones. Era la única forma en la que iba a permitir que te lo dejase tan largo. —Inspira hondo como si ya estuviera harto de mis preguntas—. ¿Qué? ¿Todavía no lo has averiguado? —Me sonríe y hace que se me revuelva el estómago por el miedo. ¿Por qué a los psicópatas les gustan tanto los juegos mentales?

—¿Cómo tienes tanta información sobre las Fuerzas Oscuras? ¿Conoces a alguien de dentro además de Cameron? —Intento sacarle toda la información que pueda mientras tomamos el camino de vuelta al hangar.

Su risa solo consigue cabrearme más.

—Ah, pronto lo descubrirás, Emery.

Me giro hacia él, se detiene en seco y se le abren más los ojos.

—Esto no es un juego, Reed. Van a eliminar a todo mi escuadrón en esta misión y no sé si alguno de nosotros conseguirá salir con vida. —Aprieto los dientes y sacudo la cabeza.

Él suspira y me inclina la barbilla hacia arriba. Entrecierro los ojos por la lluvia.

—No dejaré que mueras, ¿vale? Te lo prometo, pero no vas a conseguir sacarme nada de información. Esta noche no. Si quieres que le saque los rastreadores a tus amigos, tenemos que irnos ya. Me esperan de vuelta dentro de un rato —dice Reed con seriedad. Mira el reloj y me da un empujoncito para que siga caminando—. Te lo creas o no, eres mi única amiga, así que no pienso ponerte en peligro, Emery.

—Te creo, no lo dudes —digo con el ceño fruncido mientras él vuelve a esbozar esa sonrisilla cruel.

Debería cabrearme, porque es un gilipollas redomado, pero sus palabras me consuelan. Hubo un tiempo en el que él también era mi único amigo, pero desde que entré a las Fuerzas Oscuras, he descubierto más de lo que podría haber imaginado.



Reed empieza con Damian y coloca un dispositivo a su lado. Es una cajita negra sin pantalla, solo un botón que se pone de color rojo cuando lo pulsa. Me alegra que Reed insistiera en amordazarlo porque los quejidos de dolor de Damian me dan escalofríos mientras Reed usa un bisturí para hacerle un corte en la piel.

La operación lleva menos de un minuto.

Después, el rastreador ya está fuera. Me sorprende lo pequeño que es y lo mucho que se parece a una cápsula. Reed la coloca de inmediato al lado de la caja y pulsa el botón de nuevo. La luz se vuelve verde y luego se apaga.

Cameron mira perplejo los movimientos precisos de Reed, supongo que, al igual que yo, se pregunta cómo cojones conoce el procedimiento exacto para extraerlos. ¿Y de dónde ha sacado el dispositivo que está usando?

Espectro es mucho menos dramático. Casi ni se estremece cuando Reed lo raja para quitarle el rastreador.

—Así de fácil —dice Reed mientras se limpia las manos llenas de sangre con una de las toallas.

Me quedo mirando los rastreadores.

—¿Qué pasaría si alguien intentase extraer el rastreador sin ese dispositivo? —Es obvio, pero quiero oírlo de su boca de todas formas.

Reed me mira como si fuera tonta.

—Explotaría. Necesitas que la caja esté a menos de medio metro del rastreador para quitarlo con seguridad —dice con una sonrisa maliciosa, como si le fascinasen las astucias del diablo.

—Y supongo que no nos vas a decir cómo conseguiste hacerte con uno, ¿no? —pregunta Cameron con los brazos cruzados mientras Reed termina de coser la pequeña incisión de Espectro.

Reed sonríe con suficiencia.

—Claro que no. —Mira el reloj y se pone de pie para irse—. Bueno, me lo he pasado muy bien, pero tengo que irme. —Extiende la mano hacia Cameron mientras alza una ceja, esperando la jeringuilla.

Cameron saca la inyección negra del bolsillo y se la da sin decir nada. Hay culpa y derrota en su mirada.

Reed le entrega dos plaquitas de metal con vendas pegadas a la parte de atrás.

—Son para los otros dos. Tenéis que bloquear la señal antes de escapar, de lo contrario os arriesgáis a que os sigan o que uno de los detonadores explote.

Todos nos miramos con una expresión sombría.

—Espléndido. Os veo en un par de días —dice Reed guiñando un ojo antes de salir del baño como si nada. Lo sigo hasta las escaleras.

—No te entrometas ese día, ¿vale? Lo último que quiero es encontrarme tu cuerpo sin vida —admito. Después le agarro la mano y se la estrecho en una despedida sincera.

Él esboza una sonrisa irónica.

—Tendrías que poner mucho empeño para matarme, Emery. Me subestimas, como siempre. Llevo mucho tiempo esperando este momento, así que no te preocupes por mí. Solo me sirves si estás al cien por cien ahí fuera. Así que no me falles y yo no te fallaré a ti. — El fuego que hay en sus ojos es perverso y lo consume todo.

—Imbécil egoísta, ¿qué habrá planeado esa cabecita tuya? — susurro para mis adentros cuando la puerta se cierra tras él.

Capítulo 33

Emery

Damian y Espectro llevan los chalecos abrochados hasta el cuello toda la semana para ocultar la incisión. Creo que dejé de contener la respiración al segundo día. Nadie pareció sospechar nada.

Los días están siendo agotadores ya que practicamos la formación y nos tiramos desde seis mil metros de altura al menos dos veces al día. Empezamos y terminamos cada entrenamiento corriendo seis kilómetros y medio. Ha sido un infierno.

Pero hoy está siendo peor que otros días porque me ha empezado a sangrar la nariz otra vez. Me la he estado limpiando con la manga lo mejor que he podido. Lo último que necesita Cameron es preocuparse por mí. Y lo último que quiero yo es que el general Nolan me recete la última dosis. Sé que ha estado trabajando en perfeccionarla, como hace siempre que Cameron mejora, pero no hay manera de saber qué va a pasar. Últimamente me siento más estable y no quiero perder eso.

Me arrodillo al lado del puesto de agua y agarro una botella de plástico para beberla en un par de tragos largos.

—Guarda algo para los demás —bromea Damian mientras se desploma en el suelo a mi lado. Tiene el pelo empapado en sudor y se baja una botella tan rápido como yo.

Gage extiende la mano cuando termina de correr. Le lanzo una botella y él se la echa por encima de la cabeza.

—Nos darán libre el día antes de la misión, ¿no? Esto es una locura —se queja Espectro por primera vez mientras se dobla por la cintura y apoya las manos en las rodillas para recuperar el aliento. Casi se me cae la mandíbula al suelo porque jamás pensé que lo oiría quejarse de nada. «Supongo que en el fondo muy en el fondo, se oculta una persona».

—No creo. —Thomas parece molesto, pero sobre todo preocupado. Siempre ha sido el sarcástico que siempre respeta las normas del grupo, pero desde que llegamos al hangar ha estado mucho más callado y reservado.

Me pregunto si nota que algo va mal y es demasiado cabezota como para decir nada.

Cameron se bebe el agua deprisa y baja la vista justo cuando yo alzo la mirada. Posa los ojos en mi brazo. «Mierda». Sé que ha visto la sangre seca en la parte interior de la manga porque tensa la mandíbula y la preocupación le destella en la cara.

No quiero que se preocupe por mí, pero, aun así, me siento culpable por mantenerlo en secreto. Le doy las gracias con la mirada por no decir nada delante de los demás. Sobre todo ahora que el teniente está a menos de dos metros de distancia, fumando y revisando cosas en su carpeta.

Poco después nos dejan libres y, tal y como pensaba, Cameron me agarra de la parte de arriba del brazo y me lleva hacia un lateral del edificio.

—¿Cuánto tiempo hace que volvió a empezar? —me pregunta en voz baja mientras me inclina la cabeza hacia delante y hacia atrás como si estuviese buscando otras zonas de sangrado.

—Hace dos noches —digo a regañadientes.

—Em. —Tiene las manos apoyadas con firmeza en mis hombros y deja caer la cabeza, decepcionado. Ya me siento como una mierda, ¿de verdad tiene que empeorarlo? Succiono el labio inferior y me lo muerdo hasta controlar mis emociones.

Sé por experiencia lo difícil que es ver a alguien que te importa desmoronarse ante ti. La impotencia y el desaliento que sientes al saber que no puedes ayudarlo. Durante semanas, vi cómo se quebraba ante mis ojos. Es algo que nos pesa en el alma y ambos lo sabemos.

—Lo sé, Cam. —Le acaricio la mejilla y su mirada se suaviza por la pena—. Lo sé.

Inspira hondo, apoya su frente en la mía y cierra los ojos.

—¿Puedes decirme al menos si has tenido algún otro efecto secundario además de las hemorragias nasales? Quiero ayudarte,

cariño. Necesito ayudarte. No puedo perderte, así que, por favor…, deja que ayude —suplica con ternura.

Aprieto los puños y se me encoge el corazón.

—He tenido momentos en los que mi mente se desconecta y pierdo la noción del tiempo… Empezó hace un par de noches. —Lucho contra las lágrimas que me inundan los ojos. Cameron se sobresalta y se aleja un par de centímetros para mirarme.

Me tira con suavidad del párpado.

—Mira hacia arriba.

Lo hago con la esperanza de que no encuentre nada, pero ya he visto los puntitos de sangre que poco a poco van creciendo en la parte blanca de los ojos. No pinta bien.

—A veces me desconecto del todo y no sé ni dónde estoy. Pero no he tenido ninguna tendencia violenta como suele pasarte a ti y, hasta donde yo sé, no he matado a nadie.

—Joder. —Se le quiebra la voz y comprueba el otro ojo de inmediato—. Este también. —Cameron se agarra la cabeza con brusquedad y empieza a dar vueltas en círculos mientras maldice, sacude la cabeza y me lanza un par de miradas desgarradoras que me rompen el corazón.

—¿Qué significa? —pregunto en una tono de voz tan bajo que parece silenciar el mundo a nuestro alrededor. Los pájaros y el viento, los aviones en el cielo y las risas que se oyen dentro del edificio, todo está en silencio mientras espero a que responda.

Cameron deja de dar vueltas, aprieta los puños a los costados y es incapaz de mirarme.

—Significa que te mueres —dice con la voz rasgada y se muerde el labio justo después de pronunciar esas palabras que tanto le duelen. Cuando tensa la mandíbula y me mira, tiene los ojos rojos y lágrimas cayéndole por las mejillas—. Tu cuerpo está empezando a apagarse. Rechaza la medicación y no sé si se puede hacer algo, pero intentaré lo que sea.

«¿Me muero?». La idea de que las mismas pastillas que me quitan el dolor físico también estén sembrando el caos en mi cuerpo es trágico e irónico a la vez.

Cameron ha debido de ver la aceptación en mi cara porque acorta

la distancia que nos separa en una zancada y me aprieta sobre su pecho. Enreda los dedos en mi pelo y me da varios besos en la coronilla.

—Por encima de mi cadáver. Voy a arreglarlo, Em. En este mundo no queda nada más para alguien que ha cometido tantos pecados como yo. Nada. Voy a contactar con Reed y, si él no puede ayudar, haré de tripas corazón y le preguntaré al general Nolan. Lo solucionaremos. —Me promete mientras me da un beso en la frente.

De repente, después de lo que me ha parecido un suspiro, estoy sentada sola en una habitación oscura. Es la habitación de Cameron, lo sé porque las sábanas huelen a abedul.

Me llevo una mano a la frente. «¿Qué coño me está pasando?». Intento quitarme de encima el miedo que me recorre las venas. Hay una notita en el borde de la cama, a varios centímetros de distancia.

Me inclino hacia delante y la agarro.

«Por si te olvidas, reúnete conmigo en el avión de transporte mediano a las veintidós cero cero.

Cam»

Echo un vistazo al reloj de la mesita, ya son casi las diez. Mierda.

El pasillo está oscuro y frío mientras avanzo y aprieto más la sudadera contra mi cuerpo. No me puedo creer que no recuerde la mayoría del día. ¿Cómo llegué a la habitación de Cameron? Está claro que estuvo aquí en algún momento.

Me muerdo el labio inferior preocupada y me subo al avión de transporte. Es el único que los guardias dejan abierto y ya sabemos todos lo descuidados que son cuando hacen el registro de la tarde, así que no me cuesta nada colarme dentro y esperar a Cam.

«¿Por qué quiere verme aquí», me pregunto sentada en el centro de la aeronave vacía. Está oscuro y huele a aceite y a metal arañado. Un líquido caliente me cae desde la nariz, pero en vez de limpiármelo sin descanso, dejo que gotee.

El reguero parece no tener fin y hace que se me forme un nudo en la garganta. Saco el bote de pastillas y me echo cuatro en la mano. No recuerdo la última vez que las tomé ya que todo el día es una laguna mental, pero no creo que me haga daño. Me quedo mirándolas durante lo que me parecen varios minutos.

Se me eriza el pelo de la nuca y frunzo el ceño mientras me froto por la extraña sensación que me invade.

¿Cómo es posible que unas pastillas negras puedan causar tanto sufrimiento?

Solo hay que ver lo que me han hecho a mí. O a Cam. A mi padre, a mi tío, e incluso al general Nolan. Todo el mundo está peor debido a su existencia.

Levanto la mano para tirar las pastillas, pero alguien me agarra por la muñeca. Se me para el corazón cuando bajo la vista hacia mi antebrazo, donde una mano ensangrentada me cubre la piel.

Un grito de asombro escapa de mi garganta y miro rápido hacia arriba.

Una mujer con el pelo oscuro y largo que le tapa la cara. Sus ojos son fríos. Está cubierta de nieve y un espeso líquido rojo que se le pega a la ropa táctica.

«¿Bree?»

Me caen las lágrimas y un dolor agudo me atraviesa el pecho.

—Bree. —Arrastro las palabras por culpa de los labios agrietados.

Bree abre la boca y el mismo grito que le oí emitir en el bosque cuando Arnold le quitó la vida resuena en el avión. Me echo hacia atrás de forma súbita y me pongo de pie. Ella me agarra por el tobillo y me tira al suelo.

—¡Siento lo que te pasó! —grito mientras le pego una patada y me las apaño para salir corriendo por la puerta del avión. El aire frío se me clava en los pulmones y se pelea con cada aliento que intento tomar.

Corro directa hacia el campo que rodea el hangar y tropiezo con varias rocas cada vez que me atrevo a mirar hacia atrás. Bree me persigue, con la mano pegada al pecho, donde Arnold la apuñaló. La bilis empieza a subirme por la garganta.

—Emery —me llama otra persona. Un hombre.

Giro la cabeza hacia la izquierda y mis ojos se encuentran con Bryce. Le brota sangre del cuello mientras se coloca bien las gafas.

¿Por qué están aquí? ¿Dónde está Cameron? El pánico me retumba en los oídos y se me llenan los ojos de lágrimas mientras parpadeo furiosa para intentar contenerlas.

Me doy la vuelta para adentrarme más en el terreno, pero me encuentro con otras dos caras: Kayden y Mikah. Me atrapan e impiden que huya.

—¿Qué queréis? ¡Parad! —lloro mientras agito la cabeza y me dejo caer sobre las rodillas.

¿Hasta cuándo me van a atormentar? A mi alrededor oigo gritos y bramidos de al menos veinte hombres. Alzo la vista despacio y me quedo petrificada; estoy rodeada por todos los hombres que he matado, que lloran y sangran por todos los sitios en los que los rajé.

Siento que las costillas están a punto de aplastarme. Aprieto un puño sobre el corazón y lloro. Una mano me toca el hombro con delicadeza. Levanto la barbilla y me encuentro con el rostro cálido de Bree.

Me pone algo en la mano y susurra.

—Están todos muertos por tu culpa.

El miedo me inunda las venas en cuanto se aleja y deja que vea a mis compañeros muertos.

Los ojos sin brillo de Gage están mirando hacia las estrellas, con el estómago abierto en canal. La cabeza de Thomas está a unos quinientos metros de su cuerpo y Espectro tiene una bala en la sien.

—No —balbuceo hiperventilando.

Damian está a su lado, aún respira. Gateo hacia él, gritando y llorando.

—¡Damian! ¿Qué ha pasado? ¿Quién ha hecho esto? —Su chaqueta está llena de rasgaduras y lo tumbo de espaldas. Le han arrancado los ojos y la sangre le gorgotea en los labios.

Me atraganto con el vómito que intenta subirme por la garganta. Estoy entrando en pánico y mi cuerpo empieza a temblar. Apenas consigo mantener las manos firmes mientras intento limpiarle la sangre de la boca.

—F-fuiste… t-tú. —Esas son sus últimas palabras. Exhala por última vez y las palabras se apagan con él.

«¿Yo?». No…, no. Nunca haría algo así. Esto no ha sido cosa mía.

Casi no consigo mantenerme en pie cuando me obligo a levantarme mientras observo a mi escuadrón muerto sobre el campo. Pero ¿dónde está Cameron?

«¿Fue Cameron quien hizo esto?».

Se me tensa la mandíbula y la adrenalina me entumece el cuerpo.

—Emery… —dice Cameron despacio. Su voz me sobresalta.

Me giro hacia él y levanto la mano para defenderme. Es entonces cuando me doy cuenta de que sujeto un cuchillo de combate negro. «Qué…».

Cameron da un paso hacia mí despacio y con las palmas de las manos en alto.

—Emery, ¿estás conmigo? —Tiene los ojos desorbitados, llorosos y muestran inseguridad. Nunca lo había visto mirarme de esta forma.

Parpadeo un par de veces y me doy la vuelta para asimilar la sangre y la muerte que hay tras de mí. El terror repta por mi espalda.

—¿Los…? —susurro mientras me cae sangre y saliva por la barbilla.

La mirada de Cameron se suaviza, pero da otro paso hacia mí.

—Dame el cuchillo, Em. —Su voz suena diferente, como si las propias sombras tejieran una red entre nosotros.

—Los oigo —susurro con la voz rasgada.

—¿A quién? —pregunta vacilante.

La sonrisa me flaquea mientras las lágrimas me caen por la barbilla.

—A todos. Lo único que oigo son sus gritos. —Me aprieto la frente con la mano. El aire se estanca y me asfixia.

Siento que mi mente está a punto de desmoronarse.

Cameron aprieta los labios y se abalanza sobre mí, envuelve los brazos a mi alrededor y me sujeta con fuerza. Su calidez me inunda. Le echo los brazos al cuello.

Cameron me acaricia la cabeza con movimientos largos y relajantes.

—Ya estás bien. Te quiero, Emery. Vuelve, por favor —dice con una voz tan desgarrada que me rompe el corazón.

Pasan un par de segundos antes de empezar a recuperar la lucidez.

—¿Cameron? —digo bajando las manos hacia su espalda. Mi antebrazo derecho se desliza sobre algo húmedo y pegajoso. Se me forma un nudo en la garganta—. ¿Cameron? —repito con urgencia

en la voz.

Está sangrando.

Capítulo 34

Emery

Se me escapa un aliento de pánico mientras intento zafarme de su agarre y echarle un ojo a su herida. Sin embargo, Cameron me sujeta con más fuerza y no me suelta mientras me revuelvo con violencia en sus brazos.

—¡Estás herido! Cameron, suéltame… ¡Cam, suéltame! —lloro contra su hombro antes de dejar el cuerpo muerto. El me acuna contra su pecho y entierra la cara contra mi cuello.

—Estoy bien. —Su voz suena grave.

Pero no lo está. Está muy lejos de estar bien y, al parecer, yo también.

Un sollozo me brota de la garganta y me agita los hombros.

—Shh, no pasa nada, cariño. Estoy aquí. Te vas a poner bien. —Se pone de pie con dificultad sin soltarme y empieza a llevarme de vuelta al hangar.

En contra de mi mejor criterio, miro de nuevo hacia el campo para ver a mis compañeros caídos y entonces descubro que no están. No hay ni una gota de sangre ni carne desgarrada ni cabezas decapitadas.

Me agarro a la camiseta de Cameron.

—P-pensé que… —Contemplo la oscuridad de la noche con la mirada perdida—. ¿Qué ha pasado? —Lo miro desesperada.

Baja la mirada hacia mí, con pinta de estar más cansado que nunca.

—Te he puesto la última inyección.

Frunzo el ceño y me llevo una mano al cuello. Hay un pequeño pinchazo. «¿Fue eso lo que sentí justo antes de ver a Bree». Trago saliva para deshacer el nudo que tengo en la garganta. Al menos no estoy perdiendo la cabeza del todo. Me alivia saber que fue por

culpa de las drogas y no algo más preocupante. Suelto un largo suspiro.

—¿Va a funcionar? ¿Ya estoy bien?

Cameron susurra con delicadeza:

—Ahora estás a salvo, y habrá que esperar para ver qué pasa, pero estoy contigo. Todo va a estar bien.

Me lleva en brazos por delante de los guardias que están apiñados en la oficina y nos lanzan miradas inquisitivas y de preocupación mientras Cameron sube las escaleras en vez de volver al sótano.

Estoy demasiado cansada como para preguntar por qué, así que no lo hago. Tengo problemas mucho mayores bailando como demonios en mi cabeza ahora mismo.

Me suelta con cuidado y se vuelve a poner de pie, mirándome con temor.

—Vuelvo ahora, ¿vale? Tengo que coserme la herida. Volveré para estar contigo en cuanto pueda, ¿sí? —Me acaricia el pelo antes de darse la vuelta agotado y salir por la puerta. Veo el extenso corte que tiene en el omóplato y el corazón me pega un vuelco cuando cierra la puerta tras él.

Me estremezco ante el escalofriante sonido y me hundo en mí misma mientras inspecciono la enorme habitación abovedada.

—Bueno, sin duda casi eres tu propia perdición.

Se me ponen los pelos de punta al escuchar la voz de Reed. Veo que está de pie delante de una de las ventanas que llegan hasta el techo con las manos enlazadas detrás de la espalda.

Me da exactamente igual que esté aquí. Lo único que consigo hacer es emitir un sollozo medio ahogado y caminar directa a sus brazos.

Él suelta una risita ante mis emociones, siempre le ha costado sentir empatía por nada, incluso cuando se trata de mí.

—Da gracias de que Mori consiguió convencer a los guardias para que lo dejasen ir a buscarte sin despertar a Belerik. La verdad es que no estoy muy seguro de qué te habría hecho el teniente ahora que piensa que está muy cerca de conseguir su imperio.

—¿Qué hice? —pregunto sobre su pecho—. ¿Mi escuadrón está vivo? —Formulo la última pregunta en tono triste. Las cosas que vi

me parecieron tan reales que no sé si el prado vacío que vi después era real o no. Se me pone la piel de gallina al recordarlo.

Reed me alisa el pelo con la mano antes de alejarse y darme un toquecito en la coronilla.

—Te volviste loca, casi literalmente, eso fue lo que pasó. Y, sí, están todos durmiendo abajo. —Le pego un empujón por el tono burlón con el que habla. Él sonríe con malicia y yo le doy un manotazo en el pecho en respuesta—. ¿Ves? Ya estás fresca como una rosa —dice en un tono demasiado alegre.

Me paso la manga de la sudadera por la cara y tomo aire para centrarme.

—Acabo de vivir la mayor locura de mi vida, y pasó todo en mi puta cabeza, Reed. Yo no diría que eso es estar fresca como una rosa. —Me clavo los dientes en el labio inferior—. Y creo que le hice un tajo a Cameron en la espalda. —Por lo ronca que tengo la voz, parece que mis gritos también fueron muy reales.

—Ah, sí, y tanto que le pegaste un tajo. La verdad es que fue romántico. Él intentaba sacarte de tu estado de enajenación. Lo vi todo desde aquí…

—¡Reed! —le espeto a punto de derramar lágrimas de ira.

Él levanta las manos en un gesto inocente.

—Vale, vale. Solo intento relajar el ambiente. No sé qué quieres que te diga. Te volviste loca después de que te pusiese la última inyección que Nolan envió con Erik. Me llamó antes de hacerlo y comprobé que debería bastar para salvarte. Aunque supongo que lo veremos con el tiempo. —Levanta un hombro como si fuera así de fácil—. Quise estar aquí por si acaso la cosa se ponía peliaguda, pero la verdad es que consiguió llegar a ti bastante rápido, así que pude verlo desde aquí y tomar notas.

Bajo la vista hacia mis manos. Están rojas y cubiertas de tierra. ¿Es así como se sintió Cam cuando despertó en la última prueba? Excepto que entonces se encontró con mi cuerpo inmóvil y la idea de que a lo mejor me había matado. Es la peor experiencia que puede vivir alguien.

«Es peor que la muerte». La culpa que debió de sentir es inconcebible.

—No me puedo creer que lo atacase —murmuro como si estuviera ida, apoyándome contra la pared de ladrillo y dejándome caer hasta al suelo para acercar las rodillas al pecho. Me siento vacía y completamente exhausta.

Reed se me queda mirando un buen rato antes de sacudir la cabeza por algo que se le acaba de ocurrir, quizá. Se quita la chaqueta y me la coloca sobre los hombros antes de sentarse en el suelo a mi lado.

—Madre mía, lo dices como si le hubieras hecho daño.

Acerco la nariz a la chaqueta e inhalo su aroma. Huele a infancia. Huele como las páginas viejas de nuestras largas noches estudiando y hablando con Reed sobre el mundo tan miserable que heredaríamos algún día.

—Lo hice, Reed. Aunque no pueda sentirlo, es humano. No como tú —mascullo. Reed me da un empujón en el pie y entonces me fijo en sus botas de combate llenas de barro. Parecen exactamente iguales a las que las Fuerzas Oscuras les dan a sus soldados.

—Cállate. —Su mirada sigue fija en la oscuridad de la habitación abovedada.

Nos apoyamos el uno contra el otro y oímos cómo la lluvia empieza a caer sobre el techo de metal. Quiero preguntarle qué planea en realidad, pero sé que sería inútil, así que cierro los ojos y descanso.

Tras un par de minutos, posa su mano sobre la mía. Está fría. Siempre tiene las manos frías.

Lo miro. Tiene los ojos oscuros y entrecerrados, se le nota el agotamiento en la cara.

—Te vas a poner bien. —Su voz es apenas un susurro.

Me río entre dientes.

—Lo dices como si ya lo tuvieras todo resuelto.

—Eso es imposible, pero sé que Nolan ha solucionado casi todos los problemas que daba la droga, así que deberías estar bien. Si no, pues me equivocaba.

Una sonrisa somnolienta se extiende por mis labios y dejo caer la cabeza sobre su hombro.

—¿Ni siquiera te pondrías triste?

Reed descansa la cabeza sobre la mía.

—Ya sabes que me cuesta todo el rollo de las emociones… Dejémoslo en que no estaría contento.

Me río con suavidad.

—¿Aquel día buscaste a Cameron en la granja solo porque tenías la esperanza de hacerte con las pastillas?

—Ajá. Me llamó la atención cuando empezó a tomarlas y no murió como todos los demás. Luego, a medida que iba pasando el tiempo, decidí que quería una muestra para hacer nuestro propio fármaco, para vender, por supuesto. Pero, Emery, ¿estás de acuerdo conmigo en que una droga así no puede salir a la luz?

Su tono está cargado de significado y es una pregunta sesgada. Sé que aquí es a donde quería llegar, pero aún no sé por qué. Por supuesto, mi respuesta es:

—Sí.

—Bien, sabía que opinarías lo mismo.

—¿Te apetece ya contarme tu secreto? ¿El de cómo estás tan enredado en las Fuerzas Oscuras? —Mi voz es apenas un hilillo perdido en la oscuridad.

Reed respira de forma lenta y meditada.

—¿Y eso qué gracia tiene?

—¿Eres un soldado? —pregunto sin rodeos intentando descifrarlo.

Le tiemblan los hombros por una risa reprimida.

—¿De verdad quieres saberlo?

Las escaleras que llegan hasta aquí crujen y los dos levantamos la cabeza cuando Cameron vuelve a entrar. Lleva una sudadera negra con la capucha puesta. Sobre la frente le caen un par de mechones de color rubio pálido. Viene cargado con mantas y una almohada.

Reed me da una palmadita en la pierna.

—Esa es mi señal. —Luego se pone de pie y le hace un gesto con la cabeza a Cameron al salir. Me quedo mirando cómo se va y cierra la puerta tras él. ¿De verdad iba a decirme algo o solo estaba jugando conmigo otra vez? Decido que estoy demasiado cansada como para seguir dándole vueltas.

Cameron se arrodilla delante de mí y deja las cosas que ha subido a mis pies. La culpa que me corroe hace que me encoja. Ni siquiera me atrevo a mirarlo a los ojos.

Cameron nota mi actitud pesimista y suspira con una sonrisa torcida antes de empezar a estirar las mantas para hacer una cama improvisada. Mi reticencia empieza a derretirse capa a capa mientras lo veo quitarse la sudadera y dejar expuesto el hombro vendado. Hay una mancha roja bajo el vendaje.

Me da la espalda para terminar de preparar la cama. Estudio la cicatriz que tiene en el otro omóplato de cuando me protegió del cuchillo con el que Espectro pretendía matarme en la primera prueba. El tono granate y la longitud de las dos hacen que parezca que tuvo alas. Un ángel caído, atado a la oscuridad.

Me incorporo y me acerco a él. Cameron me oye, pero solo lo sé porque se queda quieto y gira la cabeza despacio para mirarme por el rabillo del ojo.

Rozo su cicatriz con cuidado y la recorro con la yema del dedo índice. Un escalofrío lo recorre cuando apoyo la mano sobre su hombro. Él alarga la mano y me sujeta la muñeca para llevar los labios a mis enrojecidos nudillos.

—Lo siento mucho, Cam —susurro permitiendo que mis ojos se posen en el vendaje recién puesto del hombro.

En vez de responderme con palabras, me da otro beso en la muñeca y luego otro en el dorso de la mano. Me pongo de rodillas y le echo los brazos sobre los hombros. La calidez de su espalda se filtra a través de mi camiseta y me llega hasta el alma.

—Em, aceptaría que me apuñalaras dos mil veces, si eso significa que vas a estar aquí conmigo. —Cambia de posición y me guía hasta las mantas, me tumba sobre la espalda y coloca una mano a cada lado de mi cabeza.

Se me agita el corazón.

—No quiero hacerte daño, Cam. Nunca.

Me ofrece una sonrisilla irónica que parece más cansada que juguetona mientras me aparta el flequillo de la frente y lleva los dedos hacia la cicatriz que me dejó.

—Nunca volveré a hacerte daño —me promete mientras pega su nariz a la mía y me mira a los ojos. Se me calienta el pecho y tomo aliento de repente.

El peso del universo permanece en su mirada. Sé que ha tenido

que tomar una segunda dosis de pastillas por la forma en la que le tiemblan los brazos y necesita liberar adrenalina. Siento un cosquilleo en las venas allí donde mi piel roza la suya.

Se da cuenta de que respiro de forma entrecortada y no dejo de recorrer los músculos de su pecho con la mirada. Se le marcan las venas del cuello, que están ligeramente cubiertas por sus tatuajes: el bosque que le envuelve el cuello, las hojas que bailan por su clavícula y el que oculta la cicatriz que le dejó su madre.

Me inclino y le doy un beso en el cuello. El gesto basta para que se derrumbe sobre mí y me arrope entre sus brazos como si pudiera protegerme de todo lo que está mal en el mundo. Cameron enreda los dedos en mi pelo, inhala mi esencia y un suspiro angustiado escapa de sus labios.

—Pensé que te había perdido, Emery. —Su mirada está llena de tristeza.

Se le eriza la piel por el aire frío mientras mis manos se deslizan por su espalda desnuda.

—No sabía lo horribles que eran las alucinaciones con la última inyección. Pensé que había matado a todo el escuadrón… Y luego creí que lo habías hecho tú. —Trago saliva para deshacer el nudo que tengo en la garganta.

Cameron apoya la frente contra la mía y nuestros alientos se mezclan cuando me aprieta contra su pecho y me echa una manta por encima.

—Sí, pueden ser un espanto —admite.

—Lo…

Cameron me da un beso y me roba las palabras.

—Basta de disculpas. Durmamos un poco, ¿vale? Por la mañana te sentirás mucho mejor y podrás volver a ser la misma descarada de siempre. —La forma en la que sonríe y ese ligero acento británico es increíblemente contagioso.

Sonrío y me acurruco en su cuello.

—¿Cam?

—¿Qué? —Su aroma a abedul se mezcla con el tono grave de su voz.

—¿Crees que nuestras vidas serán más cortas por culpa de las

pastillas de la muerte? Si conseguimos escapar, quiero decir.

Hace un sonido pensativo.

—No lo sé, pero ¿sabes una cosa?

—¿Qué? —Cierro los ojos medio adormilada mientras su perfecta voz me arrulla.

Su risa me retumba en el pecho.

—Aunque sean más cortas. Voy a vivirlas todas a tu lado, Em. Te quiero. Te añoro hasta en mis sueños. —Me da un beso en la frente mientras me abraza con fuerza. Nunca había caído en un sueño tan profundo.

Capítulo 35

Cameron

Thomas se pasa la enorme mano por la mandíbula y se queda mirando su reflejo durante unos instantes en el espejo de mano.

Me pregunto qué verá. ¿Se verán mis compañeros de escuadrón como los monstruos en los que nos hemos convertido al seguir órdenes como si fuéramos bestias salvajes y sin cerebro?

En el fondo sé que ni siquiera puedo contemplar la idea de cumplir la orden que me ha dado Nolan. ¿Ejecutar a mi propio escuadrón? ¿A Emery? No existe ninguna realidad en la que pudiera hacerlo. Aprieto las manos a los costados furioso.

Convertirme en sargento jamás podría ser tan importante para mí. Puede que en el pasado fuera mi principal objetivo, pero la vida siempre encuentra la forma de enseñarte lo que importa de verdad, ¿no?

Bajo la vista hacia donde la mano de Emery descansa sobre mi muslo.

Nada me hará cambiar de opinión. Cierro los ojos con determinación.

La escogería a ella por encima del mundo entero si tuviera que hacerlo.

El avión se agita al llegar a la altura máxima y atravesar las nubes. Gage tiene los auriculares puestos y se está animando a sí mismo para que le suba la adrenalina.

Me aseguré de que Damian y Espectro entendiesen cuál es su papel a la hora de proteger a nuestros compañeros, si podemos. Tenemos que ejecutar el plan a la perfección, aunque, sea como sea, los rastreadores de Gage y Thomas van a ser una molestia tremenda. Tenemos que cubrírselos en cuanto iniciemos el plan alternativo.

«Hoy no va a morir ninguno de nosotros», repito en mi cabeza mientras los miro uno a uno. Ni siquiera el teniente Erik, si puedo convencerlo. En caso contrario…

Cierro los puños sobre las piernas y sacudo la cabeza para pensar en otra cosa. No sé si sería capaz de matarlo.

Ya me preocuparé por eso cuando llegue el momento.

Emery hace rebotar la pierna a mi lado. Sé que está muy nerviosa. Joder, y yo también.

Le pongo una mano en el muslo y le doy un apretón para tranquilizarla. Ella respira hondo y entrelaza su brazo con el mío.

Estos pequeños gestos de consuelo lo significan todo.

—Mori como en conquistar —murmura sobre mi oreja mientras me pasa la mano por el pelo revuelto y despeinado por el viento. Sonrío e inclino la cabeza hacia ella. Casi echo de menos cuando se metía conmigo y decía que mi nombre significaba muerte, pero me parece mucho más entrañable que haya aceptado lo que Mori significa para mí. Me calienta el corazón.

—Morphine, como la diosa de los sueños —le respondo.

Ella suelta una risita y ojalá pudiera oírla en bucle durante el resto de mi vida. Es el sonido más dulce que he oído jamás.

—¿De verdad significa eso? —Alza una ceja con escepticismo.

—En griego latinizado sí. Lo vi hace poco en uno de mis libros. —Le guiño un ojo. Ella sacude la cabeza, pero no deja de sonreír.

Erik se coloca en el centro de la cabina de la aeronave mientras uno de los pilotos desbloquea la puerta de salida y la abre.

—Seis mil pies. Preparaos para saltar, escuadrón Furia. Manteneos juntos y recordad que vuestra misión es eliminar a Greg Mavestelli, no traerlo con vida. —El teniente pasa por delante de cada uno de nosotros con una foto del padre de Emery para hacer un recordatorio general de qué aspecto tiene.

Emery tensa los músculos cuando le toca a ella y baja la vista hacia sus rodillas.

—Me iba a guardar esto para después, pero, soldados, si completáis la misión con éxito, el escuadrón Furia será el primer equipo en ganarse el indulto para abandonar las Fuerzas Oscuras. —Erik deshace el camino de vuelta a su sitio dando zancadas lentas y

firmes. A Thomas y a Gage se les ilumina la cara. La esperanza brilla en sus ojos y hace que se me revuelva el estómago lo fácilmente que se lo han creído.

Nos ponemos en fila y nos preparamos para saltar. Me coloco la máscara de oxígeno y aseguro las gafas sobre los ojos. Ninguno de nosotros llevamos ni un centímetro de piel a la vista. Los uniformes que llevamos son de color negro mate y su índice de brillo es nulo, lo que hará que sea casi imposible vernos en la oscuridad, ni siquiera si nos apuntan con una linterna.

Em se aprieta las protecciones de los antebrazos y se engancha el rifle en el pecho. Desde luego espero que no se produzca un puto tiroteo antes de aterrizar, pero al menos estaremos listos si ocurre. No sería descabellado suponer que tienen a gente en los tejados, así que vamos preparados.

Doblo las manos, preparándome para adentrarme en un clima gélido y no puedo perder ni un ápice de conciencia. Emery se tomó las pastillas antes de embarcar y yo tomé un par extra por si acaso todo se va a la mierda.

El aire azota sin piedad mientras nos acercamos a la puerta de salida. Oigo a Emery a través de los auriculares.

—No hagas nada que yo no haría, Mori. —Su tono es ligero y chistoso al repetir lo que dijo Dominic en las pruebas del Descenso. Reprimo una risa.

—Lo mismo te digo, Morphine. —Contesto fijándome en cómo cambia el peso de un pie a otro mientras me mira por encima del hombro. Ojalá pudiera ver cómo esos dulces ojos me lanzan una mirada cargada de lo que quiera que esté sintiendo tras el equipo y la máscara de oxígeno, pero me conformo con que me levante la barbilla e imite el gesto de pegarme un tiro antes de volver a mirar hacia delante.

«Allá vamos».

Respiro un par de veces rápido para que la sangre me suba a la cabeza.

Erik levanta la mano y los milisegundos se vuelven eternos en este momento, el silencio de los auriculares es violento y cada aliento que tomo me revitaliza.

La voz de Erik suena afilada, como una bala atravesándome el oído.

—Matad a Greg Mavestelli, escuadrón Furia. ¡Saltad, saltad, saltad! —grita por el micrófono y la fila se precipita directa a la oscuridad. A 6000 metros de altura. En el medio de la nada. En un lugar en el que el tiempo se detiene ante la sangre que se derramará esta noche.

Emery salta sin dudar. La imagen que tengo ante mí se parece mucho a lo que me imagino que será tirarse de cabeza al infierno. La línea de salto se corta a mis espaldas y me libera del avión. Después, la nada nos engulle. El cielo nos consume con avidez mientras caemos en picado entre ráfagas de viento huracanado.

El corazón me retumba en los oídos. Empiezo a notar la fiebre en las venas. La adrenalina me recorre el cuerpo y me electrifica las extremidades. «Céntrate». Aprieto los dientes y observo la oscura figura de Emery cayendo con gracia como si fuera una paloma abatida. Tiene las manos extendidas a los lados y toca la condensación atrapada en las nubes.

Por mucho que me encante ver lo puto impresionante que es, mi corazón anhela una vida más cálida y amable. Una que me da miedo que vaya a evitarnos hasta el fin de los tiempos, pero haré todo lo que esté en mi mano para asegurarme de que al menos podamos catarla.

Lo juro.

Thomas se coloca en formación y los otros lo seguimos a la perfección. Tanta práctica sin descanso a lo largo de las últimas semanas ha hecho que se nos dé de puta madre. Al único que le cuesta, claro, es a Damian. Es incapaz de colocarse bien por mucho que lo intente.

—¡Red Turtle, ponte derecho! —grita Thomas por los auriculares y tengo que reprimir una risa—. Mil doscientos metros. Separaos, tened cuidado con los edificios y recordad que sois objetivos.

Cada uno se inclina en la dirección que practicamos en el entrenamiento y nos dispersamos para abrir el paracaídas con seguridad. De verdad espero que las especificaciones que tenía Erik de las alturas de los edificios sean correctas, porque ahora mismo

estamos jugando con fuego.

—Seiscientos metros. Abrid el paracaídas. ¡Os veo abajo, cabrones! —Thomas vuelve a sonar más como él mismo ahora que volvemos a la rutina.

—¡Sí, joder! —ruge Gage mientras tira de la cuerda.

El subidón de entrar así a un campo de batalla es excitante y tengo que apretar la mandíbula para evitar que las endorfinas me vibren en el cerebro.

Los demás abrimos el paracaídas y luego hay un silencio sepulcral mientras intentamos oír cualquier movimiento o sirenas debajo. El hecho de que justo esta noche haya una capa de nubes baja y espesa nos va a joder de lo lindo. Las gafas de infrarrojos y visión nocturna no sirven para nada contra los elementos atmosféricos como las nubes.

—Preparaos para el aterrizaje, podría… —La voz de Thomas se corta cuando se estrella contra el tejado de un edificio alto. Noto la sangre en los oídos mientras veo su cuerpo rodar un par de veces.

—¡Power! —grita Gage. Joder, qué mala pinta tenía eso.

—¡Mierda! —maldigo y doblo las piernas para prepararme. Sé que debería centrarme en lo que tengo debajo, pero desvío los ojos hacia Emery por puro instinto. Sigue en formación y vigila el suelo esperando encontrar cualquier cosa. «Buena chica». Respiro aliviado.

Espectro se mueve justo a tiempo para evitar un árbol. Damian aterriza en un tejado bajo.

Tengo la frente empapada en sudor. Al menos no oímos a los guardias ni ninguna alarma, a lo mejor la capa de nubes no nos ha venido tan mal.

Por fin vemos la antigua calle empedrada. No veo a ningún guardia en las proximidades. «Es un consuelo», observo mientras aterrizo sin problema y desengancho el contenedor del paracaídas de inmediato. Desenfundo el cuchillo de combate y me dirijo hacia Emery sin perder el tiempo.

Aterriza sin dificultad y se deshace del contenedor con facilidad. Oigo su voz con claridad a través del casco y me alegro de oír su dulce voz.

—Hemos aterrizado varios edificios más lejos de lo debido.

Hago un barrido rápido de la zona. Aquí abajo las nubes se han convertido en una niebla densa, así que me levanto las gafas de visión nocturna, ya no sirven para nada.

—Hay que volver a la ubicación designada enseguida. No me gusta lo silencioso que está todo esto.

Emery asiente y también desenfunda su KABAR mientras avanza en una postura lista para matar.

El contraste entre verla luchar así en comparación a lo que vi en las pruebas es brutal. Aunque, antes, en el medio del bosque y rodeada de otros cien cadetes se encontraba fuera de lugar. Sin embargo, aquí es la cazadora en el mundo que siempre ha conocido. La forma en la que se mueve con fluidez a través de las piedras irregulares, usa los edificios para cubrirse, examina la zona y luego se mueve en cuestión de segundos es impresionante.

La verdad es que hace que parezca que soy torpe de cojones. Lo mío es más entrar a saco a matar gente.

Me estremezco y giro la cabeza a la derecha en cuanto oigo la ametralladora de Espectro acribillando una pared de piedra y puede que también a los guardias que estuvieran detrás.

—Adiós a la tapadera —gruño mientras miro hacia Emery para aumentar el ritmo.

—¡Agáchate! —grita Em y doblo las piernas al instante hasta quedar de rodillas. Ruedo hacia un lado para apoyarme en una rodilla y levantar el rifle en un segundo.

El silbido de su cuchillo cortando el aire termina con un fuerte golpe seco y el ruido de un cuerpo al desplomarse.

Emery corre hacia allí y arranca sin piedad el cuchillo de la cara del guardia. Empieza a brotar sangre, pero ella no pierde ni un segundo. Se limpia la sangre en el chaleco para después pasar a mi lado y darme una palmadita en el hombro para decirme en silencio que mueva el puto culo.

Me movería con más facilidad si verla matar no me provocase una erección de la hostia. Gimo y me toco la polla para calmarme.

La sigo y mantengo el rifle apuntando hacia dondequiera que mire.

Las balas empiezan a iluminar el cielo, y van dirigidas al edificio

más alto. Supongo que han visto a Thomas. «Al menos eso significa que está bien». Mantengo la cabeza baja y sigo avanzando.

—Me están acribillando en la azotea, he visto movimiento en el edificio objetivo y el que está justo al lado. Se sospecha que el objetivo está en uno de ellos, seguramente… —La voz de Thomas se corta por el rugido de más disparos.

Pasa un rato sin que nadie diga nada.

—Volt, ¿Red Turtle y tú estáis en el objetivo? —digo en un tono grave y vacío mientras aprieto el gatillo y le meto dos balas en el pecho al guardia antes de dispararle una tercera entre los ojos.

Gage habla sin aliento, parece que está corriendo.

—Red Turtle no aterrizó conmigo, pero estamos de camino a reunirnos en el edificio objetivo.

Más disparos de gran calibre de la ametralladora y la voz de Espectro retumba en los auriculares.

—¡Muro destruido! ¡Eliminando a los guardias, pero necesito que Mori y Morphine se den prisa, hostia! —Apenas se le oye con el ruido de las balas que despide su arma. Tendrá que recargar pronto.

Emery suspira antes de contestar.

—De camino, imbécil. —Gira bruscamente a la izquierda y nos topamos con cuatro hombres armados. Deben de habernos oído llegar porque empiezan a disparar de inmediato.

Se me sacude el hombro hacia atrás por un impacto, pero inspiro hondo y disparo hacia el frente. El primer guardia cae cuando le reviento la rodilla y el segundo intenta agarrarse el cuello del que brota sangre.

El subidón de euforia me invade el cuerpo entero y de mis labios brota una risa maníaca.

Emery lanza un cuchillo al muslo del guardia y, cuando el otro intenta huir, le clava otro cuchillo en el culo.

Estallo en carcajadas.

—¡No puede ser que acabes de hacerlo!

Hace un pequeño baile de la victoria mientras saca la pistola y le vuela los sesos al tío del cuchillo en el muslo.

—No podía dejarte solo con la historia. Tienes que verlo, mira.

Observo con cautela cómo el guardia intenta sacarse el cuchillo del

culo. Se me escapa una risa mientras apuñalo con violencia a uno de los guardias que derribé en el corazón.

—Joder, cuánto te quiero —digo mientras me pongo de pie. Dios, ojalá pudiera besarla en este preciso instante, pero termino chocando mi casco contra el suyo. Ella suelta una risilla antes de arrancarle el cuchillo del culo al pobre fulano y después los dos le rajamos la garganta, uno de cada lado, por lo que lo decapitamos en un movimiento.

El pulso me va ridículamente rápido mientras la sangre cae a nuestro alrededor como si fuera lluvia.

—Yo también te quiero, psicópata. —Me da un golpecito con la empuñadura del cuchillo y la observo tomar la iniciativa una vez más. Adoro este lado loco y salvaje que tiene. En la primera misión fue el humo rosa y ahora su humor negro. Está claro que va a ser mi perdición.

Espectro está a una manzana de distancia y ya está de rodillas con un guardia tras él sosteniéndole un cuchillo contra el cuello.

El hombre grita.

—¡Tirad las armas o…!

Alzo el rifle y le meto una bala en toda la boca sin darle tiempo ni a terminar la frase. Se cae hacia atrás y Espectro empieza a partirse de risa. Está tan cubierto de polvo y sangre que parece que está loco.

—Joder, le dije que me matase de una vez porque ibas a hacer eso. —Recoge la ametralladora y señala con la cabeza hacia el interior de un enorme edificio—. ¡Vamos, hostia!

Emery le choca los cinco mientras se cuela dentro y yo le doy un empujón de ánimo con el hombro.

«Hostia puta, nunca me había sentido tan vivo».

Capítulo 36

Emery

Matar a los secuaces de mi padre resulta catártico en cierto modo. Ya no siento la misma culpa que cuando me obligaron a matar a otros cadetes en las pruebas del Descenso.

No siento ningún remordimiento por la muerte de esta gente y sin duda tampoco por la de mi padre. Ojalá se esté cagando en los pantalones ahora mismo y esté en una reunión de emergencia con Reed.

Sería muy poético que su mano derecha, a quien acogió en su propio hogar, lo traicionase de esa manera.

Espectro va hacia el pasillo de la izquierda y nos hace un ligero gesto con la cabeza. Tiene la cara cubierta de sangre y su sonrisa es, como mínimo, inquietante. Se lo está pasando de miedo aquí fuera. La verdad es que me alegro de que terminase asignado a Furia.

Cameron permanece pegado a mi lado y se para en seco cuando llegamos a un cruce de cuatro vías en el vestíbulo.

—Volt, ¿Red Turtle y tú estáis juntos y de camino al objetivo? —Su voz suena plagada de emoción. Yo también la siento, la adrenalina es tan fuerte que parece que se me va a salir el corazón del pecho. Es un poco jodido que las pastillas de la muerte me hagan sentir así de bien, pero no pienso quejarme.

Damian responde:

—Mori, tenemos un problemilla. Aún no hemos entrado en combate, pero estamos atrapados entre dos patrullas en la cuarta planta. Necesitamos que os deshagáis de ellas.

—Entendido —dice sin pensar antes de volver la mirada hacia mí como un relámpago. Me inspecciona durante un segundo.

Sé que tengo un par de impactos, pero aún no noto ninguna

dificultad y estoy demasiado alterada como para saber dónde fue, así que me limito a asentir.

—Estoy bien. —Cameron duda, pero lo acepta.

En el interior avanzamos mucho más despacio que fuera. Las paredes forman un laberinto de piedra. Es probable que la estructura sea de los años cincuenta, así que las escaleras originales se derrumbaron hace tiempo y han construido unas nuevas de hierro que hacen mucho ruido bajo las botas de combate. La suela se sigue enganchando en los bordes estriados de los escalones de metal. Me incomoda llamar tanto la atención.

Le doy la espalda a Cameron mientras subimos. Él apunta el rifle hacia el frente y yo cubro la retaguardia.

La ruidosa ametralladora de Espectro ruge con fuerza y resuena por los pasillos. El techo se desmorona y caen trocitos de escombro al suelo y nosotros quedamos cubiertos de lo que me parece arcilla seca.

—Tranquilo, Herc —espeto en el micro.

La risa de Espectro es salvaje.

—¡Pararé cuando no haya tantos!

—Joder —me susurra Cameron—, ¿tu padre siempre ha tenido tantísimos hombres a su disposición en terreno extranjero? —Me mira antes de avanzar al siguiente tramo de escaleras hasta el tercer piso.

—No, debe de haber solicitado ayuda a las otras familias.

Sabe Dios que la familia Mavestelli tiene un arsenal de favores a cobrar porque Greg lleva años guardándoselos. La previsión siempre fue su punto fuerte. Sabía que, tarde o temprano, sus negocios turbios le pasarían factura.

Cameron avanza como un león, cada paso y movimiento que da es calculado y tiene años de práctica detrás. Entrecierra los ojos al llegar a la cuarta planta. En cuanto alcanzamos el descansillo, una granada rueda hasta nuestros pies.

Mi mente vacila y me quedo mirándola con el corazón en un puño.

—¡Aparta!

Cameron me placa y bajamos rodando un tramo de escaleras. Me sujeta con fuerza contra el pecho mientras nos golpeamos varias

veces con los escalones de hierro. Me quedo sin aliento cuando me golpeo las costillas contra la barandilla.

La explosión sacude las escaleras y hace un agujero en las paredes de arcilla de la entrada a la cuarta planta. Estamos cubiertos de escombros, pero, antes de que pueda evaluar los daños en mi cuerpo, Cameron ya me está levantando y empujándome escaleras arriba. Se arranca la máscara, que está hecha trizas, y la tira.

—¡Tenemos que seguir avanzando! —dice con dificultad mientras aprieta la mandíbula. El miedo se apodera de mí al verlo. Tiene la parte inferior de la cara empapada de sangre espesa por el polvo que se mezcla con ella sobre su piel. Parpadea, me mira a los ojos y su rostro refleja la misma expresión atormentada que siento en mi cara. Se me para el corazón.

El ojo de la cicatriz también está lleno de sangre, y me trae recuerdos de las pruebas y el hecho de que no importa que no sintamos nada, seguimos siendo humanos.

No somos más que monstruos entrañables de carne y hueso.

Estalla otra explosión, esta vez en algún punto del primer piso. El polvo y el humo ascienden por las escaleras y nos pone en movimiento de nuevo. Saltamos por encima de los escombros y llegamos a la cuarta planta. Cameron señala con la cabeza a una habitación oscura con la puerta entreabierta y vamos hacia allí sin perder el tiempo. Registra rápido la sala antes de centrar su atención en mí.

—¿Dónde estás herida? —dice en un tono apresurado y alarmado que derrite mi determinación. Le tiemblan las manos y están llenas de manchas rojas y marrones. Algunos de sus dedos parecen estar doblados hacia donde no deberían, pero solo tiene ojos para mí y mis heridas.

Me tomo un segundo para hacer inventario de mi cuerpo. La presión y un líquido caliente emanan de múltiples zonas, pero en algunas es peor que en otras.

—No puedo mover el brazo izquierdo. —«Joder, creo que me lo he vuelto a dislocar». Cameron se coloca detrás de mí y toma aire de forma entrecortada antes de volver a encajármelo en su sitio. La presión desaparece y da paso a otra.

Bajo la vista hacia el tobillo, que descansa en un ángulo grotesco.

—Me cago en todo. —Respiro hondo un par de veces. ¿Subí con el pie así por las escaleras? Me tiemblan las extremidades y empiezan a castañearme los dientes.

Supongo que no se puede bloquear por completo la respuesta a un trauma físico. El corazón me late más rápido y más fuerte, advirtiéndome de que nos estamos acercando al límite de la conmoción que es capaz de soportar.

Cameron maldice y me mira el tobillo.

—No sé si podré recolocártelo —dice con voz temblorosa. Me mira con una expresión de pánico que le deforma el rostro.

—Inténtalo —murmuro mientras saco una jeringuilla de morfina y me la clavo en el muslo. Los temblores se convierten de inmediato en sacudidas leves. Dejo escapar un suspiro de alivio.

Asiente y traga saliva mientras sitúa las manos a ambos lados de mi pierna y pega un tirón para colocarla en su sitio. Una descarga eléctrica me recorre la pierna derecha hasta la cadera. La sensación es tan extraña que pego un grito.

—Mierda, ¿estás bien? —Se mueve para inspeccionarme, pero se queda paralizado agarrándose el pecho.

—¡Cam! —Lo empujo y le inclino la cabeza hacia arriba para que las vías respiratorias le queden despejadas. Le cuesta respirar y lo hace de forma entrecortada. Se le desenfoca la mirada y solo mira al techo mientras se lleva una mano al corazón—. ¿Qué hago? —lloro— ¡Cameron! ¡Cameron!

Le desabrocho el chaleco y le subo la camiseta. La sangre ha empapado la tela y en cuanto la quito de en medio veo que tiene dos agujeros de bala: uno en el hombro y uno en el lado derecho. No son letales, pero a lo mejor su cuerpo está entrando en estado de shock. O a lo mejor ha llegado a su límite después de tantos años. Puede que su cuerpo se esté negando a seguir así.

—¿Cameron, qué te pasa? ¿Necesitas morfina? —susurro mientras sujeto la última dosis que me queda. Él me mira y esboza una sonrisa forzada. Es tan débil que tengo que morderme el labio para contener un sollozo.

—No sé qué me pasa. No siento dolor… No siento… —Se queda

como ido un segundo mirando otra vez al techo antes de parpadear e intentar levantarse—. Joder, no sé qué le pasa a mi cuerpo.

Le pongo las manos en el pecho y lo mantengo tumbado para hablar por el micro.

—Volt, Red Turtle, Mori está herido. Repito, Mori está herido. ¿Dónde estáis? —Pasan unos segundos terribles antes de que por fin responda alguien, aunque no es la voz que esperaba escuchar.

—Sigue adelante con la misión, Morphine. No nos detenemos, ¿recuerdas? —La voz insensible de Erik me hiela la sangre.

Bajo la vista hacia Cameron. Está destrozado. Peor, aún lleva los auriculares puestos y ha oído el tono indiferente en la voz de su figura paterna. Una sonrisa con lágrimas en los ojos se le dibuja en los labios.

—Ya lo has oído. Estoy bien. Solo tengo que recuperar el aliento. —Una tos seca lo deja sin respiración y vuelve a apoyar la cabeza en el suelo.

Lo último que quiero es dejarlo aquí, pero una vocecita me dice que si termino rápido con esto, podremos ponerle fin a todo y ser libres por fin. «¿Cómo vamos a escapar si está incapacitado?». Dejo de pensar en eso. Lo sacaré de aquí.

Aunque tenga que cargar con él hasta el inframundo.

Si él cae, yo también.

—Volveré a por ti, te lo prometo. —Le doy un beso en los labios llenos de sangre y noto su sabor a hierro en la lengua—. Te quiero, Cameron. —Trago saliva para deshacer el nudo en la garganta que intenta impedir que hable—. Joder, te quiero y no te doy permiso para morir, ¿vale? —Mi expresión debe de darle mucha pena porque maldice y deja que las lágrimas le resbalen por la sien.

—No voy a morir. Y una puta mierda. —Sonríe y un pequeño destello de fuego le arde en la mirada—. Te quiero. Enseguida iré contigo.

Asiento, aunque espero que se quede donde está, y me obligo a ponerme de pie. Si no me voy ya, nunca seré capaz de abandonarlo.

Escucho la voz de Espectro por los auriculares.

—Morphine, estoy subiendo. Sigue adelante, yo me encargo de él.

Suelto un suspiro de alivio.

—Gracias, Herc.

Preparo dos bengalas, me meto en la boca las dos últimas pastillas que me quedan y las muerdo hasta formar una pasta amarga que hace que el corazón me duela un poquito menos. Solo me quedan dos cargadores, cuando los agote, estaré sola hasta encontrar a Gage y Damian.

El ruido de los disparos retumba en los pasillos y los auriculares crepitan a medida que me acerco al centro del edificio.

«¿Por eso no respondían? Puede que tengan un inhibidor de señales».

Me arrodillo al doblar la esquina y meto diez balazos a los dos guardias que se movían sigilosamente en la dirección opuesta. Hace mucho tiempo que me desprendí de cualquier atisbo de compasión que albergase mi corazón. Nada impedirá que acabe con este imperio dejado de la mano de Dios.

Tras matar a un par de hombres más, que me disparen en el antebrazo antes de cortar una yugular y dejar el cuchillo atrás porque no fui capaz de arrancarlo de la mandíbula de uno de los guardias, por fin encuentro a Damian y Gage.

Se les ilumina la cara en cuanto me ven y yo siento el mismo alivio.

—Pensábamos que íbamos a tener que ejecutar la misión nosotros solos —se queja Gage. No tiene ni un puto rasguño y eso me da ganas de reírme.

Casi siempre sale indemne, no tiene ningún puto sentido. Supongo que tiene suerte.

«O se le da muy bien esconderse», pienso.

Por otro lado, el uniforme de Damian está cubierto de tierra y arañazos, aunque solo su guante izquierdo gotea un poco de sangre.

—Hostia puta, tienes una pinta terrible. —Damian abre los ojos de par en par y tira de mí para que me agache a su lado. Entonces me fijo en que hay un guardia a su lado. Me da un vuelco el corazón y alzo el rifle para dispararle, pero Gage coloca la mano sobre el silenciador de inmediato.

—Eh, tranquila. A este nos lo quedamos —me regaña Gage.

Los miro como si estuvieran locos.

—¿Por qué?

Damian saca pecho.

—¿No recuerdas cuál es mi especialidad? —Me guiña un ojo.

Es verdad, a Bree y a él se les daba genial manipular a la gente y conseguir información.

Gage añade:

—Nos está guiando hasta Mavestelli.

Le echo otro vistazo al guardia y me fijo en lo joven que es. El miedo se refleja en su rostro. Baja la cabeza hacia mí y susurra:

—Señorita Mavestelli, es un honor. —Abro los ojos de par en par y Gage y Damian comparten una mirada de desconcierto.

—Joder, no sabía que estuviéramos en presencia de la puta realeza —susurra Gage con ironía.

Damian le sigue el rollo.

—Madre mía y tanto. ¿Quiere un aguacate con la puta tostada, *milady?*

—Hacéis el dúo de idiotas perfecto, ¿lo sabíais? —les espeto antes de mirar al guardia fijamente—: Date prisa y llévanos hasta mi padre.

Capítulo 37

Cameron

Cuando Espectro por fin llega, ya soy capaz de volver a apretar los puños. Deja la pistola a un lado y abre el bolsillo izquierdo del chaleco para sacar una inyección negra.

Gruño mientras intento levantar la cabeza sin éxito.

—Esa no. Estoy bien, solo necesito un segundo.

Espectro sacude la cabeza, y tiene los cojones de mirarme como si se compadeciera de mí. Se quita uno de los guantes negros y manipula la jeringuilla con cuidado.

—Es lo único que tengo. El teniente Erik me dijo que os la inyectase a ti o a Morphine si la necesitabais, y que no puedas levantarte es una muy buena razón. —Me sube la manga.

—Todavía no la han probado. Podría… —Hago una pausa y aprieto los dientes mientras un sabor agrio me sube por la garganta. Un destello de angustia brilla en los ojos de Espectro—. Podría matarme.

Él baja la mano y maldice.

—Entonces, ¿qué hacemos? No puedo inyectarte esto y esperar que Emery me siga mirando como siempre. —Se gira hacia la puerta al oír pasos que se acercan, levanta la pistola y le dispara a un guardia en el pecho que parece que solo intentaba encontrar un escondite.

Respiro hondo e intento moverme otra vez, pero los músculos y tendones se niegan a escucharme.

—Joder. —Exhalo y cierro los ojos.

Mi escuadrón me necesita, pero, sobre todo, Emery me necesita. Tengo que sacarla de este mundo miserable aunque sea lo último que haga. Aunque signifique que no volveré a casa con ella. Si puedo seguir hasta que echen a correr hacia el puto horizonte,

entonces lo haré.

—Pónmela —le ordeno. El edificio vibra por otra explosión y los gritos resuenan por los pasillos. Se oye una voz quebrada y dolorida por los auriculares antes de que se corte, y el estómago me da un vuelco—. ¡Rápido! —le espeto.

Espectro me lanza una última mirada de duda antes de morderse el labio y clavarme la aguja en la arteria radial.

—Vamos, hostia —grita mientras empuja el émbolo.

El líquido negro penetra en mis venas y el calor y el ardor me recorren el torrente sanguíneo. Mi reacción es incorporarme de un salto, con los ojos muy abiertos y el corazón martilleándome en el pecho a mil por hora.

—¡Hostia puta, te ha despejado de golpe! —Espectro me sonríe con malicia mientras se vuelve a poner el guante y recoge la ametralladora.

Me fijo en las manos y en cómo ya las muevo con facilidad. «Nolan, ¿qué has creado?». Noto la electricidad en todas las células de mi cuerpo. Se me nubla la mente y siento como si todo se moviese a tirones.

Agarro el rifle de asalto y lo recargo.

—¿Estás bien? —Espectro me da una palmadita en la espalda cuando paso delante de él.

Le respondo con un gruñido y salgo empujando la puerta con el hombro, pisándole la espalda al guardia muerto. El crujido desata algo en mi interior que me hace sonreír y que las endorfinas fluyan por mi cuerpo.

Una sensación familiar, la más fuerte que he sentido jamás, se cuela en mi mente. Me giro y miro a Espectro mientras la oscuridad me nubla la vista y la necesidad de matar se desliza por mis dientes como si fuera veneno.

—Mejor que nunca.

Capítulo 38

Emery

El guardia nos lleva hacia una ventana orientada al este y señala hacia el edificio adyacente. Alzo una ceja.

—¿Qué?

—Mavestelli y sus socios más cercanos están allí. —Señala hacia la quinta planta donde apenas se ve un cable que conecta los dos edificios.

Gage me echa un poco hacia delante para poder echar un vistazo.

—Estás de coña.

Exhalo con frustración. Tampoco es que quejarme vaya a cambiar las cosas.

—Tú primero. —Empujo al guardia que asiente y sale por la ventana y serpentea pegado a la pared hasta la escalera que hay al lado de la estructura.

Damian gruñe.

—¿Y si corta el cable al llegar al otro lado?

Aprieto los labios y se me ocurre una idea.

—¿Thomas no tenía un lanzamisiles? En cuanto subamos, deberíamos volver a tener señal, así que, si corta el cable, le decimos que los vuele por los putos aires.

Los dos se ríen, y Gage me da un golpecito en el casco.

—Qué sentimental te pones sobre la muerte de tu padre —bromea. Eso solo hace que sujete el rifle con más fuerza. No es que quiera matarlo ni disfrutar haciéndolo, pero es algo que hay que hacer. No podemos dejar que siga por este camino.

Greg Mavestelli tiene las manos manchadas de sangre. Me detengo y miro hacia lo ensangrentados que están mis propios guantes. Cuando pienso en todo lo que podría haber sido…, esta nunca fue una de las opciones.

—Mierda, es imposible que consiga llegar. Me corté la mano al aterrizar tras atravesar el edificio y no podré agarrarme tanto tiempo. Ni siquiera hay asas. —Damian agita la barra a su alrededor como si no lo viéramos claro como el agua.

—O te sujetas o te estampas contra el suelo —dice Gage con seriedad mientras le indica al guardia que proceda.

Observamos en silencio cuando engancha la vara encima del cable y se desliza hacia el espacio oscuro entre los edificios. Entrecierro los ojos y lo veo agitando los brazos al otro lado.

—Ha llegado. Gage, te…

Mi voz se desvanece cuando Espectro entra por la puerta de repente. Está cubierto de sangre de pies a cabeza. Le falta el casco y tiene un corte muy feo en el lateral de la cabeza. Nos lanza una mirada perdida y murmura una única palabra. —Corred.

Los demás nos quedamos paralizados.

En un segundo Espectro está ahí de pie y al siguiente lo han derribado al suelo con violencia, la sangre surca el aire y salpica los viejos suelos de piedra.

Todo se queda en el más absoluto silencio, y rechino los dientes mientras el terror me invade los huesos. Cameron está encorvado junto a Espectro, y se pone de pie despacio mientras saca el cuchillo del costado de nuestro compañero de escuadrón.

Cameron gira la cabeza hacia nosotros de golpe, tiene los ojos negros como si fuera un demonio. Uno de ellos le sangra y los dos brillan frenéticos y salvajes.

«La inyección negra».

El tiempo me pisa los talones mientras grito.

—Gage, ¡lárgate de una puta vez!

Gage ya ha enganchado la vara en el cable, así que le pego un empujón. Suelta un grito entrecortado antes de empezar a deslizarse.

Damian se pone a mi lado y alza su MK-17.

—Voy a tener que matarlo, Emery —dice con voz lastimera. Sacudo la cabeza con vehemencia y me coloco delante de él.

—Te mataré si lo haces. Ve y elimina al objetivo —le gruño. Emite un sonidito de protesta, pero entonces Cameron sacude la sangre de

Espectro del cuchillo y reajusta el agarre.

—No te mueras. —Damian suena hecho pedazos por tener que dejarme atrás, pero yo suspiro aliviada cuando lo hace.

Cameron camina despacio alrededor de la habitación, y me mira con unos ojos que recuerdo demasiado bien. Son los mismos que conocí justo antes de que intentase quitarme la vida.

—¿Otra vez la misma historia? —suelto, digo amargamente.

Él ni siquiera pestañea. Es como si no fuese capaz de oír nada ahora mismo. Las venas de su brazo izquierdo son más oscuras que las demás, lo que significa que ahí fue donde le inyectaron la droga. Quiero gritar y dejarme caer al suelo con los huesos fatigados y rendirme al dolor. Quiero descansar de una puta vez. Quiero a Cameron a mi lado. Quiero que tengamos un poco de paz.

Pero esto tiene que acabar.

Lo miro mientras las lágrimas me resbalan por la cara. Su mandíbula es afilada y está llena de moratones y arañazos que me desgastan el alma. Esos ojos verde salvia me atraviesan, pero, a pesar de todo, los acepto, anhelando que se libre de este destino.

El amor adoptó tu forma en mi interior, Mori.

Aprieto los dientes y sacudo la cabeza.

Nadie más puede acabar así. Ni como Cameron ni como yo.

Tenemos que ser los últimos experimentos médicos que se hagan. Reed tiene que ponerle fin. Si toma el control de la familia… puede que sea posible.

Si alguien puede hacerlo es él.

«Y todos nosotros».

Cameron sigue moviéndose despacio por la habitación, buscando el momento para atacar. No tenemos mucho tiempo.

Me coloco la máscara sobre la boca y luego rompo los dos extremos de las bengalas. El fuego y el humo rosa inundan la sala y absorben todo el aire que hay en este espacio tan reducido. Cameron empieza a toser y suelta un gruñido iracundo antes de abrirse paso por el humo a cuchilladas con la intención de matarme.

Me agacho y le corto la parte trasera del muslo en un intento de derribarlo. No sé si acerté justo en el tendón, pero él se gira hacia mí y me da un fuerte puñetazo en la columna vertebral que me tira

al suelo y me deja sin respiración. Ahogo un gruñido y ruedo hacia un lateral a tiempo de esquivar la punta de su cuchillo.

La hoja se parte al chocar contra el suelo.

Cameron me busca a tientas, frenético. Tose con intensidad, pero se mueve como si no fuese ni una ligera molestia. Su mano me roza la cadera, y él enseguida redobla los esfuerzos para agarrarme con fuerza y arrancarme un grito.

Dejo caer la mano izquierda al suelo y busco desesperada la parte que se rompió de su cuchillo. Él se sienta sobre mi pecho, y me mira fijamente con el ceño ligeramente fruncido.

«¿Está recuperando el control?»

—Cameron, cariño, soy yo. Soy Emery —digo con la voz rasgada y tosiendo mientras el humo se va disipando y empiezo a verlo mejor.

—Em —farfulla como una cáscara vacía. Frunce el ceño y sacude la cabeza con furia como si el demonio que lleva en la sangre le estuviera invitando a permanecer bajo su hechizo.

Sé que seguramente esté viendo las mismas cosas horribles que vi yo cuando caí en su mismo estado. Puede que incluso peores. ¿Ve a los muertos igual que hice yo? ¿Lo persiguen y lo provocan? Se me rompe el corazón y, por mucho que intente evitarlo, los pedazos se me escapan entre los dedos de todas formas.

—Cameron, estás a salvo. Estoy contigo —murmuro con suavidad y su expresión se suaviza y se vuelve cansada. Me baja la máscara. La sangre de su ojo me gotea sobre la mejilla mientras baja la cabeza hacia mi cuello. Se le relajan los músculos y respira con dificultad, inhalando mi aroma.

—Em… —susurra Cameron con dolor en la voz. El sonido me recorre el cuerpo como si fuera morfina—. Emery… —Me clava los dientes en el cuello y me estremezco de pies a cabeza por la violencia con la que lo hace.

Respiro hondo, un grito me rasga la garganta seca.

Cameron levanta la cabeza y mi sangre le cubre los labios. Tiene la nariz a unos centímetros de la mía.

No noto el dolor, pero siento calor allí donde sus dientes me perforaron la piel. No sé si es un mordisco muy profundo y, la verdad, es lo último en lo que estoy pensando ahora mismo. Porque

me está mirando con un atisbo de luz en los ojos.

Esbozo una sonrisa. Sus ojos verdes me estudian, perdidos en algún punto entre la sangre y nuestros corazones.

Me inclino y pego mis labios a los suyos. Lo beso como si fuera un pecado. Lo beso como si nunca fuera a tener otra oportunidad de hacerlo. Se le acelera la respiración y, tras un momento de duda, entreabre los labios y se inclina hacia mí.

Un dulce himno flota en mi alma cuando nuestros cuerpos rotos se encuentran, pero se desvanece de repente cuando Cameron me levanta. La sangre le brota del ojo.

—Niña inútil —me escupe mientras me pone de pie y me sujeta en el aire, agarrándome tan fuerte del cuello que me corta el flujo de aire por completo.

Me brotan lágrimas de los ojos mientras lucho en vano.

«Por favor, no me obligues a hacerlo». Aprieto los ojos con fuerza para cerrarlos mientras cierro la mano en torno al trozo de su cuchillo.

—Muere —susurra a un suspiro de distancia de mis labios.

Me obligo a abrir los ojos de nuevo y, con la visión borrosa, lo contemplo una última vez antes de clavarle el fragmento de hoja en la espalda.

Capítulo 39

Cameron

Em me está mirando con las lágrimas más grandes que he visto jamás.

Parpadeo un par de veces y me centro en las manos, con las que le aprieto el cuello con fuerza. La sangre fluye desde un mordisco justo por debajo de donde la estoy agarrando.

La conmoción y el estupor hacen que abra los dedos y Emery cae al suelo intentando respirar de nuevo. Se me cierra la garganta al darme cuenta de repente de lo que estaba haciendo. Estaba intentando matarla… Noto una ligera presión bajo la nuca.

—Cameron —llora negando con la cabeza—. No pude hacerlo.

Abro los ojos un poco más. Miro hacia un espejo viejo y roto, invadido por plantas que trepan por el marco. En el reflejo veo la punta de una hoja que apenas me ha perforado la espalda.

Suelto una risa ahogada antes de que la oscuridad empiece a invadir mi mente de nuevo. Si no hago algo, no sé qué seré capaz de hacerle a ella. Una parte de mi corazón se muere al pensarlo, pero tengo que hacerlo.

—No mires, Emery… Te quiero —digo con la voz rasgada mientras saco la última dosis de morfina y me la inyecto directamente en el corazón. Con todas las drogas que ya tengo en el sistema, esto lo llevará más allá del límite.

Emery empieza a gritar y las lágrimas le corren por las mejillas mientras caigo de rodillas. Una sensación extraña me invade el pecho. Aprieto una mano sobre el corazón y caigo de lado.

De repente está a mi lado, diciendo cosas que quiero oír pero no puedo. Me toca la cara, creo. Todo empieza a estar frío y estoy cansado.

Muy cansado.

Mis ojos recorren su rostro una última vez. Ella es la única luz que me encontró. Ahuyentó a todas mis sombras.

Noto los párpados pesados y no puedo luchar contra ellos ni un segundo más.

«Nunca volveré a hacerte daño».

Una sonrisa se extiende débilmente por mis labios y es lo último que siento.

Capítulo 40

Emery

—¿Cameron? —susurro entre lágrimas. Acaba de cerrar los ojos como si estuviera durmiendo, pero…

No se mueve.

Le coloco la cabeza sobre mi regazo y le quito el casco. El pelo rubio pálido de Cam está cubierto de sangre. Intento limpiar las manchas de la frente, pero ya se ha secado.

—No. No. Estás bien, venga, Cameron. Estoy aquí. ¿Necesitas una pastilla para despertar? —La voz me tiembla tanto como las manos. Saco su bote de pastillas del bolsillo lateral de su chaleco y me echo tres sobre la palma de la mano, que también está ensangrentada.

Agarro una entre el pulgar y el índice e intento metérsela en la boca. No la abre. Se me forma un nudo en la garganta al susurrar:

—Cam, abre la boca. —Lo intento con más fuerza, pero solo consigo que la pastilla se quede entre sus labios y empujarle la cabeza hacia un lado, que se inclina sin vida.

Se me hiela la sangre.

—Cam —susurro. Las lágrimas le salpican la chaqueta.

Me tiembla la mandíbula y me inclino para acercarme a él todo lo posible.

—Por favor, no. No puedo… No puedo… —Me ahogo entre mis gritos entrecortados—. ¿Por qué has hecho eso? —Mis lamentos se pierden entre el polvo de este lugar olvidado. La sangre de Cameron. Mi sangre.

Aquí acaba todo para mí.

No me iré sin él.

—Emery.

Alzo la vista despacio hasta la voz fría de Reed. Inclino la cabeza para mirarlo.

Su expresión se suaviza ligeramente al ver mi confusión, pero mantiene la compostura, como era de esperar.

—Reed… Se acabó. No puedo seguir. —Dejo caer la cabeza sobre la de Cameron de nuevo, y otro sollozo me sacude los hombros.

—Emery, necesito que me escuches. —Reed camina hacia mí y me aparta de Cameron. Me caigo de culo y lo miro desconcertada. Le arranca el tapón a una inyección de adrenalina y la sujeta entre los dientes mientras sus ojos me reducen a un grano de arena—. Deslízate por la tirolina y termina lo que empezaste. Me reuniré allí contigo enseguida. El estúpido de tu novio se va a poner bien…, ¿vale? Te lo prometo. Venga, lárgate de una puta vez.

—¿E-eso v-va a funcionar? —tartamudeo mientras lo miro atónita y medio conmocionada.

Reed le clava la jeringuilla en el Corazón. Entonces observo sin pestañear hasta que la adrenalina llega a su torrente sanguíneo. Cam inhala con brusquedad emitiendo un sonido ahogado y aspirado.

Pero respira.

«Está vivo».

Siento escalofríos por todo el cuerpo y las lágrimas resbalan por mi rostro inexpresivo.

—Va a tardar un poco en despertar del todo. —Reed chasca los dedos delante de la cara de Cam para captar su atención. Cuando parece satisfecho, me mira y frunce el ceño, enfadado.

—Reed —digo distraída intentando ponerme de pie.

Él suspira y camina hacia a mí para ayudarme, y yo lo abrazo con fuerza. Me da igual qué motivos tenga para ayudarme. Reed se queda paralizado un segundo y luego me devuelve el abrazo.

—De nada —dice con un chasqueo de lengua, pero sé que es una respuesta auténtica.

—Ni siquiera sé qué decir. —Me aparto y me limpio los ojos con la manga. Analizo su rostro. Va vestido con ropa táctica igual que la de los soldados de las Fuerzas Oscuras y un chaleco negro sobre el pecho. Lleva el pelo rubio peinado hacia un lado y sus ojos oscuros más llenos de planes que nunca.

Qué extraño, esperaba que llevase un traje como siempre que está

con mi padre, pero estoy demasiado confusa como para darle más vueltas. No con todo lo que está pasando.

Reed me tiende una tubería para deslizarme por el cable.

—Vete.

Miro una última vez a Cameron, el pecho le sube y baja, y es todo lo que necesito para despejar la mente.

«Esta noche termina todo».

Capítulo 41

Cameron

Nunca me ha dado miedo la oscuridad, pero lo que acabo de vivir era un negro infinito. El miedo a estar solo en esa oscuridad y lejos de Emery es mi infierno personal.

Abro los ojos y veo las tenues luces del techo. «¿Qué ha pasado?». Cada aliento que tomo me araña la garganta, como si hubiera estado gritando todo el día o algo. Siento un peso constante.

Me tomo un momento para procesar lo que veo: polvo rosa en el suelo, sangre mezclada con arcilla, Espectro tirado en la entrada de la puerta.

Entonces, igual que la neblina se asienta sobre un lago, lo recuerdo todo. La estaba asfixiando… y luego desperté con el tiempo justo para…

Bajo la vista hacia el pecho, donde me inyecté la morfina. «Me provoqué una sobredosis». ¿Cómo es posible que esté despierto? Registro el suelo a mi alrededor. Hay dos jeringuillas, una al lado de la otra: la de morfina que me inyecté yo mismo y en la otra pone que es adrenalina.

El alivio se apodera de mí. Gracias a Dios que aún sigo vivo. Una leve y fugaz sonrisa se dibuja en mis labios. Luego recuerdo dónde estamos y a quién nos han ordenado eliminar.

«¿Dónde está Emery?».

Unas voces crepitan por los auriculares. Me estremezco, había olvidado que los llevaba puestos.

—Informad. —La voz de Erik es grave. Intento responder, pero descubro que tengo la garganta hecha trizas, supongo que por el humo rosa.

Entonces oigo su voz suave y temblorosa.

—Volt y Red Turtle están conmigo. Hemos encontrado al objetivo.

Nos acercamos. —Suena como si estuviera sin aliento y herida.

Lo odio, joder. Me odio a mí mismo.

Debería estar con ellos.

Las rodillas amenazan con fallarme, pero me obligo a seguir adelante. Alzo la vista y veo el cable que conecta con el edificio adyacente. En el marco de la ventana veo la huella roja de una mano. Es pequeña. «Emery».

Apoyo la mano sobre la huella y me inclino contra la madera, meciéndome inquieto sobre las piernas. La voz de Gage retumba por la radio.

—¡Morphine está herida! —En la distancia suenan disparos y Gage grita de dolor. Damian grita antes de que se corte la transmisión.

Aprieto las manos sobre el marco de la ventana y levanto la cabeza, cansado.

—Voy de camino —digo con voz rasgada sobre el micro.

El teniente parece enloquecer al oír mi voz.

—¿Mori? ¡Pensábamos que habías muerto! —Suelta una risa nerviosa—. En marcha, soldado. —Si espera que mate a todo el mundo en cuanto hayamos eliminado a Greg, se va a llevar una buena sorpresa. Entrecierro los ojos, enfadado. Noto una punzada de incomodidad en el brazo donde Espectro me puso la inyección de la Serie Z. Las venas negras se están extendiendo.

«Aún no estoy fuera de peligro». Será mejor que me dé prisa.

Ignoro que tengo los músculos agarrotados y me hago con una vara doblada para engancharla sobre el cable y surcar la noche.

He recorrido tres cuartas partes del camino cuando un dolor agudo me contrae los músculos del hombro herido y mis manos sueltan la barra en respuesta. Tendré que conformarme con la ventana de la cuarta planta. Me cubro la cara, y mi cuerpo atraviesa la ventana. Los cristales vuelan a mi alrededor y ruedo por el suelo por el impulso.

Se oyen voces de alarma en la habitación de al lado. Gruño mientras me pongo de pie y cojeo hasta la puerta con el rifle preparado.

Abro la puerta de una patada y el guardia que estaba más cerca se cae de culo. Acribillo al tío que está a su lado antes de pegarle dos

tiros a él también.

Recorro la habitación con la mirada y me detengo en cuanto la veo.

Los ojos de Emery están apagados. Está atada. Tiene la garganta ensangrentada y vendada de cualquier manera. Gage y Damian están detrás de ella, amordazados y atados también. Los han dejado hechos papilla.

Greg Mavestelli está de pie ataviado con un elegante traje azul, con el bastón de punta dorada lleno de sangre y sus hombres de confianza detrás. Reed está entre ellos, su rostro es el reflejo de la tranquilidad, pero capto un destello de malicia y emoción en sus ojos. Va vestido como uno de nosotros. Como un soldado de las Fuerzas Oscuras.

La voz de Greg Mavestelli resuena en la habitación.

—Vaya, y nosotros pensando que habías muerto.

Capítulo 42

Emery

Cameron irrumpe por la puerta y, al verlo, todas las fibras de mi ser cobran vida.

Mi padre se dirige a él, pero no escucho lo que le dice. Lo único que veo es al amor de mi vida de pie, cansado y mirándome con dulzura y complicidad.

«Vuelve a ser él. Está vivo.»

Lloro en silencio y me siento profundamente aliviada de que la última imagen que veré de él no será su expresión desalmada.

Se distrae al verme, y puede que no tenga la mente despejada del todo por el trauma físico que ha sufrido porque parece que tampoco ha asimilado las palabras de mi padre. Nos miramos el uno al otro, hablando a través de nuestras miradas anhelantes.

Dos guardias le saltan encima y luchan con él hasta tirarlo al suelo. Cameron intenta quitárselos de encima, pero ellos están ilesos y son tan grandes como él.

La voz de Greg es fría y se enrosca en el aire.

—Eres la razón de que mi hija ya no me sirva para nada. Bueno, es un comportamiento que tiene fácil solución. —Abre la mano y la extiende hacia la derecha, y Reed le deja una pistola en la palma. Los ojos de Reed se encuentran con los míos brevemente. Alza las comisuras de los labios de forma muy sutil antes de volver a mostrar un semblante vacío.

«Espero que no me jodas», suplico de repente.

Greg echa la cabeza hacia atrás y se ríe a carcajadas.

—El destino quiere que mueras, Mori. —Alza la pistola y le dispara en la rodilla izquierda. La sangre salpica el suelo mientras se pelea contra los guardias. Le cae el pelo pálido sobre la frente y, cuando alza la mirada, veo el peso del mundo en esos tristes ojos verdes.

Intento liberarme de mis ataduras, y le grito a Greg que pare, pero la mordaza impide que la súplica abandone mis labios. Aun así, capto la atención de mi padre.

Él sonríe, y se le ilumina la mirada, como si hubiera olvidado que estaba aquí.

—Ni se me ocurriría dejarte al margen, Emery. —Hace un gesto con la cabeza hacia los guardias, y dos de ellos me ponen de pie y me sueltan en cuanto me dejan al lado de Greg.

Tengo la boca seca y en carne viva cuando por fin me quitan la mordaza. Me resisto a toser, lo que hago en cambio es levantar la mano para darle un tortazo en la cara a mi padre. El me atrapa la mano a medio camino y la baja hasta mi costado de nuevo. Su pelo oscuro brilla bajo los focos del techo y las sombras se alargan por su adusta expresión. Me devuelve mi atrevimiento al cruzarme la cara con un firme revés que me tira al suelo.

Damian y Gage intentan gritar, pero suena amortiguado. Pugnan contra las cuerdas, pero es inútil.

Los guardias me vuelve a recoger y me dejan de pie. Le lanzo a mi padre una mirada oscura y furiosa. Espero que vea lo mucho que he llegado a despreciarlo.

—Venga, Emery. —Sonríe con malicia. Los guardias me arrastran hasta dejarme a metro y medio de Cam, que respira con dificultad. No sé cuánto tiempo podrá aguantar. Está muy malherido.

«Joder, tampoco sé cuánto más podré aguantar yo».

Greg hace un gesto para que los guardias se retiren y me pone el silenciador de la pistola en la sien. Se me contraen los músculos y me quedo sin aire cuando el acero me toca la piel.

El corazón me late tan fuerte en la cabeza que cualquier pensamiento que tuviera se esfuma. Lo único que veo es a Cameron sangrando delante de mí mientras se obliga a no dejar de mirarme. Nunca había visto tanto dolor ni tanta tristeza en los ojos de un hombre. No me importaría que este fuera mi final. Mientras sepa que me amaron tanto como veo en los ojos de Cam, el resto del mundo se desvanece.

—He aprendido por las malas que es más fácil dejar que los perros se sacrifiquen a ellos mismos. —Greg habla como una serpiente

mientras tira un cuchillo al suelo y se lo pasa a Cameron de una patada—. O morís los dos o solo tú, amigo mío.

Se me tensa la mandíbula y tengo que tragarme la desesperación.

—No —digo con voz temblorosa.

Cameron mira hacia el cuchillo con ojos cansados y lo recoge despacio. Se echa hacia atrás hasta sentarse sobre los talones. Tiene los hombros caídos y la sonrisa más rota y adorable en los labios.

—Soy hombre muerto de todas formas, Em. —Su voz es grave y rasgada, y me arranca el corazón cuando hace una mueca al arrastrar el cuchillo por el suelo de piedra y llevárselo a la garganta —. Te he querido con todo mi ser, de una forma que nunca llegamos a explorar juntos. Fuiste el rayo de sol que descongeló el lago. El susurro de la felicidad que llegué a conocer. Te quiero, Em… Te quiero. No mires —dice Cam con dulzura, pero no puedo hacer lo que me pide, no puedo dejar que se adentre solo en la oscuridad.

Acabo de recuperarlo.

Posa el cuchillo sobre la garganta y está a punto de arrastrarlo por su piel.

Grito y caigo de rodillas. Cam tiene los ojos cerrados, pero su expresión me desgarra y deja profundas cicatrices en mi alma.

—Te obligaré a ver mil muertes como esta, querida Emery. Te destrozaré hasta que por fin escuches mis putas órdenes y… Argh. —Un escalofrío me recorre la espalda, y miro despacio a la derecha, donde se aleja la pistola que me había puesto mi padre contra la sien.

Greg se ahoga en sus palabras, un cuchillo de diecisiete centímetros impide que pueda cerrar la boca. Tiene la lengua partida a la mitad y el músculo cuelga a ambos lados de la hoja, apoyada sobre los dientes ensangrentados.

Me alejo de la grotesca escena y me caigo sobre el hombro. Cameron tira el cuchillo y me envuelve entre sus brazos en un segundo. Me aprieta fuerte contra su pecho, aunque respira con dificultad, y ambos nos quedamos mirando a Greg, que convulsiona en el suelo con el cuchillo de Reed clavado en la base del cráneo y la punta sobresaliendo por su labio superior.

Reed esboza una amplia sonrisa mientras deja escapar el aire que estaba conteniendo, y se peina el pelo rubio hacia atrás con la mano llena de sangre.

—Joder, ¿no os estabais hartando de oír hablar al viejo? —Me guiña un ojo y le silba a los guardias, que se ponen en movimiento de inmediato para desatar a Gage y Damian.

«¿Qué demonios…?». Reed… lo ha matado sin esfuerzo alguno. ¿Por qué? ¿Por qué hemos tenido que pasar por todo esto si podía matarlo sin más? Me tiembla la mandíbula mientras observo a Reed con una mirada confundida y furiosa.

Se agacha y me da una palmadita en la cabeza. Cam me abraza con más fuerza de forma protectora.

—Si crees que matar al inútil de tu padre era más difícil de lo que has visto, te equivocas, Emery. Lo más importante es dar con el momento oportuno —dice Reed con una sonrisa inquietante.

—Pero ¿por qué nos has traído aquí? —Aprieto los dientes.

Él ladea la cabeza.

—Para traerme al otro problema, por supuesto. Belerik. Dos pájaros de un tiro. —Reed fija la mirada en el brazo de Cam, donde el negro sigue propagándose por sus venas—. Ahora vuelvo —masculla entre dientes antes de ponerse de pie y acercarse al círculo cercano de guardias de mi padre. No parecen impactados en absoluto por lo que ha hecho.

Esperó a matar a mi padre solo para atraer al teniente Erik… Un escalofrío me recorre la espalda.

Cameron sigue temblando, me agarra tan fuerte que no sé si me soltará algún día. Espero que no lo haga.

Me retuerzo en su agarre y le echo los brazos al cuello para abrazarlo con fuerza.

—Pensé que te había perdido —lloro sobre su hombro. El aroma a abedul es intenso y me calma el corazón. Él me acaricia la cabeza con suavidad.

—Siento todo lo que te hice, Em —susurra mientras toca con delicadeza la mordedura que tengo en el cuello con la yema del dedo. Me aleja un poco y me mira a los ojos. Una tormenta de verano despierta en su mirada, que me atrapa y me promete cálidas

noches en las que no habrá nada entre nuestros corazones.

Memorizo lo derrotado que parece en este momento. Las manchas rojas esparcidas por las mejillas, el labio hinchado y los cortes en la ceja. Ya tiene la mandíbula amoratada. Le agarro la cara entre las manos con delicadeza y acerco mis labios a los suyos.

Inhala bruscamente y me coloca una mano en la espalda baja profundizando el beso antes de apoyar su frente sobre la mía y susurrar.

—Todavía no hemos acabado, cariño. —Su acento británico se desliza sobre mis labios y me derrite el corazón.

Asiento. Todavía tenemos que liberarnos de las Fuerzas Oscuras.

Gage y Damian plantan una rodilla a nuestro lado.

—¿Estáis bien? O sea, he visto que os besabais, así que seguro que, si podéis hacer eso…. —Los tres fulminamos a Gage con la mirada.

Cameron lo empuja y lo tira al suelo de nuevo.

—Cállate —le suelta con una leve sonrisa.

Gage sonríe preocupado.

—¿Por qué nos han soltado? ¿Por qué lo ha matado la mano derecha de Mavestelli? ¿Hay algún gran plan en marcha del que no sepa nada? —Traga saliva.

—Ya te pondremos al día, pero aquí no. —Aprieto los labios con fuerza. Es todo lo que puedo decirle. Todavía no sé cómo va a reaccionar así que no quiero contarle demasiado hasta que estemos en un entorno más estable. Gage frunce los labios, pero asiente a regañadientes.

Damian me ayuda a levantarme y luego ponen a Cameron de pie entre los dos. Tiene la rodilla muy jodida y no puede apoyarse bien del todo sobre ella. Por la forma en la que se le inclina la parte inferior de la pierna parece que el fémur ya no está conectado con la tibia. Se me encoge el pecho del miedo.

—Mierda, creo que tiene roto el tendón rotuliano. —El tono de Gage es serio mientras le examina la pierna a Cam—. Sí, la bala lo ha atravesado. Es imposible que pueda caminar sin…

—¿Un bastón? —digo con indiferencia mientras observo la figura de mi padre. Formo una línea con los labios y me fijo en su mano,

que todavía se aferra al mango dorado.

Me trago el nudo que tengo en la garganta y me arrodillo para quitarle el bastón de la mano a Greg, que ya se empieza a poner rígida. Estudio su mirada opaca y lo poco que lo siento por él. En cierto modo, creo que hace mucho tiempo que pasé el duelo de mi padre. Lleva muerto mucho más que un par de minutos. Lleva años muerto. Y mi madre también.

—Adiós, Greg Mavestelli, tu imperio por fin se derrumbará —susurro tomándome un instante para recordar su muerte antes de ponerme de pie despacio.

Cameron ya está detrás de mí, con Damian y Gage a su lado. Le han vendado bien la rodilla para que sea más estable con el tendón suelto. Con suerte, el bastón le proporcionará el apoyo suficiente para caminar. Se me calienta el pecho al verlos a los tres. «Hemos llegado muy lejos».

Sonrío y le tiendo el bastón a Cam. Él lo mira durante un par de segundos, pensando en algo que se me escapa, pero lo agarra despacio y me da un beso en la frente.

—Gracias.

Doy un par de pasos atrás y lo examino de arriba a abajo. El bastón es de la altura perfecta. No pega con el equipo táctico, pero, en cuanto se vista de civil, le quedará perfecto.

—Te pega —le digo con cariño.

Cam se encoge de hombros.

—No está mal.

Gage permanece a su lado por si necesita ayuda. Vuelvo a centrarme en Reed, que les está dando órdenes a sus hombres. Tiene algo gordo planeado, lo sé por la forma en la que se da golpecitos entusiasmados en el muslo con los dedos.

Debe de haberse dado cuenta de que lo estoy mirando, porque se gira y nos lanza una sonrisa antes de acercarse.

—Un trabajo excelente, Emery. —Lo dice como si mi plan fuera llorar a mares delante de todo el mundo y no creyese que Cam iba a morir de verdad—. Mi equipo de vigilancia me ha avisado de que vuestro adorado teniente ha llegado por fin y está esperando en el exterior de la ciudad, en el punto de salida de Furia. —Reed tiene las

pupilas completamente dilatadas y una sonrisa maníaca en los labios —. Os va a decir que sois libres y luego os acompañará durante un kilómetro hasta donde el escuadrón Riøt espera para ejecutaros.

El silencio se extiende entre el grupo, y me vuelvo a fijar en la ropa de Reed.

—Pero ¿y si de verdad nos hemos ganado el indulto? —dice Damian, esperanzado.

Cierro los ojos y niego con la cabeza. Sabe que eso no va a pasar.

Gage nos mira como si estuviéramos locos. «Espero que se lo tome bien».

—¿De qué cojones habla? —Gage mira a Cameron y frunce el ceño con inquietud.

—Gage, no tenemos tiempo de explicártelo todo, pero tienes que confiar en nosotros. Erik y Nolan planean ejecutar al escuadrón Furia. —Cameron hace una pausa para toser—. Hay que hacerle caso a Reed.

Damian asiente en silencio, pero parece preocupado de que Gage no nos crea.

—¿Por qué iba Riøt a ejecutar a todo un escuadrón? ¡No tiene sentido! —Damian se agarra el pelo, y una risa histérica le brota de la garganta—. ¿Y quién cojones es este tío?

Pongo la mano con delicadeza sobre el antebrazo de Gage y le lanzo una mirada comprensiva.

—Reed es mi amigo de la infancia, mentor y compañero de confianza. Es el hombre más inteligente que conozco. Podemos confiar en él —digo con seguridad mirando a Gage a los ojos hasta que veo que cede. Omito la parte de que Reed es un sociópata de talla mundial que mataría a quien fuera si eso lo pone en una posición de poder, que es donde quiere estar.

—Riøt hará todo lo que le digan porque creen que solo cazan y ejecutan a traidores que se han metido en mierdas: el submundo — explica Reed pegándole una patada a los elegantes zapatos de Greg para darle énfasis—. Nolan reparte una lista con los nombres que quiere y luego ellos cumplen su voluntad.

Gage se queda blanco como el papel.

—¿Y nadie hace preguntas?

Reed se ríe. «Como si nada de esto tuviera gracia». Lo fulmino con la mirada.

—Piénsalo. ¿Has discutido tú alguna vez con tus superiores? ¿Tienes idea de si la información que te dan es precisa o no? ¿O solo lo haces porque te lo ordenan? ¿Te crees que ya estás a salvo solo porque has conseguido salir de las putas pruebas del Descenso? Pues tengo una noticia de última hora: no sois más que conejillos de indias. —La voz de Reed se vuelve vil. Supongo que todo esto sí lo enfada.

Sabía que había bondad en él, aunque sea retorcida, corrupta y siempre tenga alguna intención oculta detrás.

Reed saca una jeringuilla y le agarra el antebrazo a Cameron para inyectarle un líquido transparente. Cam ni siquiera pestañea.

—Es el antiagente. Sin él estarías muerto en una hora. ¿Ves las venas negras que te suben por el brazo? Habrías muerto cuando llegasen al corazón. —Reed suena indiferente.

«Aunque no vuelva a ver a Cameron ponerse una inyección jamás, seguiré pensando que son demasiadas».

—¿De dónde la has sacado? —pregunto al darme cuenta de que Cameron ya está espabilando un poco y que la oscuridad de sus venas se difumina.

Reed enarca una ceja y suaviza la mirada.

—Estaba en el chaleco de vuestro teniente.

¿Erik la tenía? ¿Por qué no se la dio a Cameron entonces? ¿Qué hacía Reed tan cerca de Erik como para robársela? Se me hiela la sangre. Erik confía en Reed, o al menos cree que puede confiar en él.

—Solo pensaba dársela a Mori si cumplía las órdenes directas del capitán Bridger. —A Reed se le endurece la mirada cuando mira a Cameron.

Doy un paso atrás y miro a mi soldadito roto.

—¿Qué órdenes directas? —Me sangra la voz del dolor.

Cameron tensa la mandíbula y la culpa se adueña de su rostro.

—Me ordenaron eliminar al escuadrón después de ejecutar a Greg. Querían que fuera el único superviviente para convertirme en el sargento del escuadrón Hades.

—¿Escuadrón Hades? —repite Gage mirándome preocupado. Damian lo hace callar.

—No me dijeron qué pasaría si no lo hacía, pero no hacía falta; ya lo sabía gracias a Emery y a Espectro. No te lo conté porque no quería que dudaras de mí. —Cameron deja caer la cabeza con un largo suspiro—. Pero al final os ataqué de todas formas, maté a Espectro y ahora… Ahora… —Deja morir la frase, y la emoción lo consume.

Frunzo el ceño y formo un puño con las manos.

—No podías saber que ibas a atacarnos. Ese no eras tú.

Él se ríe con tristeza.

—No puedo seguir refugiándose en esa excusa. ¿Sabes cuántos compañeros han muerto a mis manos? —se le quiebra la voz y baja la vista hacia sus manos.

—Te detuviste, Cam. Cuando yo no pude… Tú… —Tengo que apartar de mi mente la imagen de su cuerpo sin vida sobre mi regazo—. Le pusiste fin tú mismo para mantenerme a salvo.

Cameron abre los ojos de par en par y una oleada de alivio le recorre el cuerpo.

Reed nos interrumpe con una tos.

—No tenemos tiempo de discutir si somos unos asesinos o no. Somos todos culpables, ¿no? —pregunta con descaro mirándonos a todos y a cada uno a los ojos. Cuando ninguno respondemos, hace un leve gesto con la cabeza—. Exacto. Venga, sellad el rastreador de Gage antes de salir. Le haremos creer a Erik que estamos todos muertos y enviaremos a Mori para que acabe con él. En cuanto el teniente esté muerto, lo demás será un paseo.

Damian envuelve el bloqueador de señal que nos dio Reed la semana pasada alrededor del rastreador de Gage.

—¿Y qué pasa con Thomas? —dice Gage entre dientes, con el ceño fruncido por la pena. No puedo hablar por nadie, pero oí que le disparaban por la radio. No hemos sabido nada de él desde entonces. Es de suponer que murió a causa de sus heridas, pero podría haberse desmayado. Después del milagro que acaba de obrar Reed, no pienso asumir todavía la muerte de nadie.

Hago una mueca al pensar en ellos. Espectro aún no se había

ganado mi plena confianza, pero empezaba a encariñarme con él. No quería que muriera.

Reed se da golpecitos en el brazo.

—Deberíamos ir a ver a los dos, para asegurarnos. No me gusta dejar cabos sueltos. —Es minucioso, siempre lo ha sido.

Todos asentimos. Los ojos tristes de Cameron se posan en mí. No me queda ni una pizca de voluntad para enfadarme con él por ocultarme las órdenes que le dieron. Me pego a su lado y lo ayudo a moverse mientras salimos de la habitación.

Miro por última vez al cadáver de mi padre. Este lugar olvidado será su tumba. El lugar sin sepulcro donde terminó su reinado.

Capítulo 43

Emery

Reed envía a dos de sus guardias a comprobar el estado de Espectro mientras él, Damian, Gage y otro de sus hombres se dirigen a la azotea del edificio en el que nos encontramos para buscar a Thomas.

A Cameron y a mí nos escoltan hasta la planta baja mientras esperamos. Los guardias son los hombres de mi padre, pero no reconozco a muchos de ellos. Supongo que son los que Reed ha ido trayendo a lo largo de los años. «Zorro astuto», pienso. Siempre cuatro pasos por delante.

Nos sentamos con la espalda pegada a la fría pared de arcilla que bordea la calle. Unos arbolitos como de metro y medio de alto han echado raíces en el edificio y crecen con la luz que entra por los huecos de la pared y el techo. La esperanza siempre persevera, incluso en un lugar desolado como este.

Cameron posa la mano sobre la mía y la agarra con ternura.

«Nosotros también hemos perseverado». Algunos durante mucho más tiempo que otros.

—¿Te puedo contar algo? —murmura apoyando la cabeza sobre la pared.

Lo miro.

—Claro.

Me agarra más fuerte.

—Convertirme en oficial de las Fuerzas Oscuras fue mi sueño durante muchos años. No recuerdo si eso era lo que quería al principio, pero se convirtió en lo que me hacía seguir adelante. Más allá de las muertes y las caídas. Era el único objetivo que impedía que me pegase un tiro en la cabeza. —El tono trivial en el que habla hace que me duela el corazón. Entonces me mira con esos tiernos

ojos color verde salvia y estudia mi rostro antes de continuar—. Y entonces llegaste tú.

Aprieto los labios para intentar contener la emoción.

—Cuando me ordenó no solo matar a mi equipo, sino a ti también, no tuve ni que pensarlo. Ninguna orden ni promesa de riqueza podría obligarme a apretar el gatillo. La persona que era antes de conocerte los habría matado a todos con avidez solo si con eso tenía la oportunidad de seguir ascendiendo, pero tú me cambiaste, Em. —Se inclina hacia mí y deja descansar la cabeza sobre la mía—. Tu amor consiguió cambiar hasta el más oscuro de los corazones. Y creo que por eso Reed no es el maestro del mal —bromea al final, haciéndome sonreír aún con los ojos llenos de lágrimas.

—Creo que todavía tiene un as bajo la manga que no nos ha mostrado. —Me muerdo el labio—. Y tu corazón no era tan oscuro.

Le rebotan los hombros de alegría.

—Me da que tienes visión nocturna.

Enredo los dedos en la parte del pelo de Cam que no está enmarañada por la sangre durante un par de minutos antes de que los demás aparezcan en las escaleras.

No hay señal de Thomas.

Me cabreo y me pregunto si nos habría creído si le hubiésemos contado lo de las Fuerzas Oscuras: a lo mejor esta fue la muerte más piadosa que pudo tener.

Gage se arrodilla en una esquina y vomita.

Cameron frunce el ceño cuando se pone de pie y usa el bastón para acercarse a Gage para hablar con él en apenas un suspiro. Sé que Gage pasó más tiempo con Thomas que yo. No me imagino cuánto me habrían dolido las muertes de Bree o Mikah de haber tenido la oportunidad de estar más con ellas.

Acepto la mano de Reed cuando me la ofrece y me levanta sin problema. Damian se mete las manos en los bolsillos y mira a la pared con los ojos apagados.

—Se rompió una pierna al aterrizar y le dispararon —susurra Damian dando una patada al aire.

Reed gruñe.

—Los otros guardias volverán pronto. Preparaos para salir.

Tomaremos la calle oriental mientras Mori va directo a por el teniente. En cuanto el medio hermano muera, todo irá de perlas.

Lo agarro por la muñeca antes de que vaya a informar a sus hombres de que nos estamos preparando para partir.

—¿Y después qué? —Intento buscar cualquier cosa en sus ojos que lo delate, pero mantiene una expresión suave.

—Te encanta adelantarte, ¿no? —Se mete conmigo, pero no me hace gracia—. Prepara a tu soldadito. —Agita la mano con desdén mientras me da la espalda.

Tras un par de minutos, cuando ya esperamos que regresen con las manos vacías, los guardias atraviesan la puerta arrastrando con ellos a un Espectro maltratado y apenas lúcido. Le cuesta levantar la cabeza, pero consigue esbozar una sonrisa.

—¡Herc! —Damian corre a su lado y releva a uno de los guardias para ayudarlo a caminar.

—¿Creíste que Mori podría matarme? —dice Espectro con voz áspera en un intento de hacerse el chulo y fracasando estrepitosamente.

—Bueno, si hubieras visto la fuerza con la que te tiró al suelo y el cuchillo que te clavó en el pecho, he de añadir, tú también pensarías lo mismo —digo con una sonrisa. Espectro sonríe con suficiencia. Me alegro de que haya sobrevivido, pero aún le queda mucho para caerme bien.

Reed ayuda a Cameron a llegar hasta el último edificio antes de separarse y volver con nuestro grupo.

Observo, con el estómago revuelto por el pavor, cómo Cameron se encamina despacio hacia Erik. Lleva los auriculares puestos y el micro activado y emitiendo al canal privado que acordamos para que solo nosotros podamos escuchar la conversación que están a punto de tener para acallar cualquier duda que Gage o cualquiera de nosotros pueda tener aún sobre Erik.

—No creo que Mori sea capaz de matar al teniente —me admite Gage mientras avanzamos por la calle oriental. Asiento con tristeza. Ya mató a su propia madre—. Erik siempre ha cuidado de él como si fuera su hijo.

Aprieto los dientes.

—¿Qué clase de figura paterna sometería a su hijo a esto?

Capítulo 44

Cameron

Tengo la pierna jodida, pero sigo caminando usando el bastón del rey del submundo para estabilizarme. No dejaré que Erik vea lo destrozado que estoy ni cómo me envió a ese puto sitio para asesinar a mi propia alma.

Llevo una inyección negra de repuesto en el bolsillo de atrás. Un regalito de Reed.

Veo al teniente apoyado contra el pilar de piedra a la entrada de la ciudad, tal y como Reed dijo que estaría. Odio tener que confiar en él, pero Emery le importa mucho y soy lo bastante listo como para saber que ese es el único motivo por el que sigo vivo. Podría haber acabado conmigo hace una puta eternidad. Dudo siquiera que formase parte de su gran plan, al menos no hasta que Emery se encariñó conmigo.

—Cameron. —Erik dice mi nombre como si le sorprendiera verme solo.

—Teniente —lo saludo, y veo que sus ojos se fijan en el bastón ensangrentado que estoy usando. Una sonrisa incrédula se extiende por sus labios.

—Empezaba a preocuparme que hubierais muerto todos. —Hace una pausa y me estudia durante un instante. Sé que no quiere pronunciar esas horribles palabras en alto, pero yo desde luego no pienso hacerlo por él.

—Aquí estoy. —Mis ojos permanecen sin mostrar emoción alguna. No disfruto con nada de esto. Estoy muy cansado, joder.

Solo quiero irme a casa.

Quiero encontrar un lugar cálido y soleado y envolver a Emery entre mis brazos hasta que se duerma. Quiero susurrarle promesas de una vida sin más muertes sin sentido.

Pero ¿de verdad podremos abandonar las Fuerzas Oscuras indemnes?

Erik me pone una mano en el hombro y se le dibuja una sonrisa de orgullo en la cara. Es como una patada en el pecho. Lo único que quise siempre fue hacerlo sentir orgulloso de mí.

—¿Cumpliste la orden del capitán Bridger? ¿Los has matado a todos? —Sus palabras son como un cuchillo rajándome las venas. Los hombres más mentirosos visten sonrisas y amabilidad.

—Sí —digo casi a la fuerza mientras agarro el bastón con más firmeza.

—¿Incluso a tu querida Morphine? —En su voz no hay ni una gota de simpatía.

—Incluso a ella. —Me trago el nudo de veneno.

Erik suelta una risa maníaca que me provoca escalofríos mientras me agarra los hombros con ambas manos.

—¡Bien hecho! Sabía que podías hacerlo. A pesar de que Nolan me lo discutió. A pesar de que me dijo que no tenías lo que hay que tener para convertirte en oficial, yo sabía que estarías a la altura de las circunstancias. Aunque me preocupaba Emery, la verdad. Pensé que sería tu perdición. —Sacude la cabeza como si fuese una idea ridícula.

Haría lo que fuera por ella. Y el hecho de que no lo haya visto es su perdición.

Me agarro el brazo fingiendo que las venas negras siguen extendiéndose. Abre los ojos de par en par.

—¿Tiene la inyección, señor? —pregunto fríamente.

Él se estremece, pero no deja de sonreír.

—Ah, sí, ¿dónde la puse? —Se toca los bolsillos para buscarla. Luego, debe de darse cuenta de que no debería saber nada de la inyección con el antiagente porque se queda pálido y se le quedan los ojos secos cuando me mira.

Mi mano es ágil, le inyecto el líquido negro en el cuello tan rápido que no le da tiempo a farfullar nada que merezca la pena. La conmoción que veo en sus ojos me duele más de lo que admitiré jamás, pero ahora sabe qué se siente cuando te traicionan.

Veo cómo el líquido negro se extiende por sus venas como la

muerte. Avanza rápido, pero sé que tardará un momento en hacer efecto.

—¡Cameron! ¿Qué has hecho? —grita rascándose el cuello, como si pudiera sacar el líquido con las manos.

Alzo la barbilla, estoico.

—¿No tiene el antiagente, señor? ¿Ese que solo me iba a dar si regresaba solo? —Noto las palmas de las manos húmedas y la necesidad de reventarle la cabeza con el bastón se está volviendo insoportable.

Erik tiene los ojos inyectados en sangre y emite un grito agónico mientras se vuelve a palpar los bolsillos en busca de la jeringuilla.

—Ese es el veneno que nos dan las Fuerzas Oscuras. Por eso primero querían que no sintiéramos nada, para que no reaccionásemos a la muerte que nos metéis en las venas. —Sé que Erik siempre estuvo en contra de que tomase la medicación, pero ayudó a que esto ocurriese. Dejó caer a muchos otros.

Ya no soporto sus movimientos frenéticos. Cambio el peso a mi pierna buena y le pego lo más fuerte que puedo con el bastón, que cruje y lo hace caer como una mosca.

—¡Confié en ti durante años! —Coloco el bastón sobre su pecho y empujo hasta que se retuerce en la tierra. Me mira estupefacto—. Ibas a matarme, ¿verdad? Si no los eliminaba…, a mis hermanos y a Em, ibas a deshacerte de mí. Así de fácil, ¿verdad? Dilo… ¡DILO! —grito, y casi pierdo el equilibrio.

Hace una mueca de dolor cuando sigo haciendo presión con el bastón hasta que la punta se le clava en el pecho. Me pregunto cuánto tardará en atravesarlo.

—¿Quién te ayudó? —dice con la voz desgarrada.

La ira me consume.

—¿Eso es lo único que te importa? —susurro, intentando que no se me note la angustia en la voz, pero temo que se extienda a mis ojos y me traicionen.

—¿Fue Reed? ¡Hijo de puta! Voy a ejecutar a…

Le clavo el bastón en la garganta y ahogo cualquier cosa que aún le quedase por decir. Abre los ojos de par en par mientras la sangre le brota del cuello y la boca, que gorgotea con cada aliento

entrecortado que toma hasta que su cuerpo se agita de forma involuntaria varias veces.

Hasta que por fin se queda quieto.

Mis demonios yacen a su lado.

Muertos.

Me quedo con él un rato. Lamentando su muerte, supongo. Hice lo mismo con mi madre. Aunque eran personas horribles a las que en realidad no les importaba ni yo ni lo que era mejor para mí, no soy capaz de no llorar por ellos.

Tiempo después, oigo pasos sobre la gravilla a mi espalda y una mano cálida desciende sobre mi hombro.

—Tenemos que irnos —me susurra con dulzura al oído.

La tristeza se desprende de mis pesados hombros y el sueño que creí inalcanzable me inunda como la luz del sol que se abre paso entre las sombras de la tormenta, porque sé que me voy a casa.

Me giro hacia Emery y le sostengo la mirada. «Por fin estoy en casa».

Capítulo 45

Emery

Un año después. Madrid, España.

Reed deja dos jarras de cerveza en la mesa y le pega un manotazo a Espectro cuando intenta agarrar una.

Me río y le tiro una patata frita para borrarle la mueca de la cara. Le rebota en la barba oscura que lleva y aterriza en la mesa.

—Ya te has tomado tres, ¿no puedes tener un poco de paciencia? —lo provoco.

Espectro recoge la patata y se la mete en la boca mientras pone los ojos en blanco.

Cameron me rodea los hombros con el brazo y me acerca a su pecho.

—Tirar comida en un pub está mal visto, cariño. —Me da un beso en la sien, justo encima de la cicatriz.

Levanto un hombro y lo dejo caer.

—Pero soy la dueña del pub, querido —le susurro al oído. Un gruñido le retumba en el pecho, y el sonido calienta lo más profundo de mi ser y yo me retuerzo en su abrazo. Extiende una mano sobre mis muslos y yo los aprieto antes de que se le ocurra otra idea—. Otra vez no, Cam. Espera a esta noche. —Suelto una risita al recordar cuando me metió los dedos durante una importante cena de negocios con la familia Henderson.

Nos salimos con la nuestra. Pero por poco.

Cam se ríe de forma siniestra y me da un beso medio borracho en la cabeza. Toma aire de golpe antes de murmurar:

—Creo que querías decir que somos los dueños. —Se rinde y lleva

la mano a un costado para acercarme más.

Sonrío y él persigue la felicidad en mis labios y me besa delante de toda la mesa.

—Que Dios nos asista —murmura Gage cruzándose de brazos. Viste un traje azul marino, no muy diferente a los que mi padre solía llevar. Una cadena de oro une el bolsillo del pecho con el chaleco, donde habrá un reloj dorado.

—Deja que se diviertan. Ya sabes que no salen mucho —dice Damian arrastrando las palabras mientras le da otro trago a la cerveza.

Tiene razón. No salimos mucho, no con lo ocupados que hemos estado dirigiendo el imperio caído, pero hoy hace un año que dejamos atrás las Fuerzas Oscuras. Un año desde que mi padre murió en la ciudad olvidada, Finis. Vuelvo a mirar a Cameron y sus ojos están llenos de dolor. Hace un año que sacamos a todos los traidores de nuestras vidas y construimos una familia de verdad.

Una familia de delincuentes, asesinos y maestros de la manipulación, pero una familia al fin y al cabo.

Lo único que desearía es que la pierna de Cameron se hubiera recuperado del todo. Tiene una cojera porque el tendón no se curó bien, pero he descubierto que el bastón que robamos solo lo hace más sexi y es una exhibición de poder, sobre todo con los trajes caros, los anillos negros y dorados, y el corte de pelo con medio degradado de esta semana que deja ver el tatuaje en el que pone «MORI».

Apoyo un codo sobre la mesa y miro a Reed fijamente, que nos está sirviendo otra ronda de cerveza. Sus ojos oscuros me miran y esboza una leve sonrisa.

Se la devuelvo, pero no puedo evitar preguntarme qué habrá detrás de su embaucadora fachada. Sus secretos y mentiras nos hicieron llegar a buen puerto, pero creo que nunca podré confiar por completo en mi querido amigo.

No después de lo que nos reveló en Finis aquel día.

Reed despidió a sus guardias con un gesto de la mano.

—Seguid hacia el este, tenemos un avión de transporte esperando. Tengo que hablar con estos dos en privado.

Gage y Damian dudaron y compartieron una mirada de preocupación antes de que les hiciera un gesto con la cabeza para que obedeciesen. Espectro ni se molestó en preocuparse, estaba demasiado cansado y febril como para que le importase.

Cuando se alejaron lo bastante como para no oírnos, Reed soltó un largo suspiro y nos miró a Cameron y a mí con el ceño fruncido. Por primera vez en años, su expresión parecía auténtica. Coincidía con su mirada cínica y la actitud indiferente que me heló el pecho con el frío del invierno.

Sabía que por fin nos iba a contar lo que había estado planeando. Que iba a escupir sus secretos como la lluvia saliendo a chorro del caño.

—Sabes lo peligrosa que es esta operación clandestina —dijo con cuidado, estudiando mi expresión con cada palabra. Yo asentí con el ceño fruncido—, pero tenías que verlo por ti misma, ¿no? Para entender lo corrupta que es y hasta dónde llegan sus raíces.

Cameron me miró con inquietud. Yo asentí de nuevo, cada vez más perdida de a dónde quería llegar con esto.

—¿Hubieras accedido de cualquier otro modo a tomar el control del imperio Mavestelli? —Sus palabras me tocaron la fibra sensible en lo más hondo de mi alma.

Me quedé con la boca abierta.

—¿Qué? Reed, yo pensaba que tú querías quedarte con el imperio. No puedo…

—Pero lo harás. —Reed me miró con los ojos entrecerrados y hambrientos—. Para que las pastillas de la muerte y las inyecciones vean la luz, ¿no? Para poner fin a los horrores que ambos sabemos que es probable que se cuelen en el ejército y el submundo si no lo haces.

Tras haberlo experimentado de primera mano y haber recorrido cada paso del camino con Cameron…, pues claro que lo haría. De lo contrario, sería una catástrofe.

Tenía que hacerlo.

No quería quedarse con el imperio…, quería entregármelo.

Reed percibió el momento exacto en el que mi mirada pasó de estar cansada y buscar la libertad a ser la de un espíritu vengativo.

La expresión de Cameron reflejaba el mismo nivel de determinación.

—Pues claro que lo haría, pero ¿por qué quieres que me encargue yo? ¿Por qué no lo haces tú? —Recorro con la mirada la sonrisa perversa que se extiende por sus labios y deja ver sus dientes.

—Porque, mi querida Emery, tengo un objetivo muy diferente. Siempre fuiste la persona más adecuada para gestionar tu legado familiar. Puedo confiar en ti. Quería el poder de tu familia desde que te conocí, y no finjas que no lo sabías, por eso me fío tanto de ti. Me has vigilado todo este tiempo. Cómo quemé la mansión de mi familia para entrar en tu casa, cómo hice todo lo que tu padre quería, incluso matar a personas aunque aún no estuviese preparado para deshacerme de ellas. —Es retorcido, pero tiene razón. Siempre supe que me estaba usando; solo sabía que me valoraba más que al resto, que yo era la única de la que no se desharía.

—¿Aunque significase deshacerse de mí? —pregunté con un nudo en la garganta.

La expresión de Reed se suaviza.

—Hubo momentos en los que me preocupaba que no lo lograses, Em. Pero seguiste aquí gracias a bonitas casualidades. —Posó los ojos en Cameron.

—¿Las Fuerzas Oscuras no van a intentar buscarnos? Nolan no dejará que nos vayamos —intervino Cameron.

—Permaneceré en el interior de las Fuerzas Oscuras, desde donde puedo mover los hilos según sea necesario, y vosotros seréis mis socios del submundo. Será fácil convencerlos de que el escuadrón Furia ha muerto. —Cruzó las manos detrás de la espalda y sonrió de forma siniestra—. Juntos, los tres nos convertiremos en las personas más poderosas del mundo. —Su voz sonaba calmada y segura.

Cameron gruñó.

—Si así ponemos fin a las pastillas de la muerte y esa línea de experimentos, entonces cuenta conmigo.

Los dos se me quedaron mirando esperando una respuesta.

Siempre odié el imperio de mi familia, pero quizás, juntos, podríamos construir uno nuevo.

Mi voz sonó afilada.

—Vale, pero con una condición.

—Un brindis por un año de la familia Mortem a cargo del submundo. El negocio va viento en popa, y nunca ha habido tanta paz entre las familias de todo el mundo. —Reed alza la jarra y los demás lo imitamos—. Por mucho más.

Espectro grita emocionado y tiene una pinta ridícula con el esmoquin negro que lleva. Sé que se lo compró para la ocasión. Sigue disfrutando mucho de hacer el trabajo sucio del imperio, así que la verdad es que me alivia que se pusiese elegante y no apareciese con una camisa manchada de sangre, como suele hacer siempre.

Gage le da una palmadita a Cameron en la espalda y le escupe un poco de cerveza en sus carísimos pantalones. Casi ni se dan cuenta y continúan celebrando y riéndose juntos. Nunca nos había visto tan felices.

Me alegra el corazón ver a Cam prosperar en nuestra nueva vida. Se pasa la primera parte de la jornada con Gage y Damian planeando acuerdos globales con las otras familias. Siempre llevan máscaras cuando se reúnen en persona para mantener nuestras identidades en secreto.

Me da un escalofrío al pensar en el general Nolan. Reed me aseguró que cree que estamos muertos y que no nos está buscando, pero no pienso arriesgarme. Bastaría con que viese a uno de nosotros para descubrir la verdad. Por eso vivimos entre Londres y París. Gracias a mi difunto padre, tenemos edificios enteros. A Cameron y a mí nunca nos faltará de nada. Y a mis amigos tampoco.

Le doy un beso en la mejilla a Cameron y él sonríe, lanzándome una mirada seductora que significa que quiere subir ya al ático.

Damian se peina el pelo granate con las manos y brinda con Reed, que me mira con una sonrisa plácida en los labios.

Nunca nos dijo qué hace exactamente en las Fuerzas Oscuras y no sé si quiero saberlo. Quizá algún día se lo pregunte. Lo único que tengo claro es que está en una posición de poder, viviendo en un nivel de engaño que rivaliza con el general Nolan y el capitán Bridger.

—Por nosotros, los villanos que tomaron el control del submundo —dice Cameron con una sonrisa peligrosa.

Alzo la jarra mirando a Reed, que sonríe cuando Cam me envuelve la cintura con el brazo; su gesto me reconforta el alma.

Proclamo:

—Por ser los malos, salud.



Cameron casi ni me deja entrar antes de tirar el bastón al suelo, empujarme contra la pared y deslizar las manos bajo mi camiseta. Suelto una risita mientras me besa y susurro:

—Por lo menos cierra la puerta.

Gruñe sobre mis labios y le pega una patada a la puerta sin mirar para cerrarla. Profundiza el beso y me consume con tanta pasión como siempre, aunque esta noche parece ansioso.

Muevo la cadera contra su entrepierna y ya lo noto listo y preparado para quitarse los pantalones. Me acaricia la espalda y se inclina más hacia mí, aplastándome con fuerza contra la pared y arrancándome un gemido.

—Joder, nunca me cansaré de los dulces soniditos que haces cuando estás conmigo, Em. —Aprieto los muslos al escucharlo, intentando frotar el uno contra el otro. Él me levanta y me coloca a horcajadas sobre sus caderas.

—Y yo nunca me cansaré de tu apetito insaciable —murmuro sobre su cuello. Se le eriza la piel mientras suelta un gemido cuando le muerdo el hombro con cuidado.

Cameron me lleva a la cama, cojea un poco, pero es tan fuerte como siempre.

—¿Segura? —Su tono es lascivo. Me deja sobre la cama y se pone de rodillas al borde. Me mira a los ojos mientras coloca las manos en la cara interna de mis muslos y me abre de piernas. El vestido rosa que llevo se levanta con facilidad cuando sus manos siguen subiendo por mi cuerpo para apartar sin dudar el tanga de encaje que me compré para él esta mañana—. Mira lo mojada que estuviste durante toda la cena. Debiste haber dejado que me ocupara de ti. No me gusta saber que me añoras y no puedo follarte en el momento —

dice con voz grave mientras su boca sube por uno de mis muslos. Cada beso que me da es húmedo y ardiente, y me provoca mariposas en el estómago cuando se acerca a mi coño.

—Me encanta que hables así —murmuro cuando llega a mi coño.

—Joder, lo sé. —Cameron me pellizca el clítoris con suavidad y me pasa la lengua caliente por la abertura un par de veces antes de meterla en mi interior.

Gimo mientras le agarro del pelo y arqueo la espalda. Intento apretar los muslos por instinto, pero él me rodea la rodilla con su fuerte brazo mientras me devora.

—Joder, Cameron, me corro —gimo mientras muevo las caderas sobre su cara. Está tan cachondo que se frota contra la cama mientras hace girar los dedos y me come el coño hasta que me corro con tanta fuerza sobre su cara que pongo los ojos en blanco.

Cameron sigue lamiéndome mientras gime y se desabrocha los pantalones como si no pudiera esperar un segundo más para estar dentro de mí.

Respiro hondo un par de veces, aún aturdida después del orgasmo. Se coloca sobre mí, me cubre el estómago de besos y sigue subiendo hasta llegar a mis tetas. Cam arrastra la lengua por mi pecho y me chupa un pezón mientras acaricia el otro. Gimo y extiendo la mano con impaciencia entre nosotros hasta su polla. En cuanto la agarro, palpita y derrama una gota de líquido preseminal.

—Quiero que me la metas —digo suspirando sobre su cabeza. Él deja mis pechos y me mira con unos ojos llenos de lujuria y alcohol. Deslizo el pulgar por el glande y él cierra los ojos y de sus labios escapa un grito ahogado.

—Te quiero, Em —susurra con dulzura mientras se coloca sobre mí, mientras me mete la polla y me dilata el coño despacio para hacerle sitio—. Joder, qué avariciosa eres, te encanta apretarme la polla bien fuerte, ¿verdad, preciosa?

Entreabro los labios cuando me la mete entera y gimo y cierro los ojos. Cameron me mete dos dedos en la boca para que se los chupe mientras empieza a entrar y salir de mí a un ritmo brutal. Los sonidos que hago quedan atrapados entre sus dedos, sus gemidos toman el control y son tan altos que hace que mi coño se estreche

más sobre él. Necesito que se corra dentro de mí desesperadamente.

—Sí, te encanta que te folle duro, ¿verdad? Joder. —Sus huevos chocan contra mi culo un par de veces más antes de que me la saque y me dé la vuelta. Me coloca una mano sobre los hombros para empujar mis pechos contra la cama y que levante el culo y el coño hacia él.

Muevo las caderas y gimo para que me la meta entera.

Cameron se ríe en voz grave y el sonido hace que mis paredes se estrechen y lloren por su falta. Se coloca encima de mí, con el pecho pegado a mi espalda y se agacha para apoyarse sobre los codos. Empuja las caderas hacia mí y su polla me llena en un movimiento.

Grito por el placer que invade mi cuerpo. Cameron me rodea la clavícula con un brazo y usa el otro para que ladee la cabeza hacia sus labios.

Me besa mientras me penetra el coño y me folla con pasión hasta que me quedo sin aliento y empiezo a ver las estrellas. Él gime y desliza la lengua por mi mandíbula mientras susurra.

—Me corro. No eches ni una gota.

Me corro temblando y gimiendo tan fuerte como él mientras me la mete hasta el fondo y me pega a él con fuerza mientras se vacía en lo más profundo de mi ser.

—Eso es, buena chica —murmura sobre mis labios y besándome mientras le palpita la polla en mi interior hasta que suelta toda su corrida y extiende su mano en mi estómago.

Nos decimos palabras bonitas hasta que estamos listos para separarnos. Nos duchamos y nos acurrucamos en la cama más blandita del mundo. Jamás pensé que encontraría una felicidad como esta, y mucho menos con mi soldado herido.

Cameron enciende la tele y pone el canal de eventos, donde están presentando mi arte: esculturas de huesos que huyen de la espalda como si fueran alas. Son creaciones muy oscuras, pero he descubierto que al mundo le encanta la oscuridad.

Van a anunciar una de mis piezas favoritas. Se me corta la respiración cuando la enseñan. Dos soldados rotos, literalmente, con la boca y la mandíbula cubiertas de huesos, simulando las máscaras

que llevábamos en el Descenso. Se abrazan el uno al otro mientras descienden al inframundo. Unas manos huesudas los agarran e intentan separarlos sin éxito. La nombré *Mori y Morphine*, pero, como tenemos que permanecer ocultos de las Fuerzas Oscuras, para el programa la dejé sin título.

La puja empieza en dos millones de dólares. Suelto un grito ahogado.

«¿Quién habrá pujado tanto?».

Cameron sonríe con picardía y me aprieta contra su pecho mientras murmura:

—También tengo el lugar perfecto para ella.

Se me llenan los ojos de lágrimas.

—Cam. —No tengo palabras, e intento secarme las lágrimas.

Él roza su nariz contra la mía y susurra:

—Me pareció muy tierno que intentases venderla. Em, nadie se llevará nada que se parezca lo más mínimo a nosotros nunca más.

Me dejo llevar por su afecto y su aroma a abedul que se enreda en mi cuerpo.

—Nadie excepto nosotros —me promete.

Capítulo 46

Anónimo

Hace un año. Base de las Fuerzas Oscuras, Coronado.

El general Nolan está ante el Descenso en su uniforme negro de oficial, con las medallas y los medallones colgados en el bolsillo derecho y una notita negra en las manos. Los soldados del Descenso y los escuadrones Malum, Varsovia y Riøt están presentes.

—Lamentamos informarles de que el escuadrón Furia ha sido eliminado durante una misión en el extranjero. No hubo supervivientes. A raíz de los fallecimientos, hemos creado el escuadrón Hades. Formaremos el equipo en las próximas semanas, así que tengan paciencia mientras analizamos a todos los que están pendientes de ser asignados a un escuadrón. —La voz de Nolan es firme, y sus ojos no abandonan el mar de soldados que lo miran con la esperanza de ser seleccionados.

Nolan le da una calada larga a su cigarro después de la reunión. Está apoyado contra la pared de ladrillo de la base, y contempla el mar mientras se pasa una mano por la cara. Carga con un peso sobre los hombros. Solo han pasado un par de días, pero sabe que no recibirá noticias del teniente Erik. No después del informe que recibió de Riøt.

Lee la nota con detenimiento una vez más antes de hacer una bola con el papel.

«No se han encontrado supervivientes. No puedo confirmar ni negar que Mori y Morphine están entre los fallecidos.

Sargento R. Jenkins».

AGRADECIMIENTOS

¡Me lo he pasado muy bien escribiendo esta bilogía! Le doy las gracias de corazón a todas las lectoras que me han acompañado en este viaje por las Fuerzas Oscuras y me muero de ganas de traeros más historias de este mundo perverso.

Gracias a todas mis lectoras por apoyarme siempre, ¡ha sido toda una aventura! Una que estoy deseando compartir con vosotras durante muchos años.

Me gustaría darle las gracias a mi editora, Christa, por convertir este libro en el mejor posible. ¡Gracias por estar siempre ahí para intercambiar ideas y aceptar las locuras de tramas que se me ocurren!

Gracias a mi agente, Brent. Madre mía, ¡eres el mejor agente del mundo! Gracias a ti y a Laura por todo el empeño que le ponéis y por hacer que todo vaya sobre ruedas. ¡El mundo entero podrá disfrutar de estos libros gracias a vosotros dos!

Me gustaría darle las gracias al Sr. Moronova por ser el mejor marido del mundo. Lee mis historias antes que nadie y me anima cuando me deprimo y me preocupo por si la trama es un desastre. ¡Él es quien tira de mí y no podría escribir tanto sin su apoyo!

BIOGRAFÍA DE LA AUTORA

K. M. Moronova es autora de fantasía oscura y romance. Vive en Montana con su pareja, dos perros y tres gatos. Le encanta beber té y escribir historias con mundos en los que puede sumergirse completamente. Sus personajes favoritos son los villanos incomprendidos.

Sitio web: kmmoronova.com
TikTok: @K.M.Moronova
Facebook: K.M. Moronova
Instagram: @K.M.Moronova
Threads: @K.M.Moronova
